



ECHADME
A LOS LOBOS

Patrick McGuinness

Siruela Policiaca

ECHADME A LOS LOBOS

PATRICK MCGUINNESS

Patrick McGuinness

Echadme a los lobos

Traducción del inglés de
Daniel de la Rubia

 **Siruela**
Nuevos Tiempos Policiaca

Edición en formato digital: enero de 2020

Título original: *Throw Me to the Wolves*
En cubierta: fotografía de © iStock.com/wwing
Diseño gráfico: Ediciones Siruela
© Patrick McGuinness, 2019
© De la traducción, Daniel de la Rubia Ortí
© Ediciones Siruela, S. A., 2020

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 978-84-17996-87-1

Conversión a formato digital: María Belloso

*Cuando muera, echadme a los lobos.
Estoy acostumbrado.*

DÍOGENES

UN LUGAR DONDE SIEMPRE ES AHORA

Cerca del colegio hay un puente. Para llegar a las pistas deportivas del otro lado del estuario, los chicos tienen que cruzarlo, y eso hacen tres veces a la semana, llueva o haga sol. Muy metido en agua ha de estar el día para que se cancele un partido, incluso la más estúpida de las actividades compensatorias. «Es la hora del puto *corpore sano*», dice el señor McCloud, su profesor de educación física, un fumador empedernido que huele siempre a whisky, que se dirige a los chicos como si fueran amigotes del *pub* y habla con ellos de personajes históricos como si los hubiera conocido en persona. Puede decirte a qué les huele el aliento, qué tienen entre los dientes, cómo andan o cómo llevan las uñas. A los chicos les cae bien, pese a que es irritable e imprevisible, y, cuando se enfada, se vuelve salvaje y parece capaz de morderte. Es corpulento, con forma de barril, y resuella como un acordeón cuando se agacha a atarse los cordones o a recoger una tiza o un cigarrillo. Tiene mala memoria, confunde sus nombres, llega tarde y se marcha antes de la hora, pero a los chicos les gustan sus chistes. No hace falta decir que son chistes guarros. Algunos de los alumnos mayores van a su casa por la noche a beber, fumar y ver películas. Cuando vuelven, huelen a adulto.

Todos tienen sus motivos para ir al puente: el principal es fumar cigarrillos y beber el vodka o la ginebra que pueden comprar en la tienda de la esquina; más adelante irán para verse con chicas o simplemente para disfrutar de las vistas. Un chico, ahora empresario de éxito, recoge páginas de revistas pornográficas en los alrededores del puente y en las cuevas y peñascos cercanos a los acantilados, hojas tiradas desde los coches o desechadas por pajilleros de matorral después de aliviarse. A menos que tenga mucha suerte, las encuentra empapadas por el rocío, así que se las lleva y las seca en el radiador del colegio para luego venderlas. Hay una lista de precios: las páginas enteras son caras, y hace descuentos por las que están estropeadas o incompletas. También las ofrece en alquiler.

No estamos lejos del puerto, desde donde los barcos, cuyas sirenas pueden oírse cuando el viento sopla en la dirección adecuada, transportan sus toneladas de contenedores a través del canal de la Mancha. Este es un condado acuático, con un sistema venoso de afluentes, bordeado de ensenadas y estuarios, con la costa calcárea hostigada por las olas y sus ríos desaguando en el mar. Es un condado de puentes y embarcaderos y viaductos, y es difícil moverse mucho tiempo en cualquier dirección sin encontrarse con agua. A veces, cuando sube la marea, los puentes parecen peinar el río más que cruzarlo. McCloud los llevó en una ocasión a ver los viaductos de Medway, tres líneas de ferrocarril y de carretera que cruzan el río, donde pronto construirán un túnel hasta Francia que, según él, dejará obsoletos los transbordadores.

El puente une las dos mitades de la ciudad: un lado, refinado, residencial y de clase alta; el

otro, una extensión de viviendas de protección oficial, polígonos industriales y centros comerciales de baja categoría. Hay hostales para viajeros que llegan tarde a su transbordador y *pubs* para los que llegan demasiado pronto. «Dos ciudades separadas por un puente —bromea McCloud cada vez que lo cruzan—. ¿Lleváis el pasaporte, chicos? ¿Os habéis vacunado? Nos adentramos en el continente oscuro...».

Es difícil resistir la tentación de mirar hacia abajo, al lodo marrón del estuario, al cieno y la refulgente arenilla color perla, al pequeño surco abierto por el chorro de agua, delgado como lluvia, que cae por un canalón. Bajo la luz del sol, el fango se comba y se ondula. No necesita mucha luz para parecer vivo. Y atrayente: un cojín de brillante seda marrón. La idea de saltar resulta tentadora.

Al chico le fascina el olor que sube y que arrastra el viento. Es el olor de los estuarios: por un lado, desagüe; por el otro, mar abierto. Debería darse una acusada discordancia, pero aquí armonizan bien, como un plato agridulce: uno es obstrucción, podredumbre y estancamiento; el otro, movimiento, huida y libertad. El muchacho recita el rosario de ciudades portuarias: Zeebrugge, Ostende, Calais, Cherburgo, Dieppe, Róterdam...

Y siempre puedes saltar. Puedes saltar cuando quieras. No es tanto el sufrimiento como la curiosidad lo que te hace mirar hacia abajo y sentir ganas, lanzar tu mente hacia delante e imaginar cómo sería caer; caer y caer y caer. El chico se siente hipnotizado por las vistas, por su plenitud. Pocas cosas dan tanta sensación de totalidad como lo que ve cuando mira hacia abajo. No es el hecho de morir lo que le atrae (no es ni mucho menos tan infeliz como para eso), aunque le gusta imaginar cuánta infelicidad haría falta: qué dosis, medida mililitro a mililitro en la jeringuilla de la desolación, grado a grado en el termómetro de la tristeza... No, no tanto morir como su naturaleza hipotética. Es la idea de verte después a ti mismo lo que te atrae, separándote de tu cuerpo como la punta de la pluma se separa de las letras que deja en la hoja, para después ver tu caparazón mientras lo abandonas, y luego a la gente en la distancia. Aunque en realidad eres tú en la distancia; tú *eres* la distancia; un muerto, en eso te has convertido.

Se imagina la muerte como uno de esos planos aéreos de las películas bélicas, en los que un helicóptero despega dejando a algunos soldados en tierra, y estos corren, pero no llegan a tiempo y piden a gritos que los esperen y alargan la mano y sus dedos tocan los de sus compañeros y se aferran a ellos y resisten hasta que al fin se separan; y el helicóptero se eleva, vacilante al principio, hasta que se estabiliza y se aleja, reacio, como a regañadientes, y los soldados abandonados se hacen cada vez más pequeños y el enemigo los atrapa o los acribilla, y todos se convierten en pequeños puntos antes de desaparecer; y entonces es todo jungla, y después solo cielo.

Y bueno, también está la ventaja de no tener que ir por ahí arrastrando este cuerpo horrible, de soltar las cadenas que te unen al animal ardiente que eres.

Cuenta la leyenda que una mujer victoriana saltó del puente y vivió, como suele decirse, para contarlo, gracias a que su gran vestido se hinchó e hizo las veces de paracaídas de crinolina. Estaba perdidamente enamorada y la habían dejado plantada. Pero, si el suicidio tiene un opuesto, eso es lo que le pasó a ella: sobrevivió, acabó conociendo a otro hombre, se casó, tuvo tres hijos y vivió hasta una edad avanzada.

Sería poco probable que alguien sobreviviese hoy, y el chico lo sabe, porque: 1) la velocidad a la que entraría en contacto con el agua le mataría en el acto; 2) su corazón estallaría de miedo mucho antes, igual que los lirones revientan por dentro cuando los coges; o 3) se hundiría tan

profundamente en el lodo que se asfixiaría. Es la imagen de la mujer la que tiene el chico en la cabeza cuando él y sus amigos miran hacia abajo o tiran bolas de papel, envoltorios de chocolatinas, pañuelos o monedas por encima del parapeto e intentan cronometrar la caída.

Desde unos metros de altura, el agua es hospitalaria. Se abre y te deja entrar. A partir de veinte metros, es como piedra. Te destroza como si impactases contra un suelo de baldosas. Aprendieron eso en clase de física.

Otro motivo por el que resulta tentador dejar que tu imaginación acaricie la idea de caer es lo ridículamente fácil que sería: el parapeto tiene una altura de poco más de un metro veinte. Para la mayoría de los chicos, eso significa apenas la altura de los hombros. Un pequeño salto, apoyándote en la barandilla de madera para darte impulso, y pasarías a estar al otro lado, y de ahí a caer, y de ahí a estar muerto. Tal vez la caída se hiciera interminable, pese a que duraría solo unos segundos. Podrías vivir toda una vida hacia atrás en esos segundos: volviendo al nacimiento, como dice la creencia popular, el moribundo ve pasar toda su vida ante él. Uno siente curiosidad por saber si la misma historia contada al revés será, a fin de cuentas, la misma historia.

En ese momento, arriba de nuevo, en el puente, piensas que tardarías unos pocos segundos y una vida entera en llegar al cieno del estuario; una arena fría, brillante y tan fina que podría utilizarse para medir el tiempo en un reloj. Quizá por el camino podrías cambiar algunas cosas, aprovechar esa segunda oportunidad, ¿quién sabe? Hacer correcciones.

El chico a veces lleva a pasear allí su introspección, que, como todo en él, necesita hacer ejercicio. Seguramente es lo único que ejercita un poco, incluso en ese colegio que tanto fomenta el deporte. Siempre hay alguien más en el puente y, aunque lo considera un lugar extremadamente solitario, se da cuenta, años después, de que nunca estaba allí solo. Siempre había alguien más, a veces incluso seis o siete personas, todas haciendo lo mismo: asomarse por encima del parapeto para mirar el fondo del estuario. Una vez vio a alguien apuntándose en el dorso de la mano con un bolígrafo el teléfono de los Samaritanos, cuyo anuncio está pegado en los pilares de ambos extremos del puente. De momento, el chico se apoya en el parapeto, con los brazos colgando y la barandilla encajada en los sobacos. Su abuela es modista, y el uniforme se lo ha hecho ella. La forma en que el viento le mordisquea y le dobla la ropa le recuerda el día que le tomaron medidas para la chaqueta y los pantalones. Lo medían para hacerle un traje de aire, de modo que puedan vestirlo en su urgencia por caer.

Años después, vuelve al puente. El número de teléfono de los Samaritanos antes era local; ahora empieza por 0845, como el de las aseguradoras, las compañías de telefonía móvil o la teletienda. El parapeto es de la misma altura, pero ahora está complementado por una reja de alambre de un metro veinte que se curva hacia dentro en la parte de arriba. Para saltar ahora, haría falta una escalera.

Volver atrás en el tiempo es como meterse en una vieja fotografía. Él la imagina en tonos sepia, lejana como una postal antigua. Pero es una postal de su vida: el aire meloso, el robusto mobiliario del colegio, la capa gelatinosa de las cosas vistas a través de un almíbar de tiempo y lágrimas. Si se sumergiera en la fotografía ahora, o recorriese con los dedos su superficie, tendría una textura cremosa, no el suelo duro del agua debajo del puente. Recuerda los pupitres de madera con los tinteros que —ya por aquel entonces— llevaban años sin utilizarse, con los bordes llenos de manchas negras y azules de tinta derramada. Pollas y palabras obscenas grabadas con la punta de un compás, atravesando la capa de barniz y profundizando mucho en la fibra carnosa de la madera. Todas esas cosas se antojan hoy prehistóricas, tan remotas y tribales como bisontes en las

paredes de una cueva. Esos pupitres se pueden comprar hoy en eBay: «Completo con pintadas», anuncia el vendedor, como garantía de autenticidad.

Pese a las toneladas de hierro y acero, el puente tiene la apariencia delicada de un encaje, con sus cables tensos como cuerdas de arpa. A veces uno puede oír cómo el viento los puntea y casi se diría que suena una canción. Es la canción del aire, que no es sino el sonido de la caída. El chico piensa que le gustaría oír esa canción hasta el final; que le gustaría una caída larga, muy larga, para así poder escucharla una y otra vez, sin llegar nunca al suelo.

20 DE DICIEMBRE

—¿Mi infancia? —Parece estar divirtiéndose—. No tuve infancia. Pienso en ella como en unos primeros años de temática infantil. Es decir, había muchos juguetes, pero lo que hacía con ellos era sobre todo conservarlos: me parecía más al empleado de un museo que a un niño. Les sacaba brillo, los miraba y los dejaba a un lado. Los amontonaba, los ordenaba y los distribuía. Pero ¿llegaba a jugar con ellos? Lo dudo.

Hace una pausa, echa un vistazo a la sala como si valorase la combinación de colores: gris semimate con un brillo como de sudor.

—Guardaba las cajas, además.

Gary intenta interrumpirlo, pero ya ha terminado. Estamos descoordinados; todo va a destiempo.

—¿Nos importa una mierda su infancia, payaso triste! —exclama Gary—. ¿Queremos saber qué hizo con esa pobre chica, cómo la mató y dónde se deshizo del cuerpo!

¿El cuerpo o su cuerpo? Y ¿por qué la diferenciación? ¿Por qué me empeño en hacerme esas preguntas minúsculas, como el borde fino de una cuña? Empiezas con la gramática —su cuerpo o el cuerpo— y acabas con una gruesa cuña de oscuridad. Ahora es el cuerpo. Dondequiera que estuviera el *su*, ha desaparecido.

—Gary... Déjale terminar.

—Han preguntado por mi infancia, y lo saben; estaba implícito en la pregunta, si es que no era estrictamente la pregunta.

Guardamos silencio, de modo que, tomándose su tiempo, con seguridad y cierto tono burlón, continúa:

—Hay una foto mía mirando la parte inferior de uno de esos cochecitos para niños que funcionan con monedas y se encuentran en la entrada de los supermercados. En algún lugar de veraneo en la playa; con bastante seguridad, el tautológicamente llamado Gravesend. No creo que sea importante dónde, ni siquiera para mí. Metía el dinero, me arrodillaba y observaba el mecanismo, los ejes girando, las ruedas dentadas encajándose unas en otras... La transmisión, creo que se llama... Jugaba con la idea de jugar, pero creo que nunca llegué a jugar de verdad. ¿Significa eso que jugueteaba con la idea de juguete? Tal vez.

—Dioooooooooo mío. —La cólera de Gary escapa entre sus dientes apretados. El señor Wolphram alza la mirada al techo, inspira, prueba la pesadez del ambiente, espira, y continúa:

—Nunca he pensado en eso. Que ustedes sean los que hacen las preguntas no significa que yo tenga las respuestas.

La clave de un interrogatorio es darle tiempo al sospechoso, concederle un espacio ilimitado de silencio en el que no tenga dónde refugiarse, para que se ponga nervioso. Pero nos lo está haciendo él a nosotros. Nos mira fijamente por turnos: a mí, a Gary y al turbado agente que custodia la puerta a nuestras espaldas. Después, cuando está preparado, dice:

—De todas formas, ¿por qué me lo pregunta?

¿Por qué se lo pregunto? Quizá porque era sobre mi infancia sobre lo que quería saber. Porque, aunque el hombre al que estamos interrogando no lo sabe o no lo recuerda, él estaba allí.

El señor Wolphram, con un brillo frío en una piel tan pálida que es casi azul; el color de una vena profunda por debajo de la carne. Mármol. O sal. Sí: la tonalidad azulada de la sal en una mina de sal. Ojos inmensos, tal vez negros (no es que no pueda verlos, la sala está bien iluminada, pero no revelan el matiz exacto de su oscuridad); mirada fija, irónica. Apenas parpadea. Esto no es un juego, pero, aun así, está jugando. Si le damos demasiada cuerda, no llegaremos a ninguna parte; si lo atamos demasiado corto, disfrutará de la restricción. En cuanto hay reglas, todo se convierte en un juego.

Se expresa con frases largas, fluidas y perfectas. Gramaticalmente impecable, habla desde un tesoro interior donde todo tiene tintes de otra cosa, filtrándose cada color en el siguiente. Es como un catálogo elegante de pinturas: nada de negro, ni blanco, ni rojo, ni azul; solo una secuencia de tonalidades intermedias con nombres compuestos.

Y esa voz... Cuando tus pesadillas se publiquen en audiolibro, él será el narrador.

Tiene las manos manchadas de pintura. No me había dado cuenta hasta ahora, a pesar de que le he tomado yo las huellas dactilares. Más adelante, cuando enviemos las muestras a analizar, averiguaremos el nombre del color: aliento de topo, un gris aterciopelado.

Cada una de sus emociones está socavada, ajustada e infundida por otra cosa. Pero ¿el qué? Algo que no es emoción. ¿Sabe demasiado para sentir? ¿De eso se trata? ¿No tiene sentimientos, o los conoce tan bien que ya es inmune a ellos? «Primeros años de temática infantil»... ¿De dónde sale una frase así? De aprender las palabras antes incluso de conocer las cosas que designan, de ahí sale.

Pero ¿acaso importa, a fin de cuentas, en qué orden las aprendes?

El calor en la sala es sofocante. Gary está sudando, y de paso perdiendo tanto la calma como algo de peso.

¿Me reconoce? No he cambiado tanto, y no hace tanto tiempo.

A decir verdad, sí que hace mucho, si hablamos del tiempo tal y como lo miden los relojes y los calendarios. Pero si hablamos... ¿de qué? ¿Del tiempo interior? ¿Del tiempo del corazón y la sangre? ¿Del tiempo que reviste nuestra vida? En ese caso, fue ayer. Siempre es ayer en el revestimiento de nuestra vida.

Él no ha cambiado. Tiene esa uniformidad salobre propia de algunos profesores, incluso decenios después: piel de cebolla, casi transparente, como papel de fumar húmedo; su pelo es del mismo color gris ceniza de hace treinta años, lacio y brillante, flequillo hasta casi las cejas y tan fino que se aprecia claramente el contorno del cráneo. Si ha envejecido, ha sido en otro sitio, no en la cara. La ropa también es la misma: puede que sea hasta el mismo traje, la misma corbata sobre la misma camisa negra. Tiene las muñecas apoyadas en el borde de la mesa, y parece estar enrollando algo muy pequeño entre el pulgar y el índice de cada mano.

Hay una especie de orientadora o psiquiatra en la sala, con apariencia de profesionalidad y frunciendo el ceño de modo muy burocrático. No sabría decir si está observándolo a él o a nosotros.

Utilizaba la cultura como una navaja automática. Eso es lo que recuerdo. Con un navajazo era suficiente. No notabas el dolor hasta que veías la sangre. E, incluso entonces, no notabas el dolor hasta que te percatabas de que la sangre era tuya. Elegía a alguien, cualquiera, le hacía un corte y, durante el resto de la clase, ese alumno era como un tiburón herido cuyo olor detectan los depredadores en un radio de varios kilómetros y con varias horas por delante para llegar. Así era, sangre saliendo como humo dentro del agua.

Sus ataques de cólera eran como fuego detrás del hielo.

Les dije eso más adelante.

Leyendo los tabloides esa mañana, me encontré con lo de siempre: los implantes mamarios de la mujer de un futbolista estallan en pleno vuelo a Dubái; una famosa charlatana subasta su silencio en Twitter; una especie de *reality* en el que adolescentes adictos al iPhone y al iPad van a vivir con unos *amish* de Derbyshire. Noticias de poco peso, espuma sensacionalista: ninguna noticia noticia.

Haciendo frente a todo eso está la supuesta «prensa seria». Gary sabe que ya no existe, que todo está al mismo nivel deplorable. Está leyendo, e interrumpiéndose cada dos por tres para comentar con desprecio, un artículo de opinión en el *Times* sobre lo que hacer con tus hijos cuando tu niñera vuelve a Europa del Este para visitar a su familia.

—Otro artículo escrito por alguna niña bien de Londres, llamada Camilla o Imogen, sobre el precio de las limpiadoras en Fulham y las matrículas cada vez más caras de los colegios. ¿En qué planeta vive esta gente?

—¿El «planeta Ellos»? —propongo sin entusiasmo, solo para participar en el diálogo. Va a ser un día largo, triste y agotador, y tenemos que mantenerlo engrasado con una buena dosis de compañerismo.

—Todo es el «planeta Ellos», profe... Hasta donde alcanza la vista: «planeta Ellos».

Hace una pausa, seguida por un silencio, durante el cual intenta —sin éxito— dar con un comentario lapidario para terminar.

Es Navidad, y las Navidades son una época violenta. No es la violencia de las películas policiacas o las series de detectives. Aquí no hay Poirots ni Marples. Ni falta que hace. Es la violencia burda y gris de la vulgaridad. No hay brillo y tampoco complejidad —ni para comprender sus motivos ni para encontrar a los culpables—. Nadie va a llamar a Colombo de momento. Sencillamente está ahí, una filtración de la oscuridad común y corriente que va acumulándose, sube el nivel, llega al borde y entonces, un día, se desborda.

Son las cloacas de nuestra vida, nada más, y algunas veces rebosan por los sumideros y nos arrastran con ellas. La delgada línea azul, nos llaman. Yo creo que somos más como el menisco de un líquido: recogemos el excedente por un momento, lo detenemos cuando aumenta y se curva en el aire; tiembla, se estira, cruza al otro lado y después cae.

Está cayendo ahora. Ya ha caído.

Dos casos de violencia doméstica, un incendio, un par de robos. Un alunizaje en un todo a

cien. Hasta los ladrones apuntan bajo hoy en día, con ambiciones condicionadas por una idea de botín austera. Disturbios por el Black Friday en los supermercados. Histeria por pantallas planas, estampidas por electrodomésticos. La tecnología nos devuelve a nuestra condición animal por otra ruta.

Contra todo eso, por debajo del trabajo policial, por debajo de los juzgados, en las cañerías ocultas del sistema, está la violencia contra las mujeres. Sobre todo en Navidad. Es el pulso, el compás que se oye como si fuera un bajo sonando en algún coche o sótano que nunca vas a localizar. O que se ha ido cuando llegas allí. Esposa, hija, novia, el vapuleo constante, el «suceso aislado» que sigue ocurriendo, los veinte años de sucesos aislados, el cruel martilleo psicológico de las palabras; mujeres con los nervios fundidos y la mente como un circuito en llamas, asustadas, molidas a golpes hasta dejarles la carne más tierna que el solomillo. Gary y yo lo vemos con tanta frecuencia que damos por sentado que este es un caso más. Pero no lo es.

Cuando suena el teléfono, estoy tachando con un bolígrafo cinco días del calendario. Lo que sigue son mis vacaciones. Cuando ya están cerca, siempre me pongo nervioso. Basta con un caso, un crimen fuera de lo corriente, y se acabó —aplazadas, lo llaman—, pasan a ser un punto reluciente en el horizonte, un momento del futuro que nunca llegará. Ahora ya sé que estas tampoco van a llegar. Si hay alguien capaz de adivinar por el timbre del teléfono cuál es el motivo de una llamada, ese soy yo. Y esta me dice que todo va a cambiar.

Nos han avisado de que no hace falta sirena. Sabemos lo que eso significa: la sirena grita el tiempo, grita que aún hay tiempo. De todas formas, Gary y yo nos damos prisa. Conduce él. Yo veo pasar como deslizándose los escaparates de las tiendas, el colegio caro de la colina, el viejo zoo que cerraron hace años pero donde todavía me parece oír el ladrido de las focas, el olor del pescado con que las alimentan. A continuación llegamos al puente que nos conduce a la antigua zona industrial del extrarradio, con sus grúas paradas y sus pisos, impulsados en su momento por los créditos baratos, a medio construir, paralizados por la contracción de esos mismos créditos. Las *boutiques* de ropa convertidas en tiendas de todo a cien. Después llega lo que Gary llama Brexitland. «Como Nueva York —dice—, no es solo un lugar, es un estado de ánimo». Suelta una risita forzada y sardónica, y acto seguido se pone a cantar «Brexitland, mi único hogar» con la melodía de la canción *Bedsitter*, de Soft Cell. No sé de qué conoce la canción o cuándo la ha oído, porque era un recién nacido cuando salió. No como yo, que compré el *single*, pese a no tener dónde reproducirlo. Hasta para eso llegué tarde, cuando lo compré de segunda mano y ya tenía el nombre de otro en la funda, los arañazos de otro en el vinilo.

Aún suena por ahí de vez en cuando, en esas reposiciones de *Top of the Pops* de los ochenta, o en esos programas de variedades que salen para eliminar a los presentadores porque han caído en desgracia, o han muerto, o están en la cárcel. «El programa sin presentadores», lo llama mi sobrina; sabe que una vez hubo algo allí, entre canción y canción, entre las actuaciones; el lujo, el espectáculo y los chistes. No sabe qué era. Pero Marieke siente debilidad por las cosas desaparecidas. Por eso le gusta tanto el zoo, ese zoo vacío y encantado. La llamada fantasma de los animales desde dentro del recinto cerrado. Y por eso le gusta también visitar a la señora Snow. Ese tipo de ausencia. «El silencio no es silencioso —dice—. Es un zumbido: escucha...».

Después hay algo de vegetación, antes de que se despliegan los suburbios y lleguemos a un sitio que el navegador llama «Carretera sin nombre». Sabemos que hemos llegado porque hay una ambulancia, un coche patrulla y dos Ford oficiales sin distintivos. Todo huele a poco movimiento y mucha calma. Todo huele a demasiado tarde. Alguien que no alcanzo a ver está fumando, y el

olor llega a ráfagas irregulares desde una distancia sorprendentemente grande. En las zarzas hay bolsas de plástico retorcidas y enganchadas a las espinas. Las moras llevan meses ahí colgando sin que nadie las recoja: al principio son duras como botones; después, blandas, y ahora tienen el color de las telarañas, reseca y encogida y llenas de moho. El tipo de gente que viene aquí no recoge fruta.

Tenemos que continuar a pie, pero no hay prisa, porque, por ahora, nos encontramos entre el momento en que lo ocurrido ocurrió y el momento en que se convierte en un hecho. Puedo sentir todos esos sucesos concentrándose allí, justo al otro lado del descubrimiento que estamos a punto de hacer, y quiero retrasar este paseo corto, aplazarlo todo. Me ayuda a pensar. Me digo: «No puedes vivir entre el pasado y el futuro para siempre, aprovéchalo al máximo».

Y entonces esto:

Dos agentes están tomando declaración a una mujer con un perro cuya correa está tensa como la cuerda de un funámbulo. Su hocico apunta en la dirección del callejón; quiere echarle otro vistazo a lo que quiera que haya encontrado: una segunda oportunidad.

—¿Por qué siempre los encuentra alguien que va paseando al perro? —pregunta Gary—. Es tan jodidamente típico. —No respondo—. Al menos no han sido unos jodiendo como perros detrás de un matorral. —Rodea el coche y me abre la puerta. No es un gesto deferente, ni tiene relación con el rango de cada uno. Es solo que estoy un poco ensimismado—. Esos no vienen por las mañanas. —Gary orina contra el coche antes de seguir—. No querrás que contamine la escena, ¿no? —dice. Puedo oler el café en su meada y ni siquiera es aún hora de desayunar.

Conozco esta calle. No sé cómo se llama, pero la conozco.

Prescindimos de la declaración por ahora. Ya encontraremos un buen momento para eso, me digo. Un momento apropiado, quiero decir, porque este asunto ya no va a tener ningún momento bueno; la única ventaja de llegar demasiado tarde es que puedes elegir el orden en el que te encargas de las cosas. Nos queda eso, al menos. Es el consuelo de los vencidos. Nos encargaremos de ella y de su perro pronto, y después lo hará la prensa. Lo más probable es que Lynne Forester lo haga antes que los demás. Lynne la Loca, como la llama Gary. Si está ahí quien yo creo, quien los dos nos tememos, más allá de los árboles. Nunca es demasiado tarde para Lynne.

Estos descubrimientos son casi siempre iguales: un perro que va suelto; el perro se aleja corriendo; un olor entre otros miles lo arrastra a la maleza; se niega a volver cuando lo llaman; el amo lo encuentra olisqueando... ¿qué?

Veamos.

Me quedo atrás, pero conozco el camino.

Es un atardecer húmedo y frío de finales de diciembre, y los focos están encendidos. Se ven más adelante, al lado de una iluminada tienda de campaña blanca y algunas figuras vestidas también de blanco. Los *flashes* de las cámaras, cinta policial.

—La Gruta de Papá Noel —dice Gary, y sé que debería reírme, aunque solo sea para que las cosas sigan marchando. Además, es mejor que sus chistes habituales, así que sonrío y lo pillo mirando de reojo para comprobar mi reacción. Sonreír es mejor; le hace pensar que estoy conteniendo la risa. Mi sonrisa forzada le parece a él una risa reprimida. Creo que bastará para sobrellevar las próximas horas. Hemos vuelto a llenar el depósito de la cordialidad. Lo necesitaremos.

Gary desconfía de mí, un novato universitario y aburrido que ha llegado a su puesto por la vía

rápida. Yo desconfío de él, un casposo medio racista que parece salido de un *casting*: un machista gordo y simplón que suda caldo de pollo procesado y huele a salsa de carne. Si fuera un bar, lo publicitarían entre los hípsteres y los turistas como insolentemente retro, o tal vez *vintage*, pero definitivamente no gastro-. Aunque, para él, yo también parezco salido de un *casting*. Solo que el suyo sería para una serie policiaca de los setenta, en la que fuman y golpean a los sospechosos, beben estando de servicio, desprecian el papeleo y llaman a las mujeres «fulanas». A Gary le gusta todo eso. Es su estilo. Comportamiento adquirido, lo llaman; y, como es más joven que yo, solo lo ha visto en televisión. Yo lo llamo «el yo adquirido de Gary», desde el puesto de observación de mi propio yo adquirido.

—Ha sido más que asesinada —dice alguien—. Está más que muerta.

Objetividad desde la perspectiva del cadáver, sí, pero ni mucho menos una broma. Hay algo en este. Lo sé por la sensación de tristeza y monotonía. Todos lo sabemos.

Alguien está inclinado sobre un cuerpo. Solo alcanzo a verle los pies, pero es un cuerpo de mujer: una pierna recta, la otra doblada hacia atrás, detenida en una elegante postura de baile. Charlestone. Una corista muerta, rescatada de algún musical de los años treinta, un cuerpo sacado de un río. «Nunca dos veces en el mismo río»^[1], pienso, sin saber muy bien por qué, y a continuación lo susurro: «Nunca dos veces en el mismo río». Cada vez tengo más tendencia a decir en voz alta lo que pienso. Cualquiera con un poco de práctica leyendo los labios podría saber todo lo que pasa por mi cabeza.

El río, el de verdad, no queda lejos. Las riadas son menos frecuentes, pero el agua sigue pasando por aquí rápida y violenta, y el lecho del río, lleno de escombros, la convierte en espuma y la hace rugir. Suena como el tráfico de una autopista. La M25 formando espuma en las orillas.

—Todavía no puedo confirmar nada, y no voy a utilizar nombres, pero podéis empezar partiendo de que es una mujer.

Entiendo lo que dice. Lo aprendí en la universidad: es difícil identificar a alguien cuando está muerto. En los comienzos de la fotografía de cadáveres, exponían las imágenes y la gente pasaba caminando por delante como si estuvieran viendo escaparates o caballos en el hipódromo. En algunas morgues dejaban que entrase la gente a ver los cuerpos. Familias enteras salían con su traje de los domingos para echar un vistazo a los muertos. Era como un Tinder de cadáveres: descartas, descartas, te lo piensas, descartas, añades a favoritos, bloqueas, mensaje directo... Pero muchos familiares no eran capaces de reconocer a sus seres queridos en aquellos muertos. No tenía nada que ver con el estado del cuerpo; era simplemente la ausencia de vida lo que les hacía parecer otra persona. ¿Cómo explicarlo si no?

En mi primer caso —un accidente en el que el culpable se dio a la fuga—, el padre se puso al lado del cadáver y lo contempló con atención. Le habíamos pedido que entrase y lo identificase. Negó con la cabeza y dijo que no era su hijo. Nosotros sabíamos que lo era, pero tuvimos que cumplir con el protocolo de fingir que le creíamos, disculparnos y decirle que volveríamos a repasar la lista de personas desaparecidas en la que habíamos encontrado a su hijo. Llamó por teléfono al cabo de un rato y reconoció que era su hijo; confesó que admitirlo era como darle a un interruptor, a su interruptor de apagado. No era capaz. «El interruptor con el que eliges hacerlo real o dejar que siga siendo irreal», explicó. Ahí es donde viven los fantasmas: no en un lugar, ni en casas o cementerios encantados. Viven en el tiempo que tarda el hecho externo de su muerte en convertirse en un hecho dentro de nosotros. Esa es la razón por la que los liberamos a ellos, no solo a nosotros, cuando admitimos que se han ido.

Pero ¿quién sabe lo que harán los muertos cuando quedan libres? ¿Dónde irán?

Todos guardan silencio. Uno de los agentes garabatea algo en un cuaderno, pero solo para tener las manos ocupadas y la mirada puesta en otro sitio.

«Está contorsionada de un modo extraño y ataviada...», escribo. ¿Ataviada? Me siento estúpido usando esa palabra. La tacho y la sustituyo por «se aprecian intentos por esconderla en bolsas de residuos». Tacho eso también y escribo «bolsas de basura». No sé por qué atiendo a este protocolo de eufemismos y jerga burocrática; solo estoy hablando conmigo mismo, escribiéndome a mí.

¿Ataviada? Por Dios bendito...

Más adelante pensaré que lo que hacía era intentar acostarla en un lecho de palabras, lo más suavemente posible, porque ya sabía lo que iba a pasarle cuando los periódicos diesen con ella. «¡Como una muñeca rota en una bolsa de basura!», escribió después Lynne Forester. Lynne la Loca no la había visto, ni siquiera había visto las fotos todavía, pero eso es lo que escribió para que lo leyese todo el país. No iba a marear a sus lectores con palabras como *ataviada*.

—He estado aquí antes —les digo. A mi lado, Gary ya está en cuclillas, y veo cómo su cabeza se vuelve de golpe para mirarme. Ha entendido lo que quería decir, pero los demás no. Gary tiene intuición; advierte los sentimientos y los cambios de humor de la gente. Eso no encaja en la imagen que contempla de sí mismo, así que los dos fingimos no darnos cuenta.

De todas formas, tendría que habérselo dicho primero a él.

—Todos hemos estado aquí antes —dice el patólogo sin alzar la vista, sin darse la vuelta—. Cada muerte es diferente, todas las muertes son iguales.

—No, quiero decir aquí. En este sitio. He estado aquí antes.

Ahora sí que me miran todos. Se lo explicaré más adelante.

Resulta extraño que pensemos en las apariciones o fantasmas como algo relacionado con las personas: algo fundamentalmente social, aunque desconcertante y aterrador. Los aparecidos no dejan de ser versiones de nosotros, solo que han ido al otro lado. Los fantasmas son criaturas domesticadas, como los perros y los gatos, porque los hemos inventado (puede que ellos piensen lo mismo de nosotros) para reproducir nuestras acciones, que ellos repiten (la repetición es importante en la vida fantasma: al igual que las mascotas o los niños, necesitan rutinas) lentamente pero con frecuencia y sorprendente exactitud. Son repeticiones espectrales de nuestros combates, ganados o perdidos, y les atribuimos algo de nosotros que no nos gusta ver: la incapacidad para seguir adelante, el ansia por regresar. Nosotros somos quienes los atormentamos. Lo único que quieren ellos es permiso para marcharse.

Por eso no puedes aparecerte donde nunca has estado, no como es debido, al menos, y, si bien hay fantasmas que se cuelan por error en otras historias, en lugares encantados que no son suyos, el efecto en estos casos es cómico, como si un actor apareciera por error en la obra equivocada.

De pequeño, los fantasmas me parecían decepcionantes por los siguientes motivos: cómo estaban contruidos, cómo estaban hechos de todo lo que habían dejado atrás, cómo estaban hechos *de nosotros*. Era nuestra falta de ambición como fantasmas lo que me decepcionaba; como si, con todo lo que sabíamos de lo desconocido, no fuéramos capaces de imaginar nada mejor para ellos que ser los depositarios de nuestras cuentas pendientes. Me habría gustado que se soltasen un poco más, que se zafasen de nosotros, pero no, estaban limitados por sus patrones, que eran

nuestros patrones. Una oportunidad perdida, me decía; para nosotros en nuestra imaginación y para ellos en su realidad imaginada.

Y eso es porque las apariciones no son más que otro modo de formar parte de algo. Para algunos de nosotros, es el único modo.

Mis fantasmas son lugares. Este es uno de ellos: maleza intermedia, una zona sin nombre para los satélites situada entre unas pistas de deporte escolares y un río marrón con fango amontonado en las orillas y adornado con bolsas de plástico, botes de pintura y ruedas de bicicleta. Las Kent Downs están a unos pocos kilómetros, un «área de excepcional belleza natural», la Inglaterra más verde y limpia. Estas zonas son sus primos roñosos, su lado oscuro. Algunos electrodomésticos abandonados todavía brillan entre la maleza, y un poco más allá el río hace gárgaras con lo que parece la puerta de un frigorífico. Por allí cerca, un poco más arriba, oculto por árboles tan juntos que incluso sin hojas tapan la vista, está el frigorífico.

Hay algo especial en esos lugares de vertidos no autorizados; esa acumulación lenta, triste y furtiva de desechos de nuestra vida diaria. Primero, se inaugura una parcela de tierra en el margen de algún camino, con un modesto televisor viejo, o tal vez más a lo grande con un frigorífico-congelador de dos metros; a continuación, igual que un imán atrae las limaduras de hierro, ese primer objeto atrae a todos los demás. La gente lo sabe, se sienten arrastrados hacia allí; al anochecer, envueltos en vergüenza, con los faros apagados, llegan furtivamente en sus coches y sus camionetas y tiran su porquería. Ese sitio no es nada: ¿a quién le importa? Sin embargo, acaba convertido en una especie de salón de exposiciones, un Walmart de la selva, un centro comercial futurista donde el futuro ha estado y se ha ido. No se descompone ni se biodegrada ni se convierte en abono ni se erosiona. La tierra lo rechaza todo: los gases refrigerantes, el electrolito, el MDF, el moderno sofá de cuero sintético y el colchón manchado y atravesado por muelles oxidados.

Ese sitio no es nada, de acuerdo. Pero tampoco es un lugar para morir; no es un lugar para que te encuentren muerto.

Por lo que a mí respecta, vivo en el presente; es donde como y bebo, donde duermo y estoy despierto, donde gano mi salario y llevo a mi sobrina al parque o de tiendas. Pero mi hogar es el pasado. La mayoría hace excursiones de un día allí: una hora o un minuto reflexionando, una vieja fotografía por aquí, una vieja canción o un aroma por allá, y después vuelven a la vida tal como creemos que la vivimos: hacia delante.

Eso es porque la mayor parte son turistas de los recuerdos. Yo, en cambio, me mudé allí y, cuando visito el aquí y ahora, me siento como un expatriado, tan desconcertado por la monotonía de la madre patria como por los cambios que se han producido mientras estaba fuera.

PASADOS GRANDES, PASADOS PEQUEÑOS

No sé quién dijo que el pasado es otro país, pero, examinando las fotografías escolares, los ochenta sin duda parecen otro planeta.

Gary ha traído treinta años de fotografías del señor Wolphram y estamos cribándolas. No está seguro de por qué, y yo tampoco, pero como reza el dicho (o no, no todavía, puesto que Gary acaba de inventárselo), «todo es una prueba hasta que deja de serlo». Es como lo de ser inocente hasta que se demuestre lo contrario, pero al revés; al fin y al cabo, dice, «la gente tiene más derechos que las cosas, ¿verdad? ¿Verdad?».

—Verdad[2] —respondo, con una falta de convicción que él nota y, a estas alturas, probablemente comparte: porque el señor Wolphram no tiene derechos. Va a ser como levantar la veda para darle caza: su sexualidad, si la tiene, su soltería, su educación... sobre todo, eso. Sin esperar a que sea acusado de nada, ya han desenterrado viejas fotografías: fotos de clase, algo del estreno de una obra dirigida por él, su foto de graduación (austera, sin fondo, solo él con toga y un diploma), tocando la guitarra con el efímero grupo de música que formaron varios compañeros de clase, Horspath Driftway, e incluso, Dios sabe cómo, un par de instantáneas de unas vacaciones cuando era pequeño: piernas delgadas y ateridas de frío, rótulas abultadas como nudos en una cuerda.

Solo.

Sin juguetes.

Sin padres tampoco, como bien observa Gary. Sin hermanos.

En la primera aparece retraído, buscando un lugar donde esconder la mirada. La clásica actitud infantil de intentar borrarse de la imagen, confiando en que, si tú no ves nada, tampoco te verán a ti. Está solo, apartando la mirada y también el cuerpo; apartándose a sí mismo. En la otra, como para compensar, nos mira fijamente. Es la misma mirada que uno ve en los hijos tísicos de los aristócratas en las fotos antiguas: ese anhelo condenado y distante que parece arrogancia y a veces quizá lo sea. O en los profundos ojos de potro de los niños Romanov mientras las balas les esperan, metidas en la recámara de los rifles bolcheviques. En algún punto del hilo telegráfico, viendo pasar los minutos que aún no han llegado, espera la orden para un posado familiar, y después los acribillan a tiros y entierran en cal viva sus cadáveres delicados y blancos como el jabón. A ese tipo de cara me refiero: pálida y apegaminada como una luna desvaneciéndose con la luz del día.

—Solo falta el traje de marinerito y una institutriz —comenta Gary.

Estudiamos las fotografías de izquierda a derecha, como frases; como palabras. Pero en ambos lados es tiempo lo que vemos, no espacio. El antes y el después, flanqueando ese monumento de

papel a los muertos *ahora*.

Tiene... ¿qué edad? ¿Nueve? ¿Diez? Eso fecharía las fotos a finales de los cincuenta. En blanco y negro, por supuesto, pero esa variedad de blanco y negro que indica que en lo fotografiado no había color. *Blanco y negro estilo la Inglaterra de los cincuenta* es una tonalidad que merece su propio lugar en la escala de grises, un punto intermedio entre el gris de la funda manchada del reposacabezas y el gris del ala de una paloma por la parte inferior. «¿Cuándo se inventó el color?», preguntó mi sobrina un día. Los adultos se rieron, pero nosotros sabíamos lo que estaba preguntando.

A los niños les resulta fácil imaginar momias y hombres de las cavernas e incas; a Cleopatra, el cohete de Stephenson, a Stalin y a Hitler, el *Gin Lane* y la guillotina. Muy fácil. Los dinosaurios deambulan por selvas imaginarias en los dormitorios infantiles de todo el mundo, rumiando y haciendo temblar el suelo con sus pisadas como en cualquier escenario jurásico de las películas. Los dinosaurios están a salvo. Puede que se extinguieran, sin embargo, les aguarda un próspero futuro.

Pero intenten describirle a un niño el sonido de la aguja raspando el vinilo entre canciones, el silbido de un hervidor, el chirrido de un casete al rebobinarse en el reproductor del coche. ¿Lo han intentado alguna vez? El verdadero abismo se abre entre el ahora y el hace unos años, el ahora y lo que acaba de desaparecer, no entre el ahora y el pasado remoto.

Marieke diferencia entre «pasado grande» y «pasado pequeño». Mi sobrina sabe que es el pasado pequeño el que se ha ido para siempre, y que el pasado grande sabe cuidarse solo. El pasado grande tiene museos y programas de televisión que velan por él. Tiene gobiernos, colegios y ejércitos para defenderlo... El pasado pequeño no tiene nada. Cuando me pregunta cuál es la diferencia entre lo olvidado y lo que nunca se ha conocido, es algo tan elemental que no soy capaz de responderle.

—Es como el programa de música en el que faltan los presentadores —dice—. Sin embargo, parecen iguales, ¿verdad? Dos nada. Dos cosas desaparecidas. Algo que ha desaparecido tiene la misma pinta que algo que nunca ha estado ahí.

Cierto, respondo, pero es a mí mismo a quien se lo estoy explicando: 0 es un hecho, pero $1 - 1 = 0$... bueno... ahí hay una historia, la historia de todo.

¿Mi infancia y la suya? Ahí es donde está el abismo.

Por eso ella y yo estamos haciendo un archivo, el archivo de pasados pequeños, sonidos perdidos, todas esas cosas que se deslizan directamente desde el día a día a... ningún sitio, a la nada. Son las cosas que estaban en todas partes y que ahora no recuerdan en ningún sitio las que le interesan, igual que a mí. Sigrid dice que se lo estoy contagiando a «su chica». Contagiándole ¿el qué?, pregunto. «Contagiándole tu... —Duda. La palabra es demasiado grande para lo que quiere decir, pero tal vez lo que quiere decir crezca hasta ajustarse bien a la palabra; tal vez ya lo ha hecho. Así que me la pone delante— aflicción».

Marieke es mi sobrina, la hija de mi hermana. Se pronuncia *Marika*. Significa «pequeña Marie». No sé en qué quedará cuando se haga mayor, pero en neerlandés conservamos el diminutivo en la edad adulta. Lo llevamos con nosotros hasta el final. En algún sitio, para alguien, y quizá en especial para nosotros, siempre somos el niño que éramos al principio.

Marieke tiene doce años y es alta para su edad: un metro sesenta y ocho. Su pasatiempo favorito es grabar cosas. Yo di el primer paso, como no deja de recordarme su madre, al regalarle una grabadora digital del tamaño de un mechero por su noveno cumpleaños. Desde ese día, lo ha

grabado todo: el sonido de la cisterna del váter, el timbre electrónico del autobús cuando pulsa para solicitar parada, a sus profesores regañando a alguien. Espía el mundo dormido y archiva las pruebas. De hecho, así las llama: pruebas. Y no es lo único que le he contagiado, porque le fascina mi trabajo, más que a mí, y se imagina llevando el mundo entero a juicio algún día con el material que haya reunido.

Como ha agotado las cosas habituales —sirenas, bocinazos de coche, cantos de aves—, sus gustos se han vuelto más rebuscados. Un día la encontré grabando la niebla, dejando el aparato fuera mientras la niebla cubría el jardín. La niebla no hace ruido, le dije. «No, pero hace que las cosas suenen diferente —insistió—. Escucha». No oí más que el transcurso silencioso de una noche, el susurro de los árboles con el viento suave, los pasos quedos de algún animal en la hierba, el sonido apenas perceptible de coches y sirenas de tren tomando alguna curva a lo lejos. Marieke me dice que ese es el sonido de la niebla: la atenuación. Yo le digo que no, y eso la frustra, deja el sándwich de Nutella —lo unta apurando al máximo la rebanada, hasta el mismísimo borde de la corteza, como un diestro enlucidor una pared— y lo busca en internet. Para gran satisfacción suya, lo encuentra en su página favorita, *The Everyday Scientist*:

P: ¿La niebla cambia los sonidos?

R: ¡Muy buena pregunta! Lo hace, sí. La niebla está formada por partículas minúsculas de agua suspendidas en el aire. El sonido llega en forma de ondas y vibraciones, y las gotitas de agua absorben parte de estas últimas, por eso el sonido nos llega atenuado o no viaja tan lejos. Los sonidos más agudos se ven aún más afectados por la niebla, y esa es la razón por la que las sirenas de los barcos tienen un tono muy bajo, para que sean oídas desde más lejos.

Una vez más, tengo que darle la razón. Su curiosidad es insaciable pero selectiva. No le interesa la moda ni la música pop, ni los peluches ni los muñecos de ninguna clase, ni los videojuegos ni los dibujos animados; y es inmune a la presión social. Ignora todo aquello que está claramente pensado para niños. Y eso incluye a los profesores.

Marieke intenta grabarse pensando, para lo cual acerca el aparato a su sien y se concentra en las cosas que le gustan. Le gustan muchas cosas, y se pasa horas así. Acercaría la grabadora a la boca de un mundo agonizante si creyera que existe la posibilidad de grabar su último aliento.

De vez en cuando se mete en líos. A los profesores no les gusta esa afición, y hay cuestiones, como dicen ellos, relacionadas con la protección de datos. Han llegado a insinuar que tal vez sea obsesiva o autista, o padezca uno de esos trastornos para los que no dejan de buscar nuevos acrónimos. Sigrid solía llevarla a psicólogos, y de tanto en tanto, cuando Marieke era más pequeña, algún especialista iba a observarla mientras jugaba en el colegio y en casa.

Yo creo simplemente que tiene mucha curiosidad, además de una capacidad poco común para concentrarse en lo que le interesa y olvidarse de todo lo demás.

Suele pasar un par de tardes a la semana conmigo, y a menudo se queda a dormir, cuando mi hermana sale hasta tarde con sus amigas o le da por tantear, y a menudo algo más que tantear, el mercado de solteros en internet. Cuando se mete de lleno en ese mercado, cuando está hasta las cejas en el mercado, Marieke y yo buscamos cosas que grabar.

Volviendo al presente, volviendo al aquí y ahora, el señor Wolphram no tiene donde esconderse, hacia dónde apartar la mirada. Ni él ni nosotros. La prensa les ha hecho algo a las

fotografías que han conseguido. Deben de haber hablado ya con sus vecinos y sus excompañeros de trabajo, pagándoles en efectivo o con halagos. A las fotografías les han aplicado, como dice Gary, el filtro «bicho raro». Es difícil señalar qué se ha retocado exactamente, pero aparece asustado, deslumbrado por el *flash* y rezumando culpabilidad.

Pero ¿eso es lo mismo que ser culpable?

«Hombre interrogado por el asesinato de Zalie Dyer: la policía interroga a un profesor local —dice la edición digital del *Evening Post*—. ¿Cerca de una detención?». Lo firma Lynne Forester e incluye una imagen del señor Wolphram: un primer plano sacado de un concierto en los ochenta. Ojos muy abiertos, mirada de sorpresa y enfado, la palidez de su piel exagerada por el *flash*. Lleva sombrero, pajarita negra y un abrigo que, un poco hinchado por el viento, parece una capa. Es una de las fotos que acabarán más adelante en todas las portadas. «Señor Drac», lo apodará uno de los tabloides.

Paradójico, en realidad, pues serán ellos los que se darán un festín con su sangre. Pero, sí, en esa foto parece recién salido de un ataúd.

Él todavía no lo sabe, pero ya parece lo que es: una presa.

Pronto encontrarán también a alguien que mienta sobre él. Es solo cuestión de días, tal vez de horas. No he leído los periódicos ni los tabloides, y todavía no hay ediciones impresas, pero incluso la prensa seria ya lo recoge: el vilipendio y la calumnia, las insinuaciones y los rumores. Es como la humedad en las paredes, la putrefacción de la madera, la carcoma y cualquier otra forma feroz y exultante de corrosión de una estructura o deterioro de un tejido que uno quiera utilizar como metáfora.

Gary no se preocupó cuando el portavoz del gabinete de prensa nos envió el enlace al *Evening Post*. Sigue sin preocuparse; cree que es culpable y que eso lo forzará a confesar, pero todavía no hemos llegado a ese punto y Gary está inquieto.

—Solo un poco de monstruosidad —dice.

«Un poco». Igual que te pones un poco de té en la leche o haces un poco de jardinería cuando el día está despejado. Ya circula por las webs de noticias, aparece como sugerencia en los buscadores, empieza su desfile hipnótico, telegráfico y en bucle por la barra de titulares debajo de los presentadores y los sofás del plató..., HOMBRE INTERROGADO EN EL CASO ZALIE... AL PARECER ES UN PROFESOR LOCAL... LA LIBRA CAE EN PICADO FRENTE AL EURO... HOMBRE INTERROGADO POR EL CASO ZALIE... AL PARECER ES UN PROFESOR LOCAL... FATBERG «DEL TAMAÑO DE UN TRANSBORDADOR»... HOMBRE INTERROGADO POR EL CASO ZALIE... AL PARECER ES UN PROFESOR LOCAL...

Pero Gary está preocupado porque, por mucho que le hierva la sangre al pensar en lo que ha hecho el señor Wolphram, no está tan convencido como le gustaría. Me hierva la sangre, dice, y hace una pausa para buscar una palabra que exprese un nivel más que hervir, y acaba conformándose con *literalmente*, que es siempre el nivel superior.

Literalmente: piensa en sangre alcanzando su punto de ebullición, caliente en una sartén: eso es lo que está pasando dentro de Gary, por sus brazos y su cuello, bajo su piel; no es líquido lo que le circula por las venas, son globos tensos y resbaladizos, rojos y duros como bolas de billar golpeadas por un taco invisible. Se puede oír cómo chocan unos con otros.

Por mucho que odie al señor Wolphram y a los de su perfil —es lo que ocurre cuando te conviertes en sospechoso: de repente tienes un perfil—, sigue pensando que es la policía quien tiene que descuartizarlo y no la prensa ni los grupos de vigilancia callejera, que ya rodean su casa

con aerosoles, ladrillos y bates de béisbol. Como todas las personas injustas, Gary necesita contar con la injusta ventaja de que nadie más sea injusto.

Pero incluso Gary se está echando atrás. Quiere pillarlo y juzgarlo con todas las de la ley, y, si de él dependiera (*sidemídependiera*), castigarlo con la pena de muerte —con él como verdugo—. Pero las cosas no van bien. No hay confesión, para empezar, y tampoco pruebas. Las horas no cuadran, además. No hay coartada, pero, claro, ¿qué coartada va a tener un hombre que vive solo, casi no ve la televisión, hace dos llamadas de teléfono a la semana a una tía anciana que vive en Hastings (tenemos los registros: 6:45 p. m. jueves y domingos, siempre entre diecisiete y veintitrés minutos), y escucha a solas recopilaciones de ópera en una cadena de música que cuesta una mensualidad de la hipoteca?

También tiene vídeos y DVD de películas escandinavas. «No de esa clase, Gary, no de esa clase». Pero, para Gary, eso es aún peor, no mejor, porque «un poco de porno lo humanizaría».

El señor Wolphram podría haber sido simplemente un pervertido aficionado a la pornografía, pero ahora es un pervertido no aficionado a la pornografía; un asexual despiadado que abomina del trato carnal.

Si la inocencia puede pintar tan mal, ¿quién necesita culpabilidad?

También tenemos una relación de sus gastos. El banco ha sido rápido: discos de música clásica, varios DVD de cine europeo, libros de poesía y comida selecta de supermercados selectos. Los hábitos de consumo de un solitario adinerado: poco, a menudo, caro, preciso. ¿Móvil? ¿iPod? Se vacía los bolsillos, pero ya están vacíos, así que les da la vuelta y los deja colgando ridículamente como calcetines de su cintura, dejando caer un confeti de restos de pañuelos de papel y borra acumulada en las costuras.

—No tengo de eso.

Ya no cabe duda alguna: el señor Wolphram va a ser el ogro eremita y cultureta del país.

Mientras tanto, ahí fuera —como la gente a la que encerramos, nos referimos al mundo real diciendo «ahí fuera»—, todo avanza como si el caso hubiera quedado visto para sentencia, o, como le gusta decir a Thicky, «pisto para sentencia».

Thicky es el idiota de la comisaría; su estupidez es tan banal y genérica que nadie se molesta en ponerle un mote original, ni siquiera Gary, que se saca motes de la manga con la misma facilidad con que Adán ponía nombre a los animales en el Génesis. «Y cada ser vivo llevó a partir de entonces el nombre que le puso Adán». De ahí «Thicky: hace lo que pone en el bote»^[3], dice Gary (que no tiene apodo), jugando con el eslogan de un conocido producto de bricolaje, cuya genialidad consiste en anunciar lo superfluo del anuncio.

Cuando llegó Gary, el jefe de la comisaría era conocido como el Zángano. No era muy original, pero, después de que corriera la voz de que se había sometido a una vasectomía, Gary supo que podía mejorarse: ahora tenemos al Zángano Desorientado, lo que añade un doble sentido shakesperiano a los niveles habituales de obscuridad inculta de Gary. Normalmente es solo el Desorientado. El Desorientado está ahí, lento y abatido pero siempre vigilante detrás del acuario enorme empotrado en la pared que separa su despacho. «Como una especie de jodido pez escritorio», dice Gary. Así que Pez Escritorio a veces se impone a Desorientado, e incluso, cuando el sentido del humor de Gary se decanta por series policiales de corte clásico, Ironside, porque, si tiene piernas, nadie se las ha visto.

Pez Escritorio parece más inteligente de lo que es porque adopta la actitud de quien acumula ideas y las expresa a regañadientes. Consigue engañar a sus superiores, pero no a quienes trabajan

con él a diario. A mí también me tuvo engañado unos minutos. «El Inescrutable», así lo llamé en mi primer día de trabajo. «Ahí no hay nada que escrutar», me corrigió Gary.

Gary no se molesta en ponerles apodo a los abogados, así de bajo es el lugar que ocupan en su clasificación de los seres vivos. Para él son simplemente «este gilipollas» o «ese gilipollas». Mi apodo es Profe, por mi doble titulación en Criminología y Psicología. A veces me llama University Challenge, por el concurso televisivo menos glamuroso del país. Tiene preguntas difíciles y no hay premio monetario, lo que, según él, le recuerda a su vida. «¡Manos en los pulsadores!», grita cuando me ve entrar. Fingimos menos aprecio el uno por el otro del que nos tenemos en realidad. Cuando logro controlar la situación, me felicita diciendo: «El profe tiene hoy la mano en el pulsador». Pero ya hace semanas que no oigo eso.

Los dejo haciendo sus cosas, al Zángano Desorientado, a Thicko y al nuevo, Dave Pequeña Pantalla, que se comporta como si estuviera en el episodio piloto de una serie policiaca destinada a la televisión pero que acaba descartada. Y a Gary. Mientras el señor Wolphram pasa la noche en comisaría, Gary va a achicharrarse en su escritorio hasta que sea la hora de pedir comida para llevar, una cena que tomará delante del ordenador, y después, en torno a medianoche, volverá en coche a su apartamento, dormirá mal, se cortará afeitándose, se saltará el desayuno y le gritará a la radio. Lo que suelen hacer los policías de las series, en lo que a comportamiento se refiere.

Gary Pequeña Pantalla; aunque ese apodo, a decir verdad, nos iría bien a cualquiera de nosotros.

Nuestras vidas se contraen para ajustarse a la tele. Primero las cámaras retrocedían y se utilizaban objetivos de gran angular para abarcar más vida en el plano; después, de algún modo, sin que lo notásemos, empequeñecimos nuestras vidas para que cupieran en la pantalla.

¿Es eso lo que ha ocurrido?

Sabemos que la historia empieza a circular por ahí. Está empezando como algo pequeño, sin nombres todavía, pero es bastante evidente: «Un hombre, que según parece fue profesor en un colegio local...». Después llega el discurso oficial: «Ayudando con la investigación, se le está interrogando, relacionado con la víctima». De momento, nada concreto, solo las filtraciones generales, lo que significa que mañana, o (si tenemos suerte) pasado, la comisaría saldrá en todos los canales de televisión locales. Pero su rostro es inconfundible y, aunque todavía no se ha afirmado nada, ya se comenta en todas las páginas web de noticias.

Es el contrapunto del odio: los necios, los maniáticos, los hacedores de buenas obras, los loqueros del descanso para el café, los resentidos y los amantes de la polémica, los homófobos y los racistas atiborrados de cerveza, todos con sus seudónimos y sus nombres de guerra informáticos: OrgulloBlanco, Espadadelaverdad, Brexitron, CazaFeminazis. Mayusculaetristas y triplistas de los signos de exclamación. Banderas del Reino Unido en los nombres de usuario de Twitter. Leones y águilas.

—Al menos es democrático —digo, de forma un tanto banal.

—Los váteres son democráticos —replica Gary, cuyas metáforas aluden casi siempre a la producción y gestión de residuos. Desde lo del *fatberg*, no deja de hablar de él.

No son las máquinas las que me dan miedo, como suele decirse, sino la gente convertida en avatares al otro lado, donde ya no son del todo humanos, como una nueva especie de centauro, medio carne, medio... pantalla táctil, nombre de usuario en Twitter, seudónimo de videojuego. Hace dos años, investigamos un caso de ciberacoso infantil por internet. Cuando atrapamos al culpable, no se trataba de un adolescente con la cara llena de granos ni de un gordo inadaptado y

devorador de hamburguesas y comida de microondas. No era un bicho raro al que han dado de lado sus amigos y se mata a pajas en su habitación, con la piel como carne curada en un sótano, tal y como vemos en las películas. Era un hombre apuesto e inteligente de cuarenta y un años con mujer y dos hijos en el Chapelton College, un buen trabajo como agente de seguros y una casa cerca de la universidad. Todas las noches, durante un par de horas, perseguía a adolescentes en Facebook, Twitter, Instagram y dondequiera que los encontrase. Muy fácil: los chicos se apiñan en la mira de internet del psicópata común como antílopes en un abrevadero; apunta con tu ratón, haz clic y liquidalos.

«Haz clic y te lo llevamos a casa», reza el eslogan del servicio a domicilio de un supermercado. Y bien podría ser también el lema de los cazadores de niños en la red.

Iba principalmente a por niños que vivían cerca. Creo que lo hacía así para disfrutar de la excitación de cruzárselos por la calle de camino al trabajo o rozarse con ellos en el autobús o por el centro los fines de semana. Les decía que se suicidasen, que sus amigos y familiares los odiaban. Les recomendaba páginas web para suicidas. Incluso se registraba con ellos para preguntarles a qué estaban esperando, «adelante, hazlo, haznos a ti y a todos los demás un favor...». Ninguno llegó a hacerlo, no en el marco de tiempo que nos permitía conectar la palabra con la acción, su palabra con la acción de sus víctimas. La palabra y la acción: ¿a partir de qué punto ya no puede decirse que una sea la causante de la otra? ¿Un año? ¿Cinco? ¿Diez? ¿Hay una ley de prescripción para las palabras y sus consecuencias?

Cuando fuimos a interrogarlo, estaba cocinando espaguetis a la boloñesa mientras su hija de ocho años, agarrada a su espalda, se reía y le pegaba con una cuchara de madera. Su hijo de trece años hacía los deberes, y su mujer estaba tomándose una copa de vino blanco frío que sujetaba por el pie como hacen en los anuncios. En sus manos y su cuello aún no se había apagado del todo el bronceado tropical de las vacaciones de mediados del trimestre, reforzado por algunas visitas adicionales al *spa*. La escena parecía un anuncio; un anuncio en favor de la familia, del éxito, de un estilo de vida, de tener hijos, de ser adinerado, de recibir siempre la mejor mano por mucho que se baraje y de saber que siempre será así independientemente de quién reparta las cartas; de que, la mayor parte de las veces, serás tú quien reparta. Nos condujo a su estudio, inició sesión en su portátil, nos lo enseñó todo y lo admitió enseguida.

—Solo pretendía divertirme un poco —dijo—. ¿Cómo iba a imaginar que se lo tomarían en serio? Era como un juego de rol.

Llevaba una vida brillante. Así pues, ¿qué oscuridad interior estaba llenando con aquello?

Había sido prudente, además: nada sexual. No hubo acoso sexual. Cuando Pequeña Pantalla se casó con una mujer doce años mayor que él, Gary dio un discurso en el banquete en el que felicitó *a la novia y al acosado*[4]. Pero no había acoso en este caso; solo mala intención, curiosidad amoral y maldad despreocupada. Y somos indulgentes con la maldad, el rencor, el odio... porque la ley no puede tocar lo que no puede definir. El asunto se saldó con una condena condicional de seis meses, después de convencer al juez de que lo consideraba un juego. «Nunca lo habría hecho en la vida real», dijo. *La vida real*. Se hace cada vez más difícil oír esa frase, ver el vínculo entre la real y la... como quiera que sea después de unas horas con una videoconsola o un teclado.

—He visto dos asesinatos —dice Gary—, drogas y alcohol; cabezas reventadas y desvanecimientos. He encontrado muerta a gente de la que nadie se acordaba, pudriéndose en sofás o detrás de montañas de correo basura, con los dedos mordisqueados por sus gatos. Cosas asquerosas, cosas tristes, noticias de relleno entre muertes de famosos y vistosas persecuciones en

coche televisadas. Muertos a los que no quería nadie y, en algunos casos, ni siquiera conocía nadie. Pero lo único que me ha provocado pesadillas es un hombre de familia en su casa de alto *standing* animando a los hijos de otros a suicidarse.

Si algo puede robarle el primer puesto a eso en la clasificación de pesadillas de Gary, es el caso que nos ocupa ahora. No porque sea truculento —bien al contrario, es ferozmente immaculado—, sino por los rincones de la mente que tendremos que visitar antes de que esto haya terminado.

EL FATBERG

La prensa está husmeando por ahí en busca de exalumnos y compañeros del señor Wolphram, de historias con las que crear historias. Si es inocente, seguirán su camino, dejándolo abandonado en la cuneta de la información para que haga el destrozado camino de vuelta a lo que hayan dejado de su vida. El *Evening Post* ya tiene algo, pero los hemos convencido para que esperen. Aunque no ha sido gratis. El precio es Lynne Forester.

—Un dato curioso sobre Lynne «la Loca» Forester —me dice Gary—: tiene noventa mil seguidores en Twitter, lo que supera en un cuarenta por ciento la cifra de lectores de su periódico.

Los periódicos nacionales andan al acecho; también olfatean la podredumbre de la noticia en el aire. La perciben igual que los cuervos perciben el olor de un animal muerto en la carretera.

Fuera de la comisaría, cae una llovizna que se asienta en la cara como una fina capa de saliva, y el aire está hinchado con una gasa de niebla, de tal forma que parece que lo veamos todo a través de una mosquitera húmeda. Las apuestas por una Navidad nevada son optimistas en relación a lo improbable de ganarlas. Todos ponemos cinco dólares al blanco. No queda más remedio.

Hay furgonetas y luces por todas partes, y, por un segundo, pienso asustado que la historia ya está circulando. Pero las luces estroboscópicas son de vehículos del ayuntamiento con su resplandor reglamentario, no de furgonetas de televisión. Están excavando.

Justo delante, entre la plaza mayor y la comisaría, están levantando la calle y limpiando las toneladas de grasa que se han solidificado en las alcantarillas. Son las filtraciones de millones de frituras y asados, todo ese pringue blancuzco que se desliza por los subterráneos de la ciudad. Lo he visto en el informativo local, donde han mostrado el plano de la cloacópolis, con sus calles y avenidas. Todos los residuos de los que pensábamos que nos habíamos deshecho estaban cuajándose y endureciéndose tan solo unos metros por debajo de nuestros pies. Es como si nos mirásemos en un espejo de mierda, dice Gary, que da en el clavo sin necesidad de hacer referencia a Freud o a Jung o al mito de Narciso.

—En lugar de cocinas y cuartos de baño y dormitorios, es mierda y grasa, pañales, condones y tampones. Todo lo que hacemos aquí arriba ocurre a su modo ahí abajo.

Ahora han abierto el suelo y, bajo la fina lluvia, el asfalto que han levantado para abrirse paso brilla a ambos lados de una hinchazón de lodo medio sólido, medio maleable, una crema ondulada de color beis amarillento con vetas marrones y erizada como un puercoespín de botellas, papel de aluminio, papeles y trozos de plástico.

Fatberg, lo llaman, pero, a diferencia de los icebergs, los *fatbergs* no se rompen. Crecen y se hinchan como un globo y se expanden y son inmunes al calentamiento global y a los cambios de

temperatura, a si va a nevar o no estas Navidades.

Gary vio una entrevista al ingeniero jefe en la que este advertía que, si no lo desatascábamos pronto, veríamos cómo nuestras cagadas volvían a subir a buscarnos sin darnos tiempo a tirar de la cadena.

—No lo dijo con esas palabras —aclara Gary.

Los bomberos están separando con chorros de agua a presión pedazos del *fatberg*, que son extraídos después por una excavadora que los carga en camiones o cavados a palazos por hombres con mascarilla. El trabajo les llevará nueve días. Las mangueras están separándolo en bloques movibles, y la mole se alza ahí delante, venosa y veteada, llena de fisuras como un mineral que estuviera siendo extraído. Algún que otro pedazo, del tamaño de un maletín, acaba en la acera, donde se desliza sobre su propia espuma como manteca calentándose en una sartén. Huele, pero nada que ver con el hedor a detritos y carroña defecada que uno esperaría: es dulce y bastante ligero, lo suficientemente discreto como para tentarte a aspirar con curiosidad por la nariz una vez más. Cuando el cerebro por fin lo reconoce, cuando el conocimiento se sincroniza con los sentidos, te dan arcadas y querrías tapar todas las zonas de tu cuerpo que se abren y dejan entrar el mundo en tu interior: los ojos, la nariz, los oídos y la boca.

Entre la fronda de palos de selfi, una madre joven que observa la operación acaba vomitando y salpicando las ruedas color regaliz de un caro cochecito de bebé. Hay una ola de *flashes* de los móviles con los que la gente está haciendo fotos. #Fatberg. #FatbergSelfie.

Los reporteros están preparados para la sección local del informativo de las seis, cuando la voz desde el centro del país anuncia: «Ha llegado el momento de *Las noticias cerca de ti*». Abren la sección con el *fatberg*. O, como lo llaman en las redes sociales, el Berg.

—Ese de ahí —dice Gary, evitando decir su nombre (no le gusta hacerlo porque decir el nombre de alguien lo convierte en una persona, y eso le da miedo. Si el señor Wolphram se convierte en una persona, Gary no será capaz de hacer y decir las cosas que quiere hacerle y decirle)— tiene como mucho veinticuatro horas antes de que la prensa lo localice, antes de que lo despellejen y le saquen los huesos, hagan picadillo su vida de mierda y lo avergüencen por todos esos libros y óperas que tiene metidos en su brillante cabezota.

«Con la que se le viene encima, casi espero por su bien que sea culpable. ¿Tiene eso sentido?», pienso. O eso creo, que *lo pienso*, pero entonces me doy cuenta de que lo he dicho en voz alta.

—Sí —responde Gary en voz baja—, lo tiene. —Se acerca a la ventana, rascándose el cuello con un bolígrafo—. Un mundo extraño este, en el que lo único que se interpone entre un linchamiento y tú es una bola de mierda y grasa del tamaño de un supermercado.

Michael Wolphram tiene sesenta y ocho años, y se jubiló anticipadamente hace diez, cuando el colegio se hizo mixto. «Correlación no es lo mismo que causalidad», dice la ley, pero a la prensa eso le da igual. Y también a nosotros, llegado el caso.

Para mí, él no ha cambiado nada, aunque advierto —haciendo un cálculo rápido— que debía de tener por aquel entonces treinta y pico. Más joven de lo que soy yo ahora. ¿Siempre pasa lo mismo con los profesores? Parecen tan viejos en los recuerdos, tan lejanos. Años después, tenemos la impresión de haberlos adelantado como un transatlántico adelanta a otro mientras observamos desde la orilla: se ponen a la misma altura, uno desaparece detrás del otro, se esfuma, pero entonces asoma por delante y se aleja.

Tal vez yo he ido cumpliendo años y él no; tal vez lo he adelantado; tal vez el tiempo elige para quién va a pasar y cómo.

No ha engordado, ni le han salido arrugas, ni ha perdido pelo. Va vestido como un jubilado irascible, igual que cuando trabajaba. En las fotos retocadas con el filtro «bicho raro», se ha resaltado una juventud en su rostro que resulta casi antinatural. En la mayoría aparece con sombrero —esos fedora o flexibles que eran uno de sus sellos distintivos—, lo que invita a pensar enseguida en un espía solapado, o en un villano medio en sombra e inclinado como una farola, sacado de una película de serie B, con el rostro iluminado desde abajo por una cerilla.

Es un bicho raro de manual. Y lee libros.

Cuando lo metimos en la comisaría por la puerta de atrás, los fotógrafos estaban preparados. Un grito se elevó por encima de los demás, una voz en medio de la marabunta, potente y clara como un petardo: «¡Sácale una foto a esa bolsa para libros!». Miré y, sí, llevaba una de esas bolsas gratuitas de arpillera para libros. «¡Adoro los libros!», rezaba, con un corazón de San Valentín sustituyendo el *adoro* y, anunciados todo a lo ancho con alegre tipografía, el nombre de la tienda y su dirección —una galería comercial en el casco antiguo—. La librería tuvo que cerrar. Les rompieron los cristales de los escaparates con ladrillos y les llenaron el buzón de mierda. «Yo [corazón] los libros» o, lo que es lo mismo, «La obsesión secreta de un monstruo», como lo expresó Lynne Forester.

Dicho de otro modo: al hombre le gustaba leer.

A la mañana siguiente estamos en el apartamento del señor Wolphram y tenemos a lo sumo seis horas antes de que salte a los informativos. Antes de que los informativos salten *sobre él*. Dejemos que el *fatberg* se deslice hacia abajo en la portada: hagamos sitio al monstruo.

Los forenses han llegado y se han ido, y, aunque no me lo han confirmado, sé que no han encontrado nada. Pero no es el tipo adecuado de nada: es una nada que no lo exonera y tampoco prueba su culpabilidad. No nos servirá para acusarlo y no le servirá a él para librarse. Los uniformes blancos de plástico han estado entrando y saliendo de la casa durante toda la tarde mientras los vecinos sacaban fotos con su teléfono móvil. Todavía no hay periodistas, pero alguno debe de haberle vendido sus instantáneas al *Evening Post*, porque ya están en internet.

Dave Pequeña Pantalla revisa las recopilaciones de ópera, y silba cuando reconoce alguna pieza.

Gary busca en las cajas de fotografías. Nos llevamos una alegría cuando las encontramos; tenían una pinta prometedora: niños, colegiales de uniforme y con ropa de calle, en actividades deportivas, obras de teatro y piscinas. Gary se relajó y se puso a la faena. Pensó que lo había encontrado.

—Encontrado ¿qué? —pregunté.

—No lo sé... —dijo—. *Eso*.

Pero, de momento, nada de *eso*. Las fotos son legales: una caja de zapatos para su infancia, ocho fotos adobándose en aire viciado. Les llegará el turno. Primero, las otras tres cajas: esas fotografías escolares alargadas y enrolladas con su panorama de rostros borrosos apenas reconocibles, fotos de clase, recortes de prensa, programas de conciertos. Hemos comprobado su ordenador y está limpio, casi vacío —«sospechoso», dice Gary—, pero lo han analizado. No se ha borrado nada y solo se ha descargado información sobre cine y conciertos, folletos de vacaciones, partituras, circulares escolares. En otras palabras, *absolutamente nada sospechoso*. Pero Gary sería el primero en decirnos que hoy en día lo más sospechoso es no ser sospechoso.

Tampoco hay nada borrado en el historial del navegador. Sus búsquedas son concretas — información sobre libros y ediciones, música clásica, escritores...—, y los términos de búsqueda son oraciones muy elaboradas. Es como si estuviera dirigiéndose sin abreviaturas a una persona en lugar de introduciendo palabras clave en una máquina. «¿Dónde puedo comprar fieltro para macillos de piano en la zona sudeste?».

Gary golpea la pantalla con el dedo.

—¿Se creará que hay un hombrecillo ahí que te responde si le preguntas con educación?

Sus búsquedas, casi todas, están relacionadas con artículos que compraba en tiendas físicas hasta que cerraron. Las cosas que le interesan al señor Wolphram han encontrado en internet su santuario, especies en peligro de extinción que han visto destruido su hábitat en el comercio minorista: libros de segunda mano, elepés y cajas especiales para guardarlos, agujas de tocadiscos, líquidos para limpiar cabezales para casete, cables para maquinillas de afeitar eléctricas, cuencos para el afeitado. Los hípsteres les han dado a algunas de ellas una nueva vida en tiendas retro, pero seguramente él no sabe que existen.

—Tenemos aquí a todo un surfista de internet, ¿eh? —comenta Gary.

El señor Wolphram no oye el insulto, solo la pregunta en la que viene envuelto. Se toma un momento para reflexionar, como si hubiera en ella sincera curiosidad y se hubiera formulado sin mala intención. ¿Lo ha desconcertado la metáfora del surfista? Porque se diría que está considerando si es ajustada en su caso. ¿Es la primera vez que la oye? Quizá. Parece menos seguro de sí mismo hoy; crispado e inquieto.

—No, yo no lo expresaría así. Más bien soy un buzo. —Lo dice con un deje de orgullo, satisfecho de devolver la metáfora, de volver a tener las palabras bajo su control, donde han estado siempre.

Pestaña e intenta sonreír y, por un momento, hasta Gary se da cuenta de que se está esforzando por ayudar, de que es un jubilado ingenuo y con poco mundo que por fin —después del sarcasmo y el aire de superioridad del primer interrogatorio— empieza a entender que esto no es un juego. Es su segundo día en la comisaría. No le hemos dicho que vamos a solicitar más tiempo para interrogarlo, pero lo sabe. No deja de mirar su reloj. Con la de series policiacas que echan por televisión, sería de esperar que tuviera una idea más aproximada de cuál es su situación.

—¿Le espera alguien en casa? —pregunta Gary. Ahora el tono no admite interpretaciones. Es amenazador y despectivo.

El señor Wolphram baja la vista a la mesa. Lo piensa.

—No —responde sorprendido, como si acabase de darse cuenta de que vive en un mundo en el que las personas tienen quien las espere en casa. Echa otro vistazo a su reloj, y enseguida vuelve a tapanlo con el puño de la camisa, como un colegial al que han sorprendido con ganas de que termine la clase—. Nadie.

Por eso Gary se alegra de haber encontrado las fotografías y las llama «tesoro escondido». Si algo es un tesoro escondido, o está en un tesoro escondido, o está escondido como un tesoro, lo más probable es que sea ilícito, de contrabando. Tiene una connotación negativa. Gary intenta que no se note, pero es inteligente. Él cree que ser listo es de amanerados, y tal vez «un poco gay». Como mínimo, de *metrosexual*. No quiere que lo confundan con el tipo de persona que pide aceitunas o guisantes de wasabi en un bar. También es amable; pero, como la amabilidad no encaja en la imagen que tiene de sí mismo de policía tosco y cínico, sin vida más allá del trabajo y con una forma de hablar cargada de fanfarronería, tenemos un acuerdo tácito para fingir que no lo

es. Hoy resulta fácil, porque se está mostrando especialmente violento e insensible. Lleva la misma ropa que ayer y huele a malhumor. Está arremetiéndolo contra el señor Wolphram, haciéndolo sudar, atacándolo sin piedad: verbalmente al principio, y después solo con la mirada y el silencio. Gary tiene un talento especial para hacer eso —como he tenido oportunidad de comprobar—, y la gente acaba deseando que les pegue con tal de romper el hielo: romperlo con su cara, si es necesario.

Ahora Gary está en casa del señor Wolphram, feliz y con las piernas cruzadas, pasando fotos, levantándolas para estudiarlas mejor, dejándolas otra vez en su sitio.

—Un buzo... —dice con sorna—. Está bien, Jacques Cousteau, veamos qué guardas bajo cubierta...

Gary ha dado con algo. Cree que ha dado con algo. Niño + piel desnuda + fotografía = *algo*. Aprieta la mandíbula y aspira; suena como si le estuvieran chupando la sangre a un radiador. Los huecos entre sus incisivos están cubiertos de sarro del mismo color que el del fondo de las teteras. De vez en cuando se quita un trozo con la tapa del bolígrafo, lo desmenuza en el escritorio y, a continuación, lanza de un manotazo los restos a ese hueco que hay en todo despacho, donde van a parar los pelos, las escamas de piel y los mocos para comenzar su transformación en polvo.

—¿Alguna vez te has preguntado dónde se va todo, profe? —me dice, y no es una gran pregunta metafísica, sino una muy concreta—. Toda la piel, y el pelo, y los trozos de uñas, y las cutículas, y los mocos. Todas las sobras, todos esos depósitos.

Gary está obsesionado con saber, como dice él, «dónde se va todo». Pero en su caso no es una cuestión relacionada con el alma, el espíritu o la mortalidad. Es una muy concreta sobre los residuos, la basura, lo que queda atrás, lo que se abandona, lo que se agota.

—Nos bebemos la orina de la semana pasada y las aguas residuales, una vez han completado su recorrido a través del sistema, y las beberemos miles de veces antes de cumplir los cuarenta. Seguimos comiendo cosas muertas y cagándolas para que las limpien las máquinas, hasta que de repente todo se atasca y nos encontramos con un maldito *fatberg* gigantesco bajo nuestros pies. —Hace una pausa—. Así que la respuesta a la pregunta de dónde se va todo es que... no se va: se queda.

El *fatberg* se ha convertido para él en un espejo del mundo. Dedicar su tiempo libre a buscarlo en internet, a buscar otros *fatbergs*: los ha encontrado en México, Texas, Eslovenia, China y la India. Primos de nuestro *fatberg* que se cuelan en las webs de noticias de su país y producen la misma mezcla de repugnancia y fascinación. El de Texas tiene una extraña forma de rombo, como un submarino de grasa sucia. El de México ha ido subiendo poco a poco hasta levantar bocas de alcantarilla como un dandi tocándose el sombrero ante una dama. Pero son familia y, como todas las familias, se parecen. Seguramente los componentes difieren un poco, en función de la dieta, la infraestructura o el clima, pero es el mismo principio: la infinita historia de nuestros desechos.

Gary tiene incluso una foto del *fatberg* clavada con una chincheta en el tablero de corcho que hay encima de su escritorio, donde otro pondría fotos de su marido o de su mujer, o los dibujos que sus hijos han hecho en el colegio.

Para él es un recuerdo de que va a morir, como el cráneo sobre el escritorio en la esquina de algún cuadro renacentista: *Eram quod es; eris quod sum*: «como tú eres ahora, fui yo una vez; como yo soy ahora, serás tú algún día». Cieno de *fatberg*, carne roja, vertedero de basuras.

A continuación, como era de esperar, Gary ofrece su teoría de la civilización:

—Desde que el primer hombre cagó por primera vez, el mundo no ha dejado de girar. Éramos

todos nómadas hasta que inventamos las alcantarillas; durante miles de años, estuvimos trasladándonos sin cesar para huir de nuestros excrementos, y entonces, ¡bingo!, alguien inventa un sistema de alcantarillado y dejamos de movernos, construimos casas, galerías de arte... universidades para gente como tú. Jugueterías y comisarías de policía. Bloomingdale's. Seguimos cagando en el río, ojo, solo que no nos ponemos de cuclillas en la orilla. Y no soy yo quien lo dice, profe, es el Discovery Channel.

Ahora mismo, Gary está en silencio y completamente absorto en las fotografías. Las está separando en dos montones: niños y adultos. Ropa, menos ropa, pero ninguna *sin ropa*.

Cojo uno de los montones: un *tesoro escondido*. Están cuidadosamente apiladas, sujetas con una goma elástica como una baraja, con pósits para marcar los años. Gary ha revisado desde 1979 hasta 1984 y no ha encontrado nada. No obstante, ha seleccionado unas cuantas y las ha dejado aparte. Me doy cuenta de qué va buscando: fotos de chicos con ropa de deporte, o con pantalones cortos manchados de barro; una donde dos de ellos se están quitando la camiseta de fútbol; otra del equipo de natación. La del equipo de natación, desde cierta distancia, parecen trozos de carne en el escaparate de una carnicería: cinco chuletas por diez libras. La piel de gallina que lucen todos es buena prueba del frío que hacía allí, en aquel entonces: en la época en que nos hacían nadar, en enero, en piscinas descubiertas.

Sé lo que quiere Gary, y es lo que queremos todos: una oportunidad para mover el caballo sobre el tablero desde la casilla *coleccionista de fotos de niños* a la de *asesino de mujeres*. Son solo dos pasos hacia delante y uno a un lado. Así es como resolvemos los crímenes; o, al menos, los que no son crímenes básicos. Cualquier cosa más complicada que lo que Gary llama *menú de precio cerrado* —hombre asesina a su mujer, contable defrauda a su propia empresa, profesor se acuesta con alumna— se resuelve con un movimiento de caballo.

Estas fotografías son inocentes en su contexto, no son más que una mínima parte de un completo y minucioso archivo fotográfico de sus años en Chapelton College. Wolphram dirigía la revista del colegio, de modo que sus archivadores están repletos de fotos y folletos, recortes y pruebas de página de una época predigital en la que las páginas tenían que componerse a mano. Hay un manual de autoedición en su estantería, una colección de *El Chapeltoniano* que cubre veinte años y varios boletines informativos para antiguos chapeltonianos disgregados por todo el mundo.

Gary sabe que es necesario sacar de contexto las imágenes. De esa forma, se puede conseguir que brillen todas sus oscuras insinuaciones.

—¿Estás cómodo ahí, Gary? Te va a dar algo de pasarte tanto rato en cuclillas. ¿Quieres que me encargue yo de unas cuantas?

—Adelante, profe —dice—. Todavía no sé decir *qué es, pero aquí hay algo turbio*; todos esos archivadores y cajas y fichas y todos esos putos papeles de Mozart llenos de garabatos...

—Son partituras, Gary...

—Banjos en las paredes...

—Laúdes...

—Carteles de cine antiguos, DVD y vídeos, películas extranjeras, musicales de Fred Astaire y Ginger Rogers... Este es más tu mundo que el mío, de eso no cabe duda.

Qué razón tienes, Gary... Casualmente, y sin tú saberlo, has dado en el clavo.

Pero pronto lo sabrás. Porque te prometo que serás el primero al que se lo cuente.

Cojo las del periodo de 1983 a 1987 y me las llevo al escritorio. Para llegar hasta él, tengo que sortear montones de papeles: ensayos corregidos, apuntes de poesía, planes de estudio y un archivador con el título «valoración de mis clases». Hay una pila de formularios con comentarios de los alumnos sobre las clases, y una carta del director sobre la «Declaración de objetivos revisada» del colegio. Son de hace diez años por lo menos, y tienen los bordes amarillentos. Me sorprende que un hombre incapaz de responder a una pregunta sobre su infancia sin pararse a pensar si jugaba con sus juguetes o se limitaba a conservarlos consiga hacer frente a un mundo en el que el sustantivo *prensa* unas veces va acompañado del adjetivo *seria* y otras no, y en el que a los profesores se les llama «intermediarios del conocimiento».

El apartamento es grande y caro y ocupa la planta baja de una mansión georgiana en Parktown, la calle más elegante de la zona más elegante de la ciudad. Aquí todos los edificios están protegidos. Es el tipo de calle en la que llaman al 112 si pintas el porche de un color que no sea el original. O, en palabras de Gary, «el tipo de vecindario donde los tíos se llaman “Cecil”».

¿Qué hacemos Gary y yo aquí, husmeando en el apartamento de Wolphram mientras los vecinos miran por la ventana y nos hacen fotos?

Wolphram es vecino de Zalie. No sabemos si se caían bien o si se conocían siquiera, más allá de darse los buenos días o de intercambiar las cortesías de rigor por encima de una valla, pero sabemos que la ayudó con las bolsas de la compra unas cuantas veces, y que la llevó en su coche hasta el transbordador el pasado verano: él se iba a Francia, ella había quedado con su novio, Tim, que iba a llegar en el barco. Tim vive en Saint-Omer y venía a verla un par de veces al mes, bien con el transbordador, bien con el Eurostar. Llevaba dos semanas sin salir de Francia, así que lo descartamos de inmediato.

También sabemos, por los mensajes de texto de Zalie, que Wolphram y ella habían hablado por última vez el día antes de su desaparición. Sabemos que le parecía «un tipo algo extraño» y «sin mucho palique», porque ella le contó a Tim por mensaje lo incómoda que se sentía hablando con él, y que no conseguía decidir si era tímido o arrogante.

Encontraremos indicios de que Wolphram estuvo en el apartamento de ella, y también de que ella estuvo en su coche. Pero no significará nada. No a menos que se trate de sangre, restos de piel o más pelo del habitual. O un diente.

Estamos aquí por la forma en que respondió a nuestras preguntas, por cómo habló de ella como si estuviera muerta incluso antes de saber que lo estaba. Se hizo un lío con los tiempos verbales. Tratándose de un hombre que domina las palabras, fue extraño que dudase entre *la conocía* y *la conozco*; entre *vive en mi calle* y *vivía en mi calle*. Entre *tenía novio* y *tiene novio*.

Los tiempos verbales en el caso de las muertes son muy importantes: es una de las formas que tienen los psicólogos y los científicos forenses del lenguaje de detectar contradicciones en las historias de los asesinos: cómo utilizan sin querer el pasado o ponen demasiado énfasis en el uso del presente; cómo se sienten aliviados cuando aparece el cuerpo porque así ya no tienen que preocuparse tanto por los tiempos verbales y por fin pueden hablar de su víctima en pasado... donde ellos la han puesto.

El señor Wolphram debe de haber estado ordenando y tirando papeles, porque junto a ellos hay una bolsa verde de reciclaje, ya medio llena. Ahí también miraremos. Al igual que dudar con los tiempos verbales y mostrarse indeciso entre *era* y *es*, las prisas por recoger, la necesidad de hacer limpieza, de ordenar y seleccionar, de meter en bolsas y tirar a la basura, es un reflejo culpable.

Han buscado huellas dactilares en el apartamento de ella, y ahora le toca al de él. En el caso de la chica, se han analizado cepillos del pelo, sábanas y fundas de almohada, pintalabios, un felpudo, ropa sucia y un cesto para la colada; incluso la alfombrilla del cuarto de baño con su parmesano rallado de las durezas de los pies. Los pedazos de ña encima de la cisterna que nunca llegó a tirar al váter. En algún momento, en algún laboratorio de Swindon, en un polígono industrial patrullado por furgonetas de seguridad privada, lo clasificarán y repoblarán sus últimos días con el ADN de otros. Rastros de a quién vio, a quién conoció y tal vez a quién tocó aparecerán en una pantalla de ordenador en secuencias de ceros y unos, filamentos de átomos codificados con colores y ondeando como banderas.

Hasta entonces, estamos solos Gary, Pequeña Pantalla y yo, figoneando dentro del cascarón de su vida con un mono de plástico blanco.

Le he pedido a Pequeña Pantalla que averigüe de dónde proviene el dinero de Wolphram, porque el hombre es rico se mire por donde se mire. Tenía un buen sueldo, pero ni mucho menos tan bueno. Aunque hubiera adquirido el inmueble hace mucho tiempo, como efectivamente hizo, no debe de ser nada barato mantener un apartamento así: techos altos, historiadas cornisas cóncavas, molduras en las paredes. El suelo está sobriamente enmoquetado en un tono beis crudo, el mismo en todas las habitaciones. En su dormitorio hay una cama de matrimonio, una mesita de noche y un armario con cuatro trajes, tres pantalones pitillo, tres chaquetas y cuatro corbatas rojas idénticas. Un pañuelo de seda rojo cuelga de un gancho dentro del armario. Un sombrero flexible y tres fedoras forman una hilera, cada uno en su percha. En el caso de Wolphram, las «perchas» son cabezas de madera de sombrerería, lo suficientemente realistas —ojos en bajorrelieve, nariz protuberante, barbilla afilada— para asustar a Gary con sus rostros bastante logrados cuando descorre las cortinas y los encuentra alineados sobre el tocador. Todavía dentro de la funda de polietileno de la tintorería, hay un traje y una camisa de etiqueta y una pajarita. Compruebo el recibo y veo que se limpiaron por última vez hace dos días. Tres días después de la desaparición de Zalie, un día antes de que la encontraran. ¿La gente comete asesinatos con pajarita negra? Solo en las novelas de Dorothy L. Sayers. Aun así, tomo nota para averiguar qué había programado esa noche en todos los teatros y salas de conciertos de aquí a Brighton.

Hay una habitación sin nada dentro; no es tanto que esté vacía como que nunca se ha llenado: nada en las paredes, y tampoco huellas en la moqueta dejadas por sillas o mesas o lámparas. Ni rastro de muebles, ni un cuadro colgado, ni polvo marcando el contorno de un marco. Ha estado probando pinturas en la pared, justo debajo del alféizar de la ventana, y los botes están cuidadosamente alineados en el suelo, separados de la moqueta por un ejemplar antiguo del *Times Literary Supplement*. En la cocina, hay un servicio de mesa completo en el escurrerplatos y otro en un cajón. Nadie lo espera en casa.

También hay una estantería con libros de cocina ordenados por país en lugar de por título o autor. Cojo uno de cocina marroquí. Algunas páginas tienen salpicaduras, recetas señaladas y anotaciones hechas con una letra muy apretada que no es suya. ¿Hubo un tiempo en que alguien lo esperaba en casa? ¿Quizá alguien lo espera de vez en cuando?

Más adelante me percataré de lo mucho que me ha molestado que haya solo una mesita de noche, en el lado derecho, y de cómo desentona. Casi todo el mundo tiene dos, aunque sean solteros, ¿no? ¿Es una cuestión de simetría? Supongo que sí, aunque la soledad es asimétrica. O porque la soledad es asimétrica.

Su vida transcurre en un estudio-salón donde tiene los libros, los discos, tres guitarras —dos

acústicas y una eléctrica—, un laúd, la televisión y el reproductor de vídeos VHS. Hay unos cuantos estantes con una colección muy heterogénea de partituras: *El cancionero de David Bowie*, *The Kinks para guitarra*, música de la banda del Ejército de Salvación, madrigales ingleses y música de harpa galesa. Thomas Tallis. Wagner hombro con hombro con The Who. La colección de música ocupa toda una pared, y los libros, las otras tres. Hay incluso estantes encima y alrededor de la puerta, y una escalera de mano para llegar a los libros que tocan el techo. Hay un diván antiguo al lado del cual, como en las películas y en los cuadros, se ha dejado un libro con descuido, así como un gran sillón de armazón metálico con el tapizado de cuero negro desgastado y la huella de un hombre que lee mucho y vive solo, y más que solo. Sobre él se inclina una lámpara de pie arqueada cuya pantalla cromada arroja un cono de luz blanca perfectamente delimitado y con una orientación idónea. Un equipo de alta fidelidad de tres módulos —tocadiscos, doble pletina y amplificador—, que debe de tener al menos veinte años, está conectado a unos altavoces que me llegan a la cintura y apuntan al sillón como cañones. El último disco escuchado, todavía en el tocadiscos y con la funda apoyada en el sillón, es *The Kinks are the Village Green Preservation Society*. Veo en la moqueta un surco poco profundo y apenas perceptible por donde suelen arrastrarse las patas del mueble de la televisión y el reproductor de DVD para encararlo al sillón.

No hay muchas cosas en este apartamento, pero lo que hay es lo mejor de su gama; comprado con la intención de que dure toda la vida. Sin embargo, a diferencia de sus vecinos ricos, tiene poca decoración, y los lujos son para el oído, la vista y el cerebro, no para el cuerpo.

El cuarto de baño está immaculado y participa de la blancura perfecta de los iglús en los libros infantiles. Los forenses han quitado el inodoro y la bañera y han levantado el plato de ducha. Han metido en bolsas una bola de pelo rescatada del desagüe y un coágulo viscoso de jabón, polvo y desechos del día a día. Mientras Gary y yo le echamos una ojeada a todo, espero que en cualquier momento se destape con algún comentario lleno de sabiduría relacionado con los *fatbergs* aplicable a las superficies limpias de nuestros cuartos de baño y a la suciedad en las juntas de las baldosas, pero, en cambio, lo inspecciona, asiente con la cabeza y retoma la búsqueda.

Todas las fotografías del señor Wolphram están en cajas y archivadores; no hay ninguna en los estantes o las paredes, excepto una en la mesa del comedor. Se alza solitaria como la última tumba de un cementerio arrasado. Dos mujeres jóvenes, de unos cuarenta y pico años, posan con sombrero de paja de ala ancha al lado de un arbusto recortado en forma de animal, delante de una torre isabelina. Sé que es Sissinghurst porque todos —incluso Gary— hemos estado allí, en ese clásico de las excursiones escolares y las salidas en coche con familiares mayores. En la fotografía hace un día soleado y las mujeres están felices. Es una foto sencilla y alegre, y por eso mismo me sorprende encontrarla aquí. Rebosa calidez, también. La cojo, la meto en una bolsa y se la doy a Pequeña Pantalla.

—Averigua quiénes son, ¿de acuerdo?

—Ya sabemos quiénes son, señor, está en su perfil —protesta Pequeña Pantalla, que quiere una tarea más televisiva; una vida, en general, más televisiva—. Son sus tías, y la que no ha muerto vive en Hastings, y *eso* también lo sabemos.

—Averígualo otra vez, Dave. Después vienes y me lo vuelves a explicar.

A diferencia de Gary, yo sé lo que busco. Ahora, con él en el otro extremo del salón y Pequeña Pantalla haciendo a regañadientes un verdadero —y, por lo tanto, totalmente inútil— trabajo policial, me encuentro lo más solo que puedo aspirar a estar en la posible escena del crimen.

Quito la goma elástica y esparzo las fotografías. Debe de haber unas veinticinco. Entre ellas, todavía algunas en blanco y negro, intrusas de una era distinta, y, sin embargo, son las otras las que tienen un aire poco natural. Los colores de los setenta aparecen apagados y desvaídos. También hay polaroids, con sus anchos marcos blancos, tomadas en fiestas o jornadas deportivas, perdiendo intensidad igual que la ganaron cuando se hicieron, como si hubieran recibido una dosis de tiempo nada más salir de la cámara, con sus capas de tinta húmedas y brillantes. Las sujetabas por el borde y las sacudías para que se secaran más rápido, y a veces se quedaba la huella de tu pulgar. A principios de los ochenta los colores son distintos; demasiado primarios y chillones. Literalmente, parecen gritar.

Todo el mundo tiene un aire perdido y como de otro planeta, incluso sin esa pátina de extraterrestre de todos los adolescentes.

¿Qué estoy buscando? ¿A quién?

Aquí están: Ander y Danny, juntos como siempre, o como al principio, al menos. Ahí están también los otros, cuyos nombres recuerdo, pero que son, a excepción de dos o tres, irrelevantes como extras en una escena bélica de un drama de época.

Las dejo apartadas mientras les echo un vistazo a las otras.

Hay algo de ese dolor y esa frustración también en los profesores. Ahora lo percibo en las fotografías, pero en aquella época, como todos los adolescentes, no veía más allá de mi ombligo, el centro de mi mundo en llamas. No me fijaba en nada más, no sentía nada más. No me daba cuenta entonces, pero se aprecia con claridad en los ojos tristes y enfadados. Había muchas cosas que no veíamos entonces y que ahora nos parecen tan evidentes que nos olvidamos de que no verlas era parte de ellas; de que era imposible que las viéramos porque hacerlo habría significado que éramos ajenos a ellas, ajenos a nosotros mismos.

Tendré que contárselo pronto. Se nos acaba el tiempo. Noto su efecto de envasado al vacío oprimiéndome.

DANNY Y ANDER

Llegan el mismo día: el 1 de octubre de 1983. Todos llegan ese día, pero Danny y Ander, en cierto modo, llegan juntos. ¿Se conocían ya? Esa es la sensación que tienen ellos y lo que piensan los demás. También los profesores, que, aunque no lo parezca, se percatan de esas cosas; de hecho, las perciben mejor, en tanto que saben lo que esos dos chicos significan, lo que significarán, con el tiempo, a medida que los cuerpos se deformen al entrar en la adolescencia y las mentes forcejeen para liberarse e inundarlo todo. Desde el principio, Ander y Danny se sientan juntos en clase y se les asignan camas contiguas en el dormitorio. Danny es un irlandés de Newcastle, y su nombre es buena prueba de ello: Daniel Patrick McAlinden. Pero Daniel Patrick McAlinden dice que no es irlandés, y quién mejor que él para saberlo.

Ander es... bueno, lo explicará más adelante. Primero tiene que poner en fila las palabras, elegir las adecuadas y después ordenarlas.

Danny es hijo de un papá irlandés y una madre inglesa. Así los llama él: *madre y papá*. *Papá* trabaja en lo que queda de los astilleros, en los diques secos de Wallsend, donde se estableció su propio padre cuando se marchó de Belfast en busca de trabajo. *Madre* trabaja en Fenwick's, una cafetería donde antes servía comida y ahora se encarga de la caja registradora, o eso hace, al menos, cuando se encuentra bien, porque está enferma, y no se sabe con certeza lo que tiene. Eso o nadie ha sido *del todo sincero* con él. Sepa o no Danny lo que tiene exactamente su madre, es seguro que no lo diría, porque si lo dice lo convierte en *algo*. La razón por la que todo el mundo lo sabe todo sobre Danny enseguida es que él mismo lo cuenta de un tirón. Suena distinto, sí, de modo que hay más cosas que explicar. Le han concedido una beca, así que se encuentra en esa zona —intelectualmente superior, socialmente inferior— que incomoda a los ingleses de clase media alta.

Tiene acento de Newcastle, pero todos lo confunden con acento irlandés debido a su nombre. No es irlandés, dice, porque nació en Newcastle y su madre es inglesa. «Además de que», les cuenta, «además de que...» nunca ha estado en Irlanda. Y, en fin, si hubiera estado, habría sido en Irlanda del Norte, porque *su gente* es de allí. Pero la gente oye lo que quiere oír; si tu nombre es irlandés, tan irlandés como Danny McAlinden, entonces hablarás como un irlandés porque es lo que va a pensar todo el mundo cuando te oiga. «Es lógico», dice el señor McCloud, que debería haberse aprendido la lección, aunque no lo ha hecho: McCloud tiene nombre escocés, pero voz de aristócrata inglés de una obra radiofónica. Es un acento adquirido, pero no lo pierde nunca porque lleva tanto tiempo hablando con él que ya no queda nada debajo. Detrás de esa máscara expresiva..., lo único que queda es una máscara sin expresión. Danny pone su biografía a disposición de todo el mundo. Le confiesa a Ander su esperanza de que, si la dice una vez, y de un

tirón, no tendrá que repetirla sin cesar a lo largo de toda su estancia en el colegio. «Además de que...», dice, una biografía son solo hechos. No es una vida de verdad.

Ander es holandés, pero ha heredado un apellido inglés que, no obstante, nunca ha habitado: Alexander Widdowson. «Un gran nombre del siglo XVI; o, lo que es lo mismo, inglés auténtico», dice el señor McCloud. Parece sentirse orgulloso en nombre de Ander. La madre de Ander es holandesa, y su padre, inglés. Hasta ahora había vivido en Gante, pero, como su padre ha encontrado trabajo al otro lado del mundo, ha venido a parar aquí. Tiene el inglés un poco olvidado, si bien no lo ha dominado nunca; va recuperando poco a poco lo que nunca ha sido gran cosa.

McCloud bromea diciendo que los chicos que vienen del extranjero —siempre señala hacia el Canal cuando pretende sugerir algo lejano— son *echazón* y *pecio*[5]. Ander no conoce la frase, pero siempre ha escuchado las dos palabras juntas, por lo que asume que significan más o menos lo mismo. Las busca en el diccionario: *echazón*: «carga y objetos pesados de un buque que la tripulación echa al agua cuando es necesario aligerarlo para luchar con un temporal, o acción de echarlos»; *pecio*: «restos de una nave naufragada o de lo que iba en ella». Pueden parecer lo mismo, pero son tan distintas, piensa Ander, que no deberían ir soldadas en una expresión así. ¿Conoce McCloud la diferencia? McCloud parece tan divertido, tan natural, tan amable. Suena tan cariñoso cuando lo dice. A veces te rodea con el brazo para reconfortarte, por haber sido arrastrado hasta la orilla que él rastrea. Ander no sabe si es *echazón* o *pecio*. Tendrá que preguntarles a sus padres, pues ellos son la tripulación. ¿O son el barco?

—¿Por qué Ander? —pregunta Danny—. ¿Por qué no Alex, o Sandy, como todos los Alexander de la historia...?

—Porque Ander en neerlandés significa «otro, el otro»... Cuando mi hermana pequeña aprendió a hablar, me llamaba así: Ander. A la gente le pareció gracioso y se me quedó el nombre pegado.

—Se te quedó —dice Danny—. «*Se me quedó el nombre*» está bien, no hace falta que digas *pegado*... —Observa con atención a Ander, tratando de discernir la fuente de su torpeza con las palabras. ¿Es extranjero o simplemente corto de luces? «Cualquiera de las dos opciones está bien», piensa, «pero a todos nos gusta saber a qué atenernos con gente nueva»—. Entonces, ¿así empezaste? ¿Como uno más?

—¿Por qué no? Es un poco como me siento —responde Ander. Está bromeando (aunque no del todo, porque no le preocupa sentirse así y, además, da por sentado que es como se sienten todos a esa edad), pero en la mirada que le lanza Danny no hay ni rastro de experiencia en común compartida de pronto. Al menos, Danny se queda tranquilo: «No es lento, simplemente extranjero», piensa.

Ander conoce esa mirada, es la que se encuentra cada vez que habla en inglés, aunque normalmente no sabe cuál prefiere, si la de extranjero o la de lerdo. Es difícil decirlo con los ingleses. Pero, en general, piensa él, te prefieren tonto. Sobre todo si de verdad *eres* extranjero.

Ha tenido muchas veces la oportunidad de elegir entre *extranjero* y *tonto* y siempre ha elegido *extranjero*. A veces eso es precisamente lo que te hace tonto. El tonto al menos negocia con la misma moneda, solo que tiene menos que los demás; sin embargo, el extranjero..., bueno, siempre está en la casa de cambio, estafado en ambos extremos de la transacción: quiere decir más de lo que puede y, para cuando se ha completado el cambio de moneda, ha dicho menos de lo que quería.

Danny guarda silencio, y Ander lo rompe, repitiendo:

—Es un poco como me siento. —Esta vez intenta sonar despreocupado y guasón.

—Yo no —responde Danny con seguridad. Acto seguido, frunce el ceño y empuja el labio inferior con la lengua. *Meditativamente*, así lo describe Ander para sí mismo en ese extraño idioma intermedio que ha desarrollado dentro de su cabeza como una transición entre su lengua materna y el inglés público que necesita aprender. Ander se siente como si lo subtitularan, mal, mientras habla.

Danny está considerando al menos la posibilidad de que *alguna vez* se sienta como si fuera otro.

—Es broma... —repite Ander, aunque no lo sea.

Así se presentan el uno al otro. A partir de ese momento, todo es intuitivo, o tácito, al menos. Ninguno de los dos le pregunta al otro quién es o de dónde viene *o qué* cree que es.

Danny y Ander tienden a acercarse a otros chicos con problemas para integrarse: Gwil Isaac, hijo de un granjero galés y, como Danny, becario exento de pagar la matrícula; Neil Hall, de carácter dulce, gótico, interesado en estrellas del pop andróginas, el maquillaje y las camisas de cachemira, y ligeramente avergonzado de ser hijo de un abogado muy rico; Richard Nicholson, el intelectual del colegio, que lleva gafas sin graduación porque con ellas se da un aire a cierto poeta al que no deja de nombrar y que luchó en la guerra civil española. Cuando se acuerda de que tiene amigos, se une a ellos David Sweeting, un prodigio académico, pero tan callado que es imposible saber si es tímido o si cree que nada de lo que sucede dentro de su cabeza está sucediendo en realidad. Les cae bien, pero no están seguros de si cree que existen.

Tanto Ander como Danny son negados para los deportes, pero de formas distintas; cada uno a su manera. A Ander sencillamente se le dan mal: es incapaz de correr rápido, de atrapar cosas, de chutar un balón o de golpear nada con un bate o una raqueta. A pesar de todo, hay sitio para él, porque, como suelen decir, el deporte es *inclusivo*, el deporte es *para todo el mundo*. Donde dice *inclusivo* léase *obligatorio*. Es uno de esos colegios del tipo *mens sana in corpore sano*. En lo que respecta al *corpore sano*, su sitio está en lo más bajo. Siempre lo eligen el último para cualquier equipo, después del chico diabético y rechoncho, George Cobbleson; de Rupert Flynch, patizambo y flaco como un palillo; e incluso después de Tristan y su «maletín especial», donde lleva algún tipo de equipo médico que nadie comprende y cuya utilidad ni siquiera el propio Tristan sabe explicar bien.

—Dentro hay diales —dice con gesto extrañado, abriéndolo para mostrar algo que parece una radio sin cables sacada de una película bélica y con tubos de color hígado. Su mandíbula parece un parachoques roto, lo que explica el ceceo. La parte delantera de su boca queda fuera del alcance de la lengua, y siempre la tiene llena de saliva.

Está *dañado*; *desprende daño*: va derramándolo; camina sobre los charcos que va dejando, se acumula a sus pies cuando se queda quieto. Pero nadie le hace daño, simplemente pasan por su lado sin tocarlo ni hablar con él; dispone de su propio espacio aéreo y nadie lo invade. Es el espacio aéreo que se crea a tu alrededor cuando sufres dolor.

Tristan consigue que lo dejen en paz incluso los matones. Ningún matón quiere sentirse tautológico.

Está Leighton Vaughan, un fornido jugador de rugby del sur de Gales que odia a Gwil porque habla galés. Vaughan es el galés dócil, domesticado. Su padre es concejal en Newport, y los profesores adoran a Leighton porque su padre les manda entradas para ver partidos de rugby en el

Cardiff Arms Park. Algunas veces, cuando lo pillas pensando, o moviendo su mente con desgana en torno a un popurrí de pensamientos, percibes la melancolía que sienten ciertas personas cuando se dan cuenta de que están atrapados en sus propios clichés pero no encuentran la forma de escapar.

Vaughan se pasa la mayor parte del tiempo con Hugh Lewis, que tiene la mirada de un chaval que planea un tiroteo en su colegio. Han congregado a su alrededor una pandilla de chicos que se parecen a ellos y los reconocen como sus semejantes.

Hay palabras crueles, la mayoría de las cuales no entienden, o solo a medias: mongólico, tarado, aborto... Ander y Danny no las utilizan y nadie las utiliza con ellos. Son más bien como una *música de fondo, una canción* de la que oyen trozos sueltos a lo largo del día: desayuno, clase, descanso, clase, almuerzo, clase, clase, clase, deporte...

Entonces llegan las tardes, cuando el tiempo se dilata y no hay donde esconderse.

Pero de momento no lo notan. Están demasiado ocupados acostumbrándose a todos los cambios que se están produciendo en su interior, en su cuerpo y su mente; preguntándose si todavía son ellos los que están dentro de esa cabeza, al final de esa mano; si esa todavía es su piel o ha sido reemplazada por una camisa de fuego.

Tienen trece años, casi catorce. A Ander le viene a la cabeza el mito griego, el de la túnica que mató a Hércules, la túnica de Neso, y así se siente él llevando su propia piel, como si llevase harapos en llamas. A veces tiene la impresión de que huele a quemado y, cuando se chupa el brazo y lo huele, como hace después de nadar para oler el cloro, le parece oler el fuego.

—¡Vaya! —exclama Gary desde el otro extremo del salón—. Qué pervertido.

Me doy la vuelta y lo veo sosteniendo una tela negra, una especie de capucha o bolsa de terciopelo fruncida con un cordón en la parte inferior.

—¿Para qué crees que es esto? —pregunta Gary.

—Ni idea —respondo, y es cierto, hasta cierto punto—. ¿Qué hay dentro?

—Nada, profé, absolutamente nada. Pelusa. Puede que un poco de pelo... —Le da la vuelta y caen cosas demasiado pequeñas como para tener nombre—. Estaba plegada al fondo de un cajón de su escritorio.

—¿Forenses? —pregunto.

—*Foenses* —confirma Gary.

Los domingos por la noche, a los chicos que están internos y no se van a casa a ver a sus familias, les toca escribir cartas. Se sientan en el frío salón de actos, supervisados por un profesor amargado al que le ha llegado el turno de hacer la guardia en la rotación de los fines de semana, y escriben en papel reglamentario con la tinta azul y la pluma reglamentarias.

Lo que ponen en sus cartas tiene asimismo que ajustarse al reglamento porque, cuando las terminan, mandando besos o abrazos o sus tristes e insignificantes saludos («¿Saludos? —piensa Ander después, años después—. ¿Les mandaba *saludos* a mis padres, que me dieron la vida, de cuya carne y huesos están hechos los míos, como si fueran unos desconocidos del banco o del ayuntamiento?»), tienen que dejar el sobre abierto. Si de verdad quieren tirar la casa por la ventana en la expresión de sus sentimientos, se les permite añadir «con cariño». O, como suele decir bromeando McCloud, «con cagarriños».

Esa misma noche, como todos los domingos del curso, el subdirector, el doctor Monk, lee las cartas.

El Doctor es el único profesor con un doctorado, y pone un gran empeño en que todo el mundo lo sepa. Si se te olvida y lo llamas *señor Monk*, recibes uno de los castigos especiales del Doctor. Lo recibes tú, pero en realidad es *él* quien se lo regala a sí mismo a través de ti. El «pelluzgón» es uno de sus favoritos, y consiste en que te coge unos cuantos pelos de la nuca o de encima de la oreja entre el pulgar y el índice y estira lentamente, primero en círculos minúsculos y, a continuación, moviéndolos en círculos más grandes, de la misma forma que uno mueve una bengala a cámara lenta en una hoguera. Estira cada vez más hacia arriba, alzando poco a poco su brazo, hasta que tienes que levantarte de la silla, ponerte en pie y, por último, de puntillas, para adelantarte al dolor. Cuando ya no puedes subir más, sigue estirando y retorciendo y estirando y ensortijando hasta que los pelos se quedan en sus dedos.

Los chicos aprenden enseguida que, cuantos menos pelos hay, peor es el dolor: un puñado de pelos duele menos que un pequeño mechón cuidadosamente seleccionado en los sitios donde la piel tirante del cuero cabelludo comienza a distenderse en su transición a piel de la cara; zonas donde empiezan a acumularse los nervios. Es un dolor atroz, un escozor intenso como si tu piel se estuviera chamuscando en una sartén y, cuanto más ostensibles sean tus muestras de sufrimiento, más probabilidades hay de que pare: como a todos los sádicos, le gusta sentirse clemente. Si cierras el pico y no gritas, continúa hasta que lo haces. Danny y Ander tienen mucho aguante, porque se trata ni más ni menos que de eso, de *aguantar*, como un pequeño rodeo de dolor donde te limitas a gritar en tu cabeza y a decir «que te jodan», y coges aire y aguantas todo lo que puedas. Pero llega un momento en que te das por vencido, como les pasa a Neil Hall y a Rich Nicholson: por mucho que se rebelen hasta el límite de su resistencia, acaban derribados por el dolor. La resistencia siempre es buena, pero tienes que saber cuándo parar antes de que se quiebre y empieces a derrumbarte. El único que consigue resistir hasta que el Doctor se cansa y tiene que parar si no quiere parecer estúpido y perder el control de la situación es Gwil, el chico galés. Pero le ha costado una cantidad considerable de pelo alrededor de las orejas y en la nuca, donde tiene la piel arrugada y en carne viva y con puntos de sangre coagulada en los folículos.

En el pelluzgón, por otra parte, apenas se toca al castigado; el Doctor se desmarca así de la mayoría de los profesores, que zurren a los chavales de forma torpe y muy poco metódica: un tortazo al pasar por su lado, una patada en el trasero. Una brutalidad descuidada administrada de improvisado y con una aleatoriedad que llega a resultar tranquilizadora porque da a entender que no es algo personal *contigo*, sino simplemente con tu cuerpo. No es el caso del Doctor: el Doctor tiene un enfoque erudito del castigo físico. Es minucioso y cuida los detalles. El dolor que inflige tiene notas al pie. Para algunos, el chasquido del guante del torturador es tan placentero como el dolor que presagia, y el Doctor es ese tipo de persona. Incluso lleva un registro en un pequeño cuaderno que tiene en su escritorio. Las páginas están divididas en tres columnas: fecha y nombre del alumno, falta cometida y tipo de castigo.

Gwil dice que el Doctor lo lee por la noche mientras se toca.

—No me extrañaría —dice Danny.

Si lo que le escriben a su familia en las cartas no es, como dice el Doctor, *maduro y sensato* y no da *una buena imagen tanto suya como del colegio*, se meten en un lío. A Ander le devuelven con frecuencia sus cartas para que las reescriba. Uno de los mayores placeres del Doctor es coger una carta de algún alumno y leerla delante de toda la clase poniendo vocecilla infantil o dándole

una entonación triste muy teatral. Es una forma de asegurarse de que nadie dice mucho, de que nadie se sincera demasiado escribiendo. Avergüénzalos por su cuerpo, sí, pero asegúrate de avergonzarlos también por su alma. O por lo que piensan que es su alma. Ander cree que su alma es una mezcla de lo que él es y lo que le gustaría ser, *además de* (como dice Danny) todo aquello que le gustaría hacer, que no es sino convertirse en adulto para poder salir de allí. *Además de...* todos sus pensamientos: no solo los pensamientos completos, sino los perezosos que no acaba de pensar del todo, y también aquellos de los que se avergüenza un poco, los que rechaza. El Doctor te mira como si él también viera esos pensamientos; clava la mirada como si taladrara a los chicos, perforando hasta dar con el crudo del que están hechos, la sustancia densa, pura y sin filtrar que llevan dentro.

En primer lugar, Ander estaba demasiado triste incluso para terminar una carta. Echaba de menos a sus padres, y así se lo dijo. Además, intentó escribirlo en neerlandés, que era su idioma: la lengua de su madre, y también —aunque no por mucho tiempo— su lengua materna.

El Doctor le devolvió la carta y le dijo que la escribiera de nuevo... en inglés.

El día que sus padres lo dejaron en el colegio, detuvieron el coche sin apagar el motor, como para anunciar la brevedad de la despedida, la necesidad de abreviarla, como si buscaran una excusa para no quedarse a ver cómo se llevaba el brazo a los ojos para esconder las lágrimas detrás del codo, como quien intenta protegerse del sol. *Estas almohadas*, pensó esa noche, cuando, ya en el dormitorio, se tumbó en su cama, con el colchón hundido, y el somier metálico del que había saltado la pintura, y los muelles oxidados por generaciones y generaciones de incontenencias nocturnas... *Estas almohadas...* ¿todavía guardan todas las lágrimas que se han derramado sobre ellas? Pega la oreja a su almohada, como la había pegado otras veces a las caracolas para oír el mar, y oye las lágrimas de otros, y derrama las suyas, su pequeño afluente que desemboca en un océano.

Ander se preguntaba qué hacía allí, hablando inglés con dificultad y comiendo comida marrón, vestido con un uniforme áspero junto a niños que no se lavaban bien y profesores que comprobaban si llevabas pantalones con lo que a él se le antojaba, incluso entonces, un celo desproporcionado. A esa edad no conocía la palabra *celo*, ni *desproporcionado*, ni siquiera el verbo *antojar*, pero, a medida que crecía y aprendía palabras en inglés, volvía a aquellos momentos en que no disponía de suficiente vocabulario y tenía que ir encajando las palabras: encajándolas en los huecos, los espacios en blanco a donde habían llegado los sentimientos y las sensaciones, pero no las palabras.

Ahora todas las palabras están en su sitio, pero principalmente porque es demasiado tarde, porque aparecieron cuando ya no las necesitaba, como bomberos que llegan cuando ya solo quedan escombros. Están incluso demasiado bien colocadas. A menudo suelta la palabra y espera a que el sentimiento se acerque y la rodee. Aunque está convencido de que debería ser justo al revés.

Más adelante, cuando vuelva la vista atrás para contemplar su infancia, pensará que era como un crucigrama: con casillas en blanco para las letras que expresarían los sentimientos que tenía, que atravesaban o recorrían su cuerpo, o que se quedaban en él y se negaban a marcharse. Durante un tiempo se quedó sin palabras en el colegio porque estaba ya demasiado lejos de la vieja lengua y no lo bastante cerca de la nueva. *Tussen twee oevers*, pensaba en neerlandés, y, a continuación, en inglés: *Entre dos orillas*.

Cosas pequeñas tiraban de él: los holandeses en los camiones de camino al puerto; los

nombres de los puertos: Ostende, Zeebrugge, Den Haag. ¿Qué pasaría si se escondiese en un camión, debajo de uno? Un día ve un vehículo pesado que se dirige a Folkestone aparcado en un área de descanso cerca del terreno baldío que hay debajo del puente; el conductor está dormido en la acogedora cabina, cuya anchura equivale más o menos al largo de una cama pequeña, y se ha tapado con una bandera del Club Brujas. Ander se arrastra debajo del vehículo para ver si hay donde tumbarse, algún sitio al que agarrarse; se mete a duras penas entre el parachoques y el chasis; se encajona entre la rueda de recambio y la base del camión, sujeto por las correas, que se balancean ligeramente mientras acaba de colocarse. En ese momento, se pone en marcha el motor y él escapa con dificultad de su escondite, sale rodando de debajo del vehículo y lo ve marchar.

«Desamarrado», piensa. «Desamarrado». Aunque pasó mucho tiempo desamarrado antes de aprender la palabra *desamarrado*.

¿En qué orden llegan las palabras —sigue preguntándose—, antes o después de la cosa, del sentimiento? ¿Cambia repentinamente el sentimiento al tener nombre? Sí, piensa, el nombre lo contiene, o le pone límites para que no se derrame y salpique a otro sentimiento. Echar de menos tu casa, por ejemplo: en inglés, *homesick* (literalmente, hogar-enfermo, estar enfermo por encontrarte lejos de tu casa); en neerlandés, *heimwee* (hogar-dolor). *Home-pain* (Hogar-pena). *Home-woe* (hogar-aflicción). Es mejor que *enfermo*.

A él le duele. Tiene *homewee*.

Se pregunta cuándo construirán el túnel bajo el mar del que siempre está hablando McCloud. Dice que los trenes irán por debajo del agua, que será posible ir en coche a Europa sin salir del vehículo.

Por aquel entonces, Ander decía lo que sentía, lo que quería decir, no utilizaba palabras para distanciar sus sentimientos de la boca con que los expresaba, o de las zonas donde los experimentaba. Lo mismo le ocurre a Gwil, que escribe a su familia en galés y el Doctor hace pedazos sus cartas y las tira a la basura. «Vuelva a empezar, esta vez en inglés; ya no está con las ovejas». Pero Gwil hace gala de una férrea determinación y se niega a ceder. Es un pulso constante: Gwil se sienta con el bolígrafo y el papel delante; cada vez que escribe una carta, acaba rota en la basura. Gwil se crece ante los desafíos. Finalmente, cambia su estrategia y no escribe nada: entrega una hoja en blanco, aunque siempre pone la dirección de sus padres en el sobre. Puede que sea un mártir, pero no es tonto: tiene una tarjeta telefónica con la que llama a su casa, y se la presta a otros chicos cuando la necesitan.

El Doctor odia a Gwil, y se muestra suspicaz con Ander, Richard Nicholson, Neil Hall y cualquiera que no llegue predispuesto a someterse. Pero es a Danny al que persigue. «¿Por qué?», pregunta Ander en el primer trimestre, al poco de llegar. «Por lo de ser irlandés», responde Gwil. Ander asiente. Aunque no tiene ni idea de lo que eso significa, no quiere dar la impresión de que no está al corriente.

Pero Ander ata cabos a partir de las pintadas y los fragmentos de noticias que oye por casualidad en la radio o en la televisión. Las pintadas del puente, de la parada del autobús, de las paredes del baño, de Park Street, de la Main Street y las que hay cerca de la estación de autobuses. Aprende bastante inglés de esa forma.

«Colgad a los 6 de Birmingham»[6].

«Que la escoria irlandesa se muera de hambre»[7].

Y también «¡Internamiento ya!»; esto lo tiene que buscar en el diccionario y le parece que describe algo no muy distinto de estar en Chapelton.

—¿La pintada tiene algo que ver contigo? —preguntó una vez.

—¿Qué pintada? —respondió Danny con un sobresalto. Pero sabía a qué se refería, simplemente no quería saberlo, no veía por qué tenía que estar relacionado con él.

Ander y Gwil llevaron a Danny al puente y se la enseñaron.

«Que la escoria irlandesa se muera de hambre».

—Hay otra en la parada de autobús del parque —dice Gwil.

Danny lo mira.

—Tal vez sí —responde, intentando sonar evasivo.

Todavía sigue allí, en un pilar del puente: «Que la escoria irlandesa se muera de hambre». El ayuntamiento intentó quitarlo, pero solo consiguió resaltarlo aún más. El estarcido de Bobby Sands con una diana en la frente fue más fácil de borrar; desapareció en algún momento de los noventa. Pero «Que la escoria irlandesa se muera de hambre» está ligado ya al puente como las letras a los palos de caramelo[8]. Podrías lijar el pilar hasta que no fuera más ancho que un diente y el mensaje seguiría allí.

Al Doctor no le gustan los alumnos becados porque le da miedo lo que saben del mundo más allá del colegio —granjas, o barrios de viviendas protegidas, o grandes ciudades— y lo que puedan haber aprendido allí que les haga menos maleables por gente como él.

—Veamos qué le escriben los fenianos[9] a su familia, ¿os parece? —dice, cogiendo del escritorio la carta de Danny.

Poniendo un acento irlandés tan poco logrado como exagerado, lee con desprecio la inofensiva carta de Danny, invitando a los demás a reírse. Muchos lo hacen. Suelta la broma de rigor sobre los huelguistas de hambre, preguntándole a Danny si sus padres han comido esta semana, este mes, este trimestre. Danny empezó a detestar cualquier comida que incluyese patata, porque los profesores y algunos de los chicos, los que habían leído un poco, que estaban al corriente de los *temas de actualidad*, soltaban bromas y lo señalaban con el dedo[10].

El Doctor les recuerda que el puente de la ciudad, el que cruzan todos los días, ha sido atacado dos veces por terroristas irlandeses.

—Una en 1939, cuando estábamos a punto de entrar en guerra con el fascismo, y otra el año pasado, cuando nuestras tropas luchaban en las Malvinas. Espero que lo recuerde cada vez que cruce el puente, señor McAlinden.

Y así es como Danny aprende, a fuerza de palos, a no decir nada, a no llorar con tinta sobre el papel. Ander y los demás aprenden con el ejemplo.

Para Ander, el inglés se convierte en una lengua subterfugio, un lugar con palabras donde puede esconderse, donde nadie lo conoce, donde va disfrazado.

La madre de Danny está enferma, de un modo que no entienden porque no se lo explican con claridad, pero están seguros de que no va a recuperarse. Unos cuantos chicos bromean sobre «suspender la huelga de hambre». El Doctor se ríe. La risa de un profesor cuenta por la de diez alumnos, así que la broma tiene éxito. Hambre, huelga de hambre, comida sólida, en ayunas, alimentación por la fuerza. Danny lo soporta todo. Nunca devuelve el golpe. Es como una superficie que absorbe la luz pero no la refleja.

Un niño con un padre o una madre que padecen una enfermedad terminal parece cargar

siempre con algo pesado pero invisible. Por eso Danny siempre se muestra cauteloso con casi todo el mundo. La enfermedad de su madre siempre está ahí, como una sombra al atardecer que se proyecta sobre sus juegos y sus charlas. Sus cartas tienen que hacer referencia siempre a la enfermedad, pero no a su naturaleza terminal. Es la costumbre inglesa.

El doctor Monk es menudo y mojigato, y tiene alma de monitor de escuela[11]. O de alguien a quien le habría gustado serlo pero no lo logró. La gente como él enseña en colegios para tener una segunda oportunidad de conseguir los cargos de autoridad que les fueron esquivos en la primera porque se les despreciaba y se les marginaba. Se dedican a la enseñanza para vengarse, para poder seguir perfeccionando de adultos su infancia fallida. Estos colegios están llenos de gente así. Todo el mundo los reconoce: de adolescentes, eran los últimos en hacer amigos, los últimos en comprar bebida y en ser invitados a conciertos; los últimos en follar.

Y ahora vuelven, como fantasmas revisitando su infancia mientras creen estar viviéndola de nuevo; rencores infantiles moviéndose por el mundo en cuerpos de adulto.

Monk tiene una relación especial con el director, el señor Goodship, que representa lo que él aspira a ser en esta vida, y con los monitores, que representan lo que aspiraba a ser en la anterior. Monk impone disciplina vicariamente y, como subdirector, es el encargado de asignar esa tarea, que recae en las falanges de monitores que utiliza como instrumentos. A veces el castigo es oficial —como copiar cien veces algo, quedarse castigado después de clase o limpiar los aseos— y otras es un poco más *encubierto*.

Chapelton College es un miniestado y, como todos los colegios de ese tipo, está basado en un modelo colonial: una pirámide de autoridad por representación, en cuya parte superior tenemos a un director en la inopia y protegido de la realidad por un pequeño grupo de subdirectores que manejan los hilos del poder. Justo debajo están los profesores corrientes, poco interesados en la disciplina y preocupados únicamente en hacer su trabajo, o en apañárselas para no hacerlo sin que se note. El siguiente nivel es una estricta jerarquía interna de alumnos, empezando por los monitores, quienes a su vez mandan a través de un estrato conocido como «apoderados» o submonitores: un equipo de aduladores de compañía, físicamente imponentes e intelectualmente cobardes, sádicos de bolsillo y arribistas. Debajo de estos..., nadie más.

Monk tiene un talento especial para «rehabilitar» a los alborotadores. Ha descubierto que los rebeldes son los que mejor resultado dan como esbirros, y tiene a gala su capacidad para sacar al conformista que llevan dentro. A cambio de los pequeños privilegios que les concede —avisos de por qué bares se va a patrullar, para que los eviten; buscarles un sitio para fumar, pagarles en bebida o con dinero en efectivo; llevarlos a dar una vuelta en su coche deportivo—, se encargan de hacer observar la disciplina. Elige a los cachas y a los idiotas, a los taimados y a los despiadados, a los raquíticos, los frustrados y los desequilibrados. Pero siempre acierta eligiendo. Los cala con facilidad.

El inglés de Ander es deforme, gramaticalmente incorrecto; un idioma con trazas de mercadillo benéfico. Pero aprende rápido, y coge el acento con tanta facilidad que en menos de un año se diría que ha nacido allí. Pero cuando habla inglés sigue sintiéndose como si se probase la ropa de un familiar muerto. Huele a tienda de segunda mano con fines benéficos, y su tacto es el de las cosas plegadas.

Ander no es capaz de quedarse mucho tiempo en un sitio así; al menos, no en la superficie. Así pues, la superficie ha de cambiar; tiene que pintar un nuevo yo en el cristal para así poder seguir viviendo detrás. Piensa en el vitral de la catedral de Gante, a solo unas calles del colegio al que

iba antes: apagado y oscuro por fuera, pero en llamas por dentro, desde donde se supone que ha de mirarse en realidad. El cristal nunca ha sido transparente para él, así que no es una gran hazaña venir aquí e imaginárselo opaco.

Adquiere por imitación la pronunciación que oye por ahí, o en la radio, a la que algunos profesores todavía llaman *transistor*. Eso le ayuda mucho: es capaz de imitar a cualquiera con solo escucharlo unos cuantos segundos. Se da cuenta enseguida de lo útil que eso le va a resultar. A los chavales les gusta, les parece gracioso. No así a los profesores. Hay algo desconcertante en que te imiten, en que te respondan con tu propia voz, caricaturizada pero inconfundible; es una burla que te llega de rebote.

La voz gangosa del doctor Monk crepita y cambia de tono cuando se enfada o se altera, que es casi siempre. Son muchos los que se lanzan a imitarla, por lo exótica y enrevesadamente absurda que es. Pero solo Ander la remeda a la perfección.

Para empezar, hay problemas, porque Ander comienza sus frases como un chico inglés, pero las palabras no le vienen, aparecen los espacios, esos agujeros en el lenguaje que todavía no ha aprendido a rellenar. Es su idioma y no lo es.

Las primeras semanas, Ander y Danny tienen la sensación de que han pasado desapercibidos. *Sin llamar la atención* es la frase que aprende Ander. Se la enseña Danny. A Ander le recuerda a otra frase que ha escuchado en una película bélica: *sin movimientos bruscos*. No hagas ruido, no te muevas. Pero Danny siendo Danny ya *es* un movimiento brusco: tiene seguridad en sí mismo, es caballeroso y se expresa bien.

Conocen la historia del chico al que una vez dejaron colgando bocabajo del puente después de un partido. Ya estaba solo: delgado, triste y con pocos amigos. No lo vieron, pero se lo han contado: un día, cuando todos cruzaban después de un partido de fútbol, unos cuantos chavales de dieciséis años lo esperaron, lo pasaron por encima del parapeto y lo sujetaron de los tobillos, todavía vestido con la equipación de fútbol, y dejaron que el aire lo azotara mientras él se debatía agitando los brazos en la ingravidez. Hay un detalle que destaca por encima de los demás en esa historia que se ha contado infinidad de veces: el chico se cagó encima y, como estaba bocabajo, la mierda salió a chorro y le bajó por la espalda, el cuello, el rostro aterrado. El pelo. Pesaba más de lo que pensaban, así que hicieron falta cuatro para sujetarlo. Llegaron a pensar que se les iba a caer. Cuando lo volvieron a dejar sobre el puente, estaba cubierto de mierda y orina y se quedó en el suelo llorando y vomitando.

Se marchó al día siguiente. Un coche lo esperó en las puertas del colegio mientras su padre, un antiguo chapeltoniano, entraba a buscarlo, seguramente para mandarlo a un lugar muy parecido pocos días después.

Danny, Ander y los demás reconocen las señales de acoso escolar cuando se juntan en el horizonte. *Se acerca tormenta*, como suele decirse, aunque en rigor es más similar a una orquesta afinando los instrumentos: una nota aquí, otra allá, una nota discordante y, de pronto, dos instrumentos suenan en sincronía; a continuación, se les van uniendo los demás, como si el sonido se propagase; entonces se produce una pausa, y crees que se ha terminado, pero no, porque solo están respirando, todos respiran, y, acto seguido, empieza, empieza de verdad: lento o rápido, tanto si construye como si arrasa, está ahí ahora, siempre, no hay salida si no es *saliendo*...

... Así es como lo recuerda Ander.

Ojalá pudiera volver atrás en el tiempo, tomar un desvío distinto. No tomar ningún desvío: con eso habría bastado.

Todo esto llegará más adelante. En su cabeza, realiza incursiones constantes en lo que está por venir, en la vida que podría tener cuando se marche de aquí, y en lo que acaba de dejar atrás: la vida que tenía antes de que su padre cambiase de trabajo, antes de que la familia tuviera que mudarse a otro rincón del mundo. Cualquiera cosa para evadirse del presente, para tomarse un descanso del ahora. No obstante, sabe que es un error, que no puedes mezclar tiempos verbales de esa forma. No deben tocarse, o se produciría un cortocircuito.

Ander es alto y desgarbado y su cuerpo no atiende siempre a su voluntad. Danny es diferente: es delgado, tiene soltura y da la impresión de estar bailando o haciendo mímica, no hundido en fango hasta los tobillos y con los calcetines enrollados hasta el borde de las zapatillas. También es negado para los deportes, pero de una forma en la que se adivina habilidad para otras cosas, no como Ander, a quien se le da mal cualquier cosa que requiera tener extremidades o en la que estas desempeñen una función importante.

Nadie utiliza esa palabra, porque tiene cierta connotación sexual, erótica, y algunos ni siquiera la conocen y, aunque así fuera, no tendrían ocasión de utilizarla, pero Ander sí que la conoce. Ander la utiliza, pero solo en su cabeza, no la diría en voz alta: Danny es *grácil*. Tiene cara de chica. El pelo negro y brillante como la pintura de la barandilla del puente, y la piel del color de la nata. No hay chicas en este colegio, y no las habrá hasta dentro de algunos años, así que cualquier parecido que encuentren los chicos *con personas*, como suele decirse, *vivas o muertas*, es casual y, biológicamente hablando, aproximado. Pero Ander entiende lo que quieren decir; él también lo piensa. Si los demás se burlan de Danny, es de esa forma temerosa que rehúye cualquier contacto y delata lo mucho que les gustaría tocarlo. Porque eso es precisamente lo que quieren. Danny lo sabe; hay muchas cosas que sabe. Es como si hubiera vivido otra infancia antes de esta, una que recuerda a medias y cuyos movimientos está siempre en cierto modo repitiendo.

En clase rivalizan, pero no en el mismo terreno. Ander es bueno con los números y Danny con las palabras.

Detrás del colegio está el Zoológico Medway City, aunque llamarlo zoológico hoy en día es exagerar un poco. Es más bien una discreta colección de animales salvajes, un destartado archivo animal. Construido en los años treinta para entretener a los ricos de la zona y a excursionistas de Londres, ahora se acerca tambaleante a su cierre, mientras se va quedando poco a poco sin animales y la ciudad se extiende alrededor. No ha llegado ningún animal nuevo desde 1981, y los que quedan no son reemplazados cuando mueren. El zoo llena, con su cúpula *art déco*, su reptilario modernista y sus silenciosas pajareras, un magnífico terreno edificable. Los promotores lo miran como a un familiar anciano cuya muerte les hará ricos. Calladamente, los animales también parecen saberlo. «El corredor de la muerte», lo llama el señor McCloud. La tienda de artículos de regalos vende postales descoloridas del zoológico en su época de esplendor, *souvenirs* en liquidación de sus famosos edificios, y caramelos a los que hay que soplar para quitarles el polvo antes de comérselos. La anciana que lleva la tienda tiene cataratas, así que algunos chicos roban con descaro delante de sus narices, a sabiendas de que puede ver lo que hacen pero no quiénes son.

La parte trasera de Chapelton College da a la jaula de los monos, al recinto de los pingüinos y a los montículos de hormigón donde un oso polar flaco y amarillo como la nicotina camina describiendo un circuito en forma de ocho al otro lado del foso que lo separa del público. De la mayor parte de los animales grandes, solo queda un ejemplar, un macho o una hembra desaparecidos. Ocultas a la vista por poco, detrás del alto muro rematado con alambre de espino,

están las focas y, cuando hace frío, como es el caso ese primer octubre, el olor a tripas de pescado impregna el aire hasta mucho después de su hora de la comida. Hay ocasiones en las que es tan intenso que produce arcadas, y los chicos pasan por allí tapándose la nariz. Cabría pensar que el frío atenuaría el hedor, pero es al contrario: lo empeora, lo vuelve cortante. Aunque ellos no lo saben, porque todavía no han pasado allí ninguno, en verano el olor será más abundante pero también más suave.

—¿Cómo serían sus clases? —se pregunta Gary—. Imagínate esos ojos grandes mirándote fijamente... —Yo ni me lo pregunto ni me lo imagino, así que no respondo—. No sé cómo se las habría apañado en mi colegio; no con algunos de los alumnos. Nos enseñaban inglés como si fuera una lengua extranjera. A decir verdad, eso parecía con algunas de las poesías que leíamos. —Coge un libro y lo hojea—. Recuerdo esto del colegio; cómo los profesores ponían pequeños señaladores para encontrar la página un año tras otro, hasta que el libro se abría solo.

¿Qué libro es?, le pregunto a Gary en mi cabeza.

—Escucha esto. —Carraspea, se lleva la mano al pecho adoptando su pose de declamar poesía y lee—:

*Le parece que hay mil barrotos;
y detrás de ellos, la nada... [12]*

—Suena a una de esas vacaciones con todo incluido para la gente joven, ya sabes, Club 18-30[13]... Mil barras, y detrás de las barras, la nada...

—Habla de un zoo, Gary —le digo de mal humor.

—Ya lo sé, profe, ya lo sé... solo intentaba animarte un poco. —Deja el libro y se esfuerza por ponerse serio—. ¿Sabes qué?, seguramente deberíamos localizar a algunos de sus alumnos y colegas. O sea, solo para tener algo de información del contexto... antes de que lleguen allí los periódicos y les cuenten demasiadas cosas sobre él. Elaborar un retrato suyo antes de que acabe totalmente deformado.

Mediado el segundo trimestre, estudian con un nuevo profesor una poesía sobre una pantera enjaulada. El profesor parece llegado de otro mundo; uno que está al lado de este. Cuelga su abrigo y lo ven sacar un pañuelo y limpiar el escritorio para quitar los restos de tiza antes de dejar el sombrero encima con cuidado. Se fijan en su peinado, y no sabrían decir si está completamente pasado de moda o si es lo último de una nueva moda retro. Lleva patillas y un pelo que tiene más años que él; liso y de color mercurio, le cae hasta las cejas. Es enjuto, anguloso y exótico, pero nadie se burla de él, ni siquiera en este mundo, en el que los profesores pueden vestir solo de dos formas: con ropa barata que les queda mal, o con ropa cara que les queda mal. No es que en su apariencia no haya motivos de burla —bien al contrario, los hay de sobra: desde el sombrero hasta los zapatos de punta, pasando por el pelo, el alfiler de la corbata, la propia corbata roja o el traje con pantalón de pitillo—, sino que, en cuanto empieza a hablar, todo el coraje y la rebeldía de los chavales se esfuma.

El profesor les pregunta de qué trata el poema, y lo hace con un tono de voz que Ander llama en su fuero interno «voz de coloquio sobre poesía»: potente y grave, pero al mismo tiempo evasiva e indirecta. No trata de una pantera, piensa él.

—Primera ley de la termopoética —le dice Danny después, al salir de clase—: No trata sobre lo que trata.

Y decide que tal vez al final acabe gustándole aquello.

El profesor lo lee primero en voz alta. Es importante, dice, escucharlo, leerlo en voz alta. Recalca lo de *en voz alta*, y hace un gesto como si les lanzase algo. Es un hombre enjuto y de dedos largos. Cuando habla, a todo el mundo le pilla por sorpresa su voz de barítono, profunda como el fondo de un barril de whisky caro o la cazoleta de una pipa. Una voz que se abre camino en medio de cualquier ruido. Hasta la patulea de alborotadores sentados en la última fila dejan de darse puñetazos, tirarse pedos y mancharse con tinta el cuello de la camisa.

El aula huele a abrillantador de suelos barato, a desodorante aplicado en exceso y a culo sucio. Si embotellásemos eso, tendríamos los ochenta de todo un país en forma de vaporizador. Con excepción del olor a chicas. El nuevo profesor ha abierto todas las ventanas a pesar del viento que sopla fuera. Los muchachos alcanzan a oler el zoo y a oír a los animales. Cuando se vuelven para mirar la jaula de los monos, donde estos saltan, pelean, corretean y se masturban, no son conscientes de lo mucho que se parece lo que ven a un espejo.

El nuevo profesor es un caso excepcional. Ha llegado en sustitución del señor Trundley, quien les hace escribir en silencio comentarios sobre pasajes de libros que ha fotocopiado en las láminas de plástico del proyector. Sus clases son pistas americanas de aburrimiento. *Hipnos*, lo llama McCloud, en honor del dios griego del sueño, porque también los profesores tienen que hacer esfuerzos para no dormirse cuando les toca soportarlo. Nunca han oído hablar al nuevo profesor, pero lo han visto por el colegio. Da clases solo a los mayores, y nunca se le ve arbitrando partidos o llevándose a los chicos a correr bajo una llovizna. Nunca sale a correr, resollando, ataviado con un chándal horrible y silbando a los alumnos de las clases de recuperación, entre los cuales se puede encontrar a Ander y a Danny todos los lunes, miércoles y viernes por la tarde, practicando el deporte que corresponda en esas fechas y haciéndolo tan mal que la forma y tamaño del balón es lo único que puede servirle de pista al observador para adivinar a qué están jugando. No suelta bromas estúpidas como McCloud ni intenta ganarse la confianza de los alumnos con referencias futbolísticas o comentarios banales sobre música pop. Nunca se le ve doblando una esquina con aire furtivo, o caminando por ahí arrastrando los pies, o en la calle, o desorientado y alelado en una tienda, mal disfrazado de ciudadano corriente. O está ahí, un *ahí* imperioso y visible, sobre el que todo gira, o no está. A Ander también le parece *grácil*, porque nunca pierde los estribos ni se tropieza ni se le caen cosas ni se equivoca de palabra. Sobre todo, esto último. Tiene un don para hablar: es como un libro. Pero un libro que de verdad «querrías leer», dice Danny.

Su forma de vestir... Es difícil describirla por lo mucho que difiere de la de sus colegas: digamos que viste con una rigurosidad y una consistencia que seguramente podrían pasar por elegancia, entre los profesores, al menos. No es como los demás, con sus viejas chaquetas cubiertas de tiza, sus corbatas raídas y esos zapatos que les proporcionan *soporte adicional*, o *comodidad adicional*, y que chirrían por los pasillos como bisagras sin engrasar. No es que a él le gusten esos regimientos de Oxford y Cambridge con sus zapatos de cuero calado con refuerzos metálicos en la suela, sus corbatas de colegiales y sus discursos sobre regatas y «el otro sitio», que son falsos incluso cuando son auténticos, y no se dan cuenta de que si son *falsos* es precisamente porque son auténticos.

Escucha a Wagner y ve películas subtituladas de cuatro horas. Ander y Danny averiguan eso

más adelante, cuando los invita a su club cultural extraescolar. Incluso el nombre «club cultural» sonaría estúpido si no lo organizara él. Les han llegado rumores de que pone discos de The Who y Bob Dylan a los mayores, de que toca canciones de Bowie con su guitarra o con el piano del colegio y comenta las letras como si fueran poesía. Si vas a su casa, dicen, te hace escuchar a Nick Drake y después a William Byrd, y comparar los acordes. Tararea mientras toca, lo que le da al momento un aire de intimidad, como si estuvieras dentro de su cabeza, detrás de su voz.

Ander escucha a escondidas esos cotilleos sueltos y los va guardando. Escucha a escondidas a los profesores, a los mayores, las conversaciones en el autobús y en las tiendas. El nativo oye, pero el extranjero oye como por casualidad.

A pesar de todo, Wolphram no es un tipo enrollado ni pretende serlo. Es severo y no intercambia las cortesías de rigor ni pierde el tiempo charlando sobre temas intrascendentes como el tiempo, la comida o los resultados deportivos. Parece frágil y desplazado en todas partes menos en el aula. Su meticulosidad roza el absurdo: esa pulcritud, esa ropa cara y fuera de lugar con la que, como dice McCloud, «parece alguien que hubiera dejado una banda de música justo antes de que esta saltara a la fama». Así que eso también se ha convertido en un rumor: que se encaminaba al estrellato pero se extravió, que sus compañeros de banda son todos millonarios mientras que él está aquí estancado enseñando Lengua y Música.

Nunca se recuesta en el respaldo de la silla ni se inclina sobre la mesa, y algunos días da varias clases seguidas sin sentarse. Tiene una forma peculiar de estar en los sitios, de caminar y de sentarse; es como si intentara tocar el mundo lo menos posible.

Consigue que lo dejen tranquilo incluso en ese pequeño universo cruel del colegio, en el que, cuando descubres lo que alguien intenta esconder, se lo arrebatas porque ese escondite es donde pone lo que queda de él. Coges lo que le importa y lo retienes como si fuera un rehén. Pero no con Wolphram, a pesar de sus trajes estúpidos y sus sombreros, de sus películas extranjeras y sus discos. Quizá la definición de ser enrollado es que nadie te toma el pelo por las cosas de ti que no le gustan, piensa Ander. Así pues, ¿cómo lo describiría? Digamos que el señor Wolphram... planea sobre las cosas cotidianas —las reuniones y las clases y los pedos de después de las comidas, los gritos y los chándales sucios, las pintadas en la puerta de los cagaderos y el olor a semen reseco...— lo suficientemente alto como para que no lo toquen.

En pocas palabras, piensa Ander, todo lo que hace el señor Wolphram, todo lo que dice, es como si estuviera en cursiva. Él está en cursiva.

Ander no sabe exactamente qué ha de entender por *respetar*. De acuerdo con la definición más aproximada que ha logrado, sería tenerle miedo a alguien sin un motivo concreto. Quizá no sea más que eso, al fin y al cabo, piensa, al menos en este colegio: tenerle miedo a alguien que no te ha dado (todavía) motivos para ello. Tal vez *respetar* sea la palabra más adecuada para este recién llegado, pues no es exactamente el tipo de profesor por el que uno siente aprecio, pero, al mismo tiempo, tampoco te gustaría decepcionarlo. No quieres darle motivos para que tenga una mala opinión de ti. Ander aprende rápido la jerga escolar, le gusta descifrarla, y Danny y él se pasan las tardes riéndose con eso. Por ejemplo, ya han descifrado la expresión *dots de mando*: significa «matón», el tipo de chico en el que los profesores delegan responsabilidad para que pueda abusar de ella y ejercer la opresión de bajo nivel que ellos llaman «disciplina». El nuevo profesor no es así. Hace valer su autoridad con palabras, sí, pero también con paciencia.

No le tiene miedo al silencio.

Como ahora:

El señor Wolphram lee la poesía sobre la pantera:

*Le parece que hay mil barrotes;
y detrás de ellos, la nada.
Describe pequeños círculos una y otra vez,
y su caminar, suave y poderoso,
es como una danza ritual en torno a un centro
donde se alza paralizada una voluntad inquebrantable.*

Ander piensa que la voz del hombre libera la poesía. Que resulta irónico, en realidad, pues esta habla de lo contrario a la libertad. A continuación, deja que una larga pausa se extienda por el aula. Alguien intenta hablar y él levanta la mano para impedirlo.

—Dejemos que se asiente —dice.

Silencio; un silencio que tiene algo de interminable, pese a durar solo unos segundos. No es una de las variedades habituales: embarazoso, angustioso, apático o insolente.

Si tratase solo de una pantera en una jaula, dice Danny, que es el primero en hablar, no estaríamos aquí debatiendo sobre él. Ander interviene enseguida para decir que *tiene que tratar* de una pantera en una jaula antes de que pueda tratar de otra cosa. Primero tiene que funcionar como poema sobre un animal enjaulado; y después tiene que hablar de otra cosa o, de lo contrario, no sería realmente un poema. Se sorprende al oírse hablar y, a decir verdad, ni siquiera está seguro de ser él quien habla.

—Es como lo contrario a hablar normal —continúa, y suena torpe y poco convincente; y de todas formas, piensa, mientras las palabras salen traqueteando de su boca, ¿para qué iba nadie a querer hacer eso?

El profesor muestra interés. El velo de indiferencia desaparece de sus ojos porque empieza a mirarlos como es debido. Parpadea lentamente. Es la sacudida del flotador producida por un tirón en el sedal; muy leve, pero suficiente para quien sabe reconocerlo: un temblor de interés, la seguridad de que hay algo más ahí.

—Seguid —dice. Los está alentando. Eso también es nuevo para ellos.

Ander dice que es como el oso polar que está ahí encerrado, que quizá recuerde las extensiones blancas de su infancia; aunque también es como la gente, que tiene *deseos* (se siente raro utilizando esa palabra; lo anima a hablar, y le gusta tener un lugar en el que puede utilizarla, aunque solo sea un debate sobre poesía), pero su mundo se encoge hasta que se olvida de los barrotes y acaba pensando que su jaula es lo único que hay. No lo expresa con esas mismas palabras, no en ese momento, pero en su recuerdo son exactamente las que utiliza.

Al cabo de un tiempo, ni siquiera hace falta que los barrotes estén ahí, continúa; es como cuando quitas el cubo del castillo de arena y el castillo se mantiene en pie. No sabe por qué ha dicho eso último sobre el castillo de arena, pero es algo que recuerda de los últimos días de verano en Ostende, la arena todavía húmeda, como si ya ni siquiera necesitase el mar. Como la arena debajo del puente. Piensa que puede gustarle la poesía: esa forma de progresar con las palabras sin avanzar en realidad. Le gusta que las cosas puedan explicarse siempre diciendo *cómo son* y no solo limitándose a decir tediosamente *qué son*.

Todos guardan silencio. El profesor asiente y sonríe.

—¿Crees seguro que nuestro oso nació en su hábitat natural? ¿O la pantera? Tal vez los

barrotes sean lo único que conocen.

—Es posible... No lo sé... —dice Ander—. Quizá no sean recuerdos reales, sino solo algo que sienten, como un instinto.

—Quizá. Y ¿de qué clase de jaulas crees que habla? ¿De qué tipo de barrotes?

—¡Aulas! —grita alguien, y todos se echan a reír.

—El aula. De acuerdo: es sin duda un tipo de jaula, sí. Y no solo para los alumnos —responde Wolphram, mirando para comprobar si alguien ha entendido su pequeña broma.

—Los trabajos —dice otro—; los trabajos de oficina.

—Por descontado. —El señor Wolphram sonrío por primera vez.

—Casarse —sugiere Jonny «Kebab», el casanova de la clase, que asegura haberle metido el dedo a la hermana de su amigo. A Jonny Lansdale le pusieron ese apodo porque una vez, en una jornada deportiva, lo ensartó una jabalina. Todo el mundo se acuerda porque su padre entró corriendo al campo como para preocuparse por la herida, pero lo que hizo fue abofetearlo por ponerse en medio de los deportistas.

La sonrisa desaparece. El señor Wolphram mira a Ander como diciendo: «Tú has empezado esto; ahora térmalo».

—¿Un instinto para qué?

Ander quiere dar una buena respuesta, suponiendo que haya una buena respuesta para algo así.

—Tu cuerpo, las cosas que quiere y tú no sabes que quiere... las cosas que hace y tú no quieres que haga...

—O sí quieres —responde el profesor.

Todos guardan silencio. El profesor deja el comentario de Ander y el suyo en el aire y explica la poesía. Ander tenía razón, no va sobre una pantera. La pantera enjaulada es... una palabra que escucha por primera vez, y se pregunta cómo ha podido estar tanto tiempo sin conocerla —catorce años es mucho tiempo cuando no sabes la palabra correcta—: es una *metáfora*.

—Habla de la cautividad —prosigue—, de lo que nos tiene cautivos. Hoy en día diríamos que la pantera sufre zoochosis, un tipo de comportamiento anormal que muestran los animales encerrados, como el oso polar, en ambientes artificiales, sin espacio suficiente ni un entorno adecuado para que su cuerpo y sus sentidos se ejerciten. Pero quizá no haga falta ser un animal encerrado en el zoo para sufrir zoochosis.

Cuando termina la clase y suena la campana, es como si hubiera saltado una alarma en todas partes. Se produce un silencio asombrado, no el golpeteo habitual de libros y papeles al ser recogidos y el chirrido de las sillas cuando los chicos salen en tromba del aula. Nadie se mueve hasta que el señor Wolphram cierra el libro y les da las gracias.

Nadie les había dado las gracias nunca, y no saben qué les agradece, pero todos se marchan despacio, demorándose, casi con ganas de más, pero sin saber a ciencia cierta qué clase de más puede ser.

Cuando el señor Wolphram sale del aula, Danny le dice a Ander:

—Ha sido raro.

Ander no sabe si Danny se refiere a algo en concreto o a toda la hora de clase imprevisible que acaban de tener.

Al día siguiente, toca clase doble de inglés. El señor Trundle ha vuelto con su mirada sin vida, sus zapatos baratos y sus transparencias. La pantera ha quedado olvidada, pero nadie ha

olvidado los barrotes.

HOMENAJES

Ahí están, Ander y Danny, en la caja de fotografías del señor Wolphram, unas veces juntos, otras, diluidos en un grupo; actores secundarios con papeles pequeños —todos somos figurantes en la historia de otro—, pero nunca solos.

—Te estás acercando sigilosamente, Gary, lo noto... —He desplegado en abanico las fotografías y, cuando Gary se acerca acompañado de sus resoplidos y del crujido húmedo de sus zapatos, demasiado grandes para sus pies llenos de ampollas, las vuelvo a meter en un montón antes de que llegue.

—¿Has encontrado algo? —pregunta—. Si no te conociera tan bien, profe, diría que estabas entreteniéndote con esas más de la cuenta..., entreteniéndote con una caja de zapatos llena de fotos de niños... —Se inclina sobre mí antes de que tenga tiempo de apartarlas—. Fíjate en esos dos. Un par de pequeños lords. Apuesto a que el de la izquierda tenía que andarse con cuidado en las duchas.

—Solo me estoy cerciorando, Gary; tú mismo lo has dicho: si hay algo aquí que encontrar, estará en estas cajas.

Me mira con desconfianza, reacio a ir delante de mí por si robo algo. Y hace bien. Sigue mirando las fotografías que aún tengo en la mano.

—¿Ves algo que te guste?

Ja, ja, Gary.

Alarga la mano para coger las fotos. Sigue rastreando el porno infantil que cree que va a encontrar si busca lo suficiente. Las fotografías que tengo en la mano no ofrecen lo que él quiere, pero no me apetece que las vea, así que intento inclinarlas hacia mi pecho, con la naturalidad suficiente para que no parezca que las escondo.

—Mañana, Gary, mañana. Creo que aquí no hay nada que nos interese, pero tal vez mañana lo haya... Mañana te dejaré terminar con este montón y podrás decidir por ti mismo.

Retrocede un paso y sostiene en alto un DVD de la videoteca de Wolphram.

—Catherine Deneuve —dice, blandiendo *Belle de jour*, de Buñuel—, un caso de lo más curioso: es un bellezón de mujer, pero nunca he logrado culminar una paja pensando en ella.

—Gracias, Gary, por esa observación original y compleja que sitúa a la señora Deneuve en una categoría muy especial. Quizá podrías dar una charla en el club de cine europeo de la universidad o algo así.

Se ríe pero no se mueve. Se queda ahí plantado mirándome. Ha visto algo, pero no sabe qué. Eso es lo que la gente no ve de Gary: está siempre pensando, siempre observando. Puedes bajarle

la potencia, pero no puedes apagarlo del todo.

—¿Vas a dejar esas fotos en su sitio antes de que recojamos, o tienes pensado llevártelas a casa para trabajar en ellas?

Me lanza una mirada lasciva, como si me comprendiera, lo cual resulta irónico, porque comprender es justo lo que no hace.

Lo dejaré en la ignorancia un poco más.

Devuelvo las fotos a su sitio y cierro la caja. Salimos del salón juntos. Me habría gustado disponer de un rato más para verlas, pero no pasa nada. No van a ir a ningún sitio, aunque las historias que cuentan estén cambiando continuamente, vivas y creciendo en la oscuridad.

La luz inunda el pasillo. Fuera, la puesta de sol está en su flamante apogeo; se cuele por la vidriera semicircular que hay sobre la puerta de entrada y rocía de llamas el techo y la parte alta de las paredes.

Tengo la mano apoyada en la puerta. Gary está hablando. Conmigo, a mí, en torno a mí, sobre mí:

—Lo que tiene que se junten la clase obrera y los pijos es que aprendes palabras nuevas. Esa especie de ventana... —Sigue mi mirada hasta el punto por el que entra la luz— se llama en realidad montante; lo he buscado. Y la barra que lo separa de la puerta, dintel. ¿Lo sabías? ¿Vives en una casa con dintel y montante, profe? Dintel y Montante... suena a pareja de detectives, ¿verdad? ¿Quién sería quién en nuestro caso? Yo te veo más como Montante, si he de serte sincero. Definitivamente, yo sería Dintel.

Empiezo a concederle una sonrisa altiva y contemporizadora, pero no hay tiempo porque, cuando Gary descorre el cerrojo y yo abro la puerta, nos recibe una oleada de *flashes*. A esta le siguen una docena más, cámaras repartidas por todo el camino de entrada. Ruido, gritos, preguntas: quién, dónde, qué, cómo... el nombre de ella, el de él; los nuestros, nuestro rango.

Nos protegemos la cara y pestañeamos para hacer desaparecer de nuestra visión quemada las luces dejadas por los *flashes*: seis periodistas y un puñado de fotógrafos. No es mucho; de hecho, es poco comparado con lo que está por venir, pero la sorpresa nos hace retroceder contra la puerta cerrada. Hemos sido los últimos en salir y no recuerdo si tenemos llaves.

Mi reacción es darme la vuelta y volver a entrar, pero Gary me detiene.

—Hacia delante, profe. Recorremos el camino de entrada, dejamos a todos estos atrás y nos metemos en el coche. De todas formas, no tenemos nada que ofrecerles. Ya sabes lo que hay que hacer, lo has visto en televisión. Lo único que te pido por favor es que no digas «Sin comentarios».

Me empuja por la parte inferior de la espalda para obligarme a bajar los escalones de piedra, recorrer el camino de grava y cruzar las puertas de hierro que hemos olvidado cerrar al entrar. Los periodistas se separan y nos dejan pasar. No sé por qué no nos siguen, pero, cuando me vuelvo para echar un vistazo, sus siluetas están inmóviles y, recortadas sobre el rojo intenso del sol, parecen marionetas tiradas en el fuego. Al otro lado de la calle, hay cinco vecinos de puntillas, estirando el cuello para ver qué ocurre. Llegará el día en que las personas parezcan jirafas como resultado de estar generación tras generación asomándose por encima de la muchedumbre para mirar con avidez accidentes y a famosos, dice Gary. También ellos están totalmente inmóviles, y parecen haber dado su día por terminado. Gary abre la puerta del copiloto para que entre y, cuando me doy la vuelta hacia la casa para, con el culo por delante, incrustarme en el asiento, veo un ramo de flores apoyado en uno de los pilares de la puerta de al lado. Los

tallos están envueltos con papel de aluminio y el ramo parece formado a partir de un par de los que se venden en estaciones de servicio. Reconozco los colores del supermercado. Es el primer ramo de Zalie.

No estaba cuando hemos llegado. Lo sé porque me fijé al entrar. Siempre me fijo por si los veo. Puedes trazar un plano de la ciudad, de cualquier ciudad, cualquier pueblo, cualquier aldea y cualquier cosa intermedia —desde el extrarradio a una urbanización recién construida; desde el arcén de una autopista a un *camping* para caravanas— a partir de los ramos, peluches y mensajes plastificados. Y el puente. Dondequiera que hay un puente, hay una ofrenda floral. Es difícil estar mucho tiempo en este trabajo sin trazar tu propio mapa del dolor. Paradas de autobús, estaciones de tren, aparcamientos y bares, gradas de estadios de fútbol, esquinas y caminos abandonados donde las ortigas te llegan a la cintura y los perros se internan en solitario para cagar y buscar el olor de otros perros.

«Homenajes», los llaman. «Santuarios». ¿Cuándo empezaron? ¿O siempre han existido? No lo recuerdo. No creo.

No estoy diciendo que la muerte supiera cuál era su sitio; digo que la muerte *tenía* su sitio. De acuerdo, también disponíamos cosas alrededor de ella, como es de rigor, pero la teníamos zonificada, como dicen los urbanistas. Dividíamos nuestros territorios; formaba parte de la larga tregua que nuestros antepasados acordaron con ella. Cuando yo era pequeño, eran cementerios, camposantos y crematorios: tenías tu propia tumba, tu lápida, tu nicho para las cenizas, y dejabas lo que necesitabas dejar allí: tus últimas palabras, sus últimas palabras, las cosas importantes que habían quedado por decir y también las insignificantes; tus flores o tus tarjetas, tu piedra, tu pan, algunos juguetes, tu oso de peluche. *Su* oso de peluche. Una vela. Nada ilumina más que una vela solitaria.

Siempre ha habido peregrinaciones a las tumbas de los famosos, pero también estaban controladas: botellas de alcohol junto a la tumba de Oscar Wilde, cigarrillos y porros junto a la de Jim Morrison. (Las pintadas desesperadas: «Jim, ¡eras mi único amigo!». «Oscar, ¡tú nos liberaste!»). Tal vez así es como empezó, con toda esa... ¿qué?... ¿exteriorización?... este negocio de la muerte y el duelo como bien público, igual que las olimpiadas o la realeza.

Hubo un tiempo en que teníamos localizada la muerte; la poníamos en lugares destinados a ella, en la tierra o en cementerios. Teníamos el depósito de cadáveres, el tanatorio, el coche fúnebre, el ataúd, la urna funeraria: todo para que pudiéramos dejar ordenada la muerte y seguir adelante, apartarla de nuestros espacios cotidianos para poder ir al colegio o al supermercado o a la casa de apuestas, y no tener que pasar por el sitio donde se produjo el apuñalamiento y pensar: «Aquí ocurrió, la muerte vino aquí, mira, ¿ves el agujero que ha dejado alguien que estaba ahí y que después ya no estaba?»; para poder cenar en el comedor en el que un padre que tenía cuatro hijos se asfixió y cayó de bruces sobre el asado del domingo; para poder utilizar el jardín en cuyo estanque se ahogó un niño de dos años intentando coger las huevas de rana que parecían gelatina; para poder comprar la casa en la que un marido maltrató a su mujer, en la casa piloto de ladrillo rojo del callejón, que parece un sitio como los demás pero no lo es, pues en el fondo gotea terror y callada violencia. Por eso tenemos esos lugares: para poder reclamar que nos devuelvan nuestros espacios cotidianos el tiempo suficiente para acabar de vivir en ellos.

Sabíamos que le estábamos alquilando el espacio a la muerte. La muerte era la casera que venía a veces con la llave maestra cuando estábamos fuera para hacer tareas de mantenimiento o para comprobar cómo estaba todo, pero en general nos dejaba a nuestro aire hasta que vencía el

contrato. Ahora lo hemos entregado todo. La muerte ahora es un poder de atracción. Fijaos en cómo nos invade silenciosamente; y fijaos en cómo se lo permitimos, con nuestros monumentos y placas conmemorativas y ofrendas florales, los peluches, los pitufos y los osos Paddington. Nos estamos convirtiendo en sus colonos. Nos está bombardeando con amor, y nosotros la estamos haciendo adorable y escribiéndole cartas, diciéndole: «Toma nuestras calles, nuestras casas; ya te has llevado a nuestra gente, ahora coge lo demás, ven a vivir con nosotros». La muerte tiene una nueva agencia de relaciones públicas para ayudarla a promocionarse: antes la agencia de relaciones públicas se llamaba religión; ahora es más como el mundo del espectáculo.

Algunos de estos ramos, de estas coronas, son discretos. Están colocados en las orillas del acontecimiento, sin interponerse en el camino de nadie, un puñado de flores, cogidas a veces de un jardín o de lo que queda de un terreno rural. Esos me gustan. (*Gustar* no es la palabra adecuada). Dejan constancia de la huella, del impacto de los mortales, pero también comprenden que necesitamos tacto y distancia, que no podemos seguir reclamando lo que no es nuestro.

Pero otros son chillones y ostentosos, abriéndose paso a empujones hasta el centro con mensajes gigantes y peluches caros del tamaño de un niño. Van de aquí para allá entrometiéndose en el dolor de desconocidos con esmoquin y lentejuelas y se beben las lágrimas de la gente que gotean a través de los informativos.

—¿Sigues con nosotros, profe?

Empatía, compasión, sea lo que sea a lo que me refiero (en cualquier caso, ¿se excluyen una a la otra? ¿Es un juego de suma cero? Siendo uno *con* y el otro *por*, no es posible —¿verdad?— que un sentimiento esté en dos lugares al mismo tiempo): ¿cómo sabes cuándo has rebasado el punto en el que estás autorizado a sentir por o con otra persona, a acompañarla una parte del camino antes de que se pierda de vista en el lugar de su dolor en el que debe estar a solas; el punto a partir del cual ya no es posible participar de los mismos sentimientos?

Tiene que ser posible establecer un protocolo para esos campos de juguetes y velitas titilantes que florecen rápidamente en el escenario de la última atrocidad, el dolor más reciente, la muerte del famoso de turno, cuando la pena se convierte en batalla campal, una gran fiesta con una piñata de dolor hecha con papel de periódico. Debería haber un código de conducta, un *ombudsman* del dolor. El *ombudsman* del dolor diría: «No hay nada más deslumbrante que una lámpara solitaria encendida en una ventana».

Ahora hay un campo de velitas a pilas como las de los restaurantes y los bares.

Siempre que conduce Gary, para desconectar de su conversación o de sus quejas sobre el tráfico, intento dar con una teoría y la analizo. Ahí va una:

Es una teoría sobre el efecto onda expansiva del dolor público y privado: un suceso es una piedra que cae al agua, y la gente a la que afecta son ondas. Hasta ahí, todo claro. Cuanto más cerca del punto en el que ha caído la piedra, más fuerza tiene la onda: primero tenemos los círculos pequeños y enérgicos, pero, a medida que se expanden, se convierten en pequeñas ondulaciones intermitentes en los límites del movimiento; ya no es movimiento, es solo un temblor en el borde, el recuerdo de una onda, apenas un resalto en el agua cremosa. Para entonces ya ha alcanzado a los vecinos de los vecinos de la víctima, al quiosquero, al compañero de primaria.

Todos quieren tomar parte, ocupar su sitio en el sol negro de la historia.

¿Qué onda soy yo? ¿Qué ola?

Se ha lanzado la piedra, pero estoy a varios anillos del centro. Unos seis, calculo, si el primero son los amantes, los padres y los hijos; el siguiente, los hermanos; el siguiente incluye a

los mejores amigos, personas con una relación muy estrecha con la víctima, primos y familia política; el quinto, amigos del montón, colegas con los que tienes trato en el trabajo; el sexto...

—Ese gilipollas de la tele.

No sé de quién habla Gary, y el adjetivo que ha elegido tampoco reduce mucho la lista de candidatos. Pero me devuelve al aquí y ahora, a este país extranjero en el que nací, antes de que pueda llevar el razonamiento hasta el final.

—¿Estás con uno de tus sermones internos? —pregunta.

El sexto círculo. Ahí estoy yo. Los he contado.

El ramo en la puerta de Zalie: dos días después, sigue ahí, pero para entonces ya es uno entre cientos en un ejército de terracota de velas y juguetes. Algunos son sofisticados, como una exposición en un vivero con animales de escayola y campanillas de viento. Hay incluso una fuente de plástico que imita la piedra desgastada y funciona con energía solar. ¿Cuánto tiempo ha de dejarse antes de retirarlo todo? ¿Qué hace respetable a un periodo de tiempo «respetable»?

Antes era lo que tardaba el alma en llegar al sitio en el que pasaría la eternidad. Ahora depende de cuándo lleguen los basureros, o de cuándo el ayuntamiento decida que podría causar un incendio o que obstaculiza el paso por la acera.

Pero hay algo extraño que distingue a este ramo en particular: las flores frescas echándose a perder, empezando a marchitarse, las cabezuelas poniéndose mustias y los pétalos secándose por los bordes. El ramo visiblemente muerto para el hasta ahora invisiblemente muerto es algo que no había visto antes; normalmente, se llevan el viejo y lo tiran a la basura. Ese es el procedimiento, el lenguaje de estas cosas. Aquí es distinto. Parece que quiere darse a entender algo que todavía no comprendo del todo.

—¿Dónde vamos ahora? —pregunta Gary, cuando se da cuenta de que he vuelto del sitio dentro de mi cabeza que él llama mi casa.

Está embutido en el asiento del conductor y el coche parece minúsculo con ese gigantón dentro. Gary tiene un sobrepeso característico de cierto tipo de inglés. La piel está tirante como un tambor encima de la grasa; nada de carne fofa ni colgajos como en el caso de los americanos, con los pliegues blancuzcos tapándoles el cuello de la camisa o sobresaliendo por las mangas, cayendo por encima de la cinturilla de los pantalones y engullendo la hebilla del cinturón. Tiene el estómago y los brazos duros, y la piel tersa, como si no le hubieran informado de que está gordo. Si la recorrieses con el dedo, chirriaría como un globo hinchado hasta el punto de que una pizca más de aire lo haría reventar. Es rápido pese a su corpulencia; piensa rápido, se mueve rápido. Está hecho de peso e instinto. Y, cuando su instinto le falla, lo que no suele ocurrir, su peso nunca lo deja en la estacada.

—¿Podrías dejarme en casa de la señora Snow?

A Gary no le gustan mis visitas a la señora Snow, pero ha dejado de quejarse. «Fantasía de dos locos», lo llama. Es más fácil de recordar, dice, que el término técnico, *folie à deux*. «Bueno, dos locos y un fantasma».

—¿Espero fuera? —pregunta.

Le digo que no, que es tarde, casi de noche, y debería irse a casa.

—Ah, sí, «casa» —dice, marcando las comillas con los dedos.

Para llegar a casa de la señora Snow, tenemos que bordear el perímetro exterior del zoológico, ochocientos metros de enlucido blanco como hielo resquebrajado por cuyas grietas

asoman los ladrillos, coronado por una alambrada de espino que se extiende a intervalos irregulares hasta que por fin desaparece. La ciudad va perdiendo distinción a medida que avanzamos. Las tiendas de *delicatessen* se convierten en tiendas de barrio, las tiendas con lámparas de diseño o papel pintado a medida dejan paso a casas de apuestas y salas de juegos «recreativos». La basura se sacude en los porches. Pero las casas están ordenadas.

El zoo lleva dieciocho años cerrado. Cuando murió el último oso polar en 1993, lo único que quedó fue una tortuga gigante, unas cuantas focas, un rinoceronte melancólico y loros que se escapaban una y otra vez de sus maltrechas pajareras para acosar a los residentes del asilo de ancianos —la Three Ports Senior Lifestyle Community— que había al lado del colegio. Para entonces, el zoológico ya había sido rebautizado como «reserva» —una forma de rebajar las expectativas y al mismo tiempo ponerle un dique al patetismo—. Hasta los trabajadores se iban marchando y, cuando las instalaciones cerraron sus grandes puertas de hierro por última vez, la media de edad de los que quedaban era de cincuenta y cuatro años. Cerró el mismo año que ingresé en el cuerpo. Recuerdo los artículos del periódico, su derribo siempre inminente. Las fotografías de la tortuga y el rinoceronte siendo trasladados para su realojamiento en Londres.

Construido con la intención de que pareciera una ciudad futurista, sus líneas bien definidas y el hormigón blanco están ahora grises y llenos de desconchones. Los azulejos de los mosaicos que adornaban sus paseos han sido robados o destrozados sin motivo. Al final, las patadas de los animales hacían saltar pedazos de las paredes que los mantenían encerrados. Los niños tiraban piedras a los paneles de cristal de la cúpula que se erigía en el centro de la plaza principal del zoo. Los edificios bajos del grupo Tecton[14] están cubiertos de moho y humedad. Las estrechas rampas en espiral del recinto de los pingüinos, que tenían en su día una apariencia delicada como si fueran rodajas de piel, están ahora derrumbándose. Los *skaters* las utilizan y les ponen nombres de pandillas y eslóganes. Pero irradia cierto esplendor, cierto optimismo. Parece una urbanización para gente que todavía no existe.

En los ochenta y los noventa, el diseño espacioso y abierto del zoo no ofrecía protección contra los zorros urbanos que empezaban a moverse por la ciudad, y que ahora corren libres por los parques y el extrarradio. Mataban lo que encontraban, normalmente pingüinos, frailecillos y flamencos. Las gaviotas, las ratas, los tejones y los cuervos encontraron la forma de entrar, atraídos por la comida gratis y el olor, y haciendo caso omiso de las desgreadas especies exóticas con las que tenían que competir.

Depredadores dentro, depredadores fuera: la Medway Regeneration Company, encabezada por Lansdale, lo vigiló durante los ochenta, sin dejar de ofrecer dinero por el terreno, y presumía de construir un edificio de doscientas viviendas en el corazón de la ciudad. Pero los propietarios se aferraron a sus deteriorados bienes. Tal vez eran amantes de los animales —eso era lo que nos decíamos de pequeños—, aunque seguramente resistían para conseguir el mejor precio posible. Y esperaron hasta que nunca llegó.

Los Lansdale sufrieron grandes pérdidas en la crisis económica de 1992. Su posesión más valiosa era su nombre, así que lo vendieron, junto con su gran tienda y los *outlets* con estilo en Hastings y Tenterden, pero se quedaron con suficientes acciones para seguir siendo ricos. El nombre continuó en la entrada de las tiendas, en las bolsas y en los uniformes. Después de los Lansdale, fueron las multinacionales, los especuladores que compran empresas en crisis para vender sus bienes, los tasadores de pérdidas, los compradores de deuda y los liquidadores quienes se echaron encima del zoo. Fue entonces cuando todo el país comprendió que podía

joderte de forma paternalista alguien que conocías y veías de vez en cuando, y que vivía lo bastante cerca como para insultarte y escupirte y mearte en el buzón, y también, anónimamente, de lejos y mediante algoritmos, una calculadora y algunos gráficos desde la otra punta del mundo.

Pero lo que salvó al zoo vacío fue su calificación de Grado I. Nadie se lo esperaba: mientras los promotores discutían y los contables forzaban las cuentas, todo el complejo fue declarado de excepcional valor arquitectónico. «Parte emblemática del patrimonio urbanístico del sudeste de Inglaterra», dijo Historic England. Es intocable, pero también inutilizable, y ahí sigue, como los restos de una civilización perdida; o, a veces, bajo la luz adecuada, como los cimientos de una civilización todavía por llegar.

—Un paraíso hípster —dice Gary, y con razón. Es una gran atracción para urbanistas de lugares abandonados. Raro es el mes en que no se utiliza para una sesión de fotos o un rodaje. Normalmente, películas de ciencia ficción o de cine negro. En una ocasión rodaron un capítulo de *Doctor Who* en el que los protagonistas acaban en un planeta en el año 2050 tal como lo imaginaban en 1936. Incluso las fechas futuras y la forma en que las imaginamos determinan nuestra edad. Nada te determina, nada te ancla a tu aquí y ahora con más precisión que tu idea de cómo será el futuro. El zoo nos recuerda eso: es la imagen del futuro que tenía el pasado.

Hoy las puertas están abiertas. Hay un mercadillo navideño allí todo el mes, con puestos de artesanía y de comida. Gary aminora la marcha.

—¿Fuiste alguna vez cuando había animales en lugar de velas aromáticas?

—Sí, unas cuantas. A menudo, de hecho.

—¿Cómo era?

VERA

La señora Snow está esperando, como siempre, aunque no a mí.

Su té es fuerte y nunca le pone suficiente leche. La tetera hierve y la llama desde el hornillo; un canto a la tirolesa apremiante e irregular, y ella permite que se extienda por la casa antes de atenderlo, espera hasta que el sonido ha visitado todas las habitaciones y ha perforado cada rincón de aire muerto.

Me pasa la taza, se sienta y guarda silencio. Estamos construyendo el silencio para hablar por encima de él. En parte, por eso he venido, para buscar el silencio en su origen, para escuchar el tictac dilatado de su reloj. Parece añadir tiempo al mundo en lugar de contarlo. Cuando Marieke está conmigo, es siempre lo primero que graba, como un ingeniero de sonido registrando el murmullo de una habitación. «El silencio no existe —me dice—, escucha:...».

Pero no oigo nada.

—Bienvenido de nuevo —me dice Vera Snow—. Hacía ya... ¿cuánto? ¿Tres semanas?

—Tres semanas —confirmo.

A la señora Snow le gusta que se repita lo básico: el clima, la política, detalles sobre el estado de la nación como los cortes en las líneas de autobuses, portadas de los tabloides, discusiones de vecinos.

—¿Hoy no ha venido Marieke? —pregunta.

—Club de Actividades —respondo—. Lo odia, y no le dejan grabar nada, así que tiene que jugar. O fingir que lo hace. Pero ¿qué se le va a hacer? La última vez admitió que le había gustado bastante, y eso ya es un paso en la buena dirección.

La señora Snow no tiene internet, y el periódico local no se ha repartido todavía, por lo que me sorprende cuando pregunta:

—¿Cree que lo hizo?

—Empiezo a tener esperanzas de que lo hiciera, sí.

—¿Y Gary? —Conoce a Gary. «No es el tipo de Gary que resulta del diminutivo de Gareth», comentó en una ocasión—. ¿Qué opina él?

—Lo mismo, creo.

No dice nada, sirve una tercera taza de té y la deja al lado del sillón de siempre, el que tiene el cuadrado de encaje con una orla de pañito cubriendo el reposacabezas. Como los que había antes en los trenes, con el logotipo de la compañía de ferrocarriles y manchas de Brylcreem, caspa y mugre del cuero cabelludo.

—Nosotros no estamos seguros —dice—, ¿verdad? —Hace un gesto en dirección al sillón y

niega con la cabeza—. Nada seguros.

La razón por la que no le pregunto a quién se refiere con «nosotros» es que el marido de la señora Snow está muerto y ha pasado casi un año. Juzgándolo desde fuera, algo que ya me resulta imposible, ella se niega a aceptarlo. Juzgándolo desde dentro, donde empiezo a encontrarme yo, está librando una batalla con la muerte, y no necesariamente está perdiéndola.

Ahora formo parte de la farsa de Vera: he empezado a sentir la presencia de Víctor. Hoy su sillón parece un poco más..., bueno, caliente. Más como si se hubieran *sentado en él, dejado una huella impresa, vivido en él*. El marcapáginas de la novela que estaba leyendo parece haber avanzado unas doce páginas, más o menos, desde mi última visita. Siempre fue un lector lento, así que no está tan mal, especialmente para un muerto. Hoy hasta me da la impresión de que puedo olerlo; vivo, quiero decir: olerlo vivo, aunque nunca lo conocí en vida.

Su vecino asegura que los oye hablar, no solo a Vera, sino también a Víctor: su voz, esa voz amable y esmerada que va apagándose.

—Debo de haberlo soñado —dijo el vecino con aire vacilante—. O sería la radio.

—Eso debió de ser, sí.

—Aunque ya van un par de veces, ojo. —Me mira a la espera de confirmación o negación, pero no puedo ofrecerle ni una ni otra.

Una persona puede estar loca. Dos pueden participar de la misma locura. Pero ¿tres? No existe la *folie à trois*, ¿no? Uno es una excepción; dos, una coincidencia; tres es un patrón. Tres abre la puerta a todo lo que venga después.

El periquito de Víctor, Joey, ha llevado mal la pérdida: ha dejado de piar y ha mudado todas las plumas excepto las de la cabeza. Gary dice que parece un testículo con un tocado azteca. Se mueve lentamente, escarba en el fondo de la jaula y escala trabajosamente con el pico por los barrotes. Solían dejar la jaula abierta para que pudiera revolotear por la casa. Tiene incluso una percha en la chimenea, pero, desde la muerte de Víctor, no ha salido.

Vera Snow tuvo claro desde el principio que la muerte de su marido no tenía por qué suponer un obstáculo insalvable para su vida juntos. Hubo pena, por supuesto, y muy profunda, porque lo quería: llevaban cuarenta años casados y aún se reían con los chistes del otro. En especial con los viejos y, sobre todo, los malos. «Porque es importante», decía él. «Porque es importante —corroboraba ella—; porque un chiste malo te acerca más al otro; porque cada uno tiene que aportar algo».

Así pues, su muerte no tuvo nada bueno y, como no había estado enfermo, ni siquiera contaron con el alivio estoico que procura el final cuando se ha sufrido. No, pensó ella: no hay forma de verle el lado bueno a esto.

Como le dijo a sus amigos: «Estaba allí y al momento..., bueno, seguía estando allí, en realidad, pero muerto».

Recordaba la ambulancia. Sin sirena, por supuesto. Recordaba la pobre bienvenida que les dio a los médicos, sus disculpas por molestarlos, su avergonzada explicación: «Creo que está muerto, lo he comprobado, pero he pensado que podrían darme una segunda opinión». ¿Segunda opinión? ¿Qué es esto? ¿Un presupuesto para reformar la buhardilla?, se dijo bruscamente. ¿Qué ridícula eres! ¿Un presupuesto para un baño nuevo? Se comportaba como si estuviera en una tienda devolviendo unos artículos defectuosos, o como si hubiera llamado al fontanero. Un grifo que gotea; una obstrucción en el sifón.

No, no le hacía falta una «segunda opinión». Además, la muerte ya *es* la segunda opinión.

Por encima de todo, pensó, la muerte es embarazosa. La muerte en sí es una cosa: es absoluta y tiene una pureza que le resulta atractiva a cierto tipo de mentalidades. A la suya, sin ir más lejos: siempre había sido ordenada, le gustaban los hechos, y se daba cuenta de que los hechos eran concretos y limpios porque la vida sobre la que trataban no lo era. Por lo tanto, desde el punto de vista del orden, no le podía poner tacha a la muerte. Pero el resto era desordenado: el cuerpo, el papeleo, el depósito del cadáver; preparar el funeral, limpiar la casa, cancelar las cuentas bancarias; los calcetines desaparejados, el libro a medias, el blíster medio vacío de warfarina en la mesita de noche. Desordenado y embarazoso.

El momento en que oyó a los paramédicos hablar, cuando creían que no los escuchaba, y él paso a ser *el cuerpo*. Como si, en medio de toda esa limpieza, el *él* se hubiera escapado a hurtadillas, la parte de él que decía «mí» y «yo» y «nosotros». El trocito de ella que le decía «tú» a él también se marchó. La muerte se llevó sus pronombres personales.

Recordaba todo eso, y decidió que no quería formar parte de ello. «De esta... —se paró a pensar; no se le daba muy bien encontrar las palabras precisas—, de esta... *farsa*». Eso es. *Farsa*. «Me niego».

Lo primero que tenía que hacer era conseguir aliados, y tal vez podría encontrarlos donde menos lo esperaba. Podría encontrarlos, pensó, justo en los sitios que parecían conspirar contra ella.

La vida cotidiana, por ejemplo: ¿dejan de hacer el telediario a la una de la tarde porque tu marido ha muerto? ¿Deja de circular el 31? ¿Cierra el conserje (¿todavía hay conserjes?, se pregunta, al tiempo que formula la otra pregunta en su cabeza) las puertas del colegio y cierran las tiendas durante una hora, o un día, o una semana?

Eso sí, se preguntaba (tenía que admitirlo) si saldría en las noticias, en la sección de información local, las noticias en las que salía ella: «Victor Snow, de 84 años, ha fallecido de forma imprevista esta mañana en su casa». «Ahora, las noticias donde sales tú», empezaría, y puede que lo dijeran hacia el final, después del peligroso parque infantil en Strood, pero antes de la jubilación de la mujer de noventa años que detenía el tráfico y ayudaba a los niños a cruzar la calle en Hythe.

Sin embargo, la realidad era que en ningún sitio interesaba la muerte de Victor. En ningún sitio. Y, por lo que se refiere a personas, solo a unas pocas. Así pues, lo primero era apropiarse (esa es la palabra que utilizaba, pero no entonces, pues dio con ella más adelante, cuando las cosas empezaron a requerir una explicación, para los vecinos, para la policía, para los trabajadores sociales) de la total indiferencia del mundo y hacerla colaborar con ella; con ellos dos.

Así que ahora, en casa de Vera, el reloj sigue marcando los segundos, en la radio siguen sonando los programas favoritos de su marido, y la serie policiaca que él graba para verla al día siguiente después del té porque empieza demasiado tarde está puesta a estas horas, como siempre. Todavía las graba en cintas VHS y su televisor es uno de esos modelos de los ochenta que hoy en día ya solo pueden encontrarse en los contenedores. «Unas cuantas docenas de esos bastarían para construir un espigón», bromeaba Victor. Junto con el del señor Wolphram, ya he visto dos reproductores VHS estos últimos días, más de los que he visto en veinticinco años. El anzuelo apenas informatizado del reproductor de vídeo estaba enganchado en la semana siguiente, un sedal que Victor lanzaba hacia los días venideros, los días que nunca vería y donde nunca estaría, salvo

en la forma de estos pequeños garfios digitales, sedales lanzados río abajo hacia una vida sin él: martes, 10 p. m.; miércoles, 9; la última película. Dejémoslos ahí, pensaba Vera; dejemos que al recoger el sedal saque del agua el futuro.

Dejemos que el lechero siga trayendo su litro de leche y sus seis huevos. Dejemos que ladren los perros, que suenen los teléfonos, que los trenes de carga circulen hacia el no-lugar al que van.

Dejemos que todo eso ocurra, que las cosas sigan como siempre. *Como siempre*, se repite una y otra vez: *como siempre*.

Conocí a Vera hace once meses. Once meses y ocho días, para ser exactos. Los ocho días tal vez sean importantes; o tal vez no. Pero algo ha sucedido en las semanas que llevo sin venir. Parece no tanto una viuda conmocionada como una esposa preocupada.

La observo allí sentada, con su té y su paquete de galletas abierto, las galletas sosas que le gustaban a Victor porque estaban lo bastante buenas como para comérselas, pero no tan buenas como para comérselas todas, el paquete con la pinza de la ropa que utiliza para cerrarlo después y que las galletas se conserven crujientes, y veo a alguien que simplemente está esperando a que su marido vuelva.

Vale, está esperando a que su marido vuelva de entre los muertos, pero se las arregla para hacerlo con tanta normalidad, con tal apariencia de cotidianeidad, que espero verlo entrar en cualquier momento, disculpándose, diciendo que lo han entretenido en la oficina. Le gustaba caminar por los alrededores del zoo, y entraba a veces si estaba abierto. Eso es: debe de haber perdido la noción del tiempo.

Vera no tiene —para empezar— la pinta de alguien que nada contra la marea negra de la muerte. Es una señora mayor que recuerda un poco a la reina: empolvada y con las mejillas caídas, mirada amable y programada para cumplir con su deber. El tipo de mujer que quita las flores marchitas de los rosales, escucha *Gardeners' Question Time* y deja la televisión encendida aunque no la esté viendo: «por la compañía». Tiene el tipo de cara que llevaría un billete de alguna moneda universal.

Había algo en la situación de Vera que me atrajo: la resistencia, y lo inútil de esa resistencia; así que ahora Marieke y yo la visitamos con regularidad. La casa estaba fría y vacía. Da la sensación de estar más llena ahora, libre de cadáveres y más cálida. Cada vez que venimos, el ambiente parece más brillante, más habitado.

LYNNE FORESTER

El señor Wolphram se ha deteriorado desde ayer.

—Está teniendo un poco de NOA —dice Gary. NOA es el acrónimo de lo que Gary llama «Noche Oscura del Alma». Es lo que queríamos, pero aun así me sorprende. Wolphram todavía no ha visto la prensa, ni ha tenido acceso a ordenadores o teléfonos, pero percibe todo lo que está congregándose a su alrededor y está cambiado. Balbucea un «buenos días», se levanta, se sienta, vuelve a levantarse; empieza una frase:

—¿Serían tan amables de decirme cuánto tiempo...? ¿Cuánto...? ¿Cuándo me...? ¿Cuándo podré...?

En fin, no deja de ser siempre la misma pregunta, y todos la hacemos antes o después: «¿Por qué yo?».

Hace muecas con la cara a lo que debe saber que es —por las películas y las series, porque las ve, ¿no?— un cristal de efecto espejo. Desde el otro lado, podemos verlos a él y al hombre que se está volviendo loco en su interior.

Ha empezado a mostrar un tic nervioso: mueve la cabeza cada pocos segundos. Ya está protestando, negando, rechazando acusaciones imaginarias. En cuanto a las acusaciones reales, también comienzan a llegar.

Incapaz de dormir, se muerde las uñas de los dedos y se mordisquea las cutículas. No ha tocado la comida, aunque se ha bebido el agua y el té que le hemos dejado. La perforación del *fatberg* no lo ha dejado dormir, dice. Si no tiene quejas por cómo lo hemos tratado, es porque no se atreve a quejarse: sabe que Gary está a punto de llegar para lo que él llama «Segundo asalto: el asalto sin árbitro». Sé que Gary nunca le infligiría daño físico, pero el señor Wolphram no, y así es como le gusta a Gary. Ha dejado además el *Evening Post* allí para que lo lea, y ahora está detrás del cristal observando su reacción.

Wolphram no se mueve, salvo para girar bruscamente la cabeza hacia un lado como un gorrión y morderse las uñas. Sus labios sí se mueven. Ensaya sus respuestas, pone a prueba las preguntas. Está desdoblándose, escindiéndose de sí mismo: formula la pregunta, intenta responderla, pregunta de nuevo. Parece trastornado. Se han llevado su sombrero, su corbata y sus gafas de lectura, y tiene los ojos muy abiertos y mira fijamente. Pero no hay nada que ver excepto paredes humedecidas y un espejo, té viejo y formica desconchada, de modo que su mirada va pasando por encima de todo sin detenerse en nada.

Una foto suya en los periódicos con esos ojos de película de terror y esas manos pálidas de dedos largos saliendo de las mangas de su camisa negra, y el país al completo vendrá en peregrinación a lincharlo. Puedo imaginármelos, armados con antorchas y sitiando la comisaría

hasta que se lo entreguemos. Es como un *western*, como la vida reducida al máximo hasta que solo te queda un *western*: una multitud, un poco de odio y una cuerda.

No ha pedido un abogado, y eso es porque todavía abriga la esperanza de que lo soltemos y le devolvamos su vida. Soltarlo ¿dónde? Devolverle ¿el qué? No hay vuelta atrás. Es como cazar un animal, incendiar su hábitat y después soltarlo en la nada arrasada que ha quedado. Sea inocente o culpable, ahora ya solo le espera un mundo calcinado. Uno se da cuenta con solo ver las pintadas en la fachada de su casa, las amenazas de muerte en los comentarios a los artículos de prensa.

Lynne Forester ha sido lista. Le ha tomado la delantera a los periódicos nacionales. Se las sabe todas y tiene contactos. Está convenciendo a los vecinos para que digan lo «raro» que era, cómo pensaron siempre que «había algo en él que no cuadraba», que «te miraba de forma extraña».

Esa mirada... Era como si intentase ver a través de tu ropa...

Nunca te miraba cuando hablaba contigo..., sus ojos siempre te evitaban...

Dedos largos... Eso es lo que recuerdo... Con las uñas sospechosamente sucias...

Iba muy elegante y arreglado, con las uñas largas y siempre sospechosamente limpias y cuidadas...

Siempre en la ventana, observando...

«Lo llamábamos el Lobo». Mañana: hablan los antiguos alumnos...

Lynne venderá versiones de la historia a los tabloides; por partes, por supuesto, para exprimirla al máximo, igual que los cuidadores de un zoo alimentan a los tigres y a los osos: bocado a bocado, con kilos de carne cortada en tiras que les lanzan una a una para que las atrapen en sus fauces.

Le hemos ofrecido a Lynne una «primicia controlada». Consiste en prometerle a un periodista que será nuestro conducto para las noticias, a cambio de que sus artículos se ciñan todo lo posible a nuestra versión de los hechos. Han elegido a la Loca porque es de aquí, y porque es implacable y reservada. Habría conseguido la información de todas formas. De este modo, intentamos tenerla de nuestro lado, aunque en realidad para Lynne solo hay un lado.

Nos han dicho que trabajemos con ella, y Pez Escritorio ha programado una visita. De hecho, es él quien la hace pasar: primero a su despacho, donde charlan y él asiente y responde con una risa nerviosa a las bromas de ella, y, a continuación, al nuestro, donde Lynne se sienta en la mesa de negociaciones.

Nunca he hablado con ella. Gary sí, y la odia con esa admiración cautelosa que reservamos para la gente que es buena haciendo cosas malas.

La primera impresión me sorprende: no es la mujer inculta y proveedora de clichés que uno se imagina cuando lee sus artículos. Habla como alguien que sabe lo que hace, a quien es imposible pillar desprevenida, herir u ofender porque cualquier cosa que le digas, cualquier cosa que digas sobre ella, ya la ha dicho ella mucho antes de que se te ocurriera a ti. Tampoco es una mujer de prensa con mucha labia y traje de ejecutiva. Tiene el pelo negro de punta, al estilo gótico; lleva base de maquillaje blanca, un grueso delineador que le da profundidad a los ojos y los labios pintados en el tono rojo intenso que uno suele encontrar en los comedores de las casas solariegas. Parece una cantante punk de los ochenta, salvaje pero delicada. Va toda de negro salvo por un jersey de mohair de color cobalto que, cuando se quita el abrigo, le da a su cuerpo el brillo azulado de una llama de gas.

Debe de ser un par de años mayor que yo. Es de la zona, como Gary, y tiene su acento, pero más pulido que el de él. En el tiempo que me lleva analizarlo, Lynne ha entrado, la han acompañado al otro extremo de la sala y se ha sentado enfrente de nosotros. Gary la ha saludado con algunas blasfemias de las que ella ha hecho caso omiso; a estas alturas son tan anodinas para ella como un ¿qué tal estás?

—Sé lo que piensas de mí —dice. Pero está mirando a Gary, porque yo todavía no sé lo que pienso de Lynne «la Loca» Forester. Pero sí sé una cosa: de loca no tiene un pelo.

—¿Qué tal estás, Lynne? —pregunta Gary con repugnancia. Señala el montón de titulares; algunos son suyos, los otros la toman como modelo. Gary coge el *Evening Post* y lo sujeta alejándolo todo lo posible, como un pañal lleno de mierda o un pedazo de *fatberg*—. Qué fácil lo pintas...

—Traedme un té o un café, me da igual, ya no noto la diferencia, y os revelaré algunos de mis secretos comerciales.

Gary regresa con un té y más repugnancia. Pero siente curiosidad.

—Funciona de la siguiente forma:

»¿Necesitas información? Sencillamente, pregunta. Por regla general, la conseguirás. La gente quiere formar parte de la historia. Les estás dando una oportunidad. El que pasaba por allí. El primo lejano. El vecino de cinco puertas más allá. El amigo de la infancia que nunca sospechó nada... Pero, por una cantidad razonable de dinero en efectivo..., en fin, que me aspen si no empiezan a sospechar retrospectivamente, ¿verdad? Siempre están dispuestos a hablar. *Un momento...* ¿necesitas algo *más* que información? ¿Insinuaciones? ¿Algo que ellos no saben que piensan, pero necesitas que digan que sí para poder publicarlo? Oh, bueno, eso es un poco distinto. Aunque no *tan* distinto, en realidad.

»¿Estáis cómodos? —pregunta, imitando a un cuentacuentos en un programa de cuentos infantiles para dormir—. En ese caso, empezaré:

»En primer lugar, llévatelos a una de esas cafeterías llenas de maduritas atractivas que van besando el aire y de mami buenorras dando sorbitos a su *cappuccino*, ya sabéis a cuáles me refiero, *mua mua*, *babyccino* para los niños y algunos *biscotti*. ¿Os acordáis de los National Milk Bars? Me encantaban. Todos cerrados ya. Ahora tenemos *national milf[15] bars*, batidos de yogur con frutas, batidos de proteínas, parques de bolas y colchonetas con el abecedario para que jueguen los niños. Los papás piensan que están en una novela de Tony Parsons, y las mamás, que son el tipo de mujer con la que fantasean los papás de las novelas de Tony Parsons.

»Un bar especializado en vinos, o en cerveza artesanal, también sirve, o un *gastropub*. En resumen, cualquier local de clase media. Algún lugar con pan artesanal, cervezas y barbas. Lo principal es hacer que se sientan elegantes, porque están a punto de rebajarse, de escarbar en el fondo de todo lo que es decente. Por eso los rodeas de cosas bonitas: cosas que *visten* mucho. Tienes que conseguir que se sientan como gente con clase, como si *tú* les estuvieras metiendo el dinero a la fuerza a *ellos*. Comidas caras. Hoteles con bombones en las almohadas. Haz que se sientan importantes, como si fueran los protagonistas de su propia película. Si quieren mostrarse un poco *indecisos*, un poco *atormentados*, dejadles: no los interrumpáis demasiado pronto y enseñad el dinero, porque sentirse un poco mal por lo que están haciendo es la forma que tienen de decirse que son buenas personas. Así que tomáoslo con calma. Es como pescar. No deis tirones. Acompañad su movimiento y luego tomad el control.

—Ahí lo tenemos —dice Gary—. Siempre hay una metáfora con la pesca...

—La clase media es la peor —continúa Lynne sin hacerle caso—. El proletariado no es tan codicioso como creéis.

—No me trates con condescendencia, Lynne. Siempre despreciaré lo que haces, pero, dependiendo de lo que digas ahora, tal vez le encuentre un poco, *solo un poco*, de interés.

—Sin presión, entonces... Bueno, pues los llevo allí. Evalúo bien el sitio, porque sé que son de los que les gusta un toque retro, siempre que estén seguros de que es retro y no viejo sin más. Suena mejor, ¿verdad?; una etiqueta más bonita. Todo está en las palabras. Escuchad: «Hay una cafetería vieja en la esquina, vayamos allí». Y: «Conozco un café retro realmente genial, ¿hacemos parada allí un rato?». «¿Cappuccino o café con leche?».

»Primero les dejas fingir que no lo están haciendo por el dinero. Lo necesitan, les relaja. Al fin y al cabo, todos nos autoengañamos, pero a veces necesitamos un poquito de ayuda. Ya sabéis, como dijo alguien, «autoengañémonos juntos». Ese alguien era Jacques Lacan, por cierto... En fin, ya son adinerados, se las arreglan bien. Por eso atacas por ese flanco, porque, bueno, ya sabéis: tener dinero no es más que otra forma de quererlo.

—Muy profundo... —dice Gary agriamente. Pero es justo la clase de cosas que él dice. Lo reconoce como su propio lenguaje *garificado*, y no le gusta en boca de otro.

—Cinco minutos, eso les das; después sacas el talonario y lo dejas con un golpe en la barra. —Golpea la mesa con la mano—. Ellos dan un respingo, como si les hubieran disparado. «Exclusiva», dices, y les ofreces un precio. Ya nadie utiliza talonarios hoy en día, pero funciona de maravilla como atrezo: lo ven golpear la mesa y te ven extenderlo a mano. Las transferencias bancarias no parecen reales, y el dinero contante y sonante parece sucio. ¿Talonario? Un poco anticuado, de la vieja escuela, de acuerdo, pero sencillamente funciona.

Hace una pausa. Nos mira. Le decimos lo que quiere que digamos:

—Continúa.

—Entonces volvéis a sentaros y los observáis mientras hacen cálculos y ven los ceros llenando su extracto de cuenta (no deja de ser curioso lo de los ceros: cuanta más nada hay, más dinero tienes), y de pronto dejan de estar ahí. Para algunos son unas vacaciones; para otros, un porche acristalado, una ampliación, la matrícula de algún colegio o un paso más hacia la jubilación anticipada... Los he visto de todas clases, cubriendo todo el espectro: desde los que quieren una suma de dinero que les cambie la vida hasta los que solo pretenden un fin de semana mejor. Pero todos tienen una cosa en común.

—¿El qué? —pregunta Gary demasiado rápido. Está fascinado. Lo tiene en el bote.

—No te va a gustar... —responde ella con socarronería, ladeando la cabeza—. No encuentro a esas personas porque sean malvados o débiles o estúpidos o codiciosos sin más; da igual que sean ricos o pobres o algo intermedio: los encuentro porque están *ahí*. Porque están en todas partes.

Gary guarda silencio. Está furioso. Y abatido. Lynne está hablando una lengua que creía haber inventado él.

—Pero, escuchad —prosigue—, hay un proceso mental por el que tienen que pasar, y es el siguiente: se enfadan con la persona a la que van a joder, sobre la que van a mentir, a la que van a pisotear; se enfadan porque esa persona los está poniendo en esa situación, es ella la que los obliga a joderla, a mentir sobre ella y a pisotearla. «Qué asco», piensan. La ira brilla en sus ojos: «¿Cómo se atreve ese bastardo/esa zorra a ponerme a mí, ¡a mí!, a su amigo, en el compromiso de tener que traicionarlo?». Y allá que se lanzan a soltarlo todo.

»Siempre es igual. Me limito a esperar y a dejarles que pasen por todas las objeciones, marcándolas en su cabeza como un niño con TOC comprobando todos los interruptores antes de irse a dormir. Después... —Simula una pistola con la mano, una pistola de salida—. ¡Pum! Allá van. A partir de ese momento, es difícil pararlos. Es como si el dinero fuera una compensación para ellos, una compensación por convertirse en mentirosos..., y el talonario, una venda sobre su orgullo herido.

—Te importa una mierda la vida de la gente.

—Empiezan con la verdad, y les sigo el juego, fingiendo que es eso lo que quiero, mientras ellos, a su vez, fingen que es lo que quieren contarme; pero entonces pasan a las especulaciones basadas en la verdad, que es un paso en la buena dirección (*en realidad, nunca le oí decir eso pero...*), y entonces llega el turno de las mentiras descaradas. Porque, cuando te están pagando, la verdad y la mentira no son opuestos, solo puntos en un continuo... tan cercanos o tan lejanos uno del otro como tú quieras.

—Una filosofía jodidamente pésima.

—No es filosofía, Gary —replica Lynne con triunfalismo de seminarista—, porque la filosofía son solo cosas sobre las que uno tiene teorías que no puede demostrar. Estas son cosas que puedes demostrar con tanta certeza que ni siquiera te hace falta una teoría. ¿Qué sentido tiene intentar demostrarlo?

Se levanta para irse, pero antes busca en su bolso. Saca la edición vespertina del *Evening Post*.

Ha publicado una fotografía del señor Wolphram respondiendo aturdido —y mal— a la pregunta que lo ha metido en este lío. Estaba de pie delante de su casa y dijo que la había visto irse con un amigo. Pero, o está mintiendo, o se ha confundido. Así es como empezó todo.

Lynne ha colgado el vídeo en la web del *Post*. Ya está en YouTube. Tres mil visualizaciones desde anoche. Su artículo también incluye cuatro fotogramas del vídeo, elegidos para lograr un efecto dramático y amenazador. Wolphram delante de las cámaras con su bolsa de la librería, haciendo un comentario gramatical y sintácticamente perfecto, pero cronológicamente incoherente, a propósito de la desaparición de su vecina. ¿Un mentiroso consumado o un orador consumado cometiendo un error?

Su rostro parece explotar un poco detrás de los ojos cada vez que le disparan un *flash*, como la casa de las películas de terror en medio de la típica tormenta eléctrica.

Una de las imágenes es un detalle de la fotografía principal, al modo en que los catálogos de arte incluyen ampliaciones de zonas concretas del lienzo: manos pálidas y delgadas con uñas largas (uñas de guitarrista, pero ¿a quién le interesa? De ahora en adelante, serán dedos de pervertido), aún más ostensiblemente siniestras por lo corto de las mangas de la chaqueta y la forma en que se toca a la defensiva el ala del sombrero. Las muñecas delgadas. Pelos negros y gruesos en el dorso de las manos. Tiene la piel húmeda y gris de un pez en el congelador. Ojos de anguila. Han quitado la calle con Photoshop, así como las casas y cualquier cosa que pudiera darle algo de contexto y normalidad, y las han reemplazado por una silueta negra de los edificios del colegio, para que parezca un demonio necrófago en una película cutre de terror.

«Lo han *boriskarloffead*», dice Gary.

Dice que vio a Zalie salir de casa con dos amigas dos noches antes, pero eso es imposible porque desapareció hace cuatro días y murió solo un poco después. No puede conciliar las cronologías, el antes y el después; los dos pedazos de tiempo no encajan.

Y, sin embargo, no creo que esté mintiendo. Mentir es hacer pasar una cosa grande por un pequeño agujero del lenguaje, y no es eso lo que está haciendo. Más bien se ha quedado atrapado en el impulso de su desmemoria. Si se retracta de lo que nos ha dicho, le preguntaremos por qué nos dijo cosas que no eran ciertas; si sigue adelante con las falsedades, se desenrollarán y acabará enredado en ellas y lo atraparemos. Su única opción es intentar no moverse, pero nadie puede permanecer inmóvil en una comisaría de policía. No con Gary inclinado sobre él, la prensa subiendo el volumen de sus insinuaciones y Pez Escritorio/Ironside/Desorientado con sus superiores pegados al culo para que les dé algo antes de Año Nuevo. Y si es antes de Navidad, aún mejor. El tipo que apunta a mi cabeza con una pistola tiene a otro tío apuntando a su cabeza, y así en un retroceso interminable de cañones pegados a sienes. El país —«la nación», como la llama ahora la BBC a la mínima oportunidad— necesita una resolución antes de que los regalos toquen el suelo bajo los árboles de Navidad, antes de que el coro de la Abadía de Westminster carraspee para aclararse la garganta, antes del mensaje navideño de la reina.

—Podría haberse confundido —le digo a Gary—. Es muy estresante estar delante de las cámaras.

—También podría estar mintiendo —dice Gary—. ¿Cuántas veces lo hemos visto? EGLP, ¿recuerdas? Nos lo enseñaron en la universidad, profe. Clásico EGLP. Un hombre, un pobre hombre consternado, hace un llamamiento para encontrar a su mujer desaparecida, a la que vieron por última vez dirigiéndose al aeropuerto o a la estación de tren. Llamamiento público, la foto en la televisión, flores en la puerta y muchíiiiiiiiiisima compasión. Pañuelos. La comunidad se une para dar su apoyo. Pero, espera un momento, ¿qué es esto? El marido la mató. El marido destrozado que decía entre lágrimas «mi vida nunca volverá a ser igual». Sí, ese. El mismito. El que «ayuda en la búsqueda» e «hizo un emotivo llamamiento público...». Ella no se marchó. No cogió ese avión a Alicante. No se marchó a Sussex para *tomarse un tiempo a solas*. No se tomó ese descanso de la ciudad para cargar pilas.

Gary tiene razón. Todas las estadísticas lo corroboran. *EGLP: Es Generalmente La Pareja*. La versión de Gary, *El Garaje Lo Primero*, es en esencia lo mismo, pero ha sido *garificada*, y lo que se pierde en precisión académica se gana en inmediatez. En eso consiste la *garificación*.

—Pero, en este caso, él no es el marido. Tampoco es la pareja de nadie, no digamos la de esa chica.

—Es su vecino, profe. Es su garaje, hablando *en sentido figurado*. Sabemos que estuvo en su casa; nos lo dijo él. Sabemos que miente sobre cuándo la vio por última vez. Nunca estaban a más de unos metros de distancia el uno del otro. Él podía oír cuándo ella tiraba de la cadena, podía oír cuándo entraba y cuándo salía. A lo mejor no es lo único que oía...

Bajo la vista al escritorio y jugueteo con un cordón viejo, recuerdo de un curso de capacitación al que nos mandó el Zángano en abril: «Sinergias en el trabajo».

—Mira, profe —dice Gary—, en las películas y novelas de suspense, cuando un tío se despierta por la mañana y hay una mujer muerta y cubierta de sangre a su lado, significa que él no la ha matado. En la vida real, cuando un tío se despierta y hay una mujer muerta y cubierta de sangre a su lado, significa que la ha matado él.

Gary tiene razón. El género detectivesco, policíaco, de suspense, etc., con sus tramas llenas de giros inesperados y exculpaciones en la sala del tribunal..., es solo un lugar de nuestra cultura en el que ponemos la complejidad de la que carece el mundo.

Así que observamos al señor Wolphram, como hicieron los psiquiatras, los analistas del

lenguaje y los especialistas en lenguaje corporal, y después lo trajimos aquí.

El señor Wolphram dijo que la conocía «un poco», que la había ayudado a sacar los cubos de basura, que la había acercado con el coche a algunos sitios. Después dijo, a la defensiva, que nunca había tenido ningún problema con ella, aunque no eran amigos, «no, yo no diría eso». Lo único que quiere decir es que no se conocían bien, pero lo explica de tal forma que da a entender que no se caían bien. ¿Es ese el motivo por el que la asesinó? Tal vez, pero ¿por qué se llevaban mal? ¿Cuál era el motivo del motivo?

No tiene nada más que decir, pero sigue añadiendo cosas con nerviosismo hasta que resulta una confusión de detalles, un amasijo de información innecesaria.

—Mucho árbol y poco bosque —dice Gary cuando volvemos a escuchar las cintas.

Pero los psiquiatras de la policía coinciden en que ahí hay algo. El mentiroso siempre responde más de la cuenta.

—Puede que sea culpable de algo —digo—, pero no de esto.

Me ignoran.

Una cosa detrás de otra; de momento, esta.

Ni siquiera estoy seguro de que sea la misma persona a la que interrogamos ayer: en la primera sesión, se mostró dispuesto a ayudar, sí, pero fue retorcido, indirecto y —¿cómo decirlo?— sinuoso en sus respuestas; contestando siempre de lado, no tanto con mentiras como con respuestas paralelas. Los políticos pueden salir bien parados con esa estrategia —lo hacen a todas horas, negar cosas de las que no se los ha acusado para que dejemos de mirar donde debemos—, pero los sospechosos no. En la segunda sesión se mostró taimado, burlándose de nosotros con el tema de la infancia y la vida personal, burlándose de nuestra obvedad, como si fuéramos todos Daves Pequeña Pantalla y estuviera analizándonos él a nosotros.

En la tercera sesión... Bueno, veamos:

Ahora todo es distinto. Lynne ha escrito: «El señor Wolphram, 68, profesor jubilado que enseñaba Lengua y Música en el exclusivo colegio privado Chapelton College, dijo haber visto a Zalie Dyer quizá por última vez...». Un poco más adelante, es «el excéntrico vecino de Zalie, el soltero señor Wolphram... a quien le gustan los trajes caros y vestir de etiqueta...». Y hace veintiséis minutos, en una actualización de la edición digital: «El señor Wolphram, de 68 años, optó por la jubilación anticipada cuando el centro escolar en el que impartía clases pasó de ser masculino a ser mixto, y ha vivido enfrente del colegio, en una mansión georgiana cerca del zoológico de la ciudad, treinta y cuatro años».

—Es imposible no admirar a Lynne la Loca —dice Gary—. Es un bingo de noticias pervertidas: chicas, chicos, un soltero excéntrico, una mansión... y, por si fuera poco, ¡también animales!

—De animales nada, Gary; ahí no ha habido animales desde hace años.

Lynne sigue actualizando la página, refrescándola, asegurándose de que incluye los detalles que ayudarán a señalarlo.

Une los puntos.

De hecho, no te molestes, no hace falta: son puntos que se unen solos. Fíjate cómo se alargan hasta que se tocan y forman una línea. Hasta que forman una historia. Hasta que forman una soga. Todo el mundo sabe que ha sido él, y la prensa está empezando a cansarse del *fatberg*; ahora van a darle caza a él.

Estamos a punto de entrar para llevar a cabo el tercer interrogatorio.

—Esto es perjudicial —le digo a Gary, señalando el periódico—. Esa mujer está poco menos que identificándolo antes incluso de que hayamos acusado a nadie. La gente va a malinterpretarlo.

—Profe... —responde Gary, con el tono que utilizaría para explicarle algo a sus hijos, en el caso de que tuviera—, esto solo tiene una interpretación posible.

Entramos.

El señor Wolphram se levanta de un salto del conjunto mesa-silla atornillado al suelo. Me mira primero a mí, después a Gary, y después a mí otra vez, fijamente.

Por fin se da cuenta.

—Yo a ti te conozco —dice con una voz nueva.

Ahora está de pie, y parece más alto, más calmado.

DANNY Y ANDER

El colegio ha cambiado. Para empezar, la novedad que suponía todo hacía que cada día fuera intenso e irregular. La gente, los sitios, los sentimientos: todo era nuevo y bien diferenciado. Aun cuando dolía, estaba bien, en cierto modo: contribuía a que te sintieses vivo. Y estabas aprendiendo, además. Caminar e incluso dormir te deparaba muchas experiencias: los niños que lloraban por alguna pesadilla o mojaban la cama y, cuando las sábanas se quedaban frías, se despertaban en medio de un olor a orina pegajosa y miedo, el canto de los pájaros muy temprano, el tintineo de las botellas de leche en la furgoneta de reparto a las cinco de la mañana. Los sollozos que oías y que se antojaban lejanos, a unas cuantas camas de distancia, en el dormitorio de al lado. Prestabas atención, sentías curiosidad, te preguntabas quién sería, lo sentías por él, y de pronto te percatabas de que era tu cara la que estaba empapada en lágrimas y no te quedaba más remedio que compadecerte y quedarte allí tumbado siendo un niño...

Después de tres trimestres, la vida cotidiana ha agotado su repertorio.

Los han cambiado de aula y los han pasado al siguiente curso. A los catorce años, están en secundaria. Su tutor, el señor Moreton, es imprevisible y suda alcohol. Tiene un pase cuando está sobrio, y es justo, aunque más por apatía que por un compromiso especial con la justicia. Pero se conforman con eso, porque cuando está borracho empieza a prestar atención. A ellos. Su mote no es sutil ni original —Mamadoton—, como tampoco lo son sus métodos: te manosea y te rodea con el brazo, y, cuando decide castigarte, te golpea fuerte pero pausadamente en el trasero. Te tumba en su regazo, donde notas su erección presionando tu estómago. Aunque algo enmascarada por la ropa, no cabe duda de que está ahí y, en función del nivel de excitación, parece un dedo clavándose en las costillas o una piedra que notas a través de la suela del zapato, como esas pequeñas protuberancias en las aceras para que los ciegos sepan cuándo han llegado a un paso de peatones. Aunque lleva los pantalones abrochados y limpios —sirvió en el ejército—, la entrepierna le huele a cubo de basura. Los niños normalizan todo esto porque, en fin, una consecuencia de estar en lo más bajo del montón es que tienes a otra persona decidiendo qué es normal para ti.

Ander ha llegado a la conclusión de que la gran batalla no se libra para determinar cuáles son los extremos, sino para determinar qué es lo normal, lo cotidiano, e intentar que sea llevadero. No le llega como una gran revelación y, de hecho, durante mucho tiempo ni siquiera es consciente de su descubrimiento. Pero más adelante, al volver la vista atrás, que es lo que decide hacer Ander bastante pronto —mucho antes de ser lo suficientemente viejo como para tener demasiadas cosas que contemplar al mirar atrás—, lo ve.

Mamadoton tiene la cara de un soldado de juguete mal pintado, con los colores demasiado

vivos y exagerados, solapándose en zonas donde no deberían. Añádanle el rubor dejado por el alcohol en las mejillas y la nariz cubierta de grietas violetas como si estuviera a punto de desmenuzarse, y tendrán a alguien asombrosamente parecido a una marioneta sucia. En las arrugas donde se juntan las distintas piezas de su cara, hay siempre algo que recuerda a migas de pan húmedas: entre la mandíbula y el lóbulo de la oreja, entre las ventanas de la nariz y el labio superior, entre los párpados y las cejas. Es una masilla amarillenta en las junturas de sus rasgos, como si se hubieran unido con una argamasa de queso. Algunas veces, cuando se quita las gafas y se frota los ojos para despejarse, puedes ver cómo aquello se le queda pegado a los nudillos. Hay una pasta blanca en las comisuras de su boca y, cuando saca la lengua para quitársela a lametones, a Ander le entran ganas de vomitar. En realidad, ¿podría decir él —o cualquiera de ellos— que Mamadoton ha traspasado la línea? Aunque supieran dónde está la línea, y que *la hay*, ¿podrían decir algo? Al fin y al cabo, nadie acaba herido, nadie sangra. Algunos incluso olvidan, o lo encierran en ese rincón de su ser que llaman *olvido*.

Resulta paradójico que una de las cosas que Ander recuerda con más frecuencia del colegio sea la expresión «olvidalo». La ha escuchado de muchas formas: cariñosa y amable (no le des más vueltas, es agua pasada, déjalo correr y elige lo que incluyes en tu historia), despreocupada y fatalista (supéralo, todos hemos pasado por eso, pasa página), severa (eres un don nadie, solo los que son alguien se acuerdan, solo alguien que es alguien tiene derecho a recordar).

Al principio, todo el mundo le decía que olvidara; después fue él quien empezó a decírselo.

Tal vez por esa razón, incluso decenios después, se siente como si lo hubieran condenado a recordar, como un pequeño Fausto que hubiera hecho un pacto hace años para que su presente fuera soportable: a cambio de pasarte la infancia imaginando un futuro mejor, llegará el día en que tengas que entregarle tu futuro a tu pasado y volver a vivir en él. Ese fue el trato.

Ander recuerda todo lo que ha olvidado, intenta acordarse de cómo era antes de llegar aquí. Cómo eran las cosas cuando era más joven, cuando todavía no era inglés. Suele presentarse a su memoria como una película, en la que las acciones y los sucesos formaban un continuo, enlazados y vividos. Pero eso terminó. Ahora lo recuerda como fotografías, todas separadas, y es difícil decir en qué orden van o qué ocurrió entre una y otra. Ahora recuerda en fotogramas y fotografías. Recuerda en fragmentos. Recuerda en pedazos, pero unos pedazos que ya ni siquiera encajan. Todo está roto, pero ahora ya no podría asegurar que alguna vez haya estado entero.

Se ha convertido en inglés. Es la lengua que utiliza para escribir a su familia: ya no necesita expresarlo todo en neerlandés para después traducirlo, como hace apenas unos meses. Ahora todo se le ocurre en inglés... *de forma natural* (aunque no está seguro de que esa sea la palabra que quiere utilizar; sí, sin duda es la palabra adecuada, pero no la que él quiere). Para lo único que utiliza el neerlandés ahora es para garabatear al final de sus cartas unas pocas líneas para su hermana, que tiene cuatro años menos.

Cuando hablan por teléfono, Sigrid le dice lo impaciente que está por ir a un internado en Inglaterra. Él le cuenta lo genial que es, lo feliz que está, lo *peculiares* que son los profesores. Es lo que a los padres les gusta oír, así que eso les dice. Su propia voz en el teléfono es alta y clara, y la de ellos muy débil, como si estuvieran apagándose. Las pequeñas perforaciones en la baquelita que recubre el altavoz semejan un desagüe. El clic cuando sus padres cuelgan suena húmedo, como alguien tragando, como la boca de Mamadoton cuando se abre y se despegan los labios. Adiós, dice, *vaarwel*, y eso es todo hasta el siguiente mes.

El hilo que lo une a ellos se hace cada vez más fino. No se debe solo a la adolescencia y a la

distancia. Eso no es más que la explicación que se dan los padres. Cuando va a casa —*heim*, como era antes—, se comporta como un niño autómatas, un niño robot, haciendo y diciendo las cosas que solía hacer y decir. El niño autómatas come la misma comida y ve los mismos programas de televisión que el otro, de modo que nadie se da cuenta de que Ander ha sido reemplazado. De todas formas, después de lo que ocurre en el colegio, seguramente no querrían tenerlo de vuelta.

Hasta sus ojos, si alguien se molestase en mirarlos, dan la impresión de estar pintados. Si la mirada es el espejo del alma, como ha leído en algún sitio, los suyos son una pared de ladrillos en la que se ha pintado un alma.

—Yo a ti te conozco —repite el señor Wolphram. Hay algo en su manera de estar de pie. Da la sensación de ser grande. Se inclina hacia delante, apoya las dos manos en la mesa de forma que solo las yemas de los dedos tocan el tablero, y me mira fijamente hasta que pestañeo y aparto la vista. Gary está pegado a mi hombro y, con el rabillo del ojo, alcanzo a ver su cara cerniéndose sobre mí como una imprecisa y enorme mancha rosa.

—¿Ah, sí? —pregunto. Como réplica no es de lo mejor que se haya oído, pero aún sigo evitando la mirada de Gary y, si no hago mis preguntas, otros harán las suyas.

—Todavía no me acuerdo de tu nombre, pero sí, te conozco. —Parece estar aumentando de tamaño conforme habla; es como si alguien lo estuviera hinchando—. Sé de dónde, y más o menos sé de cuándo. ¿Francés? ¿Holandés? ¿Alemán? Medios de los ochenta.

—No estamos aquí charlando sobre jodidas cosechas —lo interrumpe Gary. Y, dirigiéndose a mí—: ¿Podemos hablar un minuto fuera, por favor?

—Pero siempre erais dos, ¿verdad? —dice el señor Wolphram bajando la voz.

Estoy a punto de responder. Ya he abierto la boca.

—¡Profe! ¡Fuera! —Gary me agarra del codo y me saca a rastras.

—Bueno, no siempre —añade el señor Wolphram, viéndome salir—. No al final.

—Pero ¿qué coño pasa aquí? —pregunta Gary una vez fuera, y es una buena pregunta, quizá la mejor hasta ahora. No obstante, preferiría no responderla.

Me habría gustado llegar un poco más lejos, hacer una última visita a su apartamento, conseguir unas cuantas pruebas más (pruebas ¿de qué?), coger algo más de impulso.

Pero se me ha acabado el tiempo, así que se lo cuento todo: que Ander era yo, que sigo siéndolo, aunque, cuando hablo de mí en aquella época, lo hago en tercera persona. Me imagino a mí mismo como *él*, no como *yo*. Cuando cambio de época en mi interior, cambio también de pronombre.

—Yo iba allí, Gary, a ese colegio. Me dio clase. Coincidió con él desde los trece años, más o menos, hasta que me marché. —Gary mueve la cabeza con incredulidad—. Han pasado casi treinta años —añado. Hago el cálculo. Hasta ahora, y a pesar de lo mucho que he pensado y hurgado en el pasado, no se me había ocurrido calcular cuánto tiempo hace que me senté por última vez en un aula con el señor Wolphram. Le resto dieciocho a cuarenta y siete—. Veintinueve años desde que me marché.

—Y ¿cuándo pensabas decírmelo? ¿O es que no ibas a hacerlo?

—Claro que iba a decírtelo, Gary, simplemente no quería enturbiar las cosas. Han pasado muchos años. ¿Y qué si fui uno de los miles de críos a los que dio clase? Eso no cambia en absoluto lo que está pasando ahora.

—Todo está jodidamente enturbiado, profe: *tú* eres turbio. Hablas solo, murmuras versos en su escritorio, te quedas empanado mirando por la ventana los *fatbergs* y te pasas las tardes con una vieja chiflada que está convencida de que su difunto marido va a volver. Lo único que haces normal y saludable es pasar tiempo con tu sobrina, y también estropeas eso poniéndole grabaciones de una tetera vieja silbando y de los ruidos que hace una aspiradora.

Se da la vuelta en busca de algo que patear, y se decanta por el rodapié, dejando una mancha de grasa con la suela gomosa del zapato. No es la primera vez que lo hace, a juzgar por la hilera de rozaduras que recorre el pasillo.

—Tienes toda la razón, Gary, toda la razón. No quería decir nada porque es intrascendente...

—No es intrascendente, profe, y lo sabes; si estás relacionado con él, tenías la obligación de decirlo enseguida. En cambio, te quedaste ahí sentado con tu cara de policía distraído mientras él hablaba de juguetes con los que no jugaba, y tú escuchándole como un puto... —Se interrumpe. Lo ha entendido—. Como un puto colegial.

—Es así como hablaba en clase, Gary, exactamente igual: con precisión, eligiendo siempre la palabra perfecta, mediante oraciones llenas de comas pero gramaticalmente impecables. Nunca perdía el hilo. Extendía la oración ante él como si fueran raíles y hacía circular por ellos las palabras como trenes largos y exóticos.

Gary se lleva el dorso de la mano a la frente y finge sufrir un desvanecimiento.

—Oh, qué jodidamente poético... Genial, ¿así que es un maestro del lenguaje y las reglas normales no sirven para él? Es un sospechoso, profe. De asesinato. ¿Te suena? ¿Cuando una persona coge a otra y la mata? Por lo general, no está bien visto, ni siquiera por los poetas. Y ¿quién sabe qué más hay en ese apartamento? Has estado allí toqueteando cosas, revolviendo por aquí y por allá. Y ocultaste deliberadamente tu relación con él. ¿Y si dictaminan que lo que hemos encontrado es inadmisibile por tu culpa?

—No estamos relacionados, Gary, ¿no te das cuenta? Me dio clase hace treinta años; es toda una vida. No lo había vuelto a ver desde entonces; ni él a mí. Ni siquiera me había reconocido. Hasta ahora. Soy perfectamente capaz de impedir que eso influya en la investigación.

Esto último no es verdad, pero es lo que se espera que uno diga. Lo he visto en televisión.

—Acaba de reconocerte —dice Gary—. Es un poco extraño, ¿no crees? Es decir, ha estado viéndote durante horas, sentado en la misma sala que tú, respondiendo preguntas, y no te reconoce hasta ahora. —Me mira y ladea la cabeza, intentando ver qué le ha pasado a mi cara, a mi actitud, a mi aspecto.

—Así funciona, Gary. El reconocimiento no es siempre un fogonazo, se parece más a un lento amanecer.

—Me importa una mierda tu teoría del reconocimiento, profe. El caso es que, cuando estuviste en su apartamento, creí que estabas investigando un crimen. Pero la verdad es que estabas haciendo un pequeño viaje nostálgico a tus años escolares. Lo único que faltaba era tu estúpido uniforme...

—Depende de lo que entiendas por nostálgico, Gary, pero sí, ya había estado en esa calle, recorrido ese camino de grava, subido esas escaleras y entrado en ese apartamento, y estaba también en esas fotografías.

—Dios Santo. Sabiendo lo que ocurre en esos colegios, seguramente habías estado también en su jodido dormitorio.

—No, Gary, no hubo nada de eso con él. Ni nada remotamente parecido. Y, de todas formas, cuando ocurría algo de *eso*, no utilizaban sus dormitorios.

Una pausa. Gary cambia de táctica.

—¿Sabes lo que pienso a veces, profe?

—No, Gary, no lo sé.

—Pienso que el país entero está vomitando los setenta y los ochenta y nosotros somos los encargados de limpiarlo. Nos salpica los zapatos todos los santos días, y nos toca frotarlos.

—Has leído demasiado sobre *fatbergs*...

—¡No! No. Escúchame tú ahora, Chico Poesía: el país al completo se pasó veinte años sentado engulléndolo todo, y estaba bueno: la música, el mundo del espectáculo, la política... Tenía muy buen sabor, una pinta estupenda, parecía genial. El punk, los mods, el glam, los nuevos románticos... chavales con maquillaje, chicas con el pelo cortado al rape, *Top of the Pops*, *Swap Shop*, *Blue Peter*[16]... Vale, se hacía alguna que otra travesura, pero ¿qué esperabas? Era todo territorio inexplorado, avanzábamos meneando el sable a diestro y siniestro...

Gary se queda desconcertado cuando me río al oír lo del sable, porque, por una vez, no buscaba el doble sentido. El bromista embromado. Hasta que por fin cae en la cuenta.

—Ya, vale, ja, ja, ja, profe. Lo que vengo a decir es que, de pronto, resulta que los profesores eran pedófilos; los pinchadiscos, los presentadores y los entrenadores de fútbol eran depredadores; los trabajadores sociales eran buitres; los colegios y los hospitales eran safaris de perversos; los servicios de protección de menores prostituían a los niños que tenían a su cuidado; la policía no era mucho mejor, y los políticos, o bien lo hacían también, o miraban para otro lado.

No le corrijo. La exageración es un idioma como cualquier otro, y Gary lo habla con fluidez. Además, no ha terminado.

—Ahora que todo está volviendo, rancio, asqueroso y quemándonos la garganta al vomitarlo, fingimos que no sabíamos nada. Y míranos, profe: tú y yo estamos haciéndole una jodida colonoscopia al país entero, somos la camarita minúscula hurgando entre la mierda para intentar ver qué ha quedado por ahí, desatascando el sistema...

Gary no es un literato, de acuerdo, pero tiene buen ojo para las metáforas.

—¿Por qué no organizas un taller de poesía para policías, Gary? Yo mismo me inscribiré.

Gary se va hecho una furia a hablar con Desorientado, o Ironside, o Pez Escritorio, o comoquiera que lo llame hoy. Le preguntará si le parece bien que yo siga en el caso, que siga participando en la investigación. Los veo a los dos al otro lado del cristal, con su estúpida y exagerada gesticulación de película. Apuntándose con el dedo, colgando con brusquedad el teléfono, dándole patadas a una papelera.

El señor Wolphram parece tranquilo. Sereno, incluso. Tal vez reconocirme le ha dado algo con lo que orientarse. Hasta parece más fuerte. Todavía no ha tocado el periódico que Gary le ha dejado. Sabe que está ahí para que lo lea, por eso no lo hace.

«Lo llamábamos el Lobo...», dice uno de los exalumnos que ha desenterrado Lynne Forester. Hago memoria. ¿Es verdad eso? No recuerdo que nadie lo llamase así. Pero ahora sí lo hacen. *El Lobo de Chapelton*. Vale la pena detenerse un segundo en los verbos que ha encadenado Lynne la Loca: *merodea, mira fijamente, gruñe*. Pelo plateado como pelaje animal bañado por la luz de la luna. Dicen que es *vanidoso, extrañamente formal, pulcro y aseado hasta extremos poco*

naturales, y que va siempre *con ropa cara y obsesivamente acicalado*. Llamam a su casa «la Guarida» y publican fotos en las que aparece recortada contra cielos crepusculares. ¿Qué cabía esperar llamándose Wolphram[17]? Tendríamos que habérselo imaginado. Ahora, de repente, pequeños retazos de rumores e historias van pegándose a él, se quedan enganchadas en su reputación hasta que pasan a ser la reputación.

El Lobo: lo han convertido en un depredador, un carroñero con ojos que brillan en la oscuridad.

Nadie lo había llamado nunca «el Lobo».

Dejamos a Wolphram asándose, sudando, achicharrándose, cociéndose a fuego lento, caramelizándose en la sala de interrogatorios con los tabloides y el *Evening Post* mientras decidimos qué hacer.

Sigrid todavía está trabajando, así que recojo a Marieke del Club de Actividades al que va por las mañanas. Le encanta la comisaría, las paredes de cristal, las pantallas interminables, el fárrago de papeles y los pasillos de las salas de interrogatorios. Normalmente, se sienta a leer junto al mostrador de recepción, donde hemos dejado juegos de mesa a los que les falta alguna pieza y juguetes a los que les falta alguna extremidad o alguna rueda. Hay un árbol de Navidad con cajas vacías envueltas en papel de regalo.

—¿Qué te gustaría hacer? —le pregunto. Le ha sorprendido verme, porque no estaba previsto que la recogiese hoy.

—¿Qué haces aquí?

—Hoy no me necesitan en el trabajo. Puede que mañana tampoco —respondo.

—¿Qué has hecho?

¿Qué sentido tiene ocultarle nada?

—Se me olvidó decirle a mi jefe que conocía al hombre al que hemos detenido como sospechoso de asesinato. Lo conocí hace mucho tiempo, cuando yo era pequeño (él era profesor mío), y creen que eso me impedirá hacer bien mi trabajo.

—Porque todavía lo conoces —dice.

—¿Dónde quieres que vayamos? —le pregunto.

—A casa de la señora Snow —responde con entusiasmo. En el coche me pregunta, como siempre—: ¿Te acuerdas de cómo la conocimos?

Aunque ella estaba allí, le gusta oír la historia. Le encantan los relatos, y también la repetición de los relatos. Le encanta la monotonía, y también la variación de la monotonía.

—¿Cómo olvidarlo?

Se lo cuento de camino, y ella contribuye con detalles o me corrige cuando exagero o me equivoco. Exagero y me equivoco a propósito porque sé que le gusta.

La conocimos comprando cosas básicas.

Estábamos Marieke y yo pasando por delante de un supermercado, cuando vi a dos policías corriendo —dos polis reventados de mi comisaría a los que no conocía o de los que no me acordaba—. Nos adelantaron y entraron en la tienda.

Entramos detrás de ellos. Di por sentado que se trataba del clásico hurto. Esperaba encontrarme a un galopín en chándal inmovilizado contra la pared por un par de guardas de seguridad o por algún héroe anónimo después de haber sido descubierto con un triste botín de

varias latas en los bolsillos. Suelen afanar cosas baratas. Los ladrones solo apuntan alto en las películas, donde se les permite soñar. Aun así, nunca sabes cómo van a acabar estas cosas: un día persigues a un mechero por la calle, lo atrapas, y te devuelve lo que ha robado con un suspiro, o a veces incluso una risa; otro día, en cambio, se da la vuelta y te apuñala en la cara. Algunos muerden, porque la boca es lo único que les queda para defenderse, sus escupitajos, sus gérmenes, la amenaza de su saliva: hepatitis, tuberculosis, sida. Cuando estás enfermo o desesperado o atormentado por una enfermedad o por las drogas, tu boca es tu última arma. No pierdo de vista las manos, por supuesto, pero es la boca lo que vigilo.

Había un alboroto en las cajas. La gente gritaba. Unos cuantos tipos furiosos con cara de tabloide, de los que se ponen colorados leyendo titulares sobre inmigrantes o gorriones o estafadores de prestaciones sociales y se excitan con los delitos, estaban encantados de encontrarse con la delincuencia allí, en la cinta sin fin de la caja, en la forma de una mujer mayor que no podía pagar su compra.

—Si no tiene dinero, ¡no salga a comprar!

—¿Nunca ha oído hablar de los bancos de alimentos, vieja loca?

—Debería estar en una residencia, abuelita demente.

Vera estaba sentada en una silla, con las manos apoyadas en su carrito de la compra de cuadros escoceses. Intentaba mostrarse impasible, pero saltaba a la vista que le estaba costando mantener el tipo. Su resistencia resultaba tanto más admirable cuanto que no era inmune a la humillación: estaba allí sentada temblando y mordiéndose la lengua, pero sin ceder a las lágrimas ni al impulso de salir huyendo.

Vera pestañeaba con cada insulto. Apilada delante de ella estaba su modesta compra. Pan, té, algo de carne enlatada, una pequeña cortada de carne en oferta para asado y algo de verdura. Una botella de jerez de la marca blanca del supermercado y, como concesión al lujo, una tarta de frutas de buen tamaño y de primera calidad. La gente detesta que los pobres se permitan lujos. Si no comen directamente de los cubos de basura y miran el papel pintado de la pared en vez de la televisión, son pobres indignos y desagradecidos. Por lo tanto, nada de tarta.

—¿Cuál es exactamente el problema? —preguntó la agente, agachándose para hablar con voz alta y pausada, y con la boca dirigida al oído de Vera a través de una trompetilla imaginaria.

Vera respondió de forma que lo oyera todo el mundo:

—No puedo pagar mi compra.

—¿Ha venido a una tienda pero no puede pagar? —pregunta la agente.

—¡No, no puede pagar su puñetera compra! —grita alguien desde el final de la cola—, y aquí estamos todos esperando a que se largue de una puta vez y podamos seguir nosotros con las nuestras.

—Hace lo mismo todas las semanas —explica la cajera con sari. Se muestra amable pero avergonzada de que haya ocurrido en su turno. Otra vez—. Cuando la vemos entrar, nos aterra pensar que nos va a tocar a nosotros en la caja. Siempre saca su monedero para que veamos que está vacío y lo deja aquí. Como ahora. —Levanta el monedero de Vera y lo abre. Hay un bonobús y un carné de la biblioteca, pero nada más, ni siquiera monedas pequeñas—. Parece puro cuento —añade—, pero no lo es; realmente no tiene el dinero.

—Le hemos dado montones de oportunidades, pero sigue haciéndolo —explica el gerente—; es la primera vez que llamamos a la policía... Ya era excesivo. Los clientes se quejan; eche un

vistazo a su alrededor: hace perder muchísimo tiempo... y, al final, hay alguien que lo paga. Y esos son los clientes.

La agente le pone la mano en el hombro a Vera, como si no descartase un intento de fuga. Los policías están sudando vergüenza. Aquello dista mucho de ser una llamada a la acción trepidante. Pero menuda situación.

—¿Por qué demonios va usted a una tienda si no puede pagar lo que va a llevarse? —le pregunta la agente. Es la pregunta que nos estamos haciendo todos, porque esa anciana no es una delincuente ni una antisistema ni una ratera consumada. Antes de responder, Vera echa un vistazo a su alrededor. Cuando cree que la gente está escuchando, dice:

—Sencillamente no tengo dinero. Soy viuda y vivo de mi pensión. La he gastado toda en pagar la calefacción y el alquiler y no me queda nada en la cuenta para comprar comida...

—Seguro que hay sitios donde pueden ayudarla... —le dice la agente.

Se refiere a bancos de alimentos y organizaciones benéficas, pero no quiere utilizar esas palabras. Todo el mundo está escuchando. Reina el silencio en la tienda. Es como una obra de teatro callejera, y por un momento pienso que quizá sea precisamente eso y haya alguien grabándolo para la televisión o para algún experimento psicológico... Algunas personas, cuando han visto a la policía, se han puesto a grabar con el móvil, pero han desistido al ver esfumarse la probabilidad de una escena violenta.

—Hay sitios, sí, pero me temo que eso no es lo importante, ¿no cree?

—¿En serio? Y ¿qué es lo importante? —pregunta alguien al final de la cola; se trata de un hombre joven que tenemos detrás, y que ha levantado la voz lo suficiente como para que se le oiga en toda la tienda. Si esto fuera una grabación para la tele, él sería un figurante, porque le ha dado a Vera el pie para su gran frase.

Se levanta de la silla, se pone de puntillas y le habla a la multitud allí congregada:

—Lo importante es que, si las personas como yo no siguiéramos viniendo a las tiendas, las personas como ustedes se olvidarían de que existimos.

Todo el mundo se queda en silencio. La agente ha apartado la mano del hombro de Vera.

—Por eso estoy aquí, para recordarles que existimos aunque no tengamos dinero para comprar cosas. No vamos a quedarnos en casa o en centros de acogida o comedores de beneficencia y caer en el olvido. No vamos a escondernos para que ustedes no tengan que vernos.

Llegados a ese punto, Vera titubea, porque no tenía planeado decir nada más, pero ha concitado tanta atención que la gente espera que continúe.

No obstante, el titubeo magnifica el efecto de su discurso. La nueva retórica es carecer de retórica, quedarse sin palabras en el preciso momento en que se supone que has de elevarte con ellas.

Vera se sienta. Ha terminado.

Puede que sea vieja y pobre y esté sola, es lo que ha querido decir, y que haya ido depurando mis exigencias hasta hacerlas coincidir por completo con mis necesidades más básicas, pero no desapareceré por una rendija, ni me esconderé en mi casa ni iré a los bancos de alimentos solo para que no tengáis que verme. Como yo hay miles, cientos de miles, y no somos ratas ni vamos a escondernos.

Marieke lo grabó todo, pero le gusta oírlo otra vez. De esa forma, la historia respira de forma distinta alrededor de sus detalles. Les dije a los policías que me ocuparía de Vera, la llevé a su

casa y me encargué de solucionar cualquier problema legal que pudiera causarle su expedición al supermercado.

Y mírennos ahora: en su casa tomando té y galletas con ella, con Joey el periquito y con el fantasma de Victor. Fue pura coincidencia que acertase a pasar ese día y a esa hora por delante de aquel supermercado. Digo *coincidencia*, pero no es más que una palabra con la que designamos la contracción del mundo en torno a nosotros, los círculos cada vez más pequeños de sus sucesos.

Conocí a Vera —para no andarnos con rodeos— porque así estaba escrito.

Mientras ella y yo teníamos una charla distendida, Marieke deambulaba por las habitaciones con su grabadora, intentando descubrir si Victor estaba allí. Tenía la esperanza, tal vez, de captar un par de respiraciones suyas, unos pocos retazos de palabras que se hubiera dejado olvidadas. Llegó a la conclusión de que estaba «principalmente en el salón». Vera se mostró de acuerdo.

Ahora la visito a menudo, y Marieke suele acompañarme, aunque Sigrid no lo ve con buenos ojos y Gary dice que es una locura. Pero ¿por qué no? A Marieke le gustan las galletas y le gustan los fantasmas.

Así que aquí estamos ahora, los tres, y algo que ya no parece tan ausente.

Marieke se ha ido al piso de arriba a hacer unos sondeos en las habitaciones para ver si Victor se ha «extendido». Le dice a Vera que oye «el fondo de su voz». Vera se alegra.

—Yo también—dice.

Pero hoy quiere ayudarme con el caso.

—Esto va a sonar un poco cínico viniendo de mí, inspector, espero que me perdone —empieza, con voz entrecortada—, pero si su antiguo profesor resulta ser uno de esos hombres que les hace cosas a los jóvenes, como insinúan ellos, entonces lo más probable es que no sea uno de esos que les hace cosas a las mujeres adultas. —Mira en dirección al sillón de su marido en busca de asentimiento, y debe de encontrarlo porque sigue hablando, ahora con más seguridad—. Pero ¿qué sabré yo? Cualquiera es capaz de cualquier cosa si se dan las circunstancias necesarias; ¿no es eso lo que les enseñan en la escuela de policías o como quiera que se llame?

—No me hizo falta ir a una escuela de policías para aprender eso, señora Snow, pero, sí, entiendo lo que quiere decir.

Tiene razón, en general: la conducta sexual tiende a especializarse; la violencia, en cambio, es la gran polivalente. Pero no he venido para hablar de Wolphram y Zalie con ella, así que cambio de tema.

—¿Hay algo que pueda hacer por usted aprovechando que estoy aquí? —Le he tomado el gusto a trabajos extraños, como desatascar los canalones del jardín de invierno o cambiar fusibles; cosas de las que se encargaba Victor y que podrá volver a hacer cuando esté... ¿qué? ¿Recuperado? ¿Un poco menos muerto?

He desistido de intentar cuestionar su realidad; es más fácil ceder y, cuando hace falta, participar de esa realidad. En cualquier caso, no puedo negar que me fascina.

—Gracias, es usted muy amable. Pero estamos bien, ¿verdad? —Mira hacia el sillón y después a mí, sonriendo.

Nos terminamos el té en silencio. El del señor Snow está intacto, enfriándose en la mesa auxiliar situada junto a la chimenea eléctrica empotrada en la pared. Al lado de la taza está su último crucigrama. El último trazo del bolígrafo en la primera fila de casillas es más largo de lo que recordaba, y es posible —como también es posible que me esté sugestionando— que esté

empezando a tomar la forma de un comienzo de palabra, del asta de una letra: ¿una *l*?, ¿una *p*?, ¿una *e* mayúscula? El resto del crucigrama, la parte con las pistas, ha sido recortado. Empiezan a aparecer palabras, todavía ilegibles pero abriéndose paso desde el otro lado de la hoja. Es como agua turbia en la que uno cree ver formas bajo la superficie, pero no sabría decir si son las formas las que enturbian el agua con su turbiedad o la turbiedad del agua lo que te hace creer que hay formas.

Por lo que se refiere a las palabras que hay ahí, intento descifrarlas, pero no lo consigo. Tendemos a pensar que el otro lado tiene algo trascendente que decir, aunque no haya razón para ello. Los muertos no tienen obligación de ser profundos. En todo caso, debe de suponer un alivio para ellos no tener que serlo. Aun así, examino las letras, y me parecen anodinas e impermeables como el linóleo de la cocina de Vera: «billete», «cepillo», «mansión».

Ella desea que él vuelva, e intenta abrir haciendo palanca hasta la más minúscula grieta en la oscuridad para que él pueda pasar.

Creo que está volviendo, poco a poco.

O que está muerto, que ella ha perdido la cabeza y que yo he seguido sus pasos.

CINE EUROPEO

Una tarde, el señor Wolphram decide dedicar la clase doble de Lengua a una película. Se trata de una película escandinava sobre dos hermanos, un niño y una niña, que se quedan huérfanos de padre y ven cómo su madre se casa con un clérigo autoritario y malcarado. Eso viene a ser lo único que entienden los niños y, para colmo, está subtitulada, lo cual los desconcierta aún más. Y eso es solo el principio. El señor Wolphram les adelanta, de la forma más escalofriante, que dura cinco horas^[18] («trescientos veinte minutos», dice), y desliza la primera cinta en el reproductor que ha traído con un carrito, medio carroza fúnebre, medio cine, de la sala de profesores.

Los chicos de las últimas filas silban y se dan collejas. No están seguros de si es mejor no trabajar y pasarse noventa minutos a oscuras, noventa minutos de pedos, parloteo y bajorrelieves de penes en el escritorio, o tener una clase en la que al menos hay un descanso, y las luces están encendidas, y sabes dónde te encuentras: en medio de un aburrimiento conocido. Se aburren con facilidad; es más, nunca abrigan esperanza alguna de sentir interés. Lo más que pueden esperar cuando se levantan por la mañana para ir al colegio es un cambio de aburrimiento, un surtido variado de aburrimientos: aburrimiento de ciencias, aburrimiento de tubo de ensayo, aburrimiento de vocabulario, aburrimiento de números, aburrimiento de Jesús, aburrimiento de toga y senado, aburrimiento de reyes y reinas. Ese es el programa, de modo que una película, aunque sea escandinava, donde quizá salgan tetas y algo de jodienda, es prometedora.

Desde el principio queda claro que no es el caso de esta. Aunque no supieras lo larga que es, podrías notar en el ambiente que va a durar cinco horas. Cada momento está duplicado, triplicado, enfocado desde todos los ángulos. Es como si hubieran inyectado una espuma dilatadora del tiempo en cada juntura de la fotografía, el argumento, la acción y el diálogo. No es un comienzo esperanzador para la tarde de cine europeo del señor Wolphram, y nadie entiende a qué se debe su elección. Los niños se pelean en las últimas filas, unos pocos salen para ir al aseo y se quedan mucho más tiempo de la cuenta; un par de ellos quizá se hacen una paja. Algunos se ríen tontamente y lanzan cosas. El señor Wolphram se ha ido. Seguramente no soporta ver cómo se burlan de una película que adora. Pero, en ese caso, ¿por qué la ha puesto? Incluso a Ander y a Danny, quienes consideran que ellos y los chicos como ellos tienen la responsabilidad de apreciarla y dar ejemplo, se les hace cuesta arriba.

Hay buenos estudiantes en la clase, empezando por Dave Sweeting, que lo hace todo bien pero indiscriminadamente, sin preferencias. También está Neil Hall, una especie de semigótico que se perforó la oreja con un compás y un desodorante a modo de anestésico, por lo que lleva ya tres meses con una costra de cristales de sangre color burdeos vetada de verde por el pus que rodea el agujero infectado. Gwil Isaac, a quien le gusta el cine y tiene la pequeña parte de pared que le

corresponde del dormitorio llena de carteles de películas. Rich Nicholson, el poeta de la clase. Hasta ellos se están impacientando.

—De momento, solo un culo (de un tío), y ninguna teta —dice alguien en la parte de atrás.

Hay una escena, avanzada la película, en la que un hombre arranca llamaradas de tres velas tirándose pedos a través de su ropa interior, uno de esos calzoncillos largos, ligeramente manchados y grises de tantos lavados, que se ven en las películas y en países fríos del pasado.

Y entonces, discretamente, como una toma de poder, un golpe de Estado lento y entre susurros, dejan de hablar, empiezan a mirar, fruncen el ceño en su esfuerzo por seguir los subtítulos e incluso intentan escuchar sin leerlos. Ander y Danny son los primeros en darse cuenta: ellos están prestando atención, pero también los demás. La lentitud de la película se ve interrumpida cada cierto tiempo por otra cosa, algo duro y oscuro, trozos afilados de alegría y trozos afilados de sufrimiento. La indefensión de los niños cuando su padre muere, atrapada en el mundo gélido, lleno de Dios y, no obstante, tan vacío, que su padrastro levanta a su alrededor, es algo desesperado y fascinante. Lo que realmente atrae a Ander de la película son los ecos: el lugar es enorme, con suelos de madera y paredes retumbantes. El mundo se ha pensado para hacerte sentir minúsculo. Como aquí, piensa Ander, como a mi alrededor. Los ecos de la película son como los ecos del colegio. Te hacen sentir abandonado y, sin embargo, vigilado, escuchado, incapaz de moverte sin hacer ruido y desatar su ecoico fantasma.

El señor Wolphram vuelve a entrar al final de la sesión doble y le da al «Pausa». La cinta rechina y se detiene. Dice que quien lo desee puede venir al día siguiente, sábado, por la tarde y verla terminar; que él estará aquí y se la pondrá.

Los sábados son días muy preciados. Son tiempo libre, tiempo para ir a la ciudad, tiempo para comprar algo de bebida en el quiosco, lejos del colegio. La idea de que alguien esté dispuesto a renunciar a su tarde en la ciudad para venir a ver este glaciar de tiempo escandinavo derritiéndose en la pantalla durante otras tres horas y media es de locos. Y en un aula, además.

—Sí, claro; aquí nos vemos —dice Jonny Kebab, con aire nervioso. Nadie secunda su comentario; se limitan a marcharse muy poco a poco, incómodos, pasando vacilantes junto al reproductor, junto al señor Wolphram, que se queda allí plantado observándolos, despidiéndolos uno a uno con un gesto de asentimiento.

—¡Sí, claro! —repite Jonny, buscando sin éxito algo de apoyo.

Y, sin embargo, al día siguiente, allí están: no solo Ander, Danny, Neil, Rich, Sweeting y unos cuantos más de las filas intermedias, sino una buena parte de los que el día anterior habían estado tirándose pedos y riéndose y tachando aquello de chiste largo y aburrido. Entran en fila india, callados, un poco avergonzados de ser, por una vez, estudiosos y aplicados. Algunos han traído golosinas y patatas fritas. Ha ido incluso Jonny Kebab, con una pinta de jerez oculta en un cartón de zumo de naranja. Ha traído también vasos de plástico, para así poder vender la bebida como un acomodador en el cine. El señor Wolphram entra y, si le sorprende ver a tantos allí, no lo demuestra. De una clase de dieciocho, han ido trece, atraídos por una película escandinava subtitulada que nadie tiene obligación de ver, que no guarda relación alguna con sus clases de Lengua, no digamos con sus exámenes, y que se va a ventilar su tarde de sábado.

Pero han venido, y van a quedarse. Ander ve cómo va oscureciendo fuera, cómo va cayendo la tarde, pero le da igual. A todos les da igual. Están absortos, entendiendo a medias, atraídos por la rebelión fría como el hielo del chico, al que regañan, golpean y encierran sin conseguir doblegar su actitud desafiante ni sofocar la rebeldía que irradia. Ha comprendido la naturaleza de los

adultos, de su Dios, del palacio de frío cristal que han construido dentro de sí mismos para honrarle.

Cuando Ander oye al chico, Alexander Ekdahl, decir: «Si Dios existe, es un dios de mierda y me gustaría pegarle una patada en el culo», nota cómo la excitación lo debilita. Se siente liviano.

Es como si estuviera evaporándose.

CROAZÓN ROTO

El informe forense nos dice todo lo que ya sabíamos y alguna cosa más. Son hechos, pero no hechos que vayan a ayudarnos: ella había estado en el coche del señor Wolphram y él había estado en el vestíbulo de ella. Ella *había*, él *había*. Hay pelo, principalmente, y alguna que otra huella dactilar; ni piel ni sangre ni indicios de violencia o sexo. Un poco de pelo de la joven y algo de grasa del cuero cabelludo en la pared de su vestíbulo parecen indicar que la empujaron contra ella. Hay más huellas en los dos sitios de otras personas, pero no sabemos de quién. Las hemos catalogado a la espera de coincidencias. Gary quiere tomarles las huellas a todos los vecinos, pero Pez Escritorio dice: «¿Para qué? Ya tenemos a nuestro hombre, ¿no?».

Le dieron un golpe muy fuerte en la garganta y otro en la sien, es de suponer que cuando se apartó. Después la estrangularon. Hasta donde podemos saber, el estrangulamiento se produjo de una sola vez, una presión constante que no interrumpieron ni los intentos de la chica por defenderse ni las dudas del asesino. La mayoría de los estrangulamientos dejan marcas de varios intentos, debido a que el asesino (siempre en masculino, a pesar del nuevo seminario sobre lenguaje neutro en la redacción de informes) pierde fuerza en el agarre y empieza de nuevo a una altura distinta, un poco más arriba o abajo, inapreciable para él pero evidente para los patólogos, que son capaces de ver la línea fatal y un par más muy pegadas.

Se aprende mucho sobre el tiempo estudiando contusiones. Las contusiones son un tratado sobre el tiempo, sobre cómo recuerda la carne.

Pocas conclusiones pueden sacarse de los resultados en el caso de Zalie, más allá de que el asesino era fuerte, y de que, por mucho que ella se resistiera, no perdió el control de la situación ni dudó ni corrigió su posición. Pero tampoco fue rápido. Además, la presión se ejerció hacia arriba, no hacia abajo o en horizontal; eso significa que el asesino era más alto que ella.

El señor Wolphram es más alto, pero ¿es lo bastante alto? Hemos medido también sus manos. Ha preguntado por qué, pero ya lo sabe.

Nos han dicho que nos centremos en el señor Wolphram, así que no hay prisa con los vecinos. Antes o después les llegará el turno, pero Pez Escritorio nos ha ordenado que centremos nuestros esfuerzos en el señor Wolphram como *principal* sospechoso y en cualquier testigo que pueda corroborar algo. Hemos agotado ya el recurso de ir de puerta en puerta, y las cámaras de videovigilancia no han aportado gran cosa. Más adelante vendrán la familia y el novio de la chica para hacer un llamamiento por televisión. También habrá una reconstrucción policial de los últimos movimientos conocidos de Zalie: su regreso a pie del *pub*, pasando por el supermercado antes de llegar a su apartamento. Confío en que me aparten del caso el tiempo suficiente para librarme de eso, pero no más. Recrearán sus últimas horas: cómo cruzó andando el puente para ir

al Harcourt Arms, donde se tomó dos copas con sus amigos; cómo volvió también andando y paró en el supermercado para comprar una ración doble de comida preparada que no llegó a abrir, una cena que se quedó en la bolsa que encontraron en la mesa del comedor y que ahora están analizando en el laboratorio en busca de huellas.

Han encontrado a una agente de una comisaría cercana que tiene la misma estatura y la misma constitución, y han ido a comprarle ropa lo más parecida posible a la que llevaba ella esa noche: gorro gris con borla de piel sintética, abrigo verde hasta la rodilla, vaqueros y zapatillas blancas.

Ya tenemos el historial de navegación de su ordenador. Es mucho más interesante que el del señor Wolphram. Muestra tres búsquedas de la palabra «acoso» y una de «el fotógrafo del pánico». Estuvo solo unos pocos minutos en cada página, y no clicó mucho en ellas: una es la de la policía, que ofrece información general sobre seguridad en internet, identificación de llamadas entrantes y cómo bloquearlas, y un grupo local de protección a la mujer; la otra es la página web de la línea de socorro nacional. La última búsqueda fue el veintinueve de noviembre, tres semanas antes de morir. Parece lo que nosotros llamamos «búsqueda por curiosidad», más que «búsqueda de ayuda». Aun así, lo investigaré. Las grabaciones de las cámaras de videovigilancia en los extremos del puente y en el exterior del supermercado son lo único que tenemos. Se la ve caminar rápido por el puente a la ida y a la vuelta, aunque nadie la sigue, y después entrar y salir de la tienda. Por lo demás, solo se ven vecinos, pegatinas de vigilancia vecinal, coches de gama alta y los aparcamientos fuera de la vía pública propios de una zona residencial en las afueras para gente adinerada.

Yo mismo he hecho ese recorrido andando, he seguido sus pasos, como si las calles, las aceras, el aire mismo, pudieran darme alguna pista de lo ocurrido. Cuando «volvemos sobre sus pasos», como suele decirse, pensamos que tal vez consigamos también rebobinarlos y llegar al momento en que, aun en un día distinto, en una calle distinta y en una oscuridad de diciembre distinta, ella esté aquí, haciendo lo que debería haber hecho: llamar por teléfono a sus padres, prepararse para el regreso de su novio, comprar la comida de Navidad. Redactar su correo electrónico automático para avisar de que va a estar unos días de vacaciones. En Castle Street, a medio camino entre el puente y su apartamento, hay una nueva pintada. Está enfrente de la tienda en la que compró su última cena, que se quedó sin comer y sin abrir, y las cámaras de videovigilancia no dejan lugar a dudas: pasó andando por el número 44, con su alto muro de piedra y el largo jardín que termina en una casa de tres alturas de estilo georgiano, con dos todoterrenos aparcados en el camino de grava. Cuando recorrió esos diez metros controlados por las cámaras de vigilancia, no había nada en el muro. Pero a la mañana siguiente, como revelan esas mismas cámaras, habían pintado con letras grandes: SALLY ME HAS ROTO EL CROAZÓN. No sabemos exactamente a qué hora —las cámaras están desconectadas entre la medianoche y las seis de la mañana—, pero a las 11 p. m. no está ahí, y a las 6 a. m., sí.

—Debía de estar muy alterado —dice Gary—, tanto que ni siquiera era capaz de escribir bien. Apuesto a que no fue a tu colegio, profé.

—El dolor es así, Gary. Nos hace un lío con las palabras justo cuando más las sentimos.

—No jodas, profé —responde con sarcasmo—. No soy más que un gamberro que no sabe lo que son los sentimientos.

Tendremos que hacer una visita al 44 de Castle Street para hablar con Sally, la *rompecroazones*, porque, si su novio abandonado estaba por la zona pintarrajeando su confuso dolor, quizá vio algo.

Vuelvo con el coche a la casa en la que vivía Zalie, esta vez para echar un vistazo por fuera, no por dentro.

DANNY Y ANDER

Como estaban en el grupo de los más aventajados en Lengua, el señor Wolphram les daba clase en su terreno. Algunos profesores, los más veteranos, no cambian de aula. Su aula es su cuartel general, tan personal como su dormitorio, o incluso más en el caso de personas como Mamadoton y el Doctor. Las decoran como quieren, colgando los carteles que les gustan, y el aula acaba impregnada de su aura. El señor Wolphram tiene carteles de cine: *Quadrophenia*, *Blow-up*, *El año pasado en Marienbad* y esa en la que la muerte juega al ajedrez con un caballero y cuyo título Ander no recuerda[19]. Hay pósteres con poemas y retratos de escritores, y carteles de conciertos y exposiciones en galerías de arte extranjeras. Hay un cartel enmarcado de un concierto de The Who en Knebworth. Está firmado, pero tan rápido que no hay forma de saber por quién.

Hay un cuadro, un Caravaggio, de la decapitación de san Juan Bautista. Ander no deja de mirarlo, se ven las extremidades del decapitador y el decapitado bajo el cálido foco de luz del centro del cuadro, mientras la oscuridad del fondo va revelándose poco a poco, cada vez con más detalle: una pared pintada al temple y una ventana con barrotes desde la que dos prisioneros contemplan la escena. Otra cosa en la que se fija: el hombre agonizante tiene el brazo izquierdo doblado en la espalda, con el codo apuntando hacia arriba, y el verdugo tiene el brazo derecho en la misma posición, con el hombro apuntando también hacia arriba. Hay sangre en las losas, pero menos de la que sería de esperar, y el brazo del verdugo está tensado para sujetar contra el suelo la cabeza de Bautista, que ya está cortada. ¿O está levantándola, ahora que ya ha hecho el trabajo? Wolphram les dijo que, cuando se restauró el cuadro, encontraron la firma de Caravaggio en la sangre. Eso no se aprecia en el cartel, pero es emocionante pensar que hasta un cuadro de cuatrocientos años sigue lo bastante vivo aún como para cambiar. La espada está en el suelo, y la punta refleja algo de la escasa luz de la escena. Es un reflejo plateado, mientras que en el resto — en la piel, en las caras, en la bandeja que sostiene una mujer para poner la cabeza— son tonalidades de dorado. ¿Cuál es el detalle en el que más piensa Ander? La mujer que observa horrorizada, sujetándose la cabeza con las dos manos, como si se le pudiera caer, o para comprobar, piensa Ander, que sigue unida al cuerpo, donde le corresponde estar, y no en el suelo o en un cuenco dorado. Ha leído en algún sitio que la cabeza es pesada, mucho más pesada de lo que cabría imaginar, habida cuenta de que está formada principalmente por una pasta a la que da forma un poco de hueso a modo de recipiente. En realidad, el cráneo no es más que un atrapasueños de hueso.

¿Por qué pesa tanto? Sabe que la cabeza es pesada por todo el tiempo que pasa en el puente, asomado por encima del parapeto. Cómo tira de él hacia abajo. Sabe que es absurdo y carente de rigor científico, pero cree que pesa porque es ahí donde todo lo que llamamos nuestro ser sucede

y donde se queda la mayor parte. Todo tiene su propio peso, su propia carga, piensa Ander, y la cabeza es lo más pesado porque es donde lo guardamos todo, y todo ha de pesar algo.

El aula del señor Wolphram es como la cabeza de alguien por dentro. No un alguien *cualquiera*, sino una persona en particular. Ander se imagina que la cabeza de Wolphram por dentro es como esa aula: cosas almacenadas en cajones y armarios, algunas zonas desordenadas, otras muy ordenadas; unas cosas utilizándose a todas horas, otras guardadas y olvidadas, pero siempre ahí; en silencio, pero siempre presentes pese a todo. Y que haya cosas en la papelería no significa que no estén allí.

El señor Wolphram es el único profesor en cuyos estantes tiene libros que no entran en el plan de estudios, y se los presta a los chicos si firman el registro que lleva en un pequeño libro azul de contabilidad. Ander todavía no ha cogido ninguno y está un poco decepcionado porque el señor Wolphram no le haya animado a hacerlo. Algunos tienen buena pinta; el título, al menos. *Cuerpos viles*, por ejemplo, ¿cómo no le va a llamar la atención? *Disturbios* es otro. También le ha echado el ojo a *Corrupción y otros relatos*. Pero no ha reunido el valor suficiente para pedirlos. Con solo pensar que pueda haber algo de sexo, por poco que sea, incluso si está envuelto en palabras largas, se le remueve la imaginación y se despierta su cuerpo. *Mens sana* y todo eso, pero al revés: eso es lo que espera. Danny ya ha tomado prestados algunos libros, porque Danny los pide y, en fin, es bueno en Lengua, el mejor, y tiene la confianza de la que carecen los demás.

Hay unos pocos profesores amables, a su manera distraída y errática. Un par de ellos son tipos centrados y profesionales, pero no se quedan más allá de las horas lectivas. Tienen vida propia, hijos y mujeres o maridos, y hogares que no son apartamentos o habitaciones con baño y cocina comunes en el terreno del colegio. A las dos únicas profesoras de Chapelton, la señora Pizzi, de Arte, y la señora Mason, de Francés, los chicos las tratan como si fueran flores exóticas, y la mayoría de los profesores varones, como si pertenecieran a una especie distinta. Ander se da cuenta de la efervescencia hormonal que provocan, no solo entre los adolescentes, sino también entre sus colegas adultos. El miasma de sexo frustrado, insinuaciones y malhumor masturbatorio las acompaña allá donde van como el tema principal de la banda sonora en una película. Les miran el culo y suspiran por ellos, les investigan el escote y rehúyen su mirada o se la sostienen demasiado tiempo. Los hombres miran a los chicos arqueando las cejas con complicidad cuando las mujeres salen de un aula, y hacen comentarios sobre su ropa y sus zapatos. Algunas veces les preguntan abiertamente qué opinan de sus piernas o de sus tetas, o cómo serán en la cama, si *pillarían algo* la noche anterior. Cuando ellas están presentes, ellos se ríen de la broma universal que comparten todos los hombres por el simple hecho de serlo. Los chicos toman nota de todo y lo aprenden, hasta que esa mezcla de amenaza sexual y temor sexual llena las aulas donde la señora Pizzi y la señora Mason dan clase. Deben de ser fuertes, piensa Ander. Se alegra de que lo sean, porque le caen bien y no quiere que se sientan infelices o humilladas. Pero acto seguido reflexiona: ¿por qué tienen que serlo?, ¿por qué *tienen* que ser fuertes a todas horas?

Ander aventaja a los demás en Francés, así que la señora Mason le tiene aprecio, y sabe pintar y dibujar, por lo que la señora Pizzi dedica más tiempo a sus obras —un bodegón de una piña, una acuarela de una puesta de sol que nunca ha visto pero cree que sin duda ha de existir— que a las de otros. La señora Pizzi es alfarera, y Ander disfruta de las clases cuando les enseña a moldear la arcilla y a hacerla girar en el torno. Le fascina cómo la arcilla puede ser cualquier cosa que tú quieras hasta que se seca, hasta que se cuece. A partir de entonces, ya no cambia, no se dobla, no se retuerce, solo se rompe. Le recuerda al estuario, a la arcilla que observa desde el puente y que

le gustaría recoger con sus manos para modelar con ella.

Pero la señora Mason y la señora Pizzi están vinculadas solo a medias al colegio y, dado que no son tutoras, no tienen espacios propios. Antes de que acabe el día, se marchan y recogen a sus hijos del colegio, y Ander advierte que ninguna de las dos los tiene escolarizados aquí, en Chapelton. Se alegra por ellas, porque puedan marcharse sin más, pero, cuando las ve con sus hijos, siente una punzada de celos. El hijo de la señora Mason, de quien les habla a veces pero solo en francés, como parte de la clase, no como confesión personal, tiene quince años y va al instituto local, donde ha encontrado novia y está preparando los exámenes de bachillerato. Ander se cambiaría por él, aun con el bachillerato de por medio. Pasaría por los exámenes con tal de volver por las tardes con la señora Mason. Como no puede imaginarse el sexo con ella, pues no tiene experiencia que le sirva de guía en sus fantasías, y su conocimiento anatómico es muy incompleto —dispone de todas las piezas, pero no logra encajarlas de forma que tengan sentido—, se conforma con imaginar cómo debe de ser su casa. Eso ya se le antoja demasiado íntimo, demasiado indiscreto. Es como un ladrón que se cuela mentalmente en su casa, pero solo quiere mirar. Y tal vez tocar, si surge la oportunidad. Piensa que es el único que hace eso, reconstruir el mundo a partir de retazos de conocimiento, cosas oídas de pasada, fragmentos vislumbrados, un cuerpo que no obedece a la mente y una mente que, en realidad, no quiere que el cuerpo la obedezca.

Un día, al acabar la clase de Francés, cuando nadie está mirando, recorre con su boca el borde de la taza en la que ella se ha tomado el té; en otra ocasión, apoya la mejilla en el asiento de su silla, todavía caliente. No sabría decir si lo que va buscando son rastros de mujer o rastros de madre.

Hay unos pocos profesores que sufren más que los chicos. Más tímidos, más delicados y, definitivamente, más sensibles, algunos de ellos duran solo un trimestre o dos y después desaparecen. Hay quien se va de una vez, como el señor Willis, el profesor de Geografía rechoncho, triste, tierno y completamente calvo: «Un gran Nagasaki de la cabeza», lo llamaba Danny. Ron Willis apareció un día sin zapatos ni camisa y destrozó el aula, atravesó el cristal con la mano y lo retorció hasta que la piel de su brazo se abrió como un sobre, para después quedarse llorando en su escritorio hasta que llegó una ambulancia y se lo llevaron en camilla.

Otros profesores parecen desgastarse por los bordes: empiezan a encorvarse, su voz se va apagando, dejan pasar los insultos, los retrasos con las entregas y las faltas de asistencia; se pierden clases, el profesor sustituto va más a menudo que ellos, y de pronto la mención de su nombre en el tablón de anuncios o en una reunión es casi lo único que queda de su persona.

Les cae bien el joven profesor de Lengua, el señor Lawnder, pero es demasiado blando para dar clase. Tiene un carácter dulce y distraído, su voz es suave, y, antes de responder a las preguntas de los alumnos, duda y se toma algo de tiempo para pensar. La mayoría de ellos no habían visto eso nunca y lo interpretan como una señal de debilidad. Lawnder transmite cierta sensación de persona herida. Tiene una forma de bajar la mirada al suelo cuando lo que a él le gusta no despierta el interés de los demás que inspira compasión y te da ganas de llevártelo a un lugar seguro. Acaba de terminar la universidad y parece siempre absorto en su vida imaginaria, la vida paralela a esta en la que es un poeta admirado por lectores sensibles. Duró dos trimestres, pero fueron buenos trimestres, y algunos chicos, Ander y Danny entre ellos, todavía lo echan de menos. Era menos estricto que el señor Wolphram y se mostraba más inclinado a alejarse del plan de estudios. Pero al señor Wolphram le caía bien, y los dos profesores tenían buena relación y

compartían el grupo en armonía. A veces organizaban escapadas al cine para el Club Cultural del señor Wolphram, o una visita a la National Gallery de Londres. Se les veía hablando en los pasillos, riéndose de alguna broma erudita o de un juego de palabras literario, o conversando entusiasmados sobre libros e intercambiando recomendaciones. El señor Wolphram llamó en una ocasión al señor Lawnder «campero», como si fuera un pollo o un cerdo o algo así, delante de toda la clase, y el señor Lawnder sonrió porque sabía que era un cumplido. Pero no tenía el temple del señor Wolphram, ni su habilidad para estar en el colegio evitando, de algún modo, *formar parte* de él. Las poesías que leía le afectaban: se sonrojaba o palidecía mientras las recitaba, temblaba y a veces se enjugaba lágrimas de las comisuras de los ojos. No era como Wolphram, quien adoptaba tal aire de forense que parecía que estaba sometiendo la poesía a una intervención quirúrgica; con Lawnder, parecía que la poesía formara parte de él. Se estremecía si soltabas alguna estupidez o alguna chulería. Wolphram se limitaba a ignorarte, a dejar que tu estupidez flotase en el aire y te acusara.

Lawnder se lleva a los alumnos de excursión al zoo. Se conoce el diseño arquitectónico de memoria, todos los materiales, las especificaciones, el tiempo que se invirtió en la erección de cada edificio. Es tan inocente que utiliza la palabra *erección* y se sorprende cuando los adolescentes sueltan risitas. Le encanta el zoo, siempre está fotografiándolo. Piensa que los animales lo estropean cagando por todas partes y dejando huesos y plumas y pieles tiradas por ahí. «Seguramente cree que la gente estropea las casas viviendo en ellas», dice McCloud, y es muy probable que tenga razón. Lawnder detesta ver las carretillas llenas de estiércol y las papeleras *art déco* rebosantes de bolsas de gusanitos, envoltorios mojados y conos de cartón para patatas fritas.

El señor Lawnder proponía temas de debate y les pedía su opinión y les dejaba hablar. A la mayoría no le gustaba eso porque pensaban que *su trabajo* consistía en *decirles cosas, no en preguntárselas*. Así que a menudo sus clases son bulliciosas y crean un ambiente de rebelión, y se rumorea que ha habido quejas por su falta de disciplina, o cualquiera de esas palabras de las que Ander ha aprendido a desconfiar y a temer: autoridad, liderazgo, respeto. Palabras de mierda, piensa en inglés, porque ha empezado a pensar en inglés; es más fácil, no tiene que traducirse mientras habla, *palabras de bastardo*. Es a él a quien han traducido ahora.

Un día, el doctor Monk fue a ver al señor Lawnder y lo sacó del aula para *tener una charla*, porque la clase se había desmadrado y el barullo podía oírse desde el despacho del director, a dos pasillos de distancia. El Doctor se encargó de lo que quedaba de la doble sesión: ochenta minutos de dictado de un libro de texto con las tapas de color salsa de carne.

Lawnder no duró mucho. Su verdadera pasión era la jardinería. Cuando llegó el trimestre de verano, lo hizo sin él. Todavía lo ven de cuando en cuando trabajando en los parques municipales, donde lía cigarrillos y rastrilla los parterres con expresión soñadora. Ander intentó hablar con él una vez en los jardines públicos que hay al lado del puente. El señor Lawnder estaba quitando del contrafuerte una pintada que se había filtrado en la piedra porosa. «Que la escoria irlandesa se muera de hambre». Al parecer, alguien lo repone una vez al mes o así: el color es cada vez más intenso, un rojo más vivo, un negro más funesto. Lawnder no lo reconoce. Ander trata de refrescarle la memoria con algunas anécdotas de la vida escolar, hablándole de uno de los libros que les enseñaba, pero es como intentar recordarle a alguien un sueño que olvidó hace mucho tiempo.

El señor Lawnder, el señor Willis, ambos se rompieron, pero cada uno a su manera: uno

explotando, esparciendo pedazos de sí mismo por toda su vida; el otro implosionando tan silenciosamente y dejando tan intacta su fachada que solo te dabas cuenta cuando te acercabas lo suficiente para asomarte a esos ojos que eran como ventanas de una casa vacía, del edificio desocupado en que se había convertido. Dos formas de marcharse, pensó Ander durante años, y lo sigue pensando todavía, ahora que ha visto a docenas de personas marcharse de esas dos formas: el colapso centrípeto y el centrífugo.

OTRA VEZ PARKTOWN

Contemplo el apartamento de Zalie. Una ventana salediza del sótano en la parte delantera y otra en la parte trasera de un dormitorio que da al jardín. Esos son los dos únicos lugares desde los que podía ser vista, pues la ventana del cuarto de baño está cerrada por la pintura y el cristal es esmerilado con un dibujo de helechos. La ventana de guillotina del salón está «ubicada», como dicen los agentes inmobiliarios, hacia el oeste, de tal forma que, en una tarde de invierno no muy oscura, si hay algo de sol, este entra tan bajo que parece rozar la grava y salpica la estancia y te ciega si estás allí de pie mirando hacia fuera. Pero luego se va casi igual de rápido, y te quedas otra vez a oscuras, aunque los del piso de arriba aún lo vean extenderse por las paredes. Para ver el interior de la casa de Zalie, tendrías que acercarte desde la calle y cruzar el jardín delantero, unos veinte metros, a la vista de los vecinos. Por la parte trasera, tendrías que entrar furtivamente por una puerta de madera abierta, pasar junto a los cubos de basura y las bicicletas y meterte en una parcela de césped. También tendrías que recorrer un crujiente camino de grava. Te oirían enseguida, incluso en invierno con las ventanas cerradas, porque no tienen doble acristalamiento. Son grandes, además, con delgadas hojas de cristal en marcos de madera, y seguramente protegidas. Hemos recogido muestras de grava: se llama Cotswold Shingle (Pequeña Pantalla la ha analizado) y hay trozos en todos los apartamentos, en las suelas de los zapatos y en las alfombrillas de los coches.

No hay otra forma de espiarla si no es con telescopio o binoculares, y esa opción queda descartada porque hay dos campos de deporte enfrente del edificio, y las casas del otro lado quedan demasiado lejos. A menos que la distancia, la naturaleza extraña, sorda y aproximada del voyerismo sea lo que te guste; a menos que el granulado de la imagen no sea una barrera para el placer, sino al contrario, parte del estímulo. Lo comprobaré, teniendo presente la máxima de Gary: «Hay para todos los gustos, sobre todo en el caso de los perversos». El mirón es una especie, el acosador es otra, y el asesino es otra más. Pero son especies que a menudo se cruzan.

Zalie navegó sobre todo por las páginas principales de las webs de ayuda. Apenas clicó en las páginas secundarias o en los enlaces. Tal vez se le pasó algo por la cabeza y decidió comprobarlo. Tal vez sintió curiosidad, o lo hizo por otra persona. Tal vez pensó que la estaban espiando y después descartó esa idea. Tal vez *la estaban* espiando, empezó a sospechar, y al final cambió de parecer. No sería la primera en convencerse de que no sabía lo que sabía.

Había —hay, seguirá habiendo— un perfil suyo en una página de contactos creado dieciocho meses antes. Está abandonado: ninguna actualización ni conversaciones, y ni siquiera cuando lo utilizaba respondió a nadie. Debió de renunciar, o encontró a alguien y dejó de lado la web. Lee los mensajes, pero no responde. Eso coincide, más o menos, con las fechas en que conoce a su

novio, Tim. Le preguntaremos. ¿Sabe que ella estuvo en una web de citas durante un tiempo? ¿Se conocieron así? No; y, en cualquier caso, es irrelevante, como comprendo nada más hacer la pregunta: no tuvo contacto con nadie en la web, y debió de cambiar de opinión sobre esa vía, o no le gustó lo que vio. Su perfil es escueto: vegetariana, le gusta el jazz, leer, ver deporte y viajar. Bebidas: sidra y vino blanco, *gin-tonic* y cócteles, «¡a veces todo la misma noche!». En pantalla, tiene una personalidad consensuada, una identidad modular.

Hay una foto de perfil que no hace justicia a su atractivo, como si no quisiera estar en el primer bombo. Aunque tampoco disuadió a nadie. Su cara sigue ahí, lozana y feliz, en la web: *ZD, 31, Sudeste*. Me llama la atención que no diga exactamente dónde, ni el nombre de la ciudad en la que vive. Podría estar en cualquier sitio entre los límites de Londres, donde empiezan las líneas de metro, hasta la arena húmeda de Hastings; desde Brighton hasta Margate o Southend. Eso sugiere que recelaba de las citas por internet, de que pudiesen localizarla con tanta facilidad. «Me gusta»: los recopilatorios de música, el deporte, el arte moderno, la jardinería. Música: Manic Street Preachers, Super Furry Animals, la música disco de los setenta. Te ofrecen la posibilidad de escribir unas pocas palabras sobre ti, un lema, un eslogan. El suyo es: «Nunca lo sabrás si no lo intentas; ¡y yo lo intento!».

Tiene ciento ochenta y tres mensajes sin responder, y otros doscientos y pico sin leer. Le pediré a Pequeña Pantalla que los revise y busque cualquier cosa extraña o amenazadora. Quiero una lista de todos los que han entrado en su perfil, tocado su información con el ratón o paseado la vista por él. Va a odiar la tarea. Él quiere una persecución en coche y yo lo tengo buceando por un montón de papeleo. Pero no hay conversaciones con otros usuarios. No, nadie la conocía, y sin embargo, habían entrado en su perfil más de mil veces, la habían ciberacariciado y magreado a través de la pantalla, se la habían comido con los ojos y la habían masturbado con el panel táctil, la habían incluido en listas y marcado como favorita. Había cientos de invitaciones y mensajes, la mayoría de los cuales seguían sin abrir. Pero Gary dice que es normal. Las mujeres reciben cientos de visitas a su perfil; los hombres, solo unas cuantas. A veces, ninguna. Las visitas más recientes eran de la noche anterior: «Bruce de Middlesbrough» y «Hombre de Medway». Hay un tío que se describe como «Fornido, moreno y almizcleño»; Gary dice que parecen los nombres de tres enanitos delincuentes sexuales de Blancanieves.

No hay mucho sobre ella, pero es suficiente para los hombres. La mente solitaria es capaz de imaginar toda una vida a partir de una información escueta y un par de fotos. Así es como trabaja el acosador, además, porque el acosador es un narrador, un dramaturgo, un apasionado del detalle, un psiquiatra aficionado, un detective, un conspirador, un orquestador de complots y un violador de vidas.

Está muerta, pero aquí sigue viviendo: aparecen notificaciones cuando recibe un mensaje, los anuncios están basados en su historial de búsqueda y palpitan en la esquina superior derecha de la pantalla, creados por un algoritmo y hechos a medida para que parezcan hechos a su medida. Hay un vale para un descuento de diez libras en un club de vinos. Hay un correo electrónico de su compañía telefónica acerca de sus pagos domiciliados. Si puedes comprar algo, todavía estás vivo; si tu dinero sigue yéndose en facturas de luz, agua y gas, en canales de pago y en internet, todavía estás con nosotros.

No estás muerto hasta que lo dice tu contrato de telefonía.

Lo indeleble de todo esto me produce un tipo de tristeza irritable que solo puedo explicar diciendo que echo de menos el carácter definitivo de las cosas. No es que yo haya experimentado

nada definitivo. Lo definitivo sería un comienzo. La palabra nunca tuvo un botón de apagado, pero al menos podías bajar el volumen de vez en cuando. También me preocupa que Lynne Forester rastree la vida en pantalla de Zalie y haga algo con ella: perfiles en páginas de contactos, compras, tuits, instagrams. Porque Lynne también es una acosadora, y tanto ella como los tabloides darán la lata con la web de contactos, el olorcillo a disponibilidad sexual, la atribución de una vida secreta. Ya han encontrado fotografías en biquini de Zalie, fotos de vacaciones en las que aparece con una bebida, o bailando con un tío en Lanzarote. Ya han hecho un llamamiento para localizar a antiguos novios. «¿Tuviste una relación con Zalie Dyer? ¿Eras amigo suyo en el colegio o en la uni? Nos gustaría hablar contigo. Puedes llamar a un número especial. Discreción garantizada».

Ir a por Wolphram es una cosa. Ir a por Zalie es otra. Es perseguir a los muertos hasta su oscuridad.

Vera ni siquiera ha visitado la tumba de Víctor, no digamos dejarle flores. En cuanto a encargar una lápida, «por supuesto que no». Le pregunté por qué. Me respondió que ponerle flores sería rendirse; que «lo anclarían». No entendí lo que quería decir. Ahora sí. Los fantasmas son ligeros, seres transparentes; pensamos que están hechos de recuerdos y que solo existen en nuestra cabeza. Así pues, en el mundo de los objetos, el que está fuera de nuestra cabeza, necesitan tener un peso para no alejarse flotando. Las coronas y las flores los anclan a su lápida. Impiden que los muertos sigan en nuestra vida.

¿Cómo lo debe de estar pasando la familia de Zalie, atrapada ya en la brutalidad de esto, en la realidad sucia y desordenada de su muerte, y teniendo que enfrentarse al mismo tiempo a la realidad virtual, el doble que se propaga y se despliega como un abanico en pantallas y bases de datos? Puede que las cosas fueran mejor cuando el único recuerdo que teníamos de alguien querido era una fotografía en la pared o en la mesilla de noche, unas pocas cartas o un puñado de fotos en un álbum.

Zalie es todo información y rastros; es algo derramado que sigue derramándose. Su yo virtual sigue ahí, recibiendo información sobre ofertas, amantes potenciales, cosas en común con otros perfiles y carreteras cortadas. Dos compañías eléctricas se disputan su calefacción central, y el parlamentario local le ha enviado su boletín informativo de final de año. Sus tuits se deleitan en el éter. De vez en cuando, alguien retuitea uno de sus comentarios y nuevos desconocidos se frotran contra ella, se llevan su rastro a su propio mundo como si fuera saliva o pelo, o el pintalabios en un vaso de bar que va de bebida en bebida, de beso en beso, de boca en boca. De ratón en ratón.

Víctor Snow lo tuvo más fácil: como mucho, habrían cancelado su cuenta bancaria y su suscripción al periódico. La segunda botella de leche. Un audífono tirado a la basura. Y, más adelante en la línea, como una suave onda en la vida de otra persona, sería una entrada borrada en la agenda telefónica de unas pocas casas. Las agendas al lado del teléfono, ¿se acuerdan de eso? Ahora los llaman teléfonos «fijos», como si tuvieran raíces, como si fueran árboles brotando del suelo en pasillos suburbanos. ¿Quién tiene aún un teléfono fijo, con ese rollo de cable trenzado que solía enredarse en los dedos y sobre sí mismo formando nudos? El señor Wolphram. Y Vera. Y Víctor. Y yo. ¿Gary? Quizá. Pero no Zalie. Ella era ya móvil. Su apartamento no tenía línea fija. El cable había sido cortado hace mucho. Seguramente no se acordaba de cuando los teléfonos estaban sujetos a algo, aunque todavía bajan de las nubes para cargar la batería durante una o dos horas, para llenar el depósito como aviones antes de echar a volar otra vez. Para Zalie, todo eran tuits y correos electrónicos y contraseñas y números pin. No *eran*: *son*; siguen apareciendo en

pantallas y circulando por cables, trocitos de ella, el fantasma de su yo informático deambulando por campos de algoritmos, en busca de pareja, en busca de una ganga, de noticias; de noticias de sí misma cuando las noticias anuncian que está muerta.

Su cuenta de Twitter sigue ahí, y ya son cientos de personas las que le han mandado un mensaje directo para decirle lo mucho que lamentan que esté muerta. En su página de Facebook, se acumulan los mensajes de condolencia. Van dirigidos a ella, como si fuera a consultar las redes sociales desde el otro lado. ¿Eso creen que está haciendo? «Escríbeme», su icono lanza un guiño, «chatea conmigo, mándame un mensaje, deja un comentario en mi Instagram: donde estás tú, estuve yo una vez, donde estoy yo, estarás tú algún día».

¿Hemos comprobado el buzón de voz de Zalie? Ya no soy capaz de llevar la cuenta en mi cabeza: lo que hemos hecho, lo que no hemos hecho, las precauciones que se han tomado, las que no. Que yo sepa, su voz sigue embalsamada allí, recibiendo mensajes, recibiendo esas llamadas que hace la gente cuando sabe que su amiga ha muerto pero quieren oír también la línea muerta. Hay quien hace eso: algunos porque no acaban de creérselo y otros porque quieren oír cómo suena alguien que ya no está, quieren saber si estar muerto produce un tipo de silencio distinto. Seguramente Marieke ha pensado en eso.

El sargento de recepción ha acompañado a Vera a la sala. Me sorprende verla. Echa una mirada alrededor, se sienta a mi mesa, que está separada por mamparas, y finalmente me cuenta lo que ha venido a decirme.

No es habitual verla fuera de casa. Se me ocurre que quizá las cosas con Victor no van bien, pero, claro, teniendo en cuenta que está muerto, no sería un buen punto de partida.

—¿Qué tal va todo en casa, Vera?

—Frío —dice, y parece a punto de romper a llorar—. Frío y solitario. Llevo unos días sin tener *esa sensación*.

Esa sensación, en el lenguaje de Vera, es la sensación de que Victor está cerca, allí o al borde de estar allí. Uno no puede *estar* hasta que hay un sitio para que esté. Es la primera regla de las presencias sobrenaturales: no es tanto el quién como el dónde. Por eso ella cuida de que su casa sea cálida y acogedora. Le está reservando a él su sitio, pero está tardando en aparecerse.

—Es como si se lo hubiera pensado mejor, Alexander, como si ya no quisiera hacer el esfuerzo.

Me llevo la taza vacía a la boca para no tener que mirarla a los ojos. Cuando estoy en su casa, casi me creo la ficción de la presencia de su marido, pero fuera de ella no parece más que la locura normal y desconsolada causada por el dolor.

—Todo se ha vuelto... —empieza a decir, bajando la mirada—, todo se ha vuelto... —No logra dar con la palabra, hasta que por fin la encuentra— *flojo*.

Detrás de mí, Gary se asoma a la ventana.

—Tendrás que posponer la «sesión de espiritismo», profe. Estoy perplejo, no salgo de mi asombro —dice—, pero sigues en el caso. Órdenes del mismísimo Pez Escritorio.

La edición vespertina del *Evening Post* le dedica la portada y un artículo de tres páginas. EL EXTRAÑO SEÑOR WOLPHRAM, reza el titular. LOS ALUMNOS SE SINCERAN.

—Lynne la Loca se ha superado —dice Gary, dejando caer el periódico en mi mesa—. Le dedica tres malditas páginas. Ha trabajado rápido: no me preguntes cómo ha conseguido sacarles

todo eso.

Su firma también aparece hoy en el *Daily Mail*. Lynne es su periodista sobre el terreno, su guía local, y el artículo que ha escrito para ellos es un breve repaso a casos similares de asesinatos sin resolver en la ciudad a lo largo de los últimos veinte años. «¿Reabrirá la policía casos sin resolver a la luz de nuevas pruebas?», se pregunta, y procede a detallar los casos, señalando cada vez la distancia entre la calle del señor Wolphram y el lugar donde fueron encontrados los cuerpos, o donde la víctima fue vista por última vez. Lynne recuerda casos ocurridos por todo Kent y por todo Sussex, en la periferia de Londres, en Sevenoaks, Tunbridge Wells, Ebbsfleet. Le dedica especial atención a uno en particular. «Una agresión sexual sin resolver a principios de siglo en los alrededores de la terminal de Eurostar en Ashford, cerca de la boca del Eurotúnel en Cheriton, llevó a la policía a sospechar que el autor era un viajero habitual del tren. Wolphram viajaba con frecuencia a Europa...» —escribe Lynne—: «¿Ha llegado la hora de reabrir el caso?».

Es un caso que recuerdo, porque yo fui uno de los policías que no resolvieron esos crímenes.

—¿Todo eso? —pregunto—. ¿Qué les ha sacado?

Gary no responde, se limita a señalar el periódico con un movimiento de cabeza y a meterse las manos en los bolsillos, esperando a que lo asimile. «Los alumnos se sinceran». Es lista. Las palabras lo dicen todo: «sincerarse» invita a pensar en... ¿qué? Miedo, escándalo oculto, vergüenza, sufrimiento silencioso, trauma y, ahora, libertad para hablar. Es parte de la jerga actual; ahora que estamos, como dice Gary, *vomitando las décadas pasadas*.

¿Se sinceran sobre qué?

—Lo tuve de profesor cinco años, Gary. No hay nada sobre lo que sincerarse; no ese tipo de cosas, al menos.

—Acuérdate del *fatberg*, profe; siempre hay algo ahí abajo. Tal vez solo lo hayas... ¿qué?... ¿reprimido? —Lo dice con una gran sonrisa de suficiencia al estilo Gary.

En la portada hay una fotografía del señor Wolphram con su bolsa para libros, la manga blanca de la camisa en contraste con la manga negra de la chaqueta mientras intenta taparse los ojos con el sombrero. Esta es ya su imagen más característica: un villano de cine negro, cadavérico y de manos cuidadas, gruñendo en medio de los *flashes*.

En televisión y en internet están volviendo a poner la breve grabación de Wolphram de la que está sacada la imagen, cuando solo era un vecino más entre otros vecinos, una de muchas entrevistas realizadas en la calle, si bien la más peculiar. Entrevistaron también a otros vecinos: la pareja joven del piso de arriba, Ben Phelps y Chloe, cuyo apellido no recuerdo; dos señoras de calles cercanas paseando al perro; la pareja que vive a tres casas de distancia, él abogado, ella encargada en la farmacia. Lynne ha hablado con todos. Unos animados y alegres, otros asustados y abatidos; todos, cada uno a su manera, están aprovechando al máximo la situación. No así Wolphram, que comete el error de hablar un poco más de la cuenta, con excesiva corrección, de forma un tanto *ensayada*.

Hacia el final del vídeo, entra en el cuadro el señor Goodship con su terrier. Hago números: hace tres o cuatro terriers, él era director y yo un niño en sus dominios. Tiene las mejillas caídas y expresión avinagrada, con esa meticulosidad propia de jubilados solitarios que uno observa en personas incapaces de vivir, ni en el tiempo ni en el espacio, muy alejadas de su antiguo lugar de trabajo. Sopla una ligera brisa, así que la cortina de pelo con la que oculta su calva se levanta de vez en cuando girando sobre su bisagra de laca como la tapa de un cubo de basura con pedal. La

papada, en su día hinchada y redonda, cuelga ahora como un babero de callos sobre su camisa de cuadros y su corbata de lana. Su autoridad llega ahora hasta donde lo hace la correa de un perro. Pasa junto al señor Wolphram mientras este habla, pero va con la cabeza agachada. Debe de haber cumplido ya los ochenta.

Mi desprecio por él es como un fuego que dejé encendido en una habitación sabiendo que iba a volver. Da igual si es en media hora o en medio siglo, porque, cuando se trata de él y de gente como él, mi desprecio está regulado con termostato.

De fondo, delante del apartamento del señor Wolphram, se ve su coche, ahora en manos de los forenses. Como todas sus pertenencias, es caro, viejo y está bien cuidado. Un Jaguar de 1978 que, tal y como me explica Gary, es un clásico, y tan bien mantenido que, aparte del kilometraje, podría pasar por nuevo. Sabemos que se utilizó por última vez al día siguiente de que desapareciera Zalie. Hay huellas tuyas en el asiento del copiloto: unos cuantos pelos en el reposacabezas, huellas dactilares en la puerta y el salpicadero, pero en ningún otro sitio. Traducido a lenguaje de investigación, eso significa «no en el maletero».

Tal como predije, el *fatberg* ocupa la columna lateral de la portada, donde aparece encajonado en una foto borrosa y ligeramente alargada. «*Fatberg*: página 4».

—Ya es lodo pasado —dice Gary. Ha probado suerte con todos los juegos de palabras posibles, pero este debe de ser el último de la reserva.

Las primeras tres páginas son básicamente un espectáculo en solitario del señor Wolphram. Examino primero las imágenes, intentando rastrear la historia que le cuentan a los ojos antes de que las palabras entren en acción. En la segunda página hay una fotografía de la época del colegio, un primer plano suyo con toga y muceta. Es más joven y lleva gafas más estrechas, y su pelo es más oscuro. No hay fecha, pero yo la sé, o al menos el año y la estación. La foto de la que se ha tomado ese primer plano es un panorama de todo el colegio contra un cielo azul en un campo de críquet, «verde universidad», enfrente de la capilla y la biblioteca.

Puedo fechar la foto porque salgo en ella, con la cara borrada, en la tercera fila, a los catorce años, con *blazer* y corbata, de pie entre Danny y Jonny Kebab. Yo mismo me recuerdo borrado por entonces —borrado por los demás y por mí mismo—, así que no me supone una gran dificultad aceptar que me presenten de esa forma. Los rostros de los profesores aparecen nítidos, o todo lo nítidos que pueden estar en una fotografía predigital de hace treinta años. El Doctor, el señor Barnett, Trundle, McCloud, Goodship y Mamadoton. El señor Willis antes de la crisis nerviosa y el señor Lawnder antes de apagarse, junto a la señora Pizzi y la señora Mason. Y todos los demás, cuyos nombres seguramente podría recordar, pero no voy a molestarlos en desenterrarlos.

—¿Reconoces a alguien? —pregunta Gary, casi con sincero interés, casi con ternura.

Señalo mis hombros con el bolígrafo que tengo en la mano.

—Ahí —digo.

Estaba detrás de Mamadoton, en la primera fila de alumnos tras el personal docente. Siempre era mejor estar detrás de Mamadoton que delante. En los hombros de su toga había escamas de caspa del tamaño de copos de maíz. Me llegaba el olor de sus pantalones.

No hay duda de que Lynne Forester ha conseguido una buena representación: dos antiguos profesores, cuatro exalumnos, el director del colegio, algunos vecinos y un hombre que trabajaba en la recientemente desaparecida tienda de música que recuerdo al final de Jackdaw Lane. Wolphram era un asiduo de la tienda, un buen cliente, y no se me ocurre qué tiene que decir de él el hombre que le vendía agujas para el tocadiscos, púas para la guitarra y cedés. Lynne se reserva

más cosas, lo sé, porque necesita racionarlas, seguir con los anticipos, las muestras y los estímulos. La gente como Lynne puede hacer que ocurra cualquier cosa en el pasado si así lo desea. Puedes seguir las huellas de una chica muerta, pero no puedes cambiar la calle en la que giró. Sin embargo, sí que puedes coger el pasado de un hombre y cubrirlo de culpabilidad.

Intento reproducir la forma en que leemos los periódicos; la forma en que el periódico se lee a sí mismo dentro de nosotros.

Miro las fotos primero, y a continuación voy pasando las páginas con ese ojo medio alerta que nos conduce rápidamente hasta el final —da igual si es un tabloide o un periódico serio— sin fijarnos más que en unas cuantas imágenes y algunos titulares, algún que otro adjetivo, la taquigrafía del ojo al cerebro característica del lector curioso de periódicos en papel, hasta que llego a las cartas al director y al horóscopo y a las páginas de deportes, donde me detengo y vuelvo atrás. Ya me he hecho con una pequeña provisión de palabras, un reluciente botín conseguido con la red de arrastre rápida y previa del ojo: dandi, esteta, raro, repulsivo, sexual, muerte, obsesionado, chicos, homosexual, furioso, inapropiado. Después, Emily Dickinson, poeta gay Thom Gunn, suicidio, Sylvia Plath. Es como la nata en la superficie de la leche de las antiguas botellas de cristal, algo destilándose hacia arriba, un anticipo espeso y graso de lo que hay debajo. Las palabras se hacen guiños entre ellas de una columna a otra. También están al tanto de lo que pasa. A continuación, una diáspora de otras palabras, más inocentes, pero infectadas por el propósito con que las han puesto: solo, solitario, distante, intelectual, siempre demasiado arreglado, formal, y a continuación, por irrisorio que sea, aunque estoy lejos de reírme, libros, películas extranjeras, poesía y muerte.

Gary me ha traído un café. Lo ha hecho él mismo, sin recurrir a la máquina. El sabor no es mejor, pero esa pequeña muestra de consideración indica que tiene malas noticias.

—Lo van a acusar.

EL DOCTOR

Como subdirector, el doctor Monk también imparte otras asignaturas y, justo cuando acaban de dejar atrás Latín con la esperanza de no volver a encontrárselo nunca, vuelve disfrazado de profesor de Historia. Deja su tembloroso Jack Russell en un cesto al lado del escritorio, y de vez en cuando el perro se da una vuelta por el aula, con su costroso ano luciendo carámbanos de zurullos enredados en el pelaje. *Cagámbanos*, los llama Danny. El doctor Monk llena sus paredes de carteles de césares y emperadores, mapas, monumentos y escenas bélicas. Lo que enseña es obediencia y una varonil falta de curiosidad, y, si el colegio tiene un *ethos*, es ese. Así se levantaron los imperios. La historia son reyes y reinas y decapitaciones y guerras.

Cuando Danny le preguntó:

—¿No ocurría nada más?

El Doctor respondió:

—¿Como qué?

—No sé —dijo Danny, que para entonces ya tenía mucha seguridad en sí mismo y era sofisticado, pero, al mismo tiempo, hacía gala de una ingenuidad desconcertante—: en fábricas o en granjas, en tiendas y en las casas de la gente.

El Doctor se quita las gafas, se frota los ojos, vuelve a colocarse las gafas y se queda mirando fijamente a Danny. Está interpretando el papel de profesor paciente que le explica algo a un alumno estúpido. Tiene todos los papeles archivados en su cabeza, que es una biblioteca de maldad.

—La historia trata de los sucesos destacados y de los hombres que los protagonizaron. Si quieres ser trabajador social, puedes hacerlo en tu tiempo libre.

—¿La historia solo le ocurre a cierta gente? —insiste Danny.

El Doctor lo mira de refilón —Danny está sentado en la primera fila—. Tiene la costumbre de quedarse pegado a los pupitres de la primera fila, mientras los chicos se recuestan y alejan todo lo que les permite su silla —parecen flores azotadas por un vendaval— y, aunque no acaba de captar la ironía, sabe que hay algo afilado en ese comentario.

—Hablo de Historia con H mayúscula. A nadie le interesan las fábricas y las granjas y debatir sobre si las mujeres cocinando y limpiando cuentan como historia... Eso es sociología y no enseñamos de eso en este colegio.

—¿Quién decide entonces qué es historia, doctor Monk?

Al Doctor no le gusta el derrotero que ha tomado la conversación. Como tampoco le gusta la carga de sarcasmo apenas perceptible en ese «doctor».

—No culparía a tus compañeros si te pusieran en tu sitio de vez en cuando —responde el Doctor, mirando directamente a Hugh Lewis y a Leighton Vaughan, sentados en la última fila y siempre atentos a cualquier incitación a la violencia—. Y, de todas formas, si tanto te interesa la historia, quizá podríamos hablar sobre la historia criminal de tus compatriotas terroristas. Puede incluso que seas uno de ellos, uno de esos espías que no actúan hasta pasado cierto tiempo; al fin y al cabo, así es como lo hacen, ¿no? Esparcen unos cuantos fenianos en nuestros pueblos y ciudades, dejan que se integren, que hagan amigos, que consigan trabajo y que formen familia, y entonces, ¡PUM! —Golpea la mesa con la palma de la mano. Todos dan un respingo, sobre todo Danny—: de pronto hay una docena de muertos y heridos, sangre por las paredes y los paramédicos recogiendo con cuchara lo que ha quedado de la gente. ¡CON CUCHARA! —grita—. Esa es tu historia. ¿Quieres que la estudiemos?

Danny sucumbe al abatimiento de repente; primero su cara se queda pálida y al instante se pone como la grana, una agonía de rubor. Ser adolescente es así: un momento te sientes fuerte, divertido y subversivo y te alejas caminando con aire arrogante, y al siguiente has avanzado demasiado por la cornisa de ti mismo y caes.

—Tal vez eres uno de ellos —dice el Doctor bajando la voz.

Cesan las risas. Se produce una pausa mientras todos valoran el cambio de tono. Es como si el aire hubiera cambiado. Entonces los gruñidos se abren paso para ocupar el lugar de las risas. La situación ha evolucionado de un acoso común, una humillación corriente y moliente, una demostración de superioridad al uso... a otra cosa. Es como un cambio en el clima, cuando una tormenta toma posiciones en el cielo y cuenta los segundos antes de estallar.

—No soy irlandés —dice Danny, defendiéndose. ¿Defendiéndome de qué?, piensa, y se arma de valor para añadir—: aunque tampoco supondría un problema para mí. Si lo fuera, estaría orgulloso.

—Orgulloso, ¿eh? —dice en voz baja el Doctor, con la mirada puesta en el resto de la clase más que en Danny—. Bueno, sin duda estás mejor alimentado que muchos de tus compatriotas. Creo que tenemos aquí a un simpatizante; tal vez incluso nuestro propio espía a la espera.

Vaughan camina con descaro hacia la primera fila y le pega en la cabeza. Se oye el golpe sordo del nudillo contra el cráneo. Uno sabe que eso duele, y cuando Danny alza la vista con los ojos escociéndole por el dolor y adornados con lágrimas, ve a los bastardos de la última fila riéndose. Vaughan se frota los nudillos con orgullo y vuelve a su sitio. El Doctor hace como que está consultando su libro de contabilidad y finge no haberse dado cuenta.

Danny lleva un tiempo poniéndose gallito. Es el más inteligente. Es respondón, tiene una forma de poner en evidencia la estupidez de los demás que los avergüenza, tanto más cuanto que no es su intención. La ofensa involuntaria tiene algo de peligrosa; la forma en que provoca a la gente incluso más que un desprecio o una burla en sus narices. También es elegante y reservado, y Ander advierte —igual que el resto— cómo parece crecer de forma más proporcionada que todos ellos. No tiene el aire desgarrado al estilo el Greco habitual en la adolescencia. Va creciendo y llenándose en los sitios justos; no es patoso, ni le sale una erupción de granos en la frente, ni suda tanto que desprenda vapor cuando estamos bajo cero. Además, su ropa es mejor. Aunque, en realidad, no lo es: solo lo parece porque la lleva él. Y tampoco es que tenga mala pinta sin ropa, como advierten todos al entrar y salir de las duchas, o cuando se cambian antes de practicar de forma penosa cualquier deporte.

Por lo tanto, sí, Danny se lo ha buscado. Se lo había buscado.

—Tengo algo preparado para ti —dice el Doctor en un tono alegre que es nuevo para ellos—. Ponte conmigo aquí delante. —Espera—. No hay por qué tener miedo. —Si el Doctor fuera de los que tranquilizan, sonaría tranquilizador. Pero Ander comprende de inmediato que la cosa pinta mal.

—¿Yo? —pregunta Danny, desconcertado por el constante cambio en el tono de su voz. El Doctor sonríe, lo que parece causarle dolores en la cara, porque sus ojos tiemblan y se diría que están a punto de salirse de las órbitas por la tensión. Hay muchos dientes en esa sonrisa, piensa Ander. Muchos colmillos.

—Sí, tú, Danny McAlinden; vamos a poner en práctica algunas de tus ideas. Acércate, colócate aquí a mi lado.

Danny no las tiene todas consigo, pero encuentra la suficiente confianza en su interior o, mejor dicho —y algo distinto—, las suficientes ganas de confiar, para ponerse en pie y dar los tres o cuatro pasos que lo separan del sitio que el doctor Monk le sigue indicando.

—Siéntate —le pide con amabilidad el Doctor, poniéndole las manos en los hombros (pese a que Danny es más alto) y forzándolo a sentarse en su silla.

Danny se sienta.

Ander nunca ha dejado de reproducir en su cabeza lo que está a punto de ocurrir.

Lo que nos impulsa a volver sobre las cosas no es que hayan sucedido, sino que en algún rincón de nuestro ser pensamos que aún es posible hacer que sucedan de otra forma. Si consiguiéramos encontrar la costura correcta, el resalto en el rollo de celo que nuestro dedo recorre una y otra vez, para así despegarlo con la uña, levantarlo y desenrollarlo todo.

El Doctor es menudo y débil, pero la energía de su sadismo le da el vigor suficiente para arrastrar a Danny, todavía en la silla, hacia un lado hasta colocarlo en medio de la tarima. Cuando el Doctor se enfada o se altera, empieza a desprender un olor casi imperceptible. No es acre ni nauseabundo como el olor a intimidación y descomposición de Mamadoton; más bien es como si estuviera fermentando, hirviendo lentamente. Entonces le dice a Danny que se ponga de pie y coge la silla y la empuja hacia delante, de forma que el respaldo queda apoyado en la cintura de Danny. Automáticamente —debe de ser cosa del acusado que todos llevamos dentro, de nuestro reo interior—, Danny coloca las manos en el respaldo de la silla como alguien esperando a conocer su condena. Resulta extraño lo fácil que es, lo aprendido que tenemos el comportamiento: pongan a alguien delante de otros, hagan que esté de pie ante una multitud, y empezará a comportarse como si estuvieran juzgándolo. El Doctor lo sabe. Los demás están a punto de aprenderlo.

—Uno de los pilares de la sociedad moderna es el imperio de la ley, junto con el derecho a un juicio justo —empieza a decir. Danny lo mira esperanzado, y más tarde los chicos pensarán que esa fue la perdición de Danny, confiar en el Doctor y sonreír, porque sirvió de señal para todos los demás: la señal de que todo valía, de que empezaba la temporada de caza a Danny, de que estaba preparado y esperando su propio desmantelamiento.

—Tómate esto como un ejercicio de democracia: una oportunidad para que toda la clase se acerque y exponga cargos contra ti o hable en tu defensa si así lo desean. Después haremos una votación para decidir si eres culpable o inocente de cada uno de los cargos. Puesto que no tenemos jurado, tus compañeros harán las veces de jurado. Yo seré el juez, solo para llevar algo de control. Huelga decir que tendrás oportunidad de defenderte...

—Pero no... no entiendo... —dice Danny, presa del pánico. Se oye un murmullo de entusiasmo en las últimas filas: el acoso consentido, y en un marco teatral como aquel, supone una

diversión inesperada. La idea de convertir el aula en la sala de un tribunal es especialmente gozosa, porque añade un aire de ritualidad e irrealidad a la infame brutalidad que va a cometerse. Es como un colocón en grupo.

No todos se percatan del rumbo que está tomando la situación, pero Ander empieza a comprenderlo, igual que Neil Hall unas filas por detrás. Oye a Neil decir con voz entrecortada: «Hostia puta». Danny, al estar en el centro de todo, no lo ha dicho todavía.

—Un juicio, señor McAlinden, un juicio. Parecía tan interesado en todos esos héroes comunistas suyos, en su Trotsky, su Lenin y sus Brigadas Internacionales... o, sin irnos tan lejos, su IRA y los mineros en huelga en su pequeña Moscú... Esta es una oportunidad que le doy para ayudarnos a disfrutar de uno de sus pasatiempos favoritos: los juicios farsa.

Danny intenta marcharse, pero el Doctor Monk se lo impide.

—Vamos, vamos, ¿de qué tiene miedo? Esto es parte de la clase. Tómese lo como una recreación histórica. Se trata de acercar la historia a los alumnos...

Danny podría levantarse y apartarlo de un empujón —le saca la cabeza y los hombros, así que no sería difícil—, pero el poder no funciona así, y tampoco la sumisión. Incluso antes de que comience, Danny va despojándose de su aura de serena inteligencia, de su compostura física, de su elegancia y su autoridad. Está a punto de perder en público todo lo que los demás envidian de él. Lo peor del asunto es que incluso quienes se llevan bien con él lo disfrutan en secreto, solo porque es necesario derrocarlo, acercarlo a ellos, a su fragilidad y su ansiedad. Hasta les caerá mejor a raíz de la humillación y el dolor que le van a ver soportar.

Danny intenta hablar, pero las palabras lo han abandonado, y el Doctor se mofa de su acento cuando intenta alzar la voz. El Doctor, entretanto, está disponiendo el decorado para recrear el ambiente de un tribunal —Biblias para que juren los testigos, toga negra para el juez, una vieja pipa que sirva de martillo—. Ander se pregunta si es la primera vez que hace esto, porque la utilería está demasiado a mano.

—Estas recreaciones históricas hacen furor hoy en día: ya sabéis, esos medievalistas con sus cotas de malla, sus espadas y sus escudos, esas batallas que recrean de vez en cuando cerca del puente... Pues bien, esta será nuestra pequeña versión de todo eso... —Se ríe—. ¿Creéis que nos hará falta personal de seguridad que vigile al acusado para que no se mueva? —dice, haciendo señas a Lewis y a Vaughan para que se acerquen. Gordos, fornidos, despiadados y obedientes, se colocan de pie a uno y otro lado de Danny.

Hasta el perro del doctor Monk se ha despertado.

APROVECHA EL MOMENTO

No me pasa inadvertido que Gary dice «van a acusarlo», no «vamos». Es decisión de Pez Escritorio, porque, mientras el señor Wolphram ha estado sentado en esa celda, removiéndose inquieto en esa sala de interrogatorios, le han hecho sudar con una segunda sesión, conducida por Pez Escritorio en su acuario ejecutivo, con los trofeos y los certificados que dejaron sus predecesores, quienes murieron empuñando el bastón de mando y cuyas familias nunca los reclamaron. Ahora los luce Pez Escritorio, y da por sentado, con razón, que nadie se fija en el nombre que figura en los certificados y trofeos, solo en los logros que acreditan. El de «Comunicador policial del año: ganador regional, Derbyshire» es el favorito de Gary.

En ese certificado se inspiró para inventar el juego Galardones Especializados, en el cual los participantes tienen que inventar grandes reconocimientos para actividades de ámbito reducido y con requisitos de elegibilidad muy estrictos. «Mejor banco moldavo», «Miss Frodsham», «Filántropo del año en Yorkshire»...

—No tienen suficiente para acusarlo —le digo a Gary, ciñéndome a la tercera persona del plural que ha utilizado él.

—Tienen suficientes cosas circunstanciales, profe: ella en el coche de él, ella en el apartamento de él, él en el apartamento de ella... él confundiendo horas y fechas, mintiendo o dando la impresión de que miente. El coche se utilizó al día siguiente de su muerte, tal vez con ella dentro. Está preocupada por los acosadores, busca ayuda en páginas web. Él es incapaz de dar respuestas claras, no tiene coartada...

—La gente que vive sola no suele tener coartada, Gary; tú y yo deberíamos saber eso mejor que nadie.

—*Touché*, profe, pero venga, afrontémoslo... —Gary baja la voz porque quiere que sea yo quien lo diga.

Y lo hago.

—No es lo que se dice «normal», Gary, ¿es a eso a lo que te refieres?

—Me lo has quitado de la lengua.

Guardamos silencio. Remuevo mi café, golpeo la cucharilla contra el borde desportillado de la taza. Pone «El mejor papá de Norfolk» y pertenecía también al predecesor de Pez Escritorio. Es lo específico del título lo que le da lustre: menos es más.

—Mira —prosigue Gary—, necesitan resultados, Pez Escritorio necesita algo que decirle a la gente. Vale, es un folleto sin carácter rodeado de certificados de un muerto (Gary lo pronuncia *certificados*), pero también es el primero al que buscan: el público, los periódicos, los reporteros de televisión, los jefazos preocupados por las relaciones públicas, los comerciantes

preocupados por las marabuntas de clientes en Navidad... Los tiene a todos encima, profe, telefoneándole, tuiteándole, mandándole correos electrónicos, mensajes de texto... Le compadezco, profe. Un poquito.

—Y se ha dado por vencido sin más. De lo que se trata es de conseguir el resultado correcto, no un tentempié para tener contento al mundo exterior...

—Nos estamos quedando sin tiempo. Mira, sobre nuestra cabeza tenemos un gran zurullo pendiendo de un hilo minúsculo como un pelo de bebé, profe, y está esperando para caer sobre todos nosotros: tú, yo, Pez Escritorio, todos...

—Es una espada, Gary, la espada de Damocles...

—Ahora es un zurullo, profe. ¿Dónde te crees que estás, en *El señor de los anillos*? El caso es que hay que apartarse antes de que el hilo se rompa.

—Pero ahora tenemos que dedicar nuestro tiempo a demostrar que lo hizo en vez de a investigar quién pudo haberlo hecho realmente. Son dos cosas bien distintas.

—Confíemos entonces en que sean la misma, ¿de acuerdo? —Se encoge de hombros—. Mira, todo apunta a que lo hizo él. Ya sabes cómo funciona esto: marido, novio, familiar o vecino. El novio está al otro lado del Canal, los familiares estaban en Newcastle, el vecino... bueno, el vecino es raro, cuenta mentiras, va obsesivamente limpio y arreglado, y hay huellas de ella en su apartamento y en su coche. Afrontemos los hechos, profe, ¿qué quieres que pensemos?

—El problema es que no son hechos. Hechos son lo que no tenemos. Tú no estás más de acuerdo que yo con la decisión de acusarlo. Aun en el caso de que fuera culpable, no hay nada en lo que fundamentarlo. Ni siquiera hemos acabado de ir de puerta en puerta, no tenemos todos los resultados de la inspección de los ordenadores, todavía no hemos hablado como es debido con los testigos y ni tan siquiera hemos recreado los últimos movimientos de la víctima. Debe de haber una docena de personas ahí fuera cuyos recuerdos están a punto de ser eliminados.

Gary baja la vista al escritorio, coge un bolígrafo y remueve su café con él.

—Es todo una cuestión de tiempo, ¿verdad? Se nos acaba el tiempo y por eso lo acusan. Hazte a la idea y trabaja con ella.

—Se nos acaba el tiempo ¿con relación a qué? ¿A los artículos de Lynne Forester o a resolver el crimen? En fin, ni siquiera nos ha consultado, ¿no?

—No tenía por qué hacerlo, profe. Está en su derecho. Sobre él recaen las tareas de atención al cliente, las relaciones públicas y las explicaciones, así que es él quien carga con toda la presión. En fin, míralo de otra forma: tenemos que acusarlo para retenerlo aquí, y necesitamos retenerlo para poder acusarlo. Y cuando lea los periódicos lo agradecerá porque, si sale, lo van a linchar. ¡Lo importante es participar!

Gary coge el mando a distancia y pone el canal de noticias veinticuatro horas: aparece el apartamento del señor Wolphram abarrotado de periodistas y fotógrafos. Una multitud permanente de vecinos, ricachones con abrigos caros, y unos cuantos hombres y mujeres en chándal o con camiseta de fútbol que han ido en autobús para echarle un vistazo a la «escena». Pronto habrá una pintada en la fachada, «MONSTRUO PEDÓFILO DE MIERDA COLGADLO», pero mientras la policía está allí, solo hay gritos. Tres agentes con aire incómodo hacen guardia en las puertas de la verja. La imagen es en directo, y el cielo crepuscular que veo por la ventana del despacho es el mismo que cae, a kilómetro y medio de aquí en dirección oeste, sobre la casa del señor Wolphram, se acomoda en torno a las puertas de hierro y se asienta en la grava. Todos los pisos tienen las ventanas a oscuras; hasta la pareja parlanchina del último piso ha debido de marcharse

para huir del foco de atención.

Al principio estaban encantados de encontrarse tan cerca de todo. (¿Cómo se llamaban? ¿Ben y Claire? ¿Chloe?... Sí, eso es: Chloe y Ben). Podías notarlo en sus ojos. Habían visto cosas así en la tele, pero ahora... «bueno, ahora es aquí mismo, ¿verdad?». Hablaban por los codos y, que yo sepa, colgaban en Twitter o en Instagram fotos nuestras entrando y saliendo del edificio con monos blancos de forense. Ella llegó a decir, como hacen todos antes o después (tal vez como hacemos todos cuando una atrocidad pasa rozándonos): «Es alucinante pensar que podría haber sido yo la que hubiera acabado en bolsas de basura tiradas por ahí». El novio le rodea los hombros con el brazo reconfortante de rigor, acariciándole con la mano la parte superior del pecho, un poco por debajo de la clavícula. Ella le coge la mano, nos mira y se estremece en una muestra de lo que ella considera angustia evidente (es probable que tenga la expresión «angustia evidente» en la cabeza cuando lo hace), pero que nosotros reconocemos como la agradable sensación de sentirse a salvo. Hicieron unas cuantas preguntas, fingiendo preocupación. Probaron a fruncir el ceño varias veces para aparentar sinceridad, pero en realidad solo querían conocer detalles para tener algo de lo que hablar durante la cena o para hacerse una idea más realista de cómo «podría haberles pasado a ellos». Él quería saber cosas relacionadas con el trabajo forense, y ella preguntó si a Zalie la habían matado allí, en esa casa, o en otro sitio. El peculiar interés que mostraba él por los detalles —preguntas de detective aficionado, pero concretas y extrañamente interesadas en el aspecto científico— contrastaba con el entusiasmo lascivo de ella.

—Ahora todos son detectives —dijo Gary cuando se fueron.

En cualquier caso, parece que se han marchado. Seguramente toda esa atención ha acabado resultando excesiva para ellos.

Así pues, veo la imagen en directo de la casa cada vez más envuelta en sombras. Presenta una apariencia inesperadamente tranquilizadora. Las nubes que veo desde el despacho pasarán por encima de ellos en dos minutos, quizá tres. Todo esto está sucediendo en tiempo real: el señor Wolphram en el piso de abajo, el abogado entrando en su sedán ejecutivo, con la chaqueta colgada en el gancho del cristal trasero, la policía en la puerta principal de la casa del señor Wolphram, yo dando sorbos a mi café, Gary clavando chinchetas en el mapa de la pared, Pez Escritorio al teléfono. Lo estamos observando todo y, al mismo tiempo, somos parte de todo. Incluso los vecinos son parte de esto; a ellos no les ha pasado nada, pero han conocido los focos, y ahora para ellos siempre va a estar ocurriendo algo. Todo sucede en tiempo real (¿acaso hay otro?), en informativos de veinticuatro horas.

Todo eso *ahora*, y, de algún modo, siempre llegamos tarde.

La verdad ha salido a la luz, y lo mismo han hecho las mentiras. Una y otras parecen iguales.

Nuestros padres y abuelos tenían que comprar el periódico por la mañana para enterarse de lo que había pasado por la noche. Si querían saber algo más, podían seguir la noticia escuchando los titulares cada hora en punto. Su idea de cabalgar la ola de noticias del *ahora* consistía en comprar la edición vespertina del *Evening Post* a la vuelta del trabajo y leerlo en el tren o el autobús. Sabían que las cosas seguían pasando cuando no había informativos: la gente moría o la asesinaban, estallaban guerras, chocaban trenes, los hoteles quedaban destrozados por bombas y eran reconstruidos, los equipos de fútbol perdían o ganaban. No eran estúpidos ni estaban desinformados, y no diría que sabían menos sobre cómo sucede lo que sucede que nosotros, que nos ahogamos en el presente retransmitido en directo. Gary dice que vivir en un presente retransmitido en directo cambia la forma en que lo vivimos.

Cuando estaba en el colegio, ponía en hora mi reloj guiándome por el del centro comercial de Port Vale Road. Sabía que acabaría perdiendo tiempo, que mi relojito se retrasaría, que olvidaría darle cuerda o se le acabarían las pilas, así que pasaba por el centro comercial de tanto en tanto y, como suele decirse, lo sincronizaba con el reloj grande, que a su vez se sincronizaba con otro más grande, y así hasta llegar a un gran reloj, el reloj de relojes. ¿Dónde estaba?, me preguntaba. ¿En la luna? ¿En el sol? Me alejaba de aquel reloj de falso diseño antiguo que estaba al lado de Wimpy y Woolworths —tiendas desaparecidas hace mucho pero con nombres que siguen vivos— con mi reloj de pulsera bien ajustado y sincronizado de nuevo con el mundo. Me sentía como si hubiera llenado el depósito. Pero, al mismo tiempo, sabía que antes de haber dado tres pasos habría perdido exactitud, que se habría retrasado, que llevaba arena o agua en las manos, un estuario entre mis dedos, y que la única historia real que iba a contarme mi reloj era esa. Lo único que iba a decirme es que había menos tiempo, tiempo perdido y, finalmente, tiempo agotado.

El señor Wolphram me dijo en una ocasión, al terminar una clase:

—Salta a la vista que eres uno de esos chicos de vaso medio lleno, porque otra forma de interpretar la triste realidad de la unidireccionalidad del tiempo es que deberías meterte cuanto sea posible en él: *carpe diem*, aprovecha el momento.

Me pasé varios meses citándolo mal: «Aprovechate del momento». Aunque probablemente venga a significar lo mismo. Como la otra gran palabra adulta que entendí mal los primeros días, cuando la nueva lengua me llegaba mediante errores homofónicos, una retahíla de confusiones garrafales: *laternidad*. «Para toda la eternidad», decían. «Para toda *laternidad*», oía yo.

Lo de «vaso medio lleno» me caló hondo, porque fue la única vez que el señor Wolphram utilizó un tópico, y nos prevenía contra ellos.

—¿Otro de tus sermones internos, profe? —me pregunta Gary.

Mi café se ha ido enfriando hasta alcanzar el punto en que solo es posible beberlo de un trago, así que eso hago, volviendo a dejar la taza en la mesa con un golpe fuerte, lo suficiente para aparentar determinación, pero no tanto como para que se rompa.

—¿Eres un hombre de vaso medio lleno o de vaso medio vacío, Gary?

—Necesito saber qué hay en el vaso antes de responder a esa pregunta. Es una información contextual fundamental, porque...

—Exacto, Gary, y es el único dato que nunca se da cuando la gente pregunta. —Me levanto con decisión y me pongo rápidamente el abrigo. Gary parece asustado—. Averigüemos a dónde ha ido la pareja del piso de arriba, ¿te parece? Chloe y Ben. Me da que algún periódico los ha comprado y los ha trasladado a un piso franco de los que tienen los tabloides para viviseccionarlos y sacarles una historia antes de pagarles.

—Aquí estaba yo, pensando que te habías embarcado en uno de tus safaris internos. Y resulta que, en realidad, estabas runroneando ahí dentro, ¿eh? Toda esa *horlogerie*^[20] en tu cerebro haciendo tictac... Iré a comprobarlo.

—A continuación iremos a hablar con el tipo del *croazón* roto, y averiguaremos qué vio, si es que vio algo, y después volveremos aquí para hablar con el señor Wolphram. Para entonces ya habrá visto a su abogado.

—Me gusta. Eso es un profe con un plan.

—Y después quiero ver las declaraciones de todo el mundo: vecinos, repartidores, carteros, tipos que van dejando folletos, basureros, mirones y observadores apostados detrás de una

cortina, entrometidos de las patrullas de vigilancia vecinal... más cualquier cosa que haya encontrado Pequeña Pantalla analizando los perfiles de la página de contactos.

Gary hace una llamada. Alguien lo deja en espera.

Creía que Chloe y Ben habían huido para evitar los focos. Tendría que haber sospechado que había un motivo mejor, más remunerativo, el tipo de atención que ellos buscan.

—Pues sí, tienes razón: se han largado. Se marcharon anoche. He llamado a Ben al número que nos dio y salta un buzón de voz diciendo que, para cualquier consulta, nos dirijamos a Lynne Forester, del *Evening Post*. Estarán en algún hotel pijo o en un piso franco mientras les sonsaca información.

El acusado vuelve a la sala de interrogatorios. Sin afeitarse desde hace casi dos días, la barba le sube casi a los pómulos y le baja hasta el cuello de la camisa. Tiene pinta de bandolero mexicano intelectual en un *spaghetti western*, o el tipo de recluso que en las películas ayuda a otros reclusos a escribir cartas para sus novias. Le brilla la piel, grasa por el sudor y con los poros grandes y abiertos. Tiene las uñas mordidas y los dedos largos y delicados en carne viva. No dispone de cuerdas que puntear, ni páginas que pasar, así que está desorientado, sin palabras y sin melodía bajo la luz deslumbrante.

Lo único que tiene es un reloj, y le da vueltas a la correa alrededor de su muñeca, ajustando el volumen dentro de su cabeza. Da la impresión de estar meditando. De vez en cuando cierra los ojos lentamente, con languidez, y vuelve a abrirlos; quizá espera encontrar algo distinto al abrirlos, y le está dando al mundo la oportunidad de cambiar mientras no mira. A veces se balancea adelante y atrás muy despacio sobre la mesa, donde hay dos té intactos enfriándose en sus vasos de plástico fino y estriado.

Voy a recomendar que lo pongan bajo vigilancia por riesgo de suicidio. Parece que quiera salir de su cuerpo. Está muy delgado, muy pálido y muy asustado; tan flaco que su esqueleto podría despojarse de la carne igual que uno sale por última vez de una casa: cerrando la puerta y dejando la llave en el buzón.

—Parece el último bogavante en uno de esos restaurantes de lujo antes de que el chef lo saque del tanque y lo cueza —observa Gary con afecto—. Tomaré el bogavante Thermidor, y traiga una botella de chablis, por favor...

Lo han interrogado tres veces a lo largo de la noche. Esperaron a que Gary y yo no estuviéramos de servicio, pero las transcripciones revelan que no le sacaron nada: 11:30 p. m., 1:45 a. m., 3:30 a. m. Una hora cada vez.

Es como un diálogo del teatro del absurdo, con la perezosa amenaza de una obra de Pinter.

«No le han acusado de nada —dice Pez Escritorio—, así que puede hablar con libertad».

«Con libertad o sin libertad, no tengo nada que decir que no haya dicho ya, varias veces en algunos casos, si bien de varias formas distintas».

Puede que el señor Wolphram esté agotado, pero sigue teniendo el control de las palabras; incluso de las de otros, porque Pez Escritorio comete uno de los errores básicos del interrogatorio policial: hacer preguntas que no son preguntas.

«Ese es el problema —dice Pez Escritorio—. Insiste en repetir las mismas cosas, pero a nosotros nos gustaría oír algo diferente, ¿verdad, sargento Binns?».

Caigo en la cuenta de que no conocía el verdadero apellido de Pequeña Pantalla; no es el tipo de persona a la que un apellido le aporte mucho.

«Así es, señor, algo diferente, eso es lo que necesitamos. —Se esfuerza por imprimirle a su voz un tono de poli malo—. Y también se haría un favor a sí mismo».

«Creo más bien que el favor me lo haría si hablase lo menos posible, ¿no le parece? Y sin duda es lo que me aconsejará mi abogado cuando lo pida. Lo cual no he hecho, como habrá observado, porque estoy cooperando como testigo. En el caso de que fuera algo más que un testigo, me lo dirían, ¿verdad?».

Pez Escritorio suelta un suspiro de serie policiaca.

«¿Cuándo habló con Zalie por última vez?».

«Probablemente el dieciocho o el diecinueve de diciembre. Por la mañana».

«¿De qué hablaron?».

«No me acuerdo. Intercambiamos las cortesías de rigor, cosas de vecinos: basuras, reciclaje, las noticias generalmente deprimentes del día. Era una chica de trato agradable, y no me cabe ninguna duda de que habríamos sido amigos si nos hubiéramos conocido mejor».

«¿A qué hora de la mañana?».

«A las diez y media. Once menos veinticinco. Salí a comprar el periódico a eso de las diez y volví media hora después, aproximadamente. Ella estaba sacando la bicicleta del cobertizo».

«Las diez y media, once menos veinticinco, es una hora muy específica, ¿verdad?», interrumpe Pequeña Pantalla. Esto no es poli bueno/poli malo, es poli corto/poli aún más corto.

«Todas las horas son específicas, agente; son las personas quienes no lo son».

Hay una pausa larga, durante la cual me imagino a Pez Escritorio y a Pequeña Pantalla mirándose aterrados, con las caras empapadas en sudor, y entonces se acaba la cinta. Seguimos llamándolo «la cinta», pero es en realidad una grabadora digital, y tan sensible que se oye al señor Wolphram respirar por los orificios nasales como recuerdo que hacía en el colegio al terminar la clase: alzando la cabeza, hinchando el pecho, los libros ya cerrados.

—Vaya —dice Gary, que está escuchando por encima de mi hombro—. ¿Se ha acabado la clase o qué?

—¿Ves a qué me refiero? —pregunto—. No es exactamente uno de esos profesores que asustan a los demás; sin embargo, nos cuidábamos mucho de tocarle las narices.

—Si yo pudiera hacer eso con las palabras, no me haría falta pegarle a la gente.

Gary nunca ha pegado a nadie, pero le gusta invocar el fantasma de la violencia cuando las cosas se complican. Entiende la violencia como la forma de desempatar en una discusión.

Puede que el señor Wolphram esté deshecho y solo, sentado en esa sala, en esa celda, desconcertado e inquieto, pero cuando se enfrenta a alguien, recupera su fuerza. Le quedan reservas. De qué, no lo sé, pero si no se derrumba y no confiesa es, o bien porque es inocente, o bien porque tiene la fuerza de voluntad suficiente para resistir a pie firme.

Siguiente sesión: Pez Escritorio y Pequeña Pantalla suenan más cansados que él. Esta vez prueban a adoptar una actitud de loqueros aficionados y le preguntan por su infancia. Nosotros ya hemos pasado por ahí; fue así como empezamos, y miren a dónde nos ha llevado.

«Nunca he entendido por qué la gente busca respuestas en la infancia, debe de ser un vestigio de los tiempos en que esperábamos que la gente fuera coherente como lo son las historias».

«Señor, cíñase a los hechos, por favor, y déjenos las teorías a nosotros», dice Pequeña Pantalla (adoptando un papel un poco por encima de su nivel salarial).

«Son sus teorías precisamente las que me dan miedo, agente, pero, si lo que quiere son

hechos... —Coge aire y comienza—: Me crié prácticamente solo. Mis padres murieron (por separado, que es como vivían) cuando yo era pequeño: mi madre, cuando yo tenía seis años, y mi padre, cuando tenía diez. Su matrimonio era de ese tipo que hace innecesario el divorcio. Cuando murió mi madre, me enviaron a vivir con dos tías mías de Hastings. Mi padre era militar, estricto pero sin motivos reales para serlo (yo no era ni mucho menos rebelde), y quería un hombre como hijo, en vez de un niño. Ya saben eso que dice la gente: «Era el padre que nunca tuve». Bueno, pues, en mi caso, el padre que nunca tuve era mi verdadero padre, pues, en realidad, nunca lo tuve. Y yo estaba conforme con eso, sinceramente. —Suspira aburrido—. Miren, ya les he contado esto, o una versión muy similar, a sus colegas: el grandullón malcarado y el que parece que no escucha. Al menos con ellos había algún asomo de intercambio de ideas. ¿Hace falta que siga?».

Silencio.

«Está bien. Mis tías eran del Ejército de Salvación. El militar, en cierto sentido. He sido ateo desde que tengo memoria, pero las quería y ellas me querían a mí. Era muy sencillo, en realidad. Una de ellas aún está viva y la aprecio mucho. Pero esto ya lo saben, y puede que hayan hablado con ella. —Pausa—. ¿Lo han hecho?».

Pez Escritorio y Pequeña Pantalla guardan silencio, porque no saben la respuesta. Están totalmente desinformados y mal preparados y actúan con muy poca profesionalidad. (No, no hemos hablado con ella. Lo haremos). Ni siquiera se han leído las transcripciones que les dejamos Gary y yo. No hace falta ser un entendido en silencios para darse cuenta de que son cortos de entendederas, están perdidos y no tienen la menor idea de lo que están haciendo. El señor Wolphram lo sabe, porque tiene buen olfato para esas cosas. No se diferencia mucho del colegio, de intuir quién ha leído el texto en casa y quién no, quién ha hecho los deberes y quién no. Pez Escritorio y Pequeña Pantalla no son más que faroleros de última fila.

«¿Continúo? —pregunta. Los está interrogando él a ellos. Como, una vez más, se quedan callados, prosigue—: Entendía todo lo que hacían mis tías, aunque no creyese en la motivación sobrenatural para hacerlo. La parroquia, el coro, los himnos, la alimentación de los pobres, la batalla contra la pobreza, contra el sufrimiento... Las entendía y las admiraba. Eran mujeres que hacían cosas por amabilidad y porque se preocupaban por los demás, no porque se lo mandase Dios. Si Dios no existiese, o hubieran estado destinadas a sufrir un accidente inesperado, lo habrían hecho de todas formas. Yo interpretaba como una prueba de su altruismo que lo utilizaran a Él como pretexto para lo que hacían: cualquier cosa con tal de no atribuirse el mérito. ¿Qué quieren que les diga? Eran personas amables, y la amabilidad es difícil de mantener. A diferencia del amor, que es glamuroso y depende de los estímulos, la amabilidad consiste en ser regular, en llegar hasta el final, aunque te quedes sin aliento o hayas perdido el entusiasmo».

Ahora Gary está interesado. No se burla de él, ni se ríe ni le llama gay, perverso o pederasta. Apaga el aparato.

—Laurel y Hardy no tienen más que serrín en la puta cabeza, profé. Ahí dentro hace falta un artífice de la palabra como yo, que le dé mil vueltas a ese; con el dorso de mi mano...

—Vuelve a encenderlo, Gary, por favor.

«Mis tías eran personas religiosas, pero no eran estrictas ni especialmente devotas. Había muchas risas en aquella casa, y me dejaban hacer lo que quería, decir lo que quería, leer lo que quería. Pueden llamarlas temerosas de Dios, pero nunca me ha gustado esa expresión: tanto si Dios existe como si no, hay mucho que temer de todas formas, ¿no creen?».

Fin del interrogatorio.

En el coche, de camino a Castle Street, Gary pregunta:

—¿No crees que deberíamos hablar con su tía?

—¿Para qué, Gary? Es decir, si ya tenemos a nuestro hombre...

—Toda precaución es poca, profe. Puede que tenga alguna bonita historia que contarnos sobre él, y la prensa va a dar con ella de todas formas. Ya me la estoy imaginando: un fuego acogedor en la chimenea, té, tal vez un poco de tarta (horneada en casa por una vecina llamada Olive), rodeada de fotos de su sobrino en pantalón corto, con un cubo y una pala, palos de caramelo...

Tiene razón. La encontrarán y la asediarán. No concibo que acepte su dinero, pero quizá se crea sus mentiras: «La protegeremos de los otros periódicos, que solo quieren dañar la reputación de su sobrino, le podemos ofrecer a los lectores su versión de la historia, ¿no cree que necesita a alguien que lo defienda?», etc. Si no lo han hecho ya, no tardarán. Todo está sucediendo muy rápido y lo peor está por llegar: registro de detención, abogado, informativos de máxima audiencia, titulares y editoriales, viejos amigos mintiendo a cambio de dinero, compañeros de trabajo desentendiéndose de él, comunicados oficiales del colegio...

No hay nadie en casa cuando llegamos a Castle Street. Se les ha dicho a los propietarios que no quiten la pintada, así que ahí está el reluciente y borroso mensaje, ocupando todo el muro de los ricos. Espero que estén furiosos y avergonzados. Gary sale del coche, dice que va a estirar las piernas. Hay por allí cerca una vieja carnicería. La recuerdo del colegio. Sobrevivió a duras penas a los supermercados y los centros comerciales de las afueras. Pero, ahora que lo antiguo se ha vuelto a poner de moda, los vinilos, los huevos a la escocesa, la cerveza artesanal y las barbas, de pronto el negocio ha levantado el vuelo. Ya no venden a sus clientes de toda la vida. Estos ya no pueden permitírselo y, de todas formas, se han mudado. *Los han mudado.*

A Gary le gusta ir allí, porque es donde sus padres compraban, cuando la gente como ellos vivía en esta parte de la ciudad. Ha ido a comprarse un pastel o una salchicha envuelta en hojaldre, productos tradicionales que recuerda de antes de que las viviendas de protección oficial desaparecieran y llegasen el *sushi* y el té *chai latte*.

Vuelve con un pastel de cerdo en cada mano y quejándose del precio.

—Símbolo del aburguesamiento, profe.

Da un bocado tan grande que lo único que queda es un cerco de pasta a punto de desmoronarse entre el pulgar y el índice. Todavía masticando, continúa al estilo de los presentadores de programas de historia en televisión:

—Fíjate en la carta de cualquier bar: cuanto más cercano es el lugar de procedencia de la comida, más cara resulta. —Gary tiene teorías para todo y, a la hora de la comida, suele llegarle el turno a la del capital global—: Primero acaban con el producto local, cierran la carnicería y la panadería, el bar con la cerveza que sabe a huevo, y entonces, cuando ha desaparecido todo, algún imbécil con barba y camisa de cuadros llamado Max se viene a vivir aquí y empieza a venderlo otra vez. Por tres veces su precio. A gente como tú. La gente como yo está en el supermercado comprando cosas de la otra punta del mundo porque es lo único que se puede permitir.

Lleva un trozo de tarta en el pantalón a la altura de la entrepierna y, cuando termina de masticar, lo coge y se lo mete en la boca.

—Como decía aquel, todo llega dos veces: la primera vez, como vida; la segunda, como estilo de vida.

A continuación, abre el periódico y lee uno de los titulares.

—Aquí está uno de sus exalumnos, profe; puede que coincidiera contigo. Jonathan Lansdale, de los ochenta; ¿tiene alguna relación con la tienda? ¿Te suena el nombre?

—Jonny Kebab —le digo—. ¿Qué tiene que decir?

—Adivina, profe...

—No quiero adivinarlo; léemelo y punto, por favor. Todo, no me hagas un resumen *garificado*. Quiero las palabras exactas.

—¿Quieres también el titular? Aquí va mi resumen ahorrador de tiempo: «Chiflado follalibros entre rejas ya». ¿Te sirve de sinopsis?

—Gary... Quiero el *pack* entero: titular, pie de foto, párrafo por párrafo. Y línea por línea. Tenemos tiempo.

Gary carraspea, se echa un trago de su bebida isotónica naranja y abre el periódico apoyándolo en el volante.

EL EXTRAÑO SEÑOR WOLPHRAM

Lynne Forester, reportera jefe.

El señor Wolphram, el principal sospechoso del asesinato de Zalie Dyer, a quien encontraron en bolsas de basura, era un apasionado de los libros, un hombre pulcro amante de la soledad. Les preguntaba a los chicos por su pubertad. Página 3. Mirada extraña. Página 6. Pelo extraño. Página 7. Ropa extraña. Página 8. Sombreros extraños. Página 8. Extraño. Página 10. Solitario excéntrico: sus compañeros de trabajo se acuerdan de «El bicho raro y sus poesías». Página 4. «Obsesionado con David Bowie». Página 5.

Veía películas en blanco y negro. Ofrecía alcohol a los chicos. Página 5.

—Allá vamos: un *fatberg* de palabras. —Gary empieza a leer en voz alta.

Uno de los exalumnos del señor Wolphram, el emprendedor y hombre de negocios Jonathan Lansdale, recuerda al solitario profesor como un excéntrico con malas pulgas. «Era espeluznante —dijo el señor Lansdale, de 48 años—. Todos le teníamos miedo porque podía ser violento. Nos ponía películas extrañas y nos preguntaba si éramos sexualmente activos.

—¿Es cierto? —pregunta Gary.

—No. Llamar «emprendedor» y «hombre de negocios» a Jonny Kebab no deja de ser irónico. El único negocio que emprendió en el colegio fue el de recoger revistas porno empapadas en las Downs, secarlas en el radiador y venderlas en su «despacho», que eran los aseos pegados al Departamento de Geografía. Todavía me acuerdo de su lista de precios. Continúa, Gary.

—¿Eso es un no, o un «No lo sé, pero a mí nunca me lo preguntó»? ¿Estás seguro de que, si no te preguntó, no fue solo porque no estaba interesado en ti? Las cosas han llegado a tal punto de neurosis que no haber sufrido abusos equivale ahora a haberlos sufrido, ¿no crees?

—La respuesta es «no». A las dos preguntas.

—Si tú lo dices, profe.

»Era bien conocida la afición por la poesía del señor Wolphram, quien nos hacía leer poemas sobre sexo y muerte. Se llevaba a chicos a su apartamento fuera del horario lectivo para escuchar ópera y grabaciones de poetas recitando. Tenía grabaciones originales de David Bowie, ponía a Pink Floyd, Velvet Underground..., música para adultos de grupos que

se drogaban. Escuchábamos la canción “Heroin”, de Velvet Underground».

—¿Es verdad eso, profe?

—Sí, esa parte sí. Pero no «se llevaba a chicos a su apartamento»: los invitaba, y muchos iban.

—Fíjate en lo que han hecho aquí: «fuera del horario lectivo» es un buen apunte: le da un toque oscuro, como si fuera algo secreto y un poco rebelde. «Música para adultos»... Poesías sobre sexo y música, ¿eh, profe? No soy ningún experto, pero ¿no tratan todas las poesías del sexo y la muerte, si a eso vamos?

—Sigue, Gary. Tendremos tiempo de hacer la crítica literaria después.

Un exalumno, que ha preferido permanecer en el anonimato —¡apuesto a que no prefiere permanecer en el anonimato cuando vaya a cobrar el jodido cheque que le darán!—, **recuerda: «Íbamos a su apartamento. Siempre estaba muy oscuro. Saltaba a la vista que era rico, y tenía aparatos electrónicos de última generación: equipos de alta fidelidad, televisión, grabador de vídeo..., unos altavoces enormes. Abría una botella de vino y nos hacía beber antes de empezar la película.**

—¿Te das cuenta de lo que han hecho ahí, profe? «Siempre muy oscuro, nos hacía beber».

»Teníamos prohibido beber, iba en contra de las normas del colegio, pero no nos atrevíamos a decir que no. Si pensaba que no estábamos prestando atención en clase, nos tiraba libros y gritaba. Todos le tenían miedo».

—¿Gritaba alguna vez?

—No. Sí. Una vez. Solo una.

—¿Le tenías miedo, profe?

Dejo de mirar a la borrosa media distancia para mirarlo a él. Me alegro de que lo pregunte, porque me ayuda a verbalizar algo de lo que no estaba totalmente seguro.

—Yo... no le tenía miedo, no. Y tenía buen vino y nunca te ofrecía más de una copa. Como ya he dicho, me caía bien. Nos caía bien a todos; o, al menos, eso pensaba yo. Pero es posible que solo quisiera caerle bien y eso me pareciera lo mismo durante un tiempo. No quería decepcionarlo, tal vez tuviera miedo de eso, de decepcionarlo por no entender algo que él dijera, o algo que nos hiciera leer, o por no gustarme cosas que a él le parecían buenas. Él quería que nos gustasen cosas, era importante para él. Pero ¿estaba yo asustado? No. Avergonzado en algún momento, quizá, de ser lento, de no entender determinadas palabras, de no sentir lo que debía con una imagen, o con cierta música... Cosas así.

—Hay mucho que decir de la vergüenza, profe. No hay suficiente hoy en día. Demasiado bochorno, pero muy poca vergüenza. —Gary observa a una mujer con su hija caminar hacia la casa. Llevan bolsas de la compra y otras más grandes de *boutiques* de ropa—. ¿Crees que son ellas?

—¿Quién?

—Sally y su mamá. Despierta... —dice, dándose golpecitos en la cabeza—. La razón por la que hemos venido.

Ah, sí. Descorren el cerrojo de la puerta metálica, la vuelven a cerrar después de entrar y van caminando hasta la puerta de entrada a la casa. Les damos tiempo para dejar las bolsas y encender la tetera.

El timbre es una versión electrónica del Big Ben, un gran carillón estridente, y el eco da una

idea de lo grande que es el vestíbulo. Los ricos tardan una eternidad en abrir la puerta porque tienen más camino que recorrer, y porque, en algún rincón de su arraigada memoria de clase alta, hay un criado haciéndolo por ellos.

La chica que nos abre tiene unos dieciocho años. Parece espabilada pero distraída. La hemos pillado escribiendo un mensaje en el móvil, en pleno trajín de pulgares. Abre la puerta, nos mira, grita: «Mamáááá...», se da la vuelta y nos deja allí plantados.

—Tal vez tendríamos que haber llamado a la puerta de servicio —gruñe Gary, entrando lo más ruidosamente posible. No se ha limpiado los zapatos en el felpudo (a propósito) y ha dejado un rastro hollinoso del agua de drenaje en las baldosas de mármol—. ¿Vas a entrar o qué, profe? —Ya se está poniendo nervioso—. ¿O vas a dejar tu tarjeta de visita en un jodido plato mientras esperas debajo de las escaleras con el ama de llaves?

Cuando llega la señora Latimer, le decimos que es con su hija con quien queríamos hablar. Se muestra amable e inesperadamente cortés, lo cual desconcierta a Gary. Ella le pide que se siente, le ofrece té y le dice que no se preocupe por el charco de agua del vestíbulo, y le pregunta en qué puede ayudarnos.

Gary adopta una actitud huraña, aún más enfadado ahora que ella ha desmentido sus expectativas siendo considerada y agradable. Echa un vistazo alrededor, con la esperanza de encontrarle pegas a la decoración, y comprueba que la única pega de verdad es que él no puede permitírsela.

—La pintada en su muro... —empiezo a decir.

—Sí, ustedes nos pidieron que la dejáramos. Ni que decir tiene que yo habría preferido quitarla, como se podrá imaginar.

—Necesitamos saber quién la hizo.

—No quiero meterlo en problemas. Es solo una pintada, y basta con un bote de quitapintura y un cepillo de alambre para borrarla.

—No se trata de eso, señora Latimer, nadie quiere meter en problemas a quien lo hizo. Es por otro caso, por la posibilidad de que la pintada se hiciera en un lapso de tiempo que nos interesa y que está relacionado con otro asunto, y de que el autor viera algo que pudiera ayudarnos.

La señora Latimer no es tonta. Lo entiende. Por segunda vez hoy, me sorprende con su cordialidad y su buena educación: no se altera, ni se regodea, ni se estremece ni se entromete. Lo que hace, en cambio, es ayudar.

—Creo que sé lo que quiere decir, y por supuesto que haré lo que pueda. Se llama Jack, Jack Glass. Es un chico simpático, a todos nos caía bien, pero Sally pasó página al empezar la universidad; ¿cuántos amores de la adolescencia sobreviven a la semana de bienvenida en la universidad? Él se lo tomó muy mal; es un poco... melodramático. No sé dónde vive exactamente, pero sé que es por St Leonard.

—¿Podría pedirle a Sally que nos diera su dirección y su número de teléfono? —pregunta Gary.

—Podría —responde ella—, el problema es que lo tuiteará, mandará mensajes de texto, lo pondrá en Instagram y le sacará todo el partido que pueda... porque la convierte en parte de la historia. Es lo que hacen ahora. Si descubre que esto está relacionado con lo que yo creo, me temo que complicará mucho su trabajo... y nuestra vida.

Nos acompaña hasta la puerta.

—Avísenme cuando pueda sacar el cepillo de alambre y la trementina.

Sonríe y se despide de nosotros.

—Cómo detesto que las personas como ella resulten ser gente pasable —refunfuña Gary mientras se encajona detrás del volante—. Todo el mundo debería elegir unos tópicos y ceñirse a ellos. Como yo: poli blanco de rango medio con sobrepeso. La gente me mira y comenta: «¿Ves a ese tío de ahí? Hay un sesenta por ciento de probabilidades de que se llame Gary». Le ahorra a todo el mundo tiempo y reajuste mental.

Jack Glass es un joven de diecisiete años de aspecto desdichado, barba incipiente y rala y un tatuaje en el antebrazo que todavía lleva cubierto por un plástico. Un corazón atravesado por un ancla, nos explica, aunque se parece más a un pedazo de carne envasada al vacío que se hubiera echado a perder en el envase.

—Acababa de hacérmelo —se lamenta—. Me costó un dineral, me dolió de la hostia y, cuando volví, me plantaron.

—De eso más o menos queríamos hablar —dice Gary—. De la pintada en el muro de los Latimer...

—Sí, lo siento. Estaba tan cabreado... Me sentía... Me sentía triste, eso es todo, y enfadado; tan enfadado que no fui capaz ni de escribir bien cuatro putas palabras y quedé como un gilipollas aún mayor. La borraré. Les dije que lo haría, que lo sentía, les dije que la limpiaría, pero la señora Latimer... dijo que la dejara.

Tiene acento local, igual que Gary, y me imagino a Sally y a sus amigas, con su inglés de estuario[21] mezclado con pronunciación adquirida y un toque de la MTV euroamericana, riéndose de él. De las erres y eses ensortijadas, de las vocales redondeadas... Se lo habrán pasado bien burlándose de eso. Recuerdo que, en todos los años que estuve en el colegio, solo escuché ese acento entre el personal de cocina y el de limpieza, yendo en autobús por la ciudad o en las tiendas. En Chapelton se nos animaba a burlarnos de él siempre que lo oyéramos.

Pero al menos por aquella época estaba en todas partes. Ahora se está perdiendo. Puede encontrarse escondido en las zonas de la ciudad por las que la prensa no se interesa pero que la policía conoce demasiado bien, o en residencias para la tercera edad o en salas de bingo. Es poco frecuente encontrar a alguien tan joven como Jack hablando una versión tan prístina. Incluso Gary, que no se preocupa por lo que piensa la gente, ha planeado dejarlo atrás para encajar con el resto, nuestro inglés de barrio periférico, el Milton Keynes en nuestra boca.

—No estamos aquí por tu ortografía, Jack —dice Gary. Reparo en que saca a relucir su acento para dirigirse a Jack: «Tú y yo somos del mismo sitio», es lo que dice. ¿Ha sido deliberado, para conseguir algo de Jack, o inconsciente?—. Estamos aquí porque se cometió un crimen cerca, puede que más o menos a la misma hora a la que estabas empuñando el espray, y queremos saber con exactitud a qué hora lo hiciste y si viste a alguien o algo, ¿vale?

Jack lo mira con desconfianza. No quiero que sepa de qué crimen hablamos. Si sospecha por qué le preguntamos, Lynne Forester va a disponer de otra historia, y Jack quizá saque suficiente dinero como para cubrir el precio del tatuaje y el de quitárselo.

—No debería contarte esto —continúa Gary, y estoy a punto de frenarlo cuando lo dice—, pero han entrado en una casa de por allí, un robo importante, en algún momento entre las once de la noche y las seis de la mañana, y estamos buscando a alguien que pueda haber visto algo sospechoso; aunque, en tu caso, se trataría de alguien más haciendo algo sospechoso...

Gary es bueno.

—Como ya sabes, la policía está ocupada con cosas muy importantes, asuntos que están fuera de nuestro alcance, pero eso no significa que el trabajo rutinario y monótono cese de pronto. Los asuntos cotidianos también han de resolverse: robos en viviendas, asaltos, coches robados... Los delitos aburridos en los que no repara nadie. —Suelta un resoplido de desprecio—. Así que nos gustaría que nos dijeras cuándo llegaste allí, cuánto rato estuviste y cuándo te marchaste. Y lo que viste. Para que el agente Plod, es decir, yo mismo, y su oficial al mando —me señala con un gesto de fingida deferencia— podamos volver a la comisaría y rellenar algunos impresos. Justo lo que no se ve en las series. Tómatelo con calma. No omitas nada. Hay un banquero que echa en falta una cadena musical de varios miles de libras, una televisión de pantalla plana y cuadros de Jack Vettriano, y nos ha caído el marrón a nosotros.

Jack parece decepcionado. Se rasca la piel irritada por la tinta y la aguja.

—Vale... Cogí la bici a eso de las diez y media, y llegué en torno a las once menos cuarto... Me senté en el banco de enfrente y le mandé a Sally unos cuantos mensajes para que saliera a hablar conmigo. Solo quería hablar. Le escribí por WhatsApp, así que pude ver que había leído los mensajes y no estaba respondiendo. Eso empeoró las cosas. No la amenacé ni nada, solo le dije lo jodido que estaba, lo gilipollas que me sentía por haberme hecho un tatuaje que simbolizaba lo inquebrantable que era nuestro vínculo el mismo día que me dejaba. Le mandé una foto del tatuaje. Llevaba semanas ahorrando..., lo había elegido en el catálogo..., había buscado en internet su significado y todo eso...

—Es un bonito tatuaje, seguirá quedando bien cuando esto acabe y te hayas olvidado de ella. —Gary sonrío—. Al menos no te has tatuado su nombre...

Si el Gary enfadado es desconcertante, el atento y cariñoso es totalmente perturbador.

Pero solo para mí, según parece, porque da resultado con Jack, que lo mira agradecido.

—¿Usted cree?

—Y cuando hayas aprendido a escribir.

Jack asiente y se ríe. Gary lo tiene exactamente donde queríamos.

—Esperé una hora. Compré unos cigarrillos en la tienda de la esquina que hay al otro lado del jardín. Un par de cervezas. Estaban a punto de cerrar. No vi a nadie, solo al tío del mostrador. Me senté allí y me bebí la primera cerveza, me fumé un par de pitillos. Puede que un canuto, la verdad, si he de ser sincero...

—Un par de canutos nunca le han hecho daño a nadie —dice Gary con firmeza—. Continúa.

—Oí cómo echaban el cierre a la tienda. Unos cuantos coches. Ninguno de ellos aparcó por allí ni entró en ninguna casa, simplemente pasaban de camino a otro sitio.

—Eso está muy bien, Jack, muy bien. ¿Alguno aminoró la marcha al pasar por las casas?

—No. Me habría dado cuenta, porque estaba esperando un buen momento para, ya sabe, ponerme manos a la obra..., así que estoy seguro de que no paró ni aminoró la marcha nadie.

Jack está satisfecho con su respuesta porque es clara. Todos los testigos se alegran de dar una respuesta firme en la ciénaga de las hipótesis. Hasta los inocentes necesitan una verdad inapelable tras la que esconderse.

Gary pone cara de decepción. Es innegable que se le da mejor eso que sonreír.

—¿De qué hora estamos hablando?

—No sé, tal vez once y media.

—¿Alguien por la calle?

Jack se toma un momento para pensarlo. Se muerde la parte interna del labio.

—Unas cuantas personas viniendo por el puente, y otras tantas cruzando al otro lado. Pero a cuentagotas. Alrededor de medianoche, un grupo de tíos, un poco mamados, volviendo del *pub*. Una chica, aunque no podía verla bien porque llevaba un gorro de lana, con una bolsa de la compra. Estaba hablando por teléfono, pero no alcanzaba a oír lo que decía. No hablaba alto, pero en su voz se notaba ese algo que te indica que alguien está hablando y sonriendo al mismo tiempo. Me di cuenta de eso. Todo en voz baja y cariñosa. Susurrando. Era bonito.

Gary no deja traslucir nada, pero lo percibo: hay algo importante ahí, detrás de lo que Jack considera solo un detalle más.

—Recuerdo que pensé «un tipo con suerte al otro lado de la línea». Después dos o tres tíos. Con ropa de deporte, chándal, quizá, vaqueros, riéndose, bromeando, un par de ellos encendiendo un cigarrillo. ¿Fueron ellos?

Jack no lo sabe, pero ha identificado a Zalie en su último paseo de vuelta a casa. Habló con su novio de Saint-Omer a las 11:18, durante once minutos. Llevaba una bolsa de la compra. Gary necesita precisar la información que le interesa sin dejar ver que es la que íbamos buscando. Ni siquiera me mira, por miedo a revelar que, entre toda la información que ha obtenido como señuelo, se encuentra la auténtica al alcance de la mano.

—Descríbelos. Todo lo que viste.

—Altos, uno llevaba una sudadera con capucha; otro, una especie de chaqueta de chándal, todos un poco tambaleantes. Pensé simplemente que volvían del *pub* (el Harcourt Arms abre hasta medianoche), charlando, echándose unas risas. Además era la noche de las hamburguesas y la cerveza, así que estaba lleno. —Sorbe por la nariz, baja la vista—. Sally y yo pensábamos ir; no piden el carné y ella parece mucho mayor de lo que es y además es guapa y así entras en todos los sitios... ¿Cree que fueron ellos? —vuelve a preguntar.

—Podrían haber sido ellos, sí —dice Gary—. ¿Y qué me dices de la mujer? ¿Te fijaste en ella?

Jack frunce el ceño.

—¿Por qué me pregunta por ella?

—Tal vez pueda darnos una descripción mejor... —responde Gary rápidamente— si conseguimos dar con ella. ¿Los adelantó? ¿La adelantaron ellos?

Jack lo piensa un momento.

—Ella caminaba más rápido que ellos, que paraban de vez en cuando para encender o liarse un porro, por lo tanto..., sí, supongo que los adelantó. Quizá les echó un vistazo al pasar por su lado.

—¿Dónde fue?

—Giró antes que ellos, por Elms Road, creo, o la siguiente, Hythe Street. Por donde está el colegio pijo. Tomó esa dirección. Iba andando colina abajo, hacia los campos de deporte. Definitivamente, ellos siguieron recto hasta el final de la calle, y pasaron por donde yo pude verlos.

—¿Y después?

—Cuando desaparecieron todos, saqué el bote de espray y crucé hasta casa de Sally. Eché un par de vistazos rápidos para asegurarme, y eso fue todo. Dije lo que tenía que decir. Me llevó mucho rato hacer la pintada; mucho más de lo que creía. La piedra es muy porosa..., absorbía la

pintura tan rápido que tenía que estar repasando continuamente. No dejaba de mirar a un lado y a otro, y al final tiré el bote por encima del muro y me fui con la bici. Por eso lo escribí mal. Estaba tan nervioso que no podía pensar. Lo único que vi fue a un zorro olisqueando por la papelera que hay junto al banco. Si fueron esos tipos, tuvieron que volver después de irme yo.

—Gracias, Jack. A lo mejor te pedimos que vengas para hacer un retrato robot... Cualquier cosa que recuerdes... de los hombres a los que viste. No te preocupes si no te acuerdas ahora, la memoria de la gente mejora cuando tiene fotos delante. No somos conscientes de lo que sabemos, ¿verdad? De lo que hemos visto... Escríbenos aquí tu número de móvil, por favor...

Ya en el coche, felicito a Gary.

—Gracias, profe... Es un buen chico. Colegio local, deja los estudios a los dieciséis, empieza a salir con una chica del colegio pijo femenino y lo planta en su primer trimestre en la universidad. Como yo, pero sin la novia... Pobre diablo con el *croazón* roto...

Gary no me ha contado nada de su educación, su vida sentimental, sus años escolares. Lo único que sé es que no había vino tinto, ni casas georgianas, ni películas suecas... No de arte y ensayo, al menos.

—No estoy seguro de hasta qué punto ha servido de algo, profe. Lo único que ha aclarado toda esa recreación es que ella pasó por allí a las once y cuarto y que se dirigía a casa. Pero eso ya lo sabíamos, al fin y al cabo.

—En realidad, no; hay formas distintas de saber lo mismo, y esta es una de ellas: hemos confirmado que no iban siguiéndola... probablemente... y que lo que le ocurrió le ocurrió en algún punto entre la casa de los Latimer y la suya. Eso ahora ha quedado claro. Hemos delimitado el cuándo y el dónde. Estamos hablando de un intervalo de tiempo de unos doce minutos y de una distancia inferior a quinientos metros.

—Solo nos queda el por qué y el maldito quién —dice Gary agriamente—, y la verdad es que me importa una mierda el por qué.

—Creía que teníamos el quién...

—Dije «probablemente», profe, «probablemente», y, para ser del todo sincero contigo, no lo veo muy... probable.

—Has cambiado de parecer, Gary. Es lo que querías, ¿verdad?

—Ya no lo sé, profe. Es decir, mira..., retrocedamos un poco, aunque no es que tú necesites retroceder, porque es lo único que haces a todas horas: Zalie medía casi 1,83, jugaba al *hockey* y al tenis. Él mide... ¿cuánto?, 1,85, 1,88 máximo, delgado como un alambre, y el único ejercicio físico que hace es tocar la guitarra y el banjo medieval...

—El laúd.

—Lo que sea... Es decir, ¿cómo iba a 1) estrangularla sin que ella grite ni se resista, y 2) echársela al hombro o llevarla a rastras, meterla en su coche, cruzar el río conduciendo, bajar por ese camino embarrado y empapado, descargarla y volver? Y todo sin dejar restos de barro, mierda de perro o cualquier otra porquería en su ropa, su coche o su recibidor. Por no hablar de arañazos o moratones. Acuérdate también de eso, profe: le han hecho la prueba del algodón, lo han examinado, lo han olisqueado. Han analizado la ropa, el tambor de la lavadora y los desagües, y han levantado la taza del váter. Nada.

—No sé, Gary. Quizá podrías haberte hecho esas preguntas antes.

—Eso es un golpe bajo, profe... Tú eres el que dirige la investigación. Tú eres el

organillero... Yo solo soy el mono. Si no te hubieras pasado tanto tiempo en babia pensando en tus años de colegio e intentando encontrar fotos tuyas en pantalón corto, tal vez habrías podido dedicarte a dirigir la investigación. Ya sabes..., haber usado tu cerebro para algo más que soñar despierto.

—Parecías bastante convencido de que era culpable, Gary...

—Lo estaba, sí, porque me decanto por lo evidente hasta que deja de serlo. Eso es lo que hace la gente como yo. Ese es nuestro trabajo; en casas y despachos de todo el mundo, en películas y en novelas: para eso estamos aquí. Pero tú... Tú eres un policía de rango superior, profe, lo eres... La gente como tú es la que le dice a los plebeyos como yo lo que tenemos que hacer. Si estuviéramos en la Primera Guerra Mundial, me mandarías a comprobar si hay francotiradores y, en caso de que sobreviviera, te llevaría el té y el periódico a tu litera y te llamaría «señor». Tú eres el del *blazercon* el escudo del colegio y el del diccionario metido por el culo y el del título universitario...

Tiene razón. No tendría que haberme dejado arrastrar por las prisas de Gary por zanjarlo todo: de profesor a rarito, de rarito a perverso y de perverso a asesino en tres movimientos. Gary estaba siendo Gary. Yo estaba siendo... indeciso, poco profesional, débil y distraído. Desenfocado por dentro. Estaba siendo yo mismo.

Llamo a la señora Latimer para decirle que hemos hablado con Jack, y que puede quitar la pintada. No necesitaremos volver a hablar con ella ni con Sally.

—Gracias a Dios —dice, alzando la voz por encima del informativo de la radio. Baja el volumen—. Al menos ya tienen a su hombre.

El anuncio llega justo a tiempo para el informativo y tertulia de una hora en Radio 4. En atascos de tráfico, en trenes, en *pubs* y en mesas de comedor con el té servido, de punta a punta del país, se enteran de que hemos arrestado al señor Wolphram y lo hemos acusado de asesinato y de torcer el curso de la justicia. O, como dice Gary, «torcer el cadáver de la justicia».

Ya no es «un poco de monstruosidad». Esto es hacer trizas su vida, asesinar todo lo que es él.

Han tenido cuarenta y ocho horas para elaborar sus historias, reunir a sus «testigos», sus «amigos y compañeros de trabajo confiesan», sus «prefieren permanecer en el anonimato», sus «alumnos rompen su silencio» y sus «los vecinos siempre sospecharon». Lo que Gary me leyó del *Evening Post* era solo el vapor que emana de las aguas cloacales de sus «noticias» comparado con lo que está pasando ahora. Veo que Lynne ha vendido su información a varios medios, y la citan como reportera colaboradora en el *Daily Mail*. Va a sacarse un buen dinero extra por su trabajo habitual, más sumas excepcionales por cada artículo que escriba para los periódicos nacionales, por todos los artículos que venda a otros medios. Cada periódico y canal de televisión tiene a alguien acampado delante del apartamento, delante de la comisaría, alrededor del colegio. Abordan a gente al azar, a profesores actuales, husmean en busca de alumnos. En las oficinas de Fleet Street están rastreando en bases de datos y registros electorales en busca de direcciones y números de teléfono, compitiendo entre ellos por encontrar a antiguos alumnos, a antiguos profesores..., a cualquiera que esté dispuesto a darles una historia. Ha llegado la prensa extranjera, con sus corresponsales traduciendo titulares de tercera mano y extrayendo hechos no comprobados para presentarlos como ciertos.

—Tenemos que repetirnos una y otra vez que es culpable —dice Gary—; de lo contrario, nos hundiremos.

—Cuando tienes que repetirte una y otra vez algo, significa que no te lo crees, Gary. Es como silbar en una casa encantada para demostrarte que no estás asustado. Si lo haces, es porque estás asustado.

Gary parece abatido. Incluso la gordura tersa de su cara se ha puesto flácida, y de pronto la piel parece colgar, liposucionada por la decepción y las dudas internas.

Pez Escritorio está a punto de leer un comunicado en los escalones de la comisaría, según oímos en la radio del coche. Ninguno de los dos tiene ánimo suficiente para volver al trabajo ahora mismo. No hace falta que Gary me lo diga, lo sé: no cree que el señor Wolphram sea nuestro hombre. Esa convicción se ha ido asentando en él tan poco a poco que no me he dado cuenta hasta que ya estaba ahí.

He aparcado a unas calles de la comisaría para evitar la muchedumbre de reporteros y curiosos boquiabiertos. Gary ha subido el volumen de la radio, Pez Escritorio está hablando: «Esta tarde hemos acusado a un vecino de sesenta y ocho años en relación con el asesinato de Zalie Dyer. Podemos confirmar que fue profesor en un colegio local y que vivía en la misma calle. Nos gustaría dar las gracias a la gente por su paciencia y a quienes nos han proporcionado información. A la mayoría de nosotros nos gustaría agradecerles a los padres de Zalie su valentía en este momento trágico...».

La tarde es fría, seca y despejada. El *fatberg* sigue ahí, y también los trabajadores, mineros en el grasiento frente de extracción. Pero no hay espectadores. La atracción de ayer, que está siendo cargada en camiones porque el circo se marcha de la ciudad, parece un Leviatán de grasa abandonado. Los *flashes* de las cámaras y los palos de selfi se han trasladado. Ahora están fuera de la comisaría, en la parte de delante y en la de detrás, y Gary y yo tenemos que abrirnos paso con mucho cuidado.

Dentro hay un caos de timbres de teléfonos y sonidos de notificaciones en las pantallas. Pez Escritorio está hablando por sus dos teléfonos fijos. En uno ha activado el altavoz, y el otro lo tiene pegado a la oreja.

—Misma mierda, distintos teléfonos —dice Gary, avanzando a empujones por delante de Thicko y Pequeña Pantalla, que están en sus escritorios disfrutando de la atención. En su cabeza protagonizan una miniserie y se están felicitando entre ellos justo cuando empiezan a pasar los créditos y suena el tema de cabecera. En los tres monitores de televisión del centro de investigaciones, hay sintonizados tres canales distintos: en uno, una emisora de radio; en otro, un canal de noticias veinticuatro horas, donde se muestran varias fotografías del señor Wolphram y de Zalie, junto a la cobertura en directo desde la calle, el colegio y el exterior del zoo; y en el otro están poniendo los últimos diez minutos de un programa concurso antes del telediario de las seis. Un programa en el que hay que conseguir cuantos menos puntos mejor y tanto las bromas como el premio son lastimosos, pero, de algún modo, resultan reconfortantes: a pesar de los asesinatos, la violencia, las hambrunas y las guerras, en sofás color magnolia de todo el país, la vida de la gente medianamente culta continúa.

EL DIRECTOR

El doctor Monk ha prosperado en el mundo, o en su versión de este: es el director de Chapelton College, y ahí está ahora, con el colegio detrás como el decorado de una película: las pistas deportivas y el pabellón de críquet, la biblioteca victoriana de estilo gótico con su arbotante, el comedor, el patio interior, las estatuas de generales y brigadieres. El tipo de gente en la que piensa Gary cuando imagina a gente como yo enviando a gente como él a la guerra. Es una perfecta panorámica de postal, un anuncio para las clases altas inglesas: lo suficientemente impresionante como para intimidar, pero no tan distante que no pueda pagarse con tranquilidad. Los tejados están rematados con un pináculo en los dos extremos, y coronados por una cresta ondulada, de tal forma que, silueteados contra un cielo azul oscuro, los edificios parecen recortados en cartulina negra. Las ventanas resplandecen con colores dorados y rojos de postal navideña.

Hay incluso acompañamiento musical: si uno escucha con atención, puede oír al coro cantando en la capilla, cuyo rosetón brilla con la luz del interior, arde como un brasero detrás del cristal emplomado. No es un concierto, porque el órgano repite constantemente las mismas notas y el coro empieza una y otra vez desde la mitad del cántico, sino un ensayo para el oficio navideño con canto de villancicos que tendrá lugar mañana. Es uno de los días más señalados del calendario del colegio, que siempre se llena con la visita de dignatarios y de algún que otro representante menor de la realeza. Este año se va a emitir en directo por Classic FM, así que el colegio debe de considerar el asesinato de Zalie inoportuno, además de embarazoso.

El Doctor no es un hombre alto, pero ha organizado ingeniosamente su aparición para hablar desde el escalón más elevado del parapeto. De esa forma, los reporteros tienen que grabarlo desde abajo, desde el césped de las pistas deportivas donde están apiñados. Ha aprendido de las estatuas que tiene detrás: todo el mundo parece más alto y mejor en un pedestal. Lleva puesta su corbata de antiguo chapeltoniano y, en algún momento de estos últimos decenios, cambió el traje de *tweed* de un intelectual de Oxford o Cambridge a la antigua usanza por el azul marino de raya diplomática representativo del director moderno. Hoy en día puede que el colegio siga teniendo a unos cuantos profesores vestidos como profesores rondando por ahí con fines folclóricos, pero este es el uniforme que les transmite seguridad a los hombres que manejan el dinero y a las juntas directivas.

El lugar solía quedar desierto entre trimestres y los fines de semana, poblado solo por los estudiantes que vivían demasiado lejos como para volver a casa y por los profesores solteros que iban a comer gratis. Ahora es un bullicio de seminarios, conferencias y reuniones fuera de la oficina durante todo el año. Hay incluso confeti pisoteado en las losas del patio interior, donde alguien se ha casado hace poco. ¿Quién diablos se casaría en su antiguo colegio?, le gustaría saber

a Gary.

Ahora está mirando al Doctor.

—Son muchas barbillas para una sola cara —dice, y Gary sabe mejor que cualquiera de nosotros cuántas barbillas pueden llegar a caber en una cara—. ¿Andaba ya por aquí en tu época? —Me da un golpe con el codo.

—Ya lo creo —susurro—. Te contaré todo sobre el Doctor en otro momento. Pero ahora prestemos atención a la tele.

El asesinato abre los informativos nacionales: «Ha habido progresos rápidos en la investigación del asesinato de Zalie Dyer. Después del arresto de Michael Wolphram a primera hora de ayer, nos informan de que el director del colegio, el doctor Martin Monk, va a leer un comunicado en nombre del Chapelton College. Vamos a conectar en directo con nuestra corresponsal en el este de Inglaterra, Ellie Nash...».

Ellie Nash (reconozco el nombre de una retahíla de mensajes dejados en mi contestador automático a los que no respondí) no se ajusta a la imagen que uno tendría de una reportera regional cubriendo una noticia de veinticuatro quilates de alcance nacional. Tiene el pelo voluminoso característico de las presentadoras de informativos de los Estados Unidos y lleva pantalones negros, chaqueta de un rojo brillante con hombreras y un grueso collar hecho con cuadrados macizos de jade. Tiene la apariencia de alguien que informa en directo desde los ochenta, desde algún lugar remoto de hace varias décadas, donde todo el mundo parece cocinado en el microondas.

Ligeramente apartada de la multitud, le habla al micrófono más alto y más entrecortadamente de lo necesario, pero es parte de la atmósfera que quiere crear, la sensación de un mundo donde las cosas suceden más rápido de lo que pueden contarse:

«Os hablo desde Chapelton College, el prestigioso colegio que acapara ahora mismo la atención de todo el mundo por las razones menos deseadas —empieza—. Entre sus antiguos alumnos encontramos a políticos, actores, presidentes extranjeros y primeros ministros. Estas pistas deportivas han sido pisadas por héroes de guerra, deportistas de élite y campeones olímpicos a lo largo de los doscientos años de historia del colegio. Pero ahora es el centro de atención por motivos muy distintos, porque aquí es donde trabajó el señor Wolphram, el hombre acusado hoy por el asesinato de Zalie Dyer. El doctor Monk, el actual director, fue compañero del señor Wolphram, y trabajó con él hasta que este se jubiló cuando el colegio empezó a aceptar a alumnas...».

—¿Cómo era aquello que dijiste de correlación y causalidad, profe?

No hay tiempo para responder porque el doctor Monk empieza a hablar:

«El Chapelton College lamenta profundamente la muerte de Zalie Dyer, y transmitimos nuestro más sentido pésame a su familia y a sus seres queridos. En nombre del consejo directivo, me gustaría dejar claro que el señor Wolphram se jubiló hace más de diez años y no ha mantenido relación alguna con el colegio desde entonces. Ninguno de nuestros actuales alumnos lo ha tenido como profesor, y son muy pocos los profesores que se acuerdan de él».

«¿Trabajaron usted y el señor Wolphram juntos? ¿Puede decirnos algo de él?». Es la voz de Ellie Nash, aunque no podemos verla.

El Doctor parece indeciso. Con una leve inclinación de cabeza, se vuelve hacia alguien que está a la izquierda de la pantalla, apartado de la cresta de micrófonos que tiene delante. Los cámaras se alejan un poco, incluyendo en el encuadre la primera fila de reporteros, y a algunos les

preocupa que los confundan con miembros del consejo escolar de Chapelton College. El Doctor busca la ayuda de un hombre con un traje muy parecido al suyo y pinta de abogado o experto en relaciones públicas, acicalado con la afectación de quien se gana la vida minimizando daños. Definitivamente, el tipo de persona que, en la terminología de Gary, sería «ese gilipollas». «Cretinos de bolsillo para empresas», los llama. El gilipollas responde con un leve y rígido gesto de asentimiento que significa «adelante, pero, si no te ciñes al guion, tendrás que arreglártelas solo», y acto seguido, en un inglés liofilizado, el Doctor empieza: «Trabajamos juntos, sí, durante varios años. Tuve muy poca relación con él. Siempre fue una persona bastante solitaria, muy reservado y muy maniático y minucioso en todo lo que hacía... Muchos profesores, yo entre ellos, manteníamos las distancias con él...».

—Están dándole la espalda —susurra Gary—. Los hijos de puta están dándole la espalda...

—Es comprensible. No pueden decir que fue siempre un tipo raro porque los acusarían de haberle dejado seguir trabajando allí, pero tampoco pueden decir que nunca notaron nada porque los acusarían de no haber prestado la debida atención.

—Además, tienen a todos esos padres pagando diez mil al año; no quieren ahuyentarlos... —dice Gary, quedándose tan corto con su estimación de lo que debe de costar la matrícula del Chapelton que su inocencia resulta enternecedora—. ¿Oyes eso? Es el sonido de los talonarios cerrándose. —Después de pensarlo un momento, observa con hastiado júbilo—: Es gracioso, ¿verdad? Por mucho que pertenezcan a la flor y nata..., por muy ricos y poderosos que sean..., cuando las cosas se ponen feas, todos salen con lo mismo: «No tiene nada que ver con nosotros, jefe»..., como un gamberrete en chándal al que hubieran pillado con una papelina o con un iPad robado... De repente, resulta que nadie lo conocía, a nadie le caía bien, fue hace mucho tiempo y el pasado es otro país...

Mientras Gary habla, el Doctor corrobora lo que dice: «El señor Wolphram estuvo aquí mucho antes de que llegara la mayoría del profesorado actual. Siempre se mostraba muy distante e, insisto, desempeñaba una función de muy poca relevancia en el día a día del centro, no participaba en actividades deportivas escolares, y no entraba nunca en los turnos para hacerse cargo de los alumnos internos. La única parcela de la vida escolar en la que estaba involucrado, aparte de las clases, era la de las actividades musicales y teatrales...».

«¿Cuál es su opinión personal? Usted es exalumno del colegio, primero estuvo aquí como estudiante y después volvió para dar clase cuando terminó la universidad...». Es Ellie de nuevo, y ha hecho los deberes. Sabe que el Doctor estuvo allí como alumno, y que después volvió. Ha comparado las fechas y sabe que él y el señor Wolphram coincidieron durante veinte años».

«¿Mi opinión personal? —El Doctor respira profundamente—. Personalmente, me parecía inescrutable, distante y arrogante, pero también tenía mucho genio, y eso era algo que a algunos nos preocupaba ya por aquella época, cuando no había canales apropiados para que estas cosas se... —se interrumpe un momento— discutieran...».

«¿Por qué nadie transmitió su preocupación? ¿Por qué no lo hizo usted?», pregunta Ellie. El Doctor ha caminado (no, caminado no: bailado) directo hacia su trampa. No es muy sofisticada, pero las personas inteligentes están tan atentas a las trampas complejas que acaban cayendo en las emboscadas más simplonas. La bolsa ardiendo con una mierda de perro dentro, el ladrillo detrás del balón... No pretendo decir con esto que Ellie sea simplona: bien al contrario, es inteligente; lo bastante, sin duda, como para saber lo fácil que es pillar a las personas inteligentes.

«Porque... —el Doctor busca al experto en relaciones públicas, pero este se ha alejado y está

escondido detrás de dos fotografías, mandando mensajes con el móvil—, porque a menudo estas cosas solo se ven con claridad mucho después, y no debe olvidar que tal vez el señor Wolphram no fuese muy popular, ni tuviese mucha participación en la vida del colegio, pero nunca hubo ninguna acusación contra él mientras estuvo trabajando en el Chapelton College. De lo contrario, no le quepa duda de que el centro habría tomado medidas. —El Doctor está sudando y tiene el cuello rojo e hinchado por encima de la camisa ajustada—. Nuestra forma de proceder es intachable y son ya muchos años poniéndola a prueba; el bienestar de los alumnos ha sido siempre una de nuestras señas de identidad y trabajamos de firme para que siga siéndolo».

—El hombre de la lengua de madera —dice Gary.

Ellie no lo va a dejar escapar.

«Teniendo en cuenta lo que sabemos, ahora que varios exalumnos han expresado sus quejas sobre el señor Wolphram y su... comportamiento *inusual y sospechoso* como profesor, ¿cómo justifica el colegio que lo tuviera contratado tanto tiempo, aun sin tener en cuenta las revelaciones de hoy y los cargos de la policía contra él por el asesinato de Zalie Dyer?».

Se produce un murmullo de asentimiento y agitación entre los otros reporteros; tanto es así que ni siquiera formulan sus propias preguntas: simplemente dejan que Ellie lo exprese.

«Si los alumnos están dando salida ahora a todas estas preocupaciones y dando a conocer los rumores que circulaban sobre él cuando enseñaba aquí, no hay duda de que la obligación del colegio era estar al tanto de estos asuntos en el momento oportuno y poner a disposición de los alumnos personal con el que pudieran sincerarse...».

El Doctor se ha quedado solo, y los miembros del consejo escolar que tiene detrás, abogados trajeados y contables con ojos de juntanúmeros, arrastran los pies hacia el borde de la imagen. Lo que quieren ver es una interpretación de Poncio Pilato, un lavado de manos institucional después del cual la justicia impartida por cualquier medio —la ley, la naturaleza o la muchedumbre— pueda seguir su curso hacia algún lugar alejado de las pistas deportivas y las cuentas bancarias del Chapelton College.

«Lo único que puedo hacer —dice el Doctor con voz temblorosa— es repetir que el colegio nunca ha tolerado conductas inapropiadas y, por supuesto, habría tomado medidas de inmediato en caso de haberse efectuado alguna acusación. Invitamos a la policía a que se ponga en contacto con nosotros si creen que podemos ayudar en algo, pero Chapelton College y la junta escolar no recibieron quejas en aquel momento, ni las han recibido recientemente en relación a aquel periodo. Seguimos siendo un colegio feliz, próspero y con niveles muy altos de rendimiento académico, y nos gustaría insistir una vez más en que el señor Wolphram fue siempre una figura marginal entre el personal docente, que no se le guarda ningún tipo de afecto, y que hace mucho tiempo que no tiene relación alguna con nosotros...».

Estalla un clamor en las primeras filas de reporteros pidiendo más detalles, pero el Doctor los interrumpe levantando la mano: «Gracias, es todo lo que tengo que decir... Una vez más, transmitimos nuestras condolencias a la familia de Zalie Dyer en este momento tan difícil. Buenas tardes y muchas gracias».

La cámara enfoca a Ellie para la despedida. Tiene los ojos iluminados, encendidos como el rosetón que hay detrás de ella. Periodísticamente hablando, es como un perro de caza al que le hubieran dado a probar la sangre por primera vez; y le ha gustado todo: la caza, la presa, la pieza cobrada, y ahora la demora que le da a la caza su gratificación:

«Eso es todo de momento desde Chapelton College; no obstante, para muchos espectadores y,

sin duda, para la policía y el poder judicial, este terrible asesinato ha puesto también el foco en un periodo de nuestra historia reciente (*muy reciente*) en el que las cosas parece que se hacían de otra forma: en la prensa, en la radio, en la televisión, en colegios y hospitales, en política; la sociedad permitía comportamientos que hoy se juzgarían inaceptables e incluso ilegales. Seguro que, una vez cerrado el caso Zalie Dyer, se exigirá una investigación a fondo de la cultura del abuso y el acoso en nuestras escuelas, y tal vez de manera especial en los colegios considerados de élite. Al fin y al cabo, no ha pasado tanto tiempo. Después de las revelaciones sobre Jimmy Savile y otros, y la apertura de casos de abuso ocurridos hace años en todo el país, ¿ha llegado el momento de investigar en profundidad lo que sucedía en los colegios que han educado a tantas generaciones de la clase dirigente británica?».

—Me gusta —dice Gary—. La cambiaría por Thicko o por Pequeña Pantalla... Resolveríamos crímenes por toda la ciudad, haríamos sudar a los testigos en los interrogatorios... Y, encima, tendría a Pez Escritorio comiendo de su mano.

—Sencillamente, no me lo trago. No descarto que haya matado a alguien, todos podemos matar a alguien, pero ¿estas patrañas? ¿Chicos, pubertad, insinuaciones sexuales, tocamientos? No; o esos alumnos están mintiendo (como Jonny Kebab, por ejemplo) o no se acuerdan bien y se equivocan de profesor. Eso es posible, ¿no? En fin —cambio de tema—, ¿por qué te gusta esa y no Lynne Forester? No son tan distintas, ¿no te parece?

Gary lo medita un momento.

—No sé, profe. Debe de ser porque tengo la impresión de que su perspectiva es más amplia y persigue la verdad con más clase; Lynne la Loca solo busca mierda que vender...

El telediario habla ahora de temperaturas bajo cero en Londres, de inundaciones en Yorkshire y de la muerte del presentador de un programa concurso. El *fatberg* ha desaparecido. A menos que encuentren un cadáver dentro, ya ha agotado sus quince minutos de gloria.

—Treinta y no sé cuántos años dando clase allí y eso es lo que consigues —dice Gary—, que te den la espalda delante de millones de personas... Es como dar carta blanca para que sigan adelante y destapen cualquier mierda pasada.

Gary saca su móvil y pasa el dedo por la pantalla táctil para abrir Twitter.

—¡Mira! —dice—. Está en todas partes: *hashtag* Chapelton, *hashtag* Wolphram, *hashtag* Zalie, *hashtag* Monstruo, *hashtag* antiguos abusos, *hashtag* *hashtags* interminables... —Va deslizándose hacia abajo por los hilos de comentarios y enlaces, inspira, niega con la cabeza, cierra los ojos, espira con desánimo.

—¿Qué ves, Gary?

—¿Qué crees tú que veo, profe? ¡Es Twitter! Veo un sórdido zoológico de histeria, eso veo, y, ahora que su antiguo colegio lo ha dejado tirado, es aún peor...

—Estaba cantado, Gary; la lealtad es justo lo que no puede permitirse el colegio. Estoy seguro de que los entiendes, ¿verdad? Un poco, al menos. Y, de todas formas, no cabía esperar lealtad del doctor Monk. Siempre odió al señor Wolphram. «El enano tóxico», lo llamábamos. Ya has visto por qué, si bien no es muy original. Seguro que a ti se te habría ocurrido algo mejor, Gary, con tu talento para los motes, pero éramos críos y le pegaba.

—Ya, bueno, no voy a ser duro contigo, profe. A mí me parece el típico sádico, aunque tirando a bajito, un pequeño pervertido; de bolsillo, ya sabes, el modelo de viaje, que te cabe en el compartimento de encima del asiento...

—Deja que te hable del doctor Monk, Gary...

EL JUICIO

El Doctor le ordena a Danny que se ponga de pie.

—El acusado es Daniel Patrick McAlinden, un irlandés católico adolescente *de*... Ah, sí, Newcastle. —El Doctor pronuncia el *de* lentamente y lo entrecomilla con los dedos, sacándolo con pinzas de la frase para exponerlo a las burlas—. Un espía republicano que fue acogido en la comunidad inglesa y que está con nosotros en Chapelton College gracias a la generosidad de nuestros benefactores. Mientras los demás pagáis, el señor McAlinden está aquí porque vosotros pagáis. Siempre hay alguien que paga, ¿verdad? Y hoy el señor McAlinden va a devolvernos una pequeña parte de lo que nos debe.

Se ríe, pero nadie lo acompaña. Las bromas del Doctor suelen ser abstrusas y egocéntricas; los chicos que quieren reírse no saben que es una broma, y a los que saben que es una broma no les hace gracia. Así son muchas de las clases del Doctor. Hoy percibe que no tiene al grupo de su lado, y su incapacidad para conectar con él lo vuelve aún más vengativo. Aun delante de todo el mundo, flanqueado por matones, castigado y humillado, Danny es capaz de hacer que el Doctor parezca un imbécil.

—Primer testigo —dice el doctor Monk. Se ha puesto su toga negra universitaria, la de la facultad de Oxford que menciona al menos una vez en cada clase. Danny, Ander, Gwil y Neil Hall han inventado un juego que llaman Bingo Gilipollas y que consiste en ir tachando cada palabra, cada evocación sentimental, a medida que el Doctor la va diciendo: la Oxford Union, navegar con percha, *summa cum laude*, High Street, Balliol, Mi Antiguo Tutor, con el que aún sigo en contacto...

El Doctor también sabe lo del Bingo Gilipollas, porque le confiscó un día a Neil Hall el cartón hecho en casa. Tiene que andarse con cuidado con Neil, porque su padre es un famoso abogado y exalumno del colegio.

El odio, el resentimiento y la brutalidad del mundo nunca disminuyen, simplemente se logra esa impresión a veces por un truco en la distribución. Lo que eso significa en Chapelton College, aquí y ahora, es que Danny y Ander, así como Gwil y unos cuantos más, tienen que cargar con una proporción mayor. Así pues, hoy Danny va a ser juzgado por todos ellos.

—Yo haré de juez —le dice el Doctor a Danny—, solo para garantizar el equilibrio y la imparcialidad...

Mira a la clase: no hay muchas manos levantadas, aún no, porque la mayoría de los chicos son demasiado vergonzosos como para convertirse en el centro de atención. Esperarán a ver cómo sale todo, y tomarán parte cuando sea seguro.

Lansdale es el primero en salir, comerciante de pornografía, empresario en formación, el

último en una larga serie de Lansdale en Chapelton College. Su padre y su abuelo y su bisabuelo antes que él han sido los dueños de Lansdale's, uno de los pocos grandes almacenes que quedan en el país. Su tienda es casi tan antigua como el colegio, y una de sus colecciones es la del uniforme y la ropa deportiva de Chapelton. Todos tienen que pasar por Lansdale's antes o después. Dado que los alumnos están divididos en varios grupos, y cada grupo lleva su propia insignia en la corbata y el *blazer*, y cada peldaño de la jerarquía escolar —jefe de grupo, monitor, delegado y subdelegado— lleva asimismo su propia insignia en la corbata y el *blazer*, la planta baja de Lansdale's bulle con chicos probándose uniformes. Algunos son tan ricos que se los hacen a medida: se les puede ver con sus madres inquietas o con sus niñeras delante de los probadores mientras los dependientes de Lansdale's los tratan con la mayor consideración. Algunos tienen padres que se estremecen ante el precio de los *blazers* con su gruesa insignia, que lleva grabado el emblema del grupo, del colegio o del club deportivo en un relieve pronunciado como el del óleo de un girasol de Van Gogh. La abuela de Ander le hizo el suyo a partir de fotos del uniforme oficial: durante el mes previo a su marcha al colegio, Ander estuvo de pie en el taller de su abuela mientras le tomaba medidas para un traje, dos pantalones y un *blazer*. Para el *blazer*, bordó la gruesa insignia, y ahora, si alguien se percata de que la ropa de Ander no es de Lansdale's ni de otro proveedor «autorizado» del colegio, es solo por el forro interior de sus chaquetas, que es espléndido y brilla como una pantalla de ordenador cuando se las quita. Las chaquetas y *blazers* de Lansdale's tienen una apariencia elegante, pero son de mala calidad por dentro. En el caso de Danny McAlinden y Gwil Isaac, su beca incluye el uniforme. «La ropa que lleváis —les dice el Doctor— la hemos pagado nosotros».

Los chicos van a Lansdale's los sábados por la tarde. Les gusta la sección de perfumería y maquillaje porque pueden comerse con los ojos a las dependientas y soñar con el sexo que esconden esas miradas aburridas.

Son, igual que los profesores, esclavos de esa gran obsesión adolescente que uno cree que pasará algún día, pero no pasa; lo que hace, en cambio, es seguir la curva de tu madurez, el pensamiento de todo el sexo que están teniendo otros en otro sitio. Pero pocos chicos tienen los huevos de mirar a las mujeres de frente, y ellas están acostumbradas a que se las coman con los ojos, así que los estudiantes pasan por delante avergonzados o fingen elegir un regalo para su madre o su hermana. Se inventan una legión de hermanas para poder seguir volviendo. Ander adora el olor de las mujeres; no el fresco perfume que dispara el vaporizador, sino la fragancia madura y dulce que desprende su piel cálida y que ya tiene unas horas, ya ha sido vivida por un cuerpo y condensada bajo la ropa, mezclada con sudor y humo de cigarrillo, y le excita porque es compleja y personal. Lamería el pequeño golfo entre la base del cuello y la clavícula porque, en su imaginación, es ahí donde se guarda el olor de una persona.

—La acusación, por favor, señor Lansdale —dice el Doctor.

—Es arrogante... —empieza Lansdale—. Se cree que lo sabe todo. —Ha cruzado la clase con aire ufano y ha hinchado el pecho para hablar. Ahora, sin embargo, se da cuenta de que no tiene nada más que decir y se queda ahí mudo, rígido por la vergüenza. Mira al Doctor en busca de ayuda.

—¿Podría ser usted más concreto, señor Lansdale? El tribunal entiende la acusación y sin duda la suscribe, pero hacen falta hechos específicos (detalles) para procesar la información.

Lansdale se toma un momento para pensarlo. Lewis levanta la mano y dice:

—Señor, por favor... Yo tengo...

El Doctor lo interrumpe:

—Tendrá su oportunidad, Lewis; todos en la sala podrán dar su opinión... —Se vuelve de nuevo hacia Lansdale—. Prosiga.

Dicen de la traición que el principio es lo más difícil. Una vez superado, fluye como la seda; a partir de ahí, te conviertes en su instrumento, y no al revés.

Desde luego, así parece ser con Lansdale.

—Se sienta ahí, piensa que sabe más que los profesores, responde a las preguntas con detalles irrelevantes. Es sencillamente arrogante. Es arrogante, nos menosprecia a todos, se ríe de nosotros a nuestras espaldas. Piensa que sabe más que los profesores...

El Doctor se muestra satisfecho.

—No cabe duda de que son acusaciones graves —dice con seriedad— y, por supuesto, ofensivas y perjudiciales para la comunidad escolar, así como para garantizar el respeto y, por consiguiente, una docencia en buenas condiciones. Es la ingratitud, además, lo más irritante, ¿verdad?... —Echa hacia atrás la cabeza, respira aspirando por la nariz como un sumiller un buen vino. Tiene los ojos entornados. Es feliz. Este es el apogeo de lo que es y de todo lo que será: un hombre que ha reducido el mundo al tamaño de un aula bajo su férula, y a la duración de una clase en la que es amo y señor. Está temblando de satisfacción. Es como si lo estuvieran masajeando por dentro; puede incluso que esté ronroneando, aunque nadie excepto Danny está lo bastante cerca como para oírlo. El Doctor está exactamente donde quiere estar. Es poderoso, está al mando y ha desatado una fuerza que, a pesar de su capacidad destructora, seguirá bajo su control.

—Continúe —ordena, en un tono de desapasionamiento judicial copiado de la televisión. En la película sobre sí mismo que proyecta en la matiné dominical de su mente, no es más que un firme reparador de injusticias. Un Salomón, tal vez, o un Rumpole del Bailey. Esa, en todo caso, será la metáfora que el señor Wolphram utilizará después, cuando se disculpe por el comportamiento del Doctor y pida perdón por llegar demasiado tarde.

Al fondo del aula se oyen vítores de los bastardos de la última fila, como los llamó el señor Lawnder antes de sucumbir a la presión y marcharse. En la película que protagonizan todos ellos, y que se ha extendido desde la mente del Doctor a la mente de la clase, están sedientos de sangre. Pero eso está bien porque así lo dice el Doctor. Danny es su presa, y todo vale.

—Se ríe de usted a sus espaldas, señor. Dice que es...

—¿Qué, Lansdale, qué? ¿Qué dice que soy?

—Dice que es bajito, señor... —Lansdale se da cuenta de que necesita algo mejor que eso, porque ha elegido una afirmación innegable, indiscutiblemente cierta. Tiene que recobrase o la acusación correrá peligro—. Que padece el síndrome del hombre pequeño, que es usted un ignorante..., un esnob. Dice que siempre está dando la lata con Balliol y Oxford y con todos los políticos a los que conoció en su patético (el adjetivo es suyo, señor: «patético») círculo de debate de la Oxford Union, que ahora son parlamentarios y ministros y banqueros ricos, y que ni siquiera se acuerdan de usted, mientras que usted está...

Lansdale se queda sin aliento; no ha cogido aire suficiente para soltar la parrafada entera, así que se atasca con las palabras y vuelve a llenar los pulmones. Por otro lado, se ha asustado porque está llegando al hueso, a la médula, de lo que hace al doctor el Doctor.

—Mientras que yo estoy ¿qué, Lansdale? Mientras que yo estoy ¿qué exactamente?

Por un segundo, es difícil decir con seguridad a quién se está juzgando, si a Danny o a Jonny

Kebab.

—Mientras usted está aquí, señor, mientras está aquí en su aula enseñando verbos latinos a niños aburridos y registrando los... —Mira a su alrededor en busca de ayuda, pero no la encuentra... pantalones de los alumnos... Son palabras tuyas, señor, no mías; es lo que dice él.

La estampa de Jonny Kebab en la tarima es trágica, se diría que es él el acusado; se retuerce y suda como un testigo a sueldo derrumbándose en un drama judicial. Es un niño asustado y deshonesto, pero no malvado, no en esencia, al menos; no tiene ningún interés en hacer daño deliberadamente a otros. Ha querido participar pensando en sí mismo, y hace lo que espera de él quienquiera que ostente poder o dinero. No es complicado. Y de todas formas, piensa Ander, después de estudiar historia durante un par de trimestres, ¿quién piensa todavía que los seres humanos son complicados? Desde luego, nosotros no. Yo no. Puede incluso que Jonny Kebab lamentablemente haber metido a Danny en problemas, porque Jonny en realidad no es un matón que acose a sus compañeros, simplemente trata de sobrevivir. Si ayudarte le perjudica, no te ayudará. Si no le perjudica, te ayudará. Moralmente hablando, es la burbuja en el centro del nivel espiritual. Es la neutralidad personificada. Hasta que se ve amenazado, o está asustado, o está delante de todo el mundo y necesita encontrar a alguien que ocupe su sitio en el patíbulo. La gente crea ejércitos y religiones y sistemas económicos valiéndose de tipos como Jonny Kebab.

También sabe que Danny no se lo tendrá en cuenta, que es lo bastante inteligente como para saber que Jonny no tiene elección, y lo bastante amable como para no buscar motivos —más allá de la maldad del Doctor— para lo que está a punto de ocurrir. Jonny es, como él mismo le dirá después a quien quiera escucharle, «tan víctima de la situación como McAlinden». Incluso en la traición, Jonny es un emprendedor, y como tal relanza su actitud cobarde dándole una nueva imagen de víctima y busca mercados nuevos en los que introducirla.

El doctor Monk camina hacia Lansdale, y comienza lo que él llama «el contrainterrogatorio».

—Esas son acusaciones muy graves, y el acusado tendrá la oportunidad más adelante de responder a ellas. Pero hay otros cargos, más graves si cabe, que son la razón por la que estamos aquí.

Nadie sabe dónde va a parar aquello. Sabían que sería malo, por supuesto, pero no se esperaban el giro que iba a dar.

—Señor Lansdale —empieza a decir el Doctor—, ¿en alguna ocasión, después del atentado terrorista del pasado octubre en Brighton, a solo unos pocos kilómetros de donde estamos sentados hoy, oyó a McAlinden defender a los terroristas?

Jonny creía que había terminado, pero no. No estaba preparado para esto. Esto es distinto. No es solo una broma que se les ha ido de las manos, una de esas cosas que recuerdas y dices «fuimos demasiado lejos», lo rocías con un poco de arrepentimiento y pasas página. Esto es un asunto distinto, y viene de un lugar del mundo que queda más allá de los muros del colegio, un sitio en el que la gente acaba asesinada, mutilada y destrozada por una bomba.

Cuando Ander lo piensa más adelante, lo compara en su cabeza con un niño que descubre que su pistola de juguete se ha convertido de repente en una de verdad.

—¿Qué quiere decir, señor? —pregunta Jonny con impotencia. Su conocimiento de la actualidad no es más amplio que el del pasado.

Resulta evidente que está recopilando, en su desordenado cerebro, los fragmentos de noticias que le han llegado a través de los titulares de la radio o en conversaciones oídas de pasada. Se esfuerza por separar las noticias de política de los resultados de fútbol, de los cotilleos sobre

famosos y de los diversos desastres naturales en lugares con nombres impronunciables repartidos por todo el planeta. Se acuerda de la asamblea escolar y del minuto de silencio y cree que ha dado con lo que buscaba. El atentado terrorista. Sí. El IRA. Brighton. Octubre. Quizá noviembre. El hotel, las camillas saliendo con los heridos. La furia de los titulares. La pintada en la parada del autobús junto al puente: FUERA IRLANDESES. INTERNAMENTO [*sic*] YA. La pintada que se encontraron una mañana en la fachada de los grandes almacenes de su padre: COLGAD A LA ESCORIA IRLANDESA. Tuvieron que quitarlo antes de que llegasen los clientes.

Pero todo eso no le sirve de mucho porque Danny no ha dicho nada. Delataría a Danny sin pensarlo un segundo si hubiera algo por lo que delatarlo. Dios, ya lo creo que sí. A algunas personas les cuesta mentir porque son honradas. A Jonny Kebab le cuesta mentir porque no tiene imaginación para desviarse de la verdad.

—No estoy seguro, señor —dice—. Lo cierto es que no hemos hablado de eso.

—Se lo preguntaré de otra forma: ¿oyó al acusado hacer algún comentario en defensa de las atrocidades cometidas por el Ejército Republicano Irlandés?

Lansdale nunca ha oído nada parecido. De todas formas, si Danny alguna vez hubiera dicho algo así, no habría elegido a Jonny Kebab como confidente. Lo que dijo Danny fue otra cosa, pero eso no importa en un juicio farsa. Y Jonny ni siquiera se acuerda, ni hablar pues de entender el significado de sus palabras.

Lo que dijo Danny fue: «¿Qué esperaban? Es una guerra». Y se lo dijo a Ander, a Neil y a un par más durante la comida. Jonny no le prestó mayor atención, y ni siquiera sabía de qué estaba hablando.

—¿Como qué, señor? —pregunta Jonny Kebab. Lo que quiere decir es «deme la frase y yo diré “sí” y entonces podrá dejarme marchar para desvanecerme entre la multitud. No soy capaz de inventarme una mentira, pero, si me fabrica una escalera de falsedades y me da la mano mientras la subo, llegaré a la altura que usted necesite».

—Está muy claro, señor Lansdale: ¿le oyó decir algo como que las víctimas del atentado se lo merecían, que les estaba bien empleado? ¿Algún comentario que pusiera de manifiesto su apoyo a los terroristas? Hay otros testigos, por lo que su testimonio no es imprescindible, pero, por supuesto, ayudaría a aclarar la cuestión.

Jonny lo piensa. El Doctor ha hecho dos cosas para forzarlo a que cruce la línea: primero le ha puesto en bandeja lo que tiene que decir, y después le ha avisado de que hay otros que también lo harán. De esa forma, Jonny cuenta con la tranquilidad de saber que cualquier cosa que ocurra, lo hará a pesar de él. La impotencia y la irrelevancia suponen un gran alivio para Lansdale.

—Dijo que «se lo merecían». —Para Jonny es un descanso poder ser de ayuda por fin. Mira a Danny, que niega con la cabeza pero no protesta—. Yo lo oí.

—¿Recuerda el contexto y la fecha concreta de la conversación? —pregunta el Doctor.

Jonny Kebab no ha tenido tiempo de inventarse ni el contexto ni la fecha de nada. Es un mentiroso sin guion. Parece perdido. ¿Cómo puede ser uno concreto con el día y la hora de algo que no ha sucedido?

—Justo después de que ocurriera —responde de pronto—. El día después del atentado. Cuando lo ponían en las noticias. Lo dijo al terminar la asamblea. A continuación dijo...

El Doctor lo interrumpe antes de que la mentira acabe resultando demasiado inverosímil.

—Gracias. Con eso es suficiente. ¿Había algún testigo de lo que oíste?

—No estoy seguro. Fue al terminar la asamblea, así que había mucha gente por allí.

—Yo también lo oí —dice Vaughan, siempre dispuesto a ayudar al Doctor.

—Y yo —grita Hugh Lewis, que va donde vaya Vaughan.

Crece el entusiasmo en las últimas filas a medida que los sádicos y los matones suben el tono de sus gritos y abucheos. A estos les siguen los discípulos y los gregarios: es el rebaño, que percibe la dirección del movimiento. Las sillas chirrían sobre el suelo cuando se reacomodan en busca de una vista mejor o de la atención del Doctor. Las manos se levantan caóticamente, como fusiles en el desfile de *Dad's Army*. Ellos lo oyeron todo, sí, eso es lo que dijo, y lo repitió después, dijo: «Se lo merecían. Les está bien empleado...».

—Apoya al IRA, señor —grita alguien.

—¡Su padre es un terrorista!

—¡Dispárele a las rodillas!

Y entonces:

—¡DEBERÍAN METERLE UN PUTO BALAZO! —gruñe alguien, pero Ander no consigue saber quién, lo cual es extraño, porque conoce todas las voces por haber prestado atención a sus acentos para dar forma al suyo propio. Ese gruñido no corresponde a nadie de la clase. A nadie de todo el colegio. Es de algún otro lugar. Los mira a todos: Lewis, Vaughan, Dumbo Daniels, Midgley, Paul, Tristan, Cobbleson, Roger Bowden y unos cuantos más en el fondo y en los lados de la clase. Pero ninguno de ellos tiene la voz que acaba de oír.

Ander piensa que tal vez el odio de esas palabras —el odio real, adulto, del tipo que impulsa a la gente a matar, a torturarse, a quemar la casa de otros mientras duermen— requería una voz distinta, una voz que no fuera de niño, aunque por fuerza tenía que haber salido de un niño. Piensa que tal vez algo había poseído a alguno de los chicos y se había hecho con el control de su boca. Un odio exaltado y feroz que destelló como un relámpago durante un instante y se apagó. Pero no se fue. Nunca llegó a irse.

O quizá lo haya imaginado, piensa, y lo haya oído solo en su cabeza.

Ander nunca volvió a oír esa voz en el colegio, pero sí después; la ha oído en el trabajo, en la calle después de cerrar los bares, en casas donde los hombres dan palizas a las mujeres, en los mítines de la EDL[22] y en los partidos de fútbol. Ya casi se ha familiarizado con ella; sabe reconocerla. Es el sonido del odio en busca de un objeto al que aferrarse. Un odio errante que pasa por la comisaría de policía y sale de allí, bien para entrar en la cárcel, bien para volver a la calle, a las casas y dormitorios y cocinas. Volver detrás de puertas cerradas y cortinas corridas. La oye mucho ahora y, aunque la gente de la que sale no es la misma, se trata del mismo odio que oyó entonces, en aquella clase. Cuando era un niño.

A juzgar por la actitud de los demás, Ander debe de ser el único que la ha oído hoy. De lo contrario, todos se habrían quedado quietos. Incluso el Doctor habría dado por terminado el espectáculo. Se pregunta si Danny lo ha oído.

—Están mintiendo —dice este, esforzándose por no perder la calma—. Eso no es lo que dije. —Su rostro está encendido, sobre todo el cuello, cubierto de brillantes marcas rojas como países en un mapa.

—Hay varios testigos, todos ellos dignos de crédito, y coinciden no solo en las líneas generales de lo que dijo, sino también en las palabras exactas que utilizó.

—Están mintiendo —repite Danny—. Lo que dije fue distinto.

—Cállese: tendrá tiempo de sobra para defenderse según avance el juicio —dice bruscamente el Doctor. Danny todavía lo asusta—. Podrá llamar como testigos de la defensa a algunos de sus amigos en cuanto la acusación haya acabado.

Durante los siguientes veinte minutos, el Doctor llama a sus testigos. Todos dicen lo mismo, siguiendo el sencillo guion del Doctor: simpatías con el IRA, apoyo a los Seis de Birmingham y a los Cuatro de Guildford. El asunto ya no se limita al atentado de Brighton, sino que abarca un apoyo más general al terrorismo irlandés en todas sus formas, un apoyo que se remonta a sus orígenes. McAlinden nos odia. Su gente nos odia. Y aquí estamos nosotros dándoles trabajo y becas. Lewis, Vaughan, Carter y algunos más ofrecen unas cuantas citas jugosas sobre el «historial» de apoyo al IRA de McAlinden. «Tiene antecedentes», dice uno. Y, acto seguido, añaden una serie de cargos adicionales: «Es gay», «afeminado», «es un marica de esos, señor», «sarasa», «intelectual»...

Están escupiéndolo todo ahora, todo lo que odian, temen y envidian de él.

Que Danny sea capaz de soportarlo es algo que ni Ander ni los demás entenderán nunca. Tiembla y se muerde el labio. Mira a la clase y niega con la cabeza; mira a sus amigos como si estuvieran en la orilla y él en un barco adentrándose en el mar. Pero no llora.

—¿Qué tiene que decir en su defensa? —le pregunta el Doctor.

—Dije que era una guerra.

—Según estos testigos, dijo que nos estaba bien empleado, que «nos lo merecíamos». ¿Lo niega?

—Dije: «¿Qué esperabais? Es una guerra». Esas fueron mis palabras textuales. Nada más. Fue lo único que dije sobre el tema. No dije que nadie se mereciese nada. Nadie me respondió, así que no se dijo nada más. Creo que fue Ander quien cambió de tema.

El aludido se pone de pie y dice:

—Sí, eso fue lo que oí yo, y es lo único que dijo; después hablamos de otra cosa.

Neil Hall se levanta y dice, con voz alta y serena, y mirando al Doctor:

—Es cierto. Yo también estaba presente. Lo oí. Y, en cualquier caso, esto no está bien. Todo este asunto... ha ido demasiado lejos, señor.

—Ponga orden, doctor Monk —pide Gwil—, ¡esto se le ha ido de las manos!

—Deténgalo, señor, por favor —dice Dave Sweeting—. Esto no está bien.

El Doctor los ignora y se dirige a Danny:

—Entonces ¿expresó su apoyo al Ejército Republicano Irlandés y a sus atrocidades? —Utiliza el mismo tono que los fiscales de los dramas jurídicos cuando tienen a alguien contra las cuerdas, cuando han cogido sus palabras y las han deformado hasta darles un significado que no era el que pretendía el acusado—. Déjeme recordarle los hechos: cinco personas fueron asesinadas en octubre del año pasado, y hubo decenas de heridos, y ha muerto muchísima gente inocente en ataques terroristas anteriores; no solo soldados y políticos electos, sino ciudadanos inmersos en su día a día en ciudades de toda Inglaterra. Eso es, ni más ni menos, lo que usted apoya.

Danny está empezando a comportarse como si de verdad lo estuvieran juzgando. Se conduce como un testigo que mide mucho sus palabras. A Ander le parece un error dar muestras de aceptar una situación tan absurda como siniestra. «¡Vete!», piensa. «¡Levántate y márchate!», grita dentro de su cabeza, confiando en que, de algún modo, Danny lo oiga dentro de la suya.

Danny sabe que el Doctor quiere hacerle caer en la trampa. ¿Cabe la posibilidad de que Danny

piense que puede escribir su propio guion para oponerlo al del Doctor? Habla muy despacio, de forma autoritaria, pero no tan alto que sea difícil mantener el tono durante varias frases, y articulando cada palabra:

—Dije que el IRA lo considera una guerra, y así lo hace también el Estado británico. Sencillamente, usted no admite que es una guerra. Lo llama «terrorismo». Pero, si un bando piensa que es una guerra, con eso basta: es una guerra. Para ellos, el Gobierno británico es el enemigo.

—¿El *enemigo*? ¿De verdad? El enemigo ¿de quién? —pregunta el Doctor con una mirada maliciosa—. ¿Quiere decir *su* enemigo?

—No he dicho eso. No es eso lo que pretendo decir. —Da la impresión de que va a añadir algo, pero no lo hace.

—Está diciéndonos que el *enemigo*, como usted lo llama, son los británicos. *Su* enemigo, ¿verdad? Lo ha dicho usted, no yo. ¿Somos *nosotrossus* enemigos, señor McAlinden?

Danny guarda silencio.

—Que conste la negativa del acusado a responder a la pregunta. ¿Qué...? —empieza a preguntar el Doctor, pero hace una pausa para darle mayor dramatismo y vuelve a empezar—. ¿Qué tiene de guerra hacer saltar por los aires estaciones de tren con gente dentro, poner bombas debajo de los coches o matar a personas, a civiles, en bares de Londres y Birmingham? Eso no es una guerra, es terrorismo. —Se oyen vítores en las últimas filas—. Los republicanos irlandeses no son un *ejército*; llamarlos así es un insulto a los ejércitos de todo el mundo...

A Monk se le forma una leve espumilla en las comisuras de la boca cuando se excita, y funciona como lubricante para la elocuencia de cámara de debates de juguete que aprendió en Oxford. Es menos pegajosa que la de Mamadoton, más gaseosa, y, si lo observas de cerca, puedes ver cómo se forman y revientan minúsculas burbujas de saliva con el movimiento de los labios. Se limpia rápidamente la boca y proyecta la mandíbula en un gesto churchilliano, como hacía en Oxford después de soltarle una agudeza a su oponente.

—Doctor Monk —dice Danny con voz temblorosa, intentando defenderse del coro cada vez más ruidoso de burlas—, todos los ejércitos matan a civiles, digan lo que digan..., y por muy avanzados que estén.

Un papel que ha sido estrujado hasta formar una bola y bañado en tinta le golpea en la cara mientras habla y le cae en la pechera de la camisa. Le ha dejado una mancha azul en la mejilla y salpicaduras en el cuello y la ropa. El Doctor se da la vuelta y camina hacia su archivador, y, mientras está de espaldas, Vaughan se acerca a Danny y le escupe en los ojos.

—Límpialo con eso.

Cuando el Doctor vuelve a ponerse de frente, Vaughan ya está en su sitio otra vez, con una sonrisa de satisfacción y los brazos cruzados: un trabajador orgulloso contemplando un trabajo bien hecho.

El Doctor tiene algo negro en la mano, algo aterciopelado que brilla como la suntuosa piel de algún animal. Es lustroso y se ondula como el visón. Nadie alcanza a distinguir lo que es. Tal vez Danny sí, pues es quien está más cerca, pero ahora mismo tiene otras cosas de las que preocuparse.

—¿Está diciendo, señor McAlinden, que son equiparables los bandoleros del IRA provisional al Ejército británico? Y ¿está diciendo que el terrorismo republicano está justificado y que usted lo defiende?

Danny parece aturdido. No responde. Pestañea. Rápido al principio y después más lento y a intervalos más largos, con la esperanza de encontrar algo distinto cuando abra los ojos, algo que no sea esto.

—No sé por qué me pregunta —dice Danny—. ¿Qué tiene todo eso que ver conmigo?

—Responda a la pregunta, señor McAlinden: ¿está justificando las acciones del Ejército Republicano Irlandés? ¿Está defendiendo esas acciones como afirman sus compañeros? Y ¿pretende cuestionar las pruebas presentadas ante el tribunal? ¿Esta es su última oportunidad antes de que procedamos a dictar sentencia! —El Doctor está casi gritando.

—Dije que era una guerra, nada más, y es lo único que quise decir. No es una guerra en igualdad de condiciones y no son ejércitos equiparables, pero son ejércitos y es una guerra. Ellos os consideran un ejército invasor. Su ejército no tiene tanques ni aviones ni uniformes. Pero tienen pistolas y bombas. Vuestro ejército dispara a gente en la calle y les da armas a escuadrones de la muerte que matan a gente en sus hogares. Llámelo como más le guste, pero no deja de ser una guerra. Y eso es lo que dicen allí. Nunca me había parado a considerarlo, siempre he intentado mantenerme al margen, no tiene nada que ver conmigo porque yo estoy aquí y soy inglés..., pero, en vista de lo que está haciendo conmigo hoy, entiendo que piensen así.

Nadie habla. Nadie se mueve ni respira. Nadie sabe de dónde ha salido eso. Danny nunca había dicho nada parecido antes, no de esa forma. Él mismo, mientras habla, parece sorprendido de oír lo que está saliendo de su boca. Proviene de un rincón que nadie, quizá ni siquiera el propio Danny, sabía que existía.

—Bueno, bueno —dice el Doctor—. ¿Vuestro ejército, dice? ¿Vuestros periódicos? Creo que el tribunal ha oído suficiente. *Invasor*, ¿verdad? Creo que tenemos suficiente para tomar una decisión.

Danny le ha dado al Doctor lo que quería. De acuerdo, no se ha derrumbado —tiempo habrá para eso dentro de poco, piensa el Doctor—, pero le ha ofrecido mucho. Ha sido tan valioso como una confesión. No, en realidad, ha sido mejor que una confesión, porque una confesión echa sobre los hombros del juez la responsabilidad de ser indulgente. Una confesión redundante en beneficio del acusado por demostrar honradez y arrepentimiento. Esto ha sido un desafío y, aunque ha sorprendido al Doctor tanto como a los demás, también le ha dado algo aún mejor que lo que quería.

Aquí no hay llamamiento a la indulgencia.

El Doctor coge la tela negra de terciopelo de su escritorio y la levanta.

Es una capucha, o una bolsa, con un fruncido con cordón para cerrarla y no dejar que entre la luz, o que salga la oscuridad.

Ander se levanta y sale del aula.

Corre por el pasillo. El sol entra a raudales por los grandes ventanales y Ander ve los rastros de abrillantador que el conserje ha olvidado restregar por el suelo de parqué. Los aseos del piso de abajo están abiertos, de forma que puede ver las puertas de los cubículos, todas entreabiertas, y oler la peste permanente a laguna de aguas residuales. Los urinarios repletos de chicles y colillas remojados en orina. Los inodoros en los que siempre hay una deposición obstinada alojada en el fondo de la taza, oxidándose en el agua de la cisterna cual submarino corroyéndose en el lecho del mar. Su intención es ir al despacho del director y decirle que vaya a ponerle fin a aquello. Pero, cuando está frente a la puerta, se da cuenta de que no le pondrá fin, porque el Doctor es el protegido del director y su representante en la Tierra, o al menos en este pedazo, así que se da la

vuelta. En ese amplio pasillo, con el suelo de color salsa de carne y las paredes del color de unas natillas sucias, tiembla y duda, y entonces sale corriendo en la otra dirección, deshaciendo sus pasos y subiendo las escaleras hasta el departamento de Lengua.

Acerca el oído a la puerta del señor Wolphram —un murmullo, una risa, de las que uno solo oye cuando el chiste es sobre literatura, una risita de entendidos en la materia— y llama a la puerta. La charla se interrumpe, pero no responde nadie. Vuelve a llamar, más fuerte.

Una voz grave y reposada dice: «Adelante». Abre y se encuentra ante una clase de sexto. Están trabajando con un poema. Obviamente. El señor Wolphram está de pie y tiene un libro abierto en la mano, el lomo en equilibrio sobre la palma, las cubiertas apoyadas en los dedos extendidos. Ander se fija una vez más en que el señor Wolphram tiene manos de concertista de piano. Sostiene el libro con el brazo casi completamente extendido mientras lee, y en alto, como si estuviera a punto de soltarlo para que eche a volar...

Los alumnos de sexto parecen mayores y más enrollados. Están relajados, además. E interesados, implicados en lo que está diciendo. El señor Wolphram no les insiste en que lleven chaqueta y corbata en clase, así que algunos se han desabrochado la camisa y han colgado la corbata en la silla. Unos pocos se han metido la corbata por debajo de la camisa, entre el primer y el segundo botón, copiando el estilo de los cantantes pop del momento. El director lo odia, lo cual añade el sabor de la rebeldía al prestigio de la moda. Al señor Wolphram le traen sin cuidado cosas como las chaquetas no reglamentarias, las corbatas estrechas y los cortes de pelo a lo David Bowie. Cuando les puso *Quadrophenia* a los de quinto, se pasaron todo ese trimestre intentando parecer mods, ajustándose los pantalones, llevando la parte estrecha de la corbata por delante, sustituyendo los mocasines de mierda reglamentarios por estilosos zapatos acordonados y puntiagudos.

Todos miran a Ander.

—¿Y bien? —pregunta el señor Wolphram. Sus ojos están muy abiertos, y las cejas, tan altas que casi se pierden detrás del flequillo.

—Siento interrumpir. Está ocurriendo algo en la clase del doctor Monk y yo... No está bien y necesitamos ayuda.

—¿Qué está ocurriendo? —pregunta el señor Wolphram. Pero Ander tiene la sensación de que ya lo sabe, o lo sospecha, o lo ha visto otras veces.

—Un juicio —dice Ander con expresión de impotencia.

El señor Wolphram cierra el libro de golpe y se vuelve hacia la clase.

—Continuad sin mí...

Le indica a Ander con un gesto que le siga y cierra la puerta al salir. De pronto se pone a andar a toda velocidad, recorriendo el pasillo y bajando las escaleras a un ritmo extrañamente atlético. No está corriendo, sino más bien caminando como si flotase, hasta el punto de que a Ander le cuesta seguirlo. Hace un intento por explicarle cuál es la situación, pero está sin aliento y se da cuenta de que el señor Wolphram no le escucha. De todas formas, ¿cómo explicas que están juzgando a un niño en una clase con el profesor como juez?

Cuando están cerca del aula del Doctor, oyen el estallido de lo que parece un disparo. Parte el aire en dos y después el eco recorre el pasillo. Se hace el silencio.

Cuando llegan, ven a Danny en una silla, con la capucha negra tapándole la cabeza y Vaughan y Lewis sujetándolo por los hombros. Está temblando con tal violencia que las manos de estos, pese

a sus esfuerzos por inmovilizarlo, también tiemblan. Delante de la clase, un pequeño círculo de bastardos de la última fila lo rodean como un cordón policial e impiden a empujones que se acerquen Neil Hall, Gwil y Rich Nicholson. Gwil tiene a uno cogido del cuello, pero la escena parece un cuadro.

Jonny Kebab y unos cuantos más están sentados en su sitio mirando al suelo, esperando a que acabe todo. Son la gente de la multitud, el gran promedio gris. Son lo que queda cuando has hecho la suma del bien y el mal. Ellos lo saben y lo aceptan. No apretarán el gatillo ni pasarán la soga por tu cabeza, pero tampoco te darán las llaves de tu celda ni te esconderán en su sótano. El colegio los produce, además. Es lo que más produce, de hecho. Son su plastilina humana. Como les dijo Wolphram una vez, «aunque es posible que no tengas talento para triunfar, puedes consolarte pensando que tu mediocridad evitará que fracasas».

La llegada del señor Wolphram ha roto el encanto. Estaban pasándose en grande, pero ahora ha dejado de ser un juego y ahí están, atrapados en el lado equivocado de las normas.

El Doctor todavía tiene las manos sobre el gigantesco *Diccionario Oxford de Latín*, una losa azul encuadrada en tela y del tamaño de un bebé que ha tirado sobre la mesa para simular el sonido de un disparo en la cabeza en su tribunal desautorizado.

Han llegado tarde al simulacro de ejecución.

Lo que ocurre a continuación es algo que Ander recordará el resto de su vida y, a diferencia de muchos sucesos importantes, no irá acumulando detalles adicionales cada vez que lo cuente (¿a quién se lo iba a contar, de todas formas?) ni irá perdiendo intensidad como una fotografía dejada al sol. Se mantiene nítido y definido; completo y ajustado a su marco de retrospección:

El señor Wolphram suelta un rugido. Un estentóreo, profundo y vibrante grito de furia. Quizá también de dolor. Ander no está seguro del todo porque la furia lo envuelve, pero sí, puede que también algo de dolor. Él mismo está en sintonía con esa banda de Möbius de ira y pena, furia y dolor. El rugido de Wolphram parece expulsar el aire del aula y de todos los que hay en ella. El Doctor se sobresalta; todos se sobresaltan. Wolphram le quita la capucha a Danny y lo levanta de la silla de inmediato. Entonces es cuando Ander se da cuenta de algo que habían pasado por alto hasta ese momento: las manos de Danny están atadas a su espalda con su propia corbata; con firmeza, es cierto, aunque se trata de una restricción más simbólica que física. Es una humillación añadida, y para el Doctor es un detalle más con el que excitarse. El señor Wolphram trata de liberar las muñecas de Danny, pero la corbata está tan firmemente anudada que tiene que deslizarla por las manos y nudillos para quitársela, arañándole la piel y dejándole las muñecas blancas allí donde se ha obstruido el flujo sanguíneo.

Vaughan y Lewis ya se han ido, la barrera de control de masas ha desaparecido y Rich Nicholson, Gwil y Neil Hall han vuelto a sentarse. El Doctor es el único que sigue en su sitio. El diccionario lo sostiene, le sirve de contrapeso.

El señor Wolphram coge a Danny por el codo y lo conduce fuera del aula. Al Doctor le dice, muy lentamente, articulando cada sílaba:

—Eres un niño ponzoñoso escondido dentro de un hombre, un pequeño, malvado y despiadado cobarde.

El Doctor no puede permitirse quedar mal delante de su clase, pero tiene una pinta estúpida con su toga y los chicos ya han notado que el equilibrio de poder del aula ha cambiado.

Abre la boca para hablar y le sale una voz temblorosa y entrecortada:

—En *mi* clase, soy *yo* quien impone disciplina como estimo conveniente. Yo no me entrometo

en sus clases para decirle lo que ha de hacer. No tiene...

Pero el señor Wolphram se ha ido, llevándose con él a Danny. No obstante, el Doctor continúa. Tiene que salvar la cara, decir lo que opina, ponerse en su sitio.

—... derecho a cuestionar mis métodos. Esta es *mi* clase, y estas, *mis* reglas. —Golpea la mesa con la mano y mira a su alrededor, pero no encuentra la mirada de nadie. Los alumnos están empezando a irse a pesar de que la clase no ha terminado; Ander, Neil, Nicholson y Gwil Isaac se están marchando. El Doctor no intenta detenerlos. Incluso Lansdale y los borregos del grupo empiezan a recoger sus cosas.

La capucha negra de terciopelo también ha desaparecido.

Más tarde se enteran de que el señor Wolphram ha llevado a Danny a hablar con el director, que no hará nada. Al principio, les garantiza a los dos que el episodio (así lo llama, *episodio*) será «investigado». A continuación añade la deprimente apostilla que todos recordamos del colegio, cuando una persona está sufriendo el acoso de otra y llega el profesor y dice que quiere «oír las dos versiones de lo sucedido»: quiere «oír la versión de los hechos del doctor Monk antes de tomar una decisión *precipitada*».

UNA MANO DEBAJO DE LOS CALZONCILLOS DE LA NACIÓN

Gary no me ha interrumpido, y ha escuchado en silencio, haciendo algún gesto de dolor con detalles como el de las manos atadas o el escupitajo en la cara. Es extraño cómo centramos nuestra atención en detalles como esos, cómo los detalles son los remaches que mantienen nuestros sentimientos pegados a sus causas. Está pensativo, se muerde el labio, sopesa lo que decir. Nada que no sea lo que Wolphram llamaba *le mot juste* le sirve.

—Qué hijo de puta.

Hay diversas formas de llegar a la verdad, pero, si existe un atajo, a Gary le gusta cogerlo.

—¿Así que el elegantón del señor Wolphram fue a poner orden?

—Puso orden ese día, Gary, pero hubo otros, siempre hay otros días cuando estás en un sitio así. Pero con el tiempo mejoraron las cosas, sí. Más o menos. Aunque no sé si lo que pasó en realidad fue que nos hicimos mayores y dejamos atrás lo malo. Tal vez seguía ocurriendo a las espaldas de nuestra vida. O quizá hubo *progresos*... En cualquier caso, McAlinden no estaba allí para verlo...

—¿El chaval irlandés se marchó?

—No era irlandés, Gary. Por Dios, esa es precisamente la cuestión, pero, vale, sí..., ese — respondo—. Se marchó. Pero esa es otra historia. A decir verdad, probablemente es la misma historia, pero hay cierto intervalo entre los dos sucesos. Lo único que sé es que ese día el señor Wolphram se llevó a Danny a su clase para limpiarle la cara manchada de tinta y después lo llevó al despacho del director para contarle lo ocurrido.

—¿Qué pasó entonces?

—Dijo «dejadlo en mis manos» y así se quedó. El Doctor siguió allí, un poco más dócil, rezumando odio por todos nosotros, especialmente por Wolphram, pero sin más remedio que andarse con cuidado. Había ido demasiado lejos, lo habían pillado, había infringido la norma de mantener sus asuntos en secreto. Así pues, las cosas mejoraron un poco, sí; el Doctor nos dejó en paz y nos cambiaron de clase después de Navidad. Fingieron que se trataba de una redistribución rutinaria. Barajaron las cartas, pero no cambiaron la baraja. Nos pusieron con otro profesor que no estaba mal. Fue una mejora.

—Oh, claro, el lema de la vieja escuela privada: un cambio de mano en tu culo es tan bueno como un descanso —dice Gary.

—Puede que hubiera algo de eso. Muchos de los profesores eran violentos, unos cuantos nos manoseaban o nos tocaban (a uno le gustaba ponerte los dedos en la boca) y otros eran

simplemente tipos malhumorados que te daban una patada o una bofetada y lo olvidaban al momento. Todo eso siguió como de costumbre. Había un par que nos llevaban a su apartamento y nos invitaban a bebida y cigarrillos, pero a nosotros no nos desagradaba; veíamos películas de terror, un poco de porno, y, las veces que yo fui, no pasó nada sexual. Aunque, evidentemente, ahora soy consciente de que les excitaba ver cómo nos poníamos cachondos. Pero no había *penetración*, quiero decir; solo caricias extrañas, alguna que otra erección presionando contra tu espalda a través del pantalón, como la pistola de un atracador apuntando a un rehén, una mano apoyada en la parte alta de la pierna para recoger un lápiz del suelo. Oíamos cosas, pero nunca conocíamos a los chicos implicados o el profesor se había despedido o el chico había cambiado de colegio. Siempre parecía ocurrir a un niño que estaba lejos de donde tú estabas... La gente se marchaba, tanto alumnos como profesores; no entablaban demandas ni iban a la prensa ni a la policía. Se oía mucho la frase «empezar de nuevo»...

—Así que veáis *Top of the Pops* para desconectar, envidiabais a los chicos de *Jim'll Fix It*, queríais estar dándole a los pulsadores en todos esos programas concurso y bailando desenfundados delante de un DJ..., pero todo estaba sucediendo allí también, ¿verdad, profe? Los programas de variedades británicos tenían una mano metida debajo de los calzoncillos de la nación.

—No conocíamos otra cosa, Gary. Los diez años... ¿Son diez? —Hago un cálculo rápido. He estado haciendo muchos últimamente—: Vale, nueve... años de diferencia entre tú y yo cambian mucho las cosas. El ambiente estaba cargado de pedofilia reprimida; reprimida en su mayor parte, aunque había momentos en los que «sorteaba los mecanismos de control», como decían en el curso de psicología. No obstante, la mayoría no llegaba a dar el último paso. Se podría decir que respirábamos sus vapores, pero el elemento en sí estaba enterrado a mucha profundidad.

—El poeta ataca de nuevo...

—A los otros profesores no les caía bien el Doctor porque era mojigato y pedante y sus necesidades... tenían más que ver con el poder que con el sexo. Incluso se casó cuando estábamos en sexto. Tal vez eso lo cambió, tal vez fue un indicio de que había cambiado. No lo sé. La gente decía que había mejorado; ya sabes, igual de repugnante, desleal y obsesionado con la posición social, pero no un acosador de niños empedernido. Lo que le gustaban eran sus pequeños rituales, juegos de roles y representaciones. Así pues, si bien nadie se apresuró a defenderlo, tampoco puede decirse que lo condenasen al ostracismo. —Pienso en el Doctor contrayendo matrimonio—. Si tiene hijos, deben de ser más o menos de tu edad, Gary.

—Ahora sí que me estás asustando de verdad, profe.

—Empezamos a oír cosas: que ya lo había hecho antes, que le gustaban esos jueguecitos raros en los que la gente interpreta papeles, juegos que a veces se desviaban un poco de lo decente o lo normal. Pero en realidad le excitaba *no* tocarle.

—Se excitaba violando tu cerebro, más bien —dice Gary—. Y ¿qué me dices del señor Wolphram? ¿Sirvió aquello para romper el hielo con él o qué? ¿Pasó de pronto a chocarte los cinco por los pasillos y a preguntarte cómo lo llevabas?

—Ni mucho menos. Guardaba las distancias.

—Eso no es lo que dicen en el *Daily Mail*, profe, o en el *Sun*; acaban de hacer una encuesta para preguntar a sus lectores si se debería prohibir que los hombres solteros den clase...

—Eso de que iba preguntando a los chavales sobre el sexo y la pubertad... Una patraña. Mentiras a cambio de dinero. Y puede que ni siquiera dinero: la atención es suficiente para

algunos de esos mierdas. Por eso su reacción aquel día fue tan sorprendente. Porque apenas exteriorizaba nada. Lo que leíste sobre que tenía «malas pulgas» es una soberana gilipollez. A veces decía algo mordaz y tú te encogías avergonzado, pero se debía a que le habías decepcionado y tú te habías decepcionado a ti mismo, no a que fuera cruel...

—Odio decir esto, profe, pero me lo estás pintando como un tipo bastante decente.

—Lo era. No había «vertidos» con él, ni de sentimientos ni de ira ni de frustración. Ni de inclinación sexual. Nada de charla informal. Nosotros aún éramos niños y él era un adulto. Nunca veías en su mirada ese brillo de deseo encasquillado que se apreciaba en las de los otros, esos a los que *sabías* que les gustaban los niños, o a los que habían obligado, a lo largo de los años, a conformarse con ellos. Tenías que limpiarte su mirada de tu boca, de tu cuello, de esa abertura en la camisa donde te habías dejado un botón sin abrochar y asomaba el ombligo. Siempre estaban buscando huecos entre botones o entre el faldón de la camisa y el pantalón, y te lanzaban lo que llamábamos *miradas pegajosas*. A veces te desprecizabas en clase y, al levantar los brazos, notabas cómo la camisa subía y dejaba al descubierto un poco de tripa. Mirabas hacia delante y descubrías al profesor fijándose precisamente en ese punto; era como si oyesen el algodón deslizándose por la piel y esta estirándose, tensándose. Hasta los profesores que no sentían especial atracción por los niños pero que no conseguían abrirse camino por los *canales normales*, por así decirlo, lo hacían de vez en cuando. Pero él no. Nunca. Nadie tenía un comportamiento menos sexual que el señor Wolphram.

—En ese punto de la historia, profe, en las películas, es cuando yo digo: «Venga ya»...

—Wolphram no tenía nada que ver con la parte de internado del colegio ni con la disciplina ni nada de eso. Muchos profesores se limitaban a dar clase, nada más. Él era uno de ellos. Por lo general, evitaba comer en el comedor del colegio. Nuestros mundos eran distintos. Los niños no suelen pararse a pensar que los profesores tienen una vida, así que no sabíamos si se marchaba a su casa y desconectaba, si iba de bar en bar o si quedaba con sus amigos en restaurantes, escuchaba discos, iba al teatro, tenía vacaciones, bebía buen vino y conducía un buen coche.

—Lo último, según parece —dice Gary—. Y es una jodida lástima, porque seguimos sin tener nada que argumentar en su contra. Cuanto más descubrimos, más..., no precisamente normal, ni mucho menos, pero mejor ensamblada parece su vida: le gusta estar solo, pero tiene amigos. ¡Vaya! ¡Llama a la poli! Dicen que es un solitario, pero la verdad es que conoce a mucha gente y tiene un montón de intereses y aficiones. Esa superficie tan rara esconde mucha normalidad. Se supone que ha de ser al revés.

—¿Qué quieres decir con «mejor ensamblada», Gary?

—Eso mismo, ni más ni menos: que las piezas están bien ensambladas. Los locos, los psicópatas, los asesinos, los violadores y demás... no están bien ensamblados, hay agujeros, jodidos abismos del tamaño del canal de la Mancha entre las partes de su vida. Entre las piezas de su cerebro. Como el tipo que animaba por internet a los chavales a suicidarse: hay un agujero negro gigante entre la forma en que besa a sus hijos para darles las buenas noches y la mierda que les suelta a los otros niños. No hay forma de explicarlo si no es diciendo que hay un jodido agujero gigante ahí. Ese agujero no le supone a él un problema porque está hecho de eso, de agujeros; está hecho de oscuridad. La gente normal puede hacer cosas anormales, pero siempre existe cierta conexión, puedes ver la unión, la pendiente que conduce hacia arriba o hacia abajo o el rincón de su cabeza que les empuja a hacer cosas malas. Tu señor Wolphram es así: no es precisamente un tipo corriente, pero dentro de su vida todo encaja, cada pieza conduce a la otra.

Como ocurre en las nuestras. —Me mira—. Bueno, en la mía.

Gary tiene razón; a su modo *garificado*, lo ha explicado bien. Y, mientras a nosotros nos parece cada vez más evidente que Wolphram seguramente es inocente, a la prensa, la policía y los políticos les parece cada vez más evidente que es culpable.

Nosotros somos responsables de que sea así, Gary y yo, y, aunque habría ocurrido de todas formas, lo habría hecho más tarde y, por lo tanto, de otra manera.

—Eso es toda una novedad, Gary. Estabas impaciente por colgarlo. Echaste un vistazo a su apartamento, a sus cosas, a sus «pequeñas partituras gais», y ya estabas dispuesto a meterlo en el trullo... Pensaste que la capucha negra era alguna especie de juguete autoerótico.

—Y di en el clavo, profe: solo que no era suyo.

—Lo único que digo es que te apresuraste a sacar conclusiones...

—No es culpa mía, profe, es por mi condicionamiento. Por mi educación. Por el sistema de clases. Es lo que hace grande a este país. Es por lo que ponemos bulldogs y leones y Churchills y Union Jacks en nuestro nombre de usuario de Twitter... —Me está tomando el pelo. Es justo. Me lo merezco.

»Bueno, y ¿dónde están ahora? —pregunta—. Lansdale, y el chaval galés, y el friki, los profesores: ¿qué ha sido de ellos?

—El director sigue vivo. Goodship. Lo vi el otro día en las imágenes del telediario: es el viejo que va paseando al perro y afloja el paso para mirar, pero no se detiene. Creía que había muerto. Desde luego, daba la impresión de que llevara la Muerte en periodo de prueba antes de decidirse a comprarla cuando lo vi en la estafeta de correos las pasadas Navidades. Tenía esa mirada habitual en los ancianos cuando creen que te conocen de algo pero no están seguros; sus ojos te suplican que les digas si se acuerdan de ti, le piden a tu memoria que haga el esfuerzo porque la suya se ha empapado y tiene el sótano inundado. Una vez me golpeó en la oreja con un libro por decir «kilómetros» en lugar de millas. Yo llevaba en el colegio exactamente cuatro días.

—Uno de los primeros héroes del Brexit; seguramente hay una estatua suya en Dover.

—Tenía una costumbre extraña: coleccionaba barritas Mars antiguas, y solía traerlas en estuches de cristal con rotulitos y fechas. La más vieja era de los años veinte. Solo barritas Mars. «No me interesan otras chokolatinas», nos dijo. De McCloud no sé nada; solía acusarnos de «flirtear» con él, nos amenazaba con «amor y detención», le gustaban esas insinuaciones y venía a pasar revista mientras nos duchábamos para asegurarse de que frotábamos en «todos los recovecos», como lo expresaba él, pero ya había cumplido los cuarenta por aquel entonces y no tenía pinta de estar programado para la longevidad. El Doctor sigue allí, el doctor Monk, como acabas de ver. Monk debe de tener sesenta y pocos, y sigue disfrutando del ataúd de terciopelo de la casa del director y de las cenas en la mesa principal. Corbatas y gemelos del colegio gratis. Algunos de ellos siguen allí, seguramente; los que eran jóvenes en mi época. Ahora me doy cuenta de que me daban clase tipos que tenían solo cinco o diez años más de los que tenía yo entonces... En cuanto a los otros chicos, bueno, Danny se marchó, yo me quedé, junto con unos cuantos más, como Gwil, que ahora es productor de televisión en Gales y hace esos *thrillers* policiacos ambientados en Snowdonia sobre crímenes rituales y sorprendentemente violentos.

—Me encantan —dice Gary—. Los veo con subtítulos en la televisión por cable. Escucho el galés y leo el inglés de los subtítulos. Es genial. «La caza», se titula la serie.

—Esa es una. —Me pregunto cuántas habrá visto.

—En cuatro de los primeros nueve capítulos, alguien vuelve de adulto para vengarse de antiguos profesores o de trabajadores de un asilo... Una de las víctimas era el capellán del colegio, la otra era... —Gary chasquea los dedos al acordarse—... ¡el puto profesor de Latín! Sí, eso es muy bueno, ya lo creo. Ahora ya sé en qué se inspira. Qué jodidamente siniestro.

—Tengo que verlas —le digo a Gary, aunque las he visto todas, y hace años que sé en qué se inspira. Me acuerdo de Gwil prometiendo una noche, por encima de su pinta de cerveza, que se aseguraría de que todo saliera a la luz. Y salió. Él lo sacó. Pero en forma de ficción. Tal vez sea mejor eso que nada—. Después estaba Neil Hall, que desistió de ser un «nuevo romántico» y estudió Derecho... Una vez busqué su nombre en internet y averigüé que era socio de un gran bufete londinense. Rich Nicholson fue a Oxford, Dave Sweeting es profesor (de los de verdad, Gary) de Física en la Imperial College o la UCL... Pero perdimos todos el contacto hace años. Veinte, veinticinco. Durante un tiempo estuvimos quedando un par de veces al año en el Folkestone Grand Hotel; Danny no, pero sí Gwil, Rich, Neil y unos cuantos más que llegaron después de que se fuera Danny y eran buenos tipos, pero aquello quedó en nada.

—Bueno, yo sigo viendo a mis compañeros de colegio —dice Gary—. Tres de ellos se llaman Dave: está Dave, Dave el Aburrido y El Otro Dave; luego estoy yo, el único Gary, sorprendentemente, habida cuenta de lo que tú llamarías la naturaleza de clase social C1 del grupo de amigos; y Jonny, Lisa, Sarah, Hannah y Holly... Sí, profe, teníamos chicas en nuestro colegio y no eran una especie alienígena, y no teníamos nombres exóticos ni castigos raros concebidos por hombres hechos y derechos para hacerse una paja cuando llegasen a su casa. No nos dieron clase hombres que pensaban que Childline[23] era un servicio de niños a domicilio. Nadie nos obligó a quitarnos la ropa y sentarnos en bañeras frías mientras el profesor nos hacía fotos. Claro que, por otro lado, ninguno de nosotros ha llegado a ser parlamentario, banquero, presidente de la National Trust[24], columnista de un periódico o director de la BBC, así que quizá hayamos sido nosotros los que hemos desperdiciado nuestra vida. Nos reunimos en Cornmarket Vaults a la «Hora Feliz» y charlamos de cosas normales. Cuando hablamos de poner capuchas sobre cabezas de niños, dejar a chavales colgando de un puente y comprobar si se han lavado bien entre las nalgas, es porque lo hemos visto en televisión.

Gary apura su pésimo café y se limpia la boca.

—Ahora que lo pienso, uno de los capítulos de la serie policiaca de tu amigo va de tres tíos que secuestran a su antiguo profesor, le ponen una bolsa en la cabeza y lo someten a juicio por toda la mierda que les hizo cuando eran críos...

—¿Lo matan? —pregunto.

—No voy a destriparte el capítulo, profe.

Me río por primera vez en varios días. (Lo hacen, sí. Es truculento, larguísimo y gratificante. Lo he visto dos veces).

—No quiero que pienses que todo era así. Cuanto más pequeño eras, peor, pero luego mejoraba. Había algunas cosas buenas, buenos momentos. Y, en sitios así, las cosas buenas significan más de lo que son, porque hacen más llevadera la mierda. Tuvimos algo de normalidad. Con el paso del tiempo. Novias, sexo a medias y de cualquier manera en bancos, magreos al lado del puente, *pubs*, cigarrillos, comprar papelinas que resultaban ser betún en papel de aluminio y tener demasiado miedo de ir a protestar... *Creo* que éramos normales. Yo tuve una novia, y fui todo lo feliz que podía ser en ese mundo. Podíamos viajar, ir a la costa, a Brighton, a Canterbury, a Londres. Y por fin me marché. Bueno, me quedé, pero de una forma distinta.

—Claro, profe. Quedarse es el nuevo marcharse, ¿no lo habías oído?

—Cambié, además. De nombre, quiero decir. Había empezado con Ander, pero a los dieciséis años era inglés, como si me hubieran hecho una transfusión. De palabras, de idioma; toda una infancia nueva. Cuando tenía quince años, la gente empezó a llamarme Alex y Alexander, y con eso me quedé. Cuando dejé el colegio, había cambiado de nombre y hablaba un idioma distinto. Wolphram era un buen hombre y un buen profesor. Le debo mi inglés. Me dijo que el diccionario sería mi mejor amigo.

—No puedo decir que haya observado mucha competencia para ese puesto... —dice Gary—. En mi colegio, vuestro doctor Monk habría recibido una paliza incluso antes de empezar. Y me refiero a que se la habrían dado los profesores.

—Pienso en eso a todas horas, Gary: en qué habría pasado si alguien se hubiera acercado a él y le hubiera dado un puñetazo en la cara, si todos nos hubiéramos levantado y nos hubiéramos ido... Pero uno no hace eso, no entonces. Era como si tuviéramos un programa informático en la cabeza que convertía cosas que ahora nos parecen obvias en impensables; literalmente impensables. Es decir, de verdad que entonces no se te pasaban por la cabeza.

—Sí, lo sé, profe; he oído otras versiones de lo mismo. Quizá sin el toque poético, pero las he oído.

Gary se pasó dos años investigando abusos en un hogar de acogida de Oxford. Aprendió mucho en Oxford, dice; todo malo. Gary estuvo en el caso de Iffley House, y hasta el nombre, *Iffley House*, suena a colegio pijo de primaria. Pero no lo era: era un hogar para adolescentes vulnerables a los que prostituían los mismos que cobraban un sueldo por cuidar de ellos. Parte de la investigación consistía en que Gary se alojaba como agente encubierto en una pensión mordiéndose la lengua mientras oía cómo atiborraban de bebida y pastillas a los chavales y se los follaban luego por turnos en habitaciones contiguas a la suya. Todavía lo despiertan los ruidos nocturnos en la pensión Meadow Lane. Así pues, no tengo mucho que enseñarle sobre ese tipo de cosas.

—¿Y la gente paga por esa mierda? ¿De verdad vuelven la vista atrás y piensan «esos sí que eran buenos tiempos»? Es como querer que vuelvan los antiguos métodos de la odontología, y las putas sanguijuelas y las lobotomías.

—Por aquel entonces aceptábamos todo tipo de cosas que, si nos hubiésemos parado a pensarlo, nos habrían parecido absurdas y dañinas y probablemente abusivas...

—Un uso audaz e innovador de la palabra *probablemente*, profe.

—Bueno, después, cuando ya te has marchado y has tomado cierta distancia y te has dado cuenta de que el mundo no estaba hecho así y de que hay personas que viven de otra forma, piensas: «Esta era mi vida; durante tres, cinco, diez años, este fue el mundo en el que viví y estas eran las normas por las que se regía mi vida y esto era la normalidad...». Pero no lo piensas hasta que ha pasado un tiempo, cuando ya eres libre, y quizá algunos de ellos no lo son nunca. Algunos de *nosotros*.

—En tu caso, no lo tengo nada claro, profe. Si eres libre o no, quiero decir. Si eres uno de ellos.

—Yo tampoco lo tengo claro. Hay días en que me siento ajeno por completo a todo aquello; pasar con el coche por el colegio, reconocer en una tienda a alguno de los tipos raros que me daban clase o ver a los chavales con su uniforme bajando la calle en filas de a dos... no tiene ningún efecto sobre mí. Es como si nunca hubiera estado allí. Otros días, me da la impresión de

que estoy viéndome desde fuera, como si hubiera una película o una foto descolorida de alguien haciendo todas esas cosas: yendo al colegio, sentándose en clase, siendo manoseado, oliendo el aliento, presenciando el acoso a otros alumnos, tragando lágrimas, sintiendo el dolor, limpiando el escupitajo..., y me da pena el pobre chico y muevo la cabeza con tristeza. Créeme, Gary, la muevo al ver lo que tuvieron que soportar, y lo siento por ellos...

Advierto que mi voz va apagándose mientras hablo, que algo ha sido desalojado de mi interior. Es apenas perceptible, pero Gary también se da cuenta.

—Está bien, profe, ya no me hace falta oír más. He captado lo esencial.

—... Pero entonces es cuando miro más de cerca y pienso: «Me recuerda a alguien»..., y observo con más atención, y veo cómo se vuelve hacia dentro, se cierra, habla algunas veces, pero siempre consigo mismo, y me doy cuenta de que soy yo, de que estoy mirando un espejo y todo lo que estaba examinando desde fuera está dentro, y estoy tan roto que de hecho estoy observándome a mí mismo desde fuera, que me he partido por dentro, que solo puedo acercarme a lo que me pasó por un lado, como si fuera un animal que pudiera salir huyendo o atacarte... Avanzando de puntillas por mi propia cabeza para no despertar a quienes la habitan. ¿Sirve eso de explicación?

—A mí no, profe, esa es la verdad, pero de eso se trata en parte, ¿no? Una generación mira a la otra y piensa: «¿Cómo pudo pasar eso? ¿Por qué lo permitieron?».

—Bueno, así era en aquel entonces, en los ochenta... Que yo sepa, era incluso peor antes, en los setenta y los sesenta y los cincuenta... Y estos chicos, la mayoría, tenían padres que habían pasado por lo mismo; algunos de ellos, como Lansdale, en el mismo colegio, la misma residencia, rodeados del mismo mobiliario, escribiendo en las paredes de los mismos cagaderos, si bien un par de capas de pintura después. Y a menudo con los mismos profesores. ¡Imagínatelo! No puedes ir llorándoles a tus padres porque son los que te han metido allí...

—Ya, bueno, por eso este país es como es. Si quieres saber cómo funciona *esa gente*, qué es lo que les mueve en su Parlamento, en sus bancos y casas solariegas, en sus estrados y en sus tribunas de los periódicos..., mi teoría es que debajo de todas esas galas siguen llevando los pantalones cortos del uniforme escolar. —Gary lanza su vaso a la papelera—. ¿Qué hay de Jonny Kebab? Me gustaría hacerle una visita.

—¿Con qué pretexto?

—Curiosidad, profe, simple curiosidad. Aunque, para serte sincero, mi mayor curiosidad es comprobar cuántos dientes puedo saltarle de un puñetazo.

—Bueno, salió en la prensa hace unos años. Puede incluso que Lynne la Loca escribiera un artículo, ahora que lo pienso. Vendió Lansdale's, pero mantuvo el nombre como parte del trato. Jonny K tiene a sus dos hijos en el colegio, así que debió de gustarle, aunque solo sea en retrospectiva. Ahora está probando suerte con varios negocios pequeños, va abriendo restaurantes en barrios prometedores...

—Sí, y cerrándolos al poco tiempo... He leído cosas sobre él: un hípster pijo con acento de gilipollas. Un capullo oportunista en busca de barrios pobres que poder convertir en ricos. Pero en el fondo sigue vendiendo revistas guarras hechas pedazos. Ahora entiendo por qué hay tanto pervertido en las clases altas, por qué siempre pillas a parlamentarios y jueces y gerentes de fondos especulativos con chaperos o en salones de masajes o estrangulándose a sí mismos con ligas y una naranja metida en la boca... Es porque, cuando eran críos, su primer acercamiento al sexo fue con revistas porno rotas, con trozos de codos o pies, o medio culo en un pedazo de papel mojado. Generaciones de hombres de clase alta convertidos en fetichistas por gente como

Lansdale y la *pajonomía* escolar...

Me echo a reír, pero entonces me doy cuenta de que, en realidad, no es una explicación tan inverosímil. Coges la vergüenza y la frustración sexual, añades riqueza, jerarquía y violencia física y mental, lo sirves todo en un gran vaso llamado privilegio, y tienes... En fin, tienes lo que tenemos.

DANNY

La muerte de la madre de Danny supone una sorpresa. Nos sorprende lo que esperamos, porque, si hay algo peor que no estar preparado para la muerte de alguien a quien quieres, es estarlo. Te odias por ello, por prepararte para que se mueran mientras aún están vivos. Todavía siguen luchando, pero tú ya has firmado, por adelantado, tu tratado con la enfermedad que se los llevará. Los observas: se sientan en la cama, arrugan las almohadas y se inclinan hacia delante, intentan caminar hasta las tiendas o hasta el salón. A veces tienen un *día bueno*, o consiguen abrirle de pronto el apetito a su cuerpo debilitado, a su vientre hundido. Otras incluso se encuentran lo suficientemente bien como para hacer una visita, aunque se agarran con la mano temblorosa a la puerta del coche al bajar, una mano que ha quedado reducida a articulaciones y nudillos blanquecinos, mientras que los músculos ya no son más que tendones y cartílago. Se cansan enseguida, pero están aquí y siguen luchando. Tú no. Están tan consumidos que, cuando los ayudas a volver a subir al coche, es como plegar una silla de playa. Entretanto, ¿qué has estado haciendo tú? Mantener conversaciones con el enemigo a sus espaldas, eso has hecho.

Has estado preparándote.

Esas no fueron las palabras exactas que utilizó Danny —entonces no teníamos palabras *exactas*, porque, a no ser que salieran del señor Wolphram, las palabras llegaban confusas y demasiado tarde—, pero estoy bastante seguro de que se sentía así. Danny llevaba preparado desde hacía meses. Pero no estaba preparado para cómo le hizo sentir estar preparado.

En la enfermedad de su madre hubo muchos falsos restablecimientos —una medicación o un tratamiento que prolongaba esto o controlaba aquello—, y también muchas falsas recaídas: una crisis, un agravamiento repentino, un estertor de la muerte que no lo era, un declive final que terminaba con un viraje brusco justo al borde del precipicio. Estas últimas semanas, sin embargo, ha estado en un éter paliativo, de los diseñados para allanar el paso de la vida a la muerte, de tal forma que el abismo que las separa se convierte en un simple surco, un badén entre dos mundos.

Las últimas palabras de Danny a su madre se las dijo el martes al auricular del teléfono público que hay en el pasillo del colegio. Había cola detrás de él, otros chicos esperando, refunfuñando, metiéndole prisa mientras introducía monedas por la ranura. Por entonces eran monedas de dos peniques, y los chicos notaban su peso en el bolsillo cuando se dirigían al teléfono; las colocábamos formando una pila que veíamos menguar mientras hablábamos. No era una cabina telefónica, sino un simple auricular colgado en la pared, así que nos acostumbremos a hablar con nuestras familias de una forma extraña, medio privada, medio pública, sabiendo que nos estaban escuchando. Era otro modo, junto con las cartas, de convertir las relaciones familiares en relaciones formales. ¿Qué ibas a decirles a tus padres en medio de un pasillo y con chavales

mirando, escuchando, esperando, riéndose, metiéndote prisa? A veces la cola para llamar era tan larga que los tenías pegados al hombro mientras sujetabas el auricular junto a la oreja. No podías llorar en público, y habían encontrado la forma de que no pudieras llorar tampoco en privado.

Es el Doctor quien le da la noticia a Danny. Lo llama a su despacho y le hace quedarse de pie al otro lado del escritorio, en el que hay manuales de latín y el ladrillo encuadernado de su tesis doctoral que deja allí para que todo el mundo lo vea. No le invita a sentarse. ¿Por qué iba a hacerlo? Con noticias así, uno teme que, si invita al otro a sentarse, no vuelva a levantarse nunca. Además, Danny está *preparado*; lleva «preparado desde hace un tiempo», le informa el Doctor. «Esto no va a ser ninguna sorpresa para usted», empieza a decir. Pero lo es. Danny se apoya en el borde del escritorio mientras escucha al Doctor. Recobra el equilibrio. Es el mismo escritorio junto al que estuvo hace unas pocas semanas, en su «juicio». El Doctor se esfuerza por dar muestras de sensibilidad, y Danny se da cuenta. Pero no va a dejar de odiarlo.

Está preparado y no está preparado. Tiene la sensación de que va a caerse, a desmayarse, a perder el conocimiento ante la realidad de los hechos. Tiene la sensación de que toda esa preparación no le va a ayudar ahora; ahora que estaba preparado para lo que ha pasado. Habría tenido tiempo de sobra para prepararse cuando ya hubiera sido demasiado tarde; de pronto, se odia por haber pasado todo ese tiempo mentalizándose para lo que es imposible mentalizarse mientras ella estaba viva, por haber malgastado el poco tiempo que le quedaba a su madre acostumbrándose a un futuro que habría llegado tanto si estaba preparado como si no. No es el pasado lo que nos atormenta, es el futuro, piensa él. Está desconsolado, enfadado y callado.

El Doctor se ha mostrado bastante compasivo, según su propio punto de vista. Y así debe de ser, porque le ha dispensado de asistir a las clases que quedan ese día. Es viernes. Este próximo fin de semana se le permitirá ir a casa y quedarse hasta el entierro. Se cuelga una nota en el tablón de anuncios del colegio, informándonos de que Danny ha perdido a su madre. La firma el director. Le ofrece sus condolencias como si fueran un préstamo, que es lo que son para gente como él, y, como tal, puede exigirse su devolución en cualquier momento.

En la clase del señor Wolphram reina ese día el silencio porque, aunque Danny no les cae bien a todos, esto es lo más cerca que quieren estar de sentir dolor por la pérdida de un familiar. Es como si todo lo que discuten en clase hubiera cambiado de escala: como si la casa de muñecas de la literatura, con sus personas en miniatura, sus muebles y sus sentimientos en miniatura, se hubiera convertido de pronto en un lugar real en el que entras caminando y donde te sientes desorientado, pequeño y solo. Los libros ya no funcionan, llenos de gente de papel viviendo vidas de tinta. La palabra *muerte* ha dejado de ser un pequeño conjunto de letras en una poesía o un relato. Ahora es un agujero en el papel al que caes para no volver a salir nunca.

El señor Wolphram es consciente de esto. Habla con una voz suave que, no obstante, se proyecta perfectamente. Hoy deja apartado el programa de la asignatura, les da como lectura un relato humorístico de Damon Runyon, les pide que lean un párrafo cada uno y prueben a poner acento norteamericano moderno. Ander está solo en la primera fila, al lado del asiento vacío de Danny, porque los demás se han echado hacia atrás por miedo a que se les contagie la pena. Ander es portador de las esporas.

No vuelve a ver a Danny ese día. Lo busca en los sitios de siempre: junto a los campos de críquet, cerca del teatro del colegio, en las Downs y por el puente, el cual cruza varias veces.

Danny no está allí. Tampoco está en su cama. Ander lo ve una vez más, una semana después. Ha venido a recoger su baúl y a vaciar su armario. Es el señor Wolphram quien lo lleva a la

estación, y la última imagen que Ander tiene de Danny es en el asiento del copiloto del mismo coche que tiene el señor Wolphram en la actualidad y que está ahora en el laboratorio en manos de los forenses. Danny lo mira y desvía la mirada y lo vuelve a mirar y hace un gesto medio para despedirse, medio para apartar todo aquello, sus dos breves años de amistad, y es algo así como toda una infancia lo que se quita de encima detrás de la ventanilla.

UNA CARTA AL PERIÓDICO

—El chaval irlandés... ¿Cómo dices que se llamaba? —me interrumpe Gary.

—McAlinden. Danny. Daniel.

—Bueno, está claro que se está interesando por el caso. Ven a echarle un vistazo a esto.

Gary me cede su silla y señala la pantalla del ordenador. Es la carta destacada del *Guardian*:

Estimado editor:

Tuve la suerte de ser alumno de Michael Wolphram en Chapelton College en los ochenta, y lo recuerdo como un profesor excelente y generoso que dedicaba infatigablemente su tiempo a los alumnos interesados en las ideas. Llegué a conocerlo bien en el colegio y mantuvimos el contacto después.

Eso no me da autoridad para opinar sobre si mató o no a Zalie Dyer (algo me dice que la policía y los tribunales podrán ayudar con esto), pero sí me permite saber que las afirmaciones que se han hecho sobre él tanto en los tabloides como en la prensa «seria» son una sarta de mentiras, y que los medios de comunicación lo han juzgado por parecer, sonar y ser diferente. En la Gran Bretaña actual, esto parece privarle a uno del derecho a ser inocente hasta que se demuestre lo contrario. Y también perjudica gravemente las esperanzas de la familia Dyer de asistir a un juicio justo.

Pero no han sido solo la prensa amarilla y las revistas de cotilleos las que han mostrado su crueldad. Los vecinos pijos que se pasan el día detrás de las cortinas y han hecho cola para criticar por televisión su pinta «extraña» y tacharlo de «bicho raro»; el pusilánime director del colegio, al que le ha faltado tiempo para afirmar que nadie lo conocía ni se acordaba de él; esos «antiguos chapeltonianos» que se excitan con los escándalos y mienten sobre él escudados en el anonimato a cambio del dinero de los tabloides... Todos nos recuerdan que, cuando se trata de perseguir a gente distinta, la sociedad británica es capaz de dejar a un lado las diferencias de clase y volcarse de lleno en una causa común.

Atentamente,

DANIEL MCALINDEN

Newcastle

Leí la carta y deseé haberla escrito yo.

—Apuesto a que te gustaría haberla escrito tú, profe.

El trayecto en coche hasta Hastings nos lleva por la autopista, que es un gran atasco de furgonetas blancas en intersecciones y parques empresariales, de camiones contenedor llenos de bañeras y puertas, de furgonetas para venta ambulante de comida, de taxis y de monovolúmenes dirigiéndose al aeropuerto. Conduzco yo, y Gary tiene la mirada clavada ferozmente en el salpicadero. Voy demasiado lento para su gusto, pero Gary se pone agresivo con solo ver la foto de una carretera. La palabra *carretera* lo enfurece. Es uno de sus *desencadenantes*, como estamos aprendiendo a llamarlos.

De vez en cuando vemos aves rapaces —milanos, quizá, o halcones; tampoco es que Gary y yo seamos capaces de distinguirlos— oteando el asfalto en busca de mamíferos aplastados desde la posición privilegiada que comparten con las cámaras de control de velocidad.

—Recuérdame por qué estamos haciendo esto —masculla, observando de reojo y con envidia la circulación en sentido contrario, que, como todo lo que circula hacia donde no vamos nosotros, es más rápida y fluida que la nuestra.

—Porque queremos, porque es nuestro día libre, y porque nos han dicho que no lo hagamos.

Parece satisfecho con la respuesta. A fin de cuentas, ha sido idea suya.

Olemos el mar antes de verlo. El Salón del Ejército de Salvación está cerca de la playa en la que los aparejos y las redes de los pescadores están desparramados con descuido alrededor de sus cabañas, mezclados con barcas que han sido arrastradas hasta la arena y que ahora descansan de lado en medio del viento. El sitio está invadido por el plástico —bolsas de basura, cordeles y bidones de plástico, boyas para el sedal que el viento empuja por los guijarros como plantas rodadoras— y por la peste a tripas y cabezas de pescado. Las gaviotas graznan y se abaten sobre los despojos, o se quedan encima de nuestras cabezas formando una nube, buscando, dice Gary, «un coche de policía bonito y reluciente sobre el que cagarse».

Cuando llegamos, los voluntarios están vaciando bolsas de basura llenas de ropa donada y montando una mesa de caballetes para las comidas navideñas que van a servir hasta el día de Año Nuevo. En la pizarra de doble cara que hay en el suelo al lado de la puerta, se invita a los sin hogar, los sin amigos, los pobres y los abandonados a comer con ellos. Un par de reporteros con expresión huraña están de guardia bajo el frío; otro observa la entrada desde detrás de una caja de *pizza* abierta. Lo que quiera que hayan venido buscando, no lo han encontrado.

No han dejado de aparecer historias. «Exclusiva: la tía del acusado por el asesinato de Zalie dirige un comedor de beneficencia», dice el *Daily Mail*, que dedica un artículo «de opinión» a explicar por qué debería prohibirse a los hombres solteros dar clase en colegios. Otro periódico realiza una encuesta entre sus lectores: «Gays y niños. ¿Deberían mezclarse? No: teléfono 0845808080. Sí: teléfono 0845818181».

Los periódicos se enfrentan a un dilema: pueden optar por la vía de la «madre muerta», con el «criado por mujeres, solitario, pervertido y asesino de mujeres», y combinarlo con dejes de «culto religioso» para crear, de cara a la nación, el aura clásica de *Psicosis*. O bien pueden optar por un enfoque distinto, menos llamativo y más difícil de laminar en un titular, pero también más perturbador, y, sin duda, con más opciones de calar en la cultura: «El asesino navideño fue un niño *muy querido*, asegura su tía»; y, a continuación, «educación cristiana decente, catequesis, obras benéficas, se lo dimos todo», y, al final, «creamos un monstruo».

Todo el mundo está *diciendo lo que piensa, sincerándose, rompiendo su silencio*.

Hay un hombre vendiendo el *Hastings Herald*, cuyo titular de portada —«El acusado de asesinato estudió secundaria en Hastings. Los compañeros de clase dan su opinión»— está

colgado en la entrada del quiosco.

Dentro huele a betún y a detergente. Apoyados en la pared, hay alrededor de una docena de fundas para instrumentos de viento. Una gran tuba circular desenfundada ocupa todo un rincón. La funda, enorme, redondeada y negra, parece una sombra que se ha desenganchado e intenta escabullirse sin que la vea el cuerpo que la proyecta.

Gary se muestra respetuoso y un tanto sobrecogido. Sin más motivo que el instinto, porque el lugar es ruidoso y se oye el repique de las ollas y las sartenes, se pone a silbar.

Evelyn Price nos reconoce de inmediato. No va de uniforme, y aún lleva puestos el abrigo y la bufanda, a pesar de que el sitio está cargado con el calor sofocante de doce calefactores fatigosos. Está al fondo de la sala, sujetando una de esas grandes teteras de colegio con un asa adicional en la parte de delante. Los músicos a los que está sirviendo el té llevan uniforme. Hombres y mujeres ancianos y unos pocos adolescentes comen y charlan, con sus cajas de donativos y sus cubos de monedas al lado de los platos. Nos quitamos los abrigos. Gary ya está empapado en sudor.

—Recuerdo el Ejército de Salvación de cuando era más joven —dice—, las bandas de música y los niños al frente agitando las cajas para pedir dinero. Dinero suelto, alguna moneda pequeña, porque eso era lo que parecían conseguir siempre, y es lo único que nosotros teníamos. También llevaban pegatinas, en esos pequeños rollos como de papel higiénico en miniatura. Insignias con forma de escudo que se caían a las dos horas de habértelas pegado. Siempre me he preguntado qué pensaban los niños al ver a sus compañeros deambulando por ahí con sus cigarrillos y sus latas de cerveza, fuera de los centros comerciales y las estaciones de tren, mientras ellos estaban atrapados allí con pinta de soldados de juguete y aguantando burlas.

—Tal vez no les molestaba —respondo, aunque sin mucha convicción—. La mayoría pertenecen a familias del Ejército de Salvación; eran niños y ahora son padres y abuelos. Muchos lo dejan, seguramente, pero eso no significa que les avergüence o lo consideren raro.

—No sé, profe, era solo por hablar de algo, pero qué asco de mundo si nos reímos de gente que se preocupa por los que no tienen nada. Especialmente en Navidad. Me gustaban bastante algunas de sus canciones, sobre cómo iban a patearle el culo a la pobreza... En fin, quitémonos de en medio a la Madre Teresa y vayámonos a casa.

La «Madre Teresa» es una mujer de ochenta y seis años llena de energía, ágil de pies y aún más de cabeza. Deja la tetera y nos lleva a un cuarto interior, una especie de despacho con periódicos y calendarios y varias pilas de vasos de poliestireno y platos de plástico envueltos en celofán. Hay un gran letrero encima del escritorio: «Cuerpo del Ejército de Salvación en Hastings». Páginas enmarcadas del periódico del Ejército, *War Cry*^[25], cuelgan torcidas en la pared, como si las hubieran puesto personas de distinta estatura y todas a la vez. Hay una bandera con el lema «Sangre y fuego» desplegada justo encima de la puerta. Evelyn no irradia sangre y fuego, sino afecto, intransigencia y severidad.

—Esa mujer es dura como el acero—dice Gary con admiración ya en el coche de vuelta a casa—, acero envuelto en algodón.

Pero antes:

Nos ofrece té y lo aceptamos. Acepta siempre una bebida caliente y bébetela muy despacio: convertirás como por arte de magia unos pocos minutos en un generoso espacio de tiempo. Por otro lado, a la gente le resulta más difícil pedirte que te vayas cuando aún estás comiendo o bebiendo algo que te han ofrecido.

Gary ahueca las manos en torno a su taza. Evelyn Price nos deja empezar. Muestra la misma

actitud tranquila que su sobrino, pero no su frialdad. No estoy mirando la cara de una octogenaria, porque los ojos son dulces y azules, y sus facciones apenas tienen arrugas. Le echaría unos sesenta y cinco, no muchos más de los que le echaría al propio señor Wolphram, aunque sé que ella tiene casi veinte años más. Nos ofrece una caja de madalenas muy elaboradas, cubiertas por un brillante glaseado amarillo y rosa. Bollería industrial, compradas en una tienda, producidas en serie. Adiós a la tarta casera de Olive con la que fantaseaba Gary. El té nos quema la lengua, y la cal del agua ya está formando en la superficie una capa agrietada. No hay calefacción en el despacho, así que el té humea, y Gary y yo volvemos a ponernos las chaquetas, pues notamos cómo el sudor se va enfriando en la piel.

—Han venido para hablar de mi sobrino —empieza a decir, y no es una pregunta—. Pero, puesto que lo han acusado y no me han permitido verlo, no sé qué esperan que les diga. Ya he tenido que lidiar con los periodistas, que no dejan de llamarme por teléfono día y noche, y no han conseguido nada de mí. Algunos, incluso, ya han empezado a marcharse... El único con el que he hablado es el del coche, el grandullón con pinta de estar siempre hambriento. —Mira a Gary, se da cuenta de que lo ha descrito también a él y parece avergonzada—. Me preguntó si quería dar «mi versión» de la historia. Así lo llamó: «la historia». Tenía un talonario y un bloc de recibos.

—¿Cuánto le ofreció? —pregunta Gary.

—No llegamos a ese punto —responde con firmeza.

—Aunque estamos involucrados en el caso —empiezo a decir—, debo aclararle que lo hemos acusado nosotros...

Me mira primero a mí y luego a Gary, y no hay rastro de las reacciones que esperábamos: enfado, sorpresa, miedo, recelo, angustia.

—Entonces ¿a qué han venido?

—Para serle sincero, no estamos seguros. Lo hemos acusado, sí, pero eso no significa que nuestra investigación haya terminado, porque quedan muchas cosas que aclarar.

—¿Puede decirnos algo sobre él que sirva de ayuda? —pregunta Gary.

—De ayuda ¿a quién?

—A todos: a la policía, a la familia de Zalie, y quizá también a él.

—No se me ocurre nada que decir. Hace meses que no lo veo; nos juntamos cuatro o cinco veces al año, y la próxima iba a ser en Navidad, pero ese plan se ha torcido. Cuando hablamos por teléfono, es el mismo de siempre. Y yo también.

—¿De qué cosas hablan? —pregunta Gary.

Parece sorprendida.

—¿De qué habla la gente con parientes mayores? El tiempo, el precio de la vivienda, la televisión. La inmigración. Las cosas que, al decir de todo el mundo, más nos preocupan a los ancianos.

—Cuéntenos cómo era —pregunto.

Se recuesta en la silla y se quita el abrigo.

—Mi sobrino era un muchacho dulce y fuera de lo común... que se convirtió en un hombre dulce y fuera de lo común. Para empezar, no es como aparece en esas fotografías (arrogante y frío), y nada de lo que se ha dicho en los periódicos sobre él es cierto. Nada. Pero, claro, no creo que ustedes esperasen que dijera otra cosa, ¿verdad? Sencillamente..., no es como los demás. —Lo piensa un segundo y añade—: La *mayoría* de los demás. Porque hay mucha gente que no es

como los demás.

—¿Podría decirnos por qué está tan segura de que es incapaz de hacer lo que ellos dicen que ha hecho? —Gary sigue refiriéndose a *ellos*.

La mujer le da un sorbo a su té y se toma un momento para pensarlo.

—¿Cuánto les ha contado de su vida?

—Poca cosa; solo que lo criaron usted y su hermana, aquí en Hastings, y que era feliz. Todavía parece feliz... dejando a un lado todo esto... —añado de forma estúpida. «Dejando a un lado que lo han arrestado por asesinato, lo han abandonado sus colegas y sus vecinos, y el país entero está salivando por que lo ahorquen. Sí, dejando eso a un lado, todo va bien»—. Tal vez no tenga a su alrededor personas de ideas afines ni cuente con infinidad de amigos entre sus antiguos colegas de profesión, pero es feliz, y por supuesto la quiere a usted muchísimo, como también quería a su hermana. Y sabe que ese amor es recíproco.

Evelyn baja la vista y sonrío. Le satisface oír eso, aunque lo sabe perfectamente y no hace ninguna falta decirlo.

—Estaba siempre leyendo, siempre pensando. Tenía una grabadora, un viejo reproductor de casete, y ahorra para comprarse música en la tienda de discos. Ya ha desaparecido. La tienda, no la grabadora. Lo guarda todo. Algunas cosas siguen en su habitación. Aún duerme allí cuando viene. En realidad, nunca fue una habitación infantil, así que no es como si volviese al pasado, a su infancia ni nada parecido. Se suscribió a uno de esos clubes de música que te enganchan con una oferta especial y después te mandan cosas que no querías y te obligan a pagarlas, a menos que las devuelvas antes de dos semanas. Así es como ganaban dinero: contaban con que te olvidarías o no te molestarías en devolverlas. Pero a él nunca lo pillaron: si algo no le gustaba, lo llevaba a la estafeta de correos, perfectamente embalado, y lo devolvía. Me acuerdo de lo mucho que se entusiasmaba cuando recibía una cinta nueva, pero, por muy impaciente que estuviera por escucharla, la desenvolvía con muchísimo cuidado. Un día (debía de rondar los dieciséis años), pidió tres interpretaciones distintas de la misma obra. Le preguntamos por qué. Dijo que así podía compararlas y elegir cuál se quedaba. A nosotras nos fue imposible notar ninguna diferencia, pero a él no. Era capaz de decir qué orquesta estaba tocando una pieza, y cuándo. Y quién era el director, y dónde y cuándo se estaba interpretando. Imagínense.

—¿No había aprendido nada de eso de ustedes? —pregunto.

—No. La verdad es que no. Y tampoco de sus padres. Parecía estar ahí ya. Es difícil decir si las personas están moldeadas por la educación que reciben o si pueden reinventarse desde cero, ¿no les parece?

—Supongo que la respuesta es que se da una mezcla a partes iguales —sugiero.

—Es posible, pero ¿quién quiere una respuesta que parece sacada de un libro de cocina? —dice Gary bruscamente—. ¿Aprendió música con ustedes? —pregunta, en voz tan baja que se ve obligado a repetirlo para que ella lo oiga.

—Sí. —A la mujer eso no le parece relevante, y tiene razón, no lo es. Pero Gary quiere saberlo, porque querer saber ese tipo de cosas es una señal de que no cree que Wolphram sea culpable—. Su madre no era una chica del Ejército. La familia nunca formó parte del Ejército. A diferencia de la mayoría de la gente por aquí —señala la puerta abierta y el salón del otro lado—, que lo ha sido a lo largo de varias generaciones. Nosotros somos nuevos, en realidad. Una generación. Yo me uní con cuarenta y muchos años, y mi hermana Ida vino dos años después. Cuando Michael era pequeño, cuando murió su madre, lo llevábamos con nosotras, y nos preguntó

si podía aprender a tocar la trompeta. Ya era un poco tarde para eso, en realidad, porque debía de tener diez u once años, pero le cogió el tranquillo enseguida. No había pasado ni un año y ya era tan bueno como los demás. O mejor. Entonces quiso aprender a tocar la guitarra; no le gustaba la música que interpretábamos, le parecía, no sé, un poco básica. Pero además no le gustaba mucho tocar con los demás, formar parte de una banda. Le compré una guitarra. Le costó seis meses adquirir la destreza suficiente para presentarse a los exámenes. Mi hermana decía que no parecía que estuviera aprendiendo a tocar, sino más bien recordándolo de una vida anterior. No es el tipo de cosas que decimos en el Ejército de Salvación, eso de las vidas pasadas, y me acuerdo de que se avergonzó de su observación y cambió de tema. Tenía talento, de acuerdo, pero les aseguro que se esforzaba como si no hubiera nada más en el mundo. Horas y horas, podía pasarse medio día sin levantar la vista de su guitarra o de sus libros.

—No debió de ser fácil —dice Gary, intentando llegar a algo, a algún trauma o infelicidad o sufrimiento oculto.

—Quizá no lo fue, pero no en el sentido en el que usted está pensando. Tenía amigos, se reía de las bromas y las gastaba también. Solía verlo reírse mientras leía y le preguntaba qué le había hecho tanta gracia, y él me lo decía y a mí no me parecía gracioso. Conocía a gente que era como él; ya me entienden, de la que le gusta estudiar, o la música. Porque la hay, ¿saben?, en todas partes, incluso en sitios como este. Personas amables y de carácter dulce que no encajan pero tampoco les preocupa, y que de algún modo se encuentran unas a otras, en los lugares que solo ellos parecen conocer. Se dejaban el pelo largo e iban a conciertos, no solo de música clásica. Pop, rock o comoquiera que se llame. Esos chicos que vestían muy elegantes e iban en motocicleta, los mods; formaba parte de eso, así que no era un bicho raro. Simplemente hacía eso y, al mismo tiempo, le gustaba Mozart.

Nos rellena la taza y nos ofrece más madalenas brillantes de la caja.

—No tiene nada que ver con lo que cuentan los periódicos, todo eso de ser un solitario o un ermitaño. No lo era en absoluto. Ustedes quieren esas explicaciones porque él es distinto, pero, cuando la gente que es distinta se encuentra, es menos distinta. Igual que aquí, en el Ejército de Salvación: ahí fuera, somos extraños y tenemos una pinta ridícula y la gente se ríe, pero, cuando estamos aquí, somos iguales.

Se interrumpe un momento y le da un bocado a su madalena con glaseado rosa fluorescente; alarga el brazo para coger su té y a continuación lo deja a un lado sin probarlo.

—No sufría acoso escolar. A un par de profesores les parecía un niño difícil porque seguramente sabía más que ellos. Uno en particular tuvo un problema con él: solía ponerlo de pie delante de la clase y animaba a los demás a decir lo que odiaban de él. Como una especie de tribunal. Nos quejamos al colegio y algo debieron de hacer, porque no volvimos a oír nada de ese asunto. En cualquier caso, le iba bien allí, se mantenía alejado de quienes no compartían sus intereses, y ellos se mantenían alejados de él. La mayor parte del tiempo. No hay ningún misterio, nada escondido debajo.

—Sexo —dice Gary, más alto y más bruscamente de lo que pretendía. No estoy seguro de si es una pregunta o una afirmación pero, de todas formas, ella ni se inmuta. No sonrío, pero se aprecia un brillo de satisfacción en sus ojos, porque nos hemos vuelto predecibles.

—Me preguntaba cuándo sacarían el tema. Estoy asombrada de que hayan esperado tanto... — Tiene algo de la superioridad que hemos observado en él, si bien más suavizada, menos sarcástica. Le sirve a Gary otra taza de té, principalmente para distraerlo de su propia vergüenza.

Es la primera vez que veo a Gary avergonzado por la palabra *sexo*—. La respuesta es que no lo sé. Un poco, nada, mucho, y con quién... No lo sé. No soy la clase de persona con la que uno hablaría de eso, y él no es la clase de persona que querría hablarlo. De niño recibía cariño y lo daba, y era feliz. Puede que no sea lo que quieren oír, pero es la verdad.

¿Qué es lo que queremos oír? Ni lo sabe ella ni, ahora me doy cuenta, lo sabemos nosotros. Hemos venido a satisfacer nuestra curiosidad y a ofrecer algún tipo de compensación.

¿Compensación, por qué? Al fin y al cabo, podría ser culpable.

—Por curiosidad, ¿cómo se llamaba el profesor que se lo hizo pasar mal? —pregunto.

—Eso sí que puedo decírselo porque lo recuerdo perfectamente. El señor Goodship. A Ida y a mí nos hacía mucha gracia ese nombre. Al principio, claro, antes de enterarnos de que las cosas que hacía no tenían la menor gracia. Consiguió trabajo en otro sitio y no volvimos a saber nada de él.

Gary y yo tenemos que hacer un esfuerzo para no mirarnos. Estamos solucionando algo, estamos esclareciendo algo, pero no es el asesinato de Zalie Dyer.

—Él era así, punto. No necesitaba que lo protegieran, nadie le hacía daño ni lo molestaba. No creo que los otros chicos lo acosaran porque, aunque no era muy abierto y comunicativo en lo tocante a sus sentimientos, tampoco los escondía... No sé cómo explicarlo mejor: no había mucho expuesto en él, pero eso no significa que hubiera algo escondido. Él... no era exactamente como los demás, pero, al fin y al cabo, ¿quién lo es?

—¿Algún juguete? —pregunta Gary.

Lo mira con sorpresa. Acto seguido, la sorpresa se borra por completo de su rostro y sonríe.

—Bueno, como seguramente ya les ha dicho él, no era muy niño ni siquiera cuando era un niño. Pero tenía juguetes, lo que pasa es que no los utilizaba para jugar.

Gary se ríe. Probablemente le gustaría tenerla como tía. Desde luego, a mí me gustaría. Se me ocurre de pronto que no sé nada sobre la familia de Gary, excepto que es soltero, que sus padres viven en un bloque de viviendas de protección oficial en la zona oeste de la ciudad y que tiene una hermana de la que no me ha dicho ni el nombre. Entonces caigo en que me lo ha dicho y lo he olvidado. Olvidado no; simplemente, no le estaba escuchando.

—Hay niños así. —Se termina su té—. Supongo que ahora querrán ver su habitación. Es lo que hace la policía, ¿no?

—No... —digo yo.

—Sí... —dice Gary.

—... no es necesario.

—... nos gustaría.

INTERROGATORIO

—Vale, así que me conoce. —Volvemos a estar en la sala de interrogatorios, y yo vuelvo a estar en el caso—. Pero ¿cuánto recuerda, en realidad? Siempre he querido conocer su perspectiva.

—¿Mi perspectiva?

—No la suya en concreto; la de los profesores. Ellos van haciéndose mayores y los niños tienen siempre la misma edad. ¿No acaban siendo indistinguibles para ustedes?

—¡No! —dice, ofendido. No pretendía ofenderlo, y me sorprende de mi propia dureza—. Me acuerdo de muchas cosas, es solo que el orden en el que suceden tiende a cambiar. En ese sentido, ocurre al revés que en las novelas, ¿no cree?

No es realmente una pregunta, así que la dejo correr. No quiero que Gary entre y nos encuentre hablando de literatura del siglo XIX.

—Entonces, le han dejado volver a entrar, ¿no, Ander? —Es la primera vez que utiliza mi nombre, y me siento desenmascarado y, al mismo tiempo, reafirmado en cierto modo—. Aunque ahora es usted Alexander, por lo que veo en su cordón.

—Sí —digo, pasando el dedo entre mi cuello y la placa—, de momento, me han dejado, pero sobre todo porque no consiguen decidir lo que hacer conmigo.

—Hay un estatuto de prescripción legal para crímenes, ¿no?; por lo tanto, debe de haber también uno para las investigaciones —responde.

Ya no parece asustado. Está sentado con la espalda recta y la cabeza lo bastante erguida como para mirarte un poco desde arriba. Como solía hacer entonces. Le han devuelto las gafas, y está leyendo una revista de música clásica que le ha traído su abogado. Ha estado malhumorado y agresivo, sarcástico, desconcertado, perplejo, aterrado, incrédulo, roto y digno. Ahora que ha ocurrido, ahora que lo han acusado, parece más aliviado que asustado.

Algunos se desmoronan en cuanto los acusamos; otros cierran el pico. Al señor Wolphram parece que lo hayan liberado, que es justo lo contrario de lo que en teoría debería sentir. Acusamos a gente, especialmente a gente como él, contra la que tenemos pruebas circunstanciales, para que sientan que el cerco se estrecha a su alrededor y empiecen a decir la verdad, o a decir el tipo de mentiras a partir de las cuales puede deducirse la verdad: «que fue un accidente, que esa nunca fue su intención, que no lo planeó así, que fue un error, que ella se cayó, que él no pretendía matar a nadie...».

Por enésima vez, pienso que, si es culpable, es uno de esos criminales que no ceden terreno, no confiesan nada, no facilitan la menor información; alguien que va a prisión y a donde haga falta sin desvelar ningún secreto. Y, también por enésima vez, pienso que, si es inocente, confía bastante más en su inocencia, y en que un jurado la reconocerá, de lo que debería. Sigue sin haber

otros sospechosos, la prensa lo ha juzgado, lo mismo que el público, y, esté en prisión preventiva, en la cárcel o de vuelta en su apartamento tras ser puesto en libertad bajo fianza, corre más peligro del que cree.

Lo peor que podría pasarle ahora mismo es que lo dejaran en libertad.

Su abogado no es uno de los habituales *este gilipollas/ese gilipollas* de guardia a los que Gary y yo estamos acostumbrados. Es una mujer joven con el pelo a lo chico y traje pantalón negro. Se presenta, pero no consigo quedarme con su nombre la primera vez. Hay gente así, y yo soy uno de ellos: gente que deja de escuchar en cuanto alguien se presenta o les da indicaciones para llegar a un sitio. Es como si cayese un telón y el ruido de fondo no te permitiese oír nada más. Me recuerda los derechos de su cliente y, a continuación, me dice que los hemos vulnerado, y que lo pondrá en conocimiento de nuestros superiores. Oh, de eso sí me entero. Bien. Espero que lo haga. La apoyaré en lo que pueda desde el otro lado del pleito. Desde el banquillo de los acusados, si es necesario. Me ofrece su tarjeta y veo que es socia en uno de los bufetes para la alta sociedad y de nombre dickensiano que hay cerca del colegio. *Cashman, Price and Strang*[26]. Gary no les ha puesto mote porque no hace falta: todo lo que querría decir de ellos ya está en el nombre. CPS, paradójicamente, es el acrónimo de la Crown Prosecution Service[27] que tan a menudo han frustrado, superado en gastos o forzado a llegar a un acuerdo extrajudicialmente.

Lucy Hall, pone en su tarjeta. Conozco el bufete. Ya llevaban mucho tiempo incluso cuando yo iba al colegio y pasaba andando por delante de sus oficinas todos los días: dos pisos de una mansión georgiana de piedra color melaza con una fuente en el jardín delantero rodeada de Lexus y Mercedes negros. El jardín solía estar muy cuidado y con el césped cortado, pero ahora está cubierto de grava que cruje bajo las ruedas de todoterrenos con matrículas personalizadas. CPS son buenos: el lustre de la vieja escuela y la tecnocracia de la nueva, más el tipo de amenaza legal que solo puede comprar el dinero de verdad. Es como todo lo que compra el señor Wolphram: lo mejor de su clase, porque solo va a comprarlo una vez.

Lo que no sé, aunque lo sabré pronto —lo averiguaré a las pocas horas de salir de aquí— es que no es el señor Wolphram quien paga a Lucy Hall, sino el padre de ella, Neil. No lo hace *pro bono*, pero el resultado es el mismo, porque un abogado que cree en lo que está haciendo vale tanto como un bufete entero movido por el dinero.

Esto será más adelante, cuando de pronto las cosas sigan un orden y una lógica de los que carecían al principio. En eso tenía razón el señor Wolphram: «No es como una novela». De momento, Lucy Hall es solo una abogada y, como Gary todavía no la conoce, aún no tiene mote. Parece inteligente, considerada y amable. Lo que quiero decir es que se convirtió en esas cosas cuando la conocí mejor, porque, cuando la vi por primera vez, no aprecié nada, en realidad; no era más que una abogada en una sala calurosa con un hombre que tal vez hubiera estrangulado hasta la muerte a una mujer contra una pared y hubiera metido después su cuerpo en bolsas de basura de Pound Shop.

Wolphram nunca habría comprado nada de Pound Shop, soy consciente, pero no puedes confiar un caso a la premisa de que el acusado compra artículos más exclusivos que los utilizados en el crimen.

—¿Puedo hacerle a su cliente algunas preguntas sobre sus años de profesor? Preguntas que no tienen relación alguna con el caso.

Ella lo mira —no parece sorprendida, lo que significa que él debe de haberle hablado de mí—

y asiente.

—Es una petición extraña y preferiría negarme, pero mi cliente no ve inconveniente, así que accedo. Pero no se discutirá nada sobre el caso y, de todos modos, me quedaré aquí para asegurarme de que así sea —responde.

—Por fin. Unas preguntas que no me incriminarán —dice él sonriendo. Es una sonrisa amable y no me la merezco. Su abogada también sonríe, pero por él, no por mí.

El señor Wolphram me presenta.

—El inspector Widdowson fue alumno mío hace algunos años, y bastante bueno, si no recuerdo mal, aunque un poco atolondrado. Despistado.

—Vamos a pedir que lo pongan en libertad bajo fianza —anuncia la señora Hall.

—Sí —digo—, lo sé. Pero creo que pedir su puesta en libertad no es buena idea hasta que lo absuelvan.

—Me temo que eso no es decisión suya, sino de mi cliente y mía. Pediremos libertad bajo fianza y, puesto que al señor Wolphram le resultará imposible volver a su casa, nos encargaremos de buscarle un alojamiento del que se les informará a ustedes cuando corresponda.

—Quiero volver a mi casa —dice el señor Wolphram con firmeza—. Soy inocente y mi casa es el único sitio en el que debo estar.

—Lo hablaremos —dice Lucy Hall y, mirándome para que me marche, añade—: entre nosotros.

—¿Quería hacerme una pregunta?

—Sí. Sobre mi amigo Danny McAlinden. ¿Se acuerda de él?

—Sí.

—Se fue del colegio con usted. Lo vi en su coche. Y no volví a saber nada de él.

—Es una forma bastante melodramática de decirlo. Lo llevé a la estación de tren. Volvió a Newcastle, a casa de su padre. En principio, era solo para asistir al entierro. Pero se quedó allí. Unos días más, una semana, dos semanas y, al final, terminó el trimestre y... bueno... El sueldo de su madre era el principal sostén de la familia, y su padre necesitaba que Danny se pusiera a trabajar. Renunció a su beca, estuvo un tiempo como aprendiz en una platería. Es posible que no tuviera alternativa, pero me dio la impresión de que lo había decidido él.

—¿Y ahora?

—No lo sé. Mantuvimos el contacto durante... bueno, al menos diez años después de aquello. Su padre se jubiló y Danny quedó, tal como lo expresó él, *liberado*, así que volvió aquí y estuvo un tiempo trabajando en el nuevo Centro de Arte del puerto. Se adaptó bien. Si hubieras ido a ver más cine europeo, seguro que te lo habrías encontrado en la taquilla; allí es donde solía verlo yo...

—Muy gracioso... ¿Y después de eso?

—Trabajaba allí a tiempo parcial e hizo un curso preparatorio sobre tecnología musical en la escuela de bellas artes. Se especializó en iluminación y sonido, acústica para conciertos y festivales. Lo último que supe de él es que estaba preparando un estudio de grabación para documentales y seriales de radio. Eso fue hace unos diez años.

—¿Cuánto tiempo estuvo aquí?

—Cinco años; tal vez seis, o siete. Lo suficiente para terminar un grado y conseguir algo de experiencia laboral. Por lo que yo sé, quizá no se haya ido.

Danny estaba aquí, tan cerca todo este tiempo, nunca a más de dos o tres kilómetros de donde nos encontramos ahora. Creía que yo era el único que había vuelto. Pero, como Gary me recuerda a menudo: «No, profe, tú nunca te has marchado, y eso no es lo mismo».

—Sí, se fue, pero he pensado que le gustaría ver esto... No es que sirva para equilibrar las cosas, pero ahí está...

Le enseñó la carta de Danny. La lee dos veces: la primera con preocupación, temeroso de encontrarse con otra traición, y la segunda más despacio, disfrutando y sintiéndose reconfortado. Sonríe, orgulloso y conmovido, incapaz de hablar por un momento, y entonces susurra:

—Gracias. —Y se quita las gafas, se frota los ojos y los cierra—. Deme un segundo, por favor.

Lucy Hall me mira con..., bueno, no exactamente con amabilidad, pero sin duda con menos desprecio y recelo que antes.

Danny. Todos esos años podría haberlo buscado... Facebook, LinkedIn, Amigos Online... Se puede encontrar a cualquiera. Y mi trabajo es encontrar a personas. A personas de otras personas, al menos. Busqué a mi antigua novia, Claire Brett. Sigue aquí, a unas pocas calles, y, a pesar de que la ley de la probabilidad dice que tendríamos que habernos cruzado unas cuantas veces a lo largo de estos últimos decenios, llevo sin verla veinticuatro años. Y lo mismo me pasa con Jonny Kebab, aunque sé que vive en St Leonard's, que siempre está por la ciudad para las inauguraciones, normalmente con esposa nueva, y que es un habitual de la sección «Alta Sociedad» del *Evening Post*, la columna de cotilleos de ocasión en la que Lynne Forester escribe sobre los bailes del Rotary Club y las bodas de los famosos.

Pero distancia y cercanía no funcionan como esperamos que lo hagan. En una gran ciudad, puedes ver a la misma persona tres veces en una semana y acabar preguntándote si alguna fuerza extraña está arrastrándoos a los mismos sitios en el mismo espacio de tiempo. Sin embargo, también puedes vivir cerca de alguien y no verlo nunca. ¿Hay alguna explicación científica para eso? ¿Un algoritmo? ¿O se trata más bien de una fantología de encuentros, como magnetismo y contramagnetismo, la forma en que nos vemos atraídos unos a otros pero quizá también repelidos? ¿Hay alguna ley oculta que nos hace tomar el camino por el que evitamos encontrarnos con X, o entretenernos en una tienda cuando quizá de haber salido dos segundos antes nos habríamos encontrado con Y, o que hace que nuestro tren se retrase o nos insta a no entrar por la puerta del *pub* o el cine donde nos habríamos tropezado con Z? La misma ley oculta que hace que las cosas ocurran evita también que ocurran. La ley por la que se rigen las coincidencias es también la que las evita; la ley que rige que no ocurra nada en absoluto.

Todo este tiempo, y tan cerca el uno del otro.

Siempre lo pensamos al revés: cómo suceden las cosas, nunca cómo no suceden; las cosas que podrían haber sucedido y casi lo hicieron, todavía ahí vociferando, fantasmas en el quizá, anhelando su vida en el contrasuceso.

Estuvo cinco años aquí y nunca lo vi: él en la escuela politécnica del otro lado del puente, yo en la universidad, con su campus, en el extremo pijo de la ciudad. Seguramente estuvimos a dos o tres calles de distancia una buena parte del tiempo. Seguramente entré en *pubs* de los que él acababa de irse, en tiendas en las que él acababa de pagar. Debimos de estar esquivándonos constantemente, desafiando la ley de la probabilidad, la cual decreta que en algún momento, en algún punto de nuestras órbitas convergentes, nos encontraríamos. Seguramente tuve en las manos una moneda o un billete que había pasado por las suyas, que había estado en su bolsillo. Tal vez se

emborrachó con un vaso que yo había usado en el mismo *pub* unos días antes. La ciudad es el gran plano ramificado de nuestros desencuentros, nuestras rutas de vuelo entrecruzándose una y otra vez. Pero ¿lo vi? Nunca.

—¿Por qué no me avisó?

—Ni idea. Pensé que lo haría, pero, como nunca te mencionó, di por sentado que os habíais enfadado. No, enfadado no... Distanciado. Como se distancian los niños. Chapelton no era un sitio, al menos en su recuerdo, al que quisiera volver. No creo que eso te extrañe. Cuando volvió, parecía cambiado. Algo de esperar, supongo: tenía diecinueve años, había vivido y trabajado lejos de libros y aulas, había experimentado cosas que casi todo el mundo experimenta mucho más tarde, y cuando volvió fue como si llegase por primera vez. Hizo borrón y cuenta nueva. Empezó de cero. Lado opuesto de la ciudad, círculos distintos. Ciudad casi distinta. No quería hablar de gente a la que hubiera conocido antes; y eso te incluye a ti también, me temo, más allá de preguntarme, al poco de regresar, si sabía cómo te iba, y no lo sabía. Había cambiado también físicamente: más ancho de hombros, pelo cortado a cepillo y rostro más anguloso, más endurecido. Botas y abrigo de piel... Parecía un músico callejero. De hecho, creo que tocaba en la calle, en Cowbridge Road y en Park End Street y cerca del puerto y los transbordadores. Cuando se construyó el nuevo Centro de Arte, podía conseguirse más dinero.

La idea de que Danny pueda de verdad haber cambiado físicamente me desconcierta. Es probable que no lo hubiera reconocido aunque hubiéramos estado en la misma habitación. Seguramente lo oí tocar pero, al fin y al cabo, nadie mira a los músicos callejeros...

—¿Qué instrumento tocaba? —pregunto, y caigo en la cuenta de que no sabía que Danny tocase ningún instrumento, ni que tuviera aptitudes para ningún tipo de música.

—El habitual —responde el señor Wolphram con afecto, recordando un tiempo anterior a asesinatos y acusaciones de asesinato, demonizaciones e interrogatorios—, una guitarra cochambrosa, sorprendentemente bien afinada por lo poco que escuché. Y no era clásica. No había Villa-Lobos en las calles por aquella época.

En mi imaginación, Danny ha sido siempre como era la última vez que lo vi: delgado, triste y sombrío..., y siempre yéndose. Tenía ese aire de quien está hecho para marcharse, así que la idea de que estuvo aquí me produce una especie de celos. ¿Celos de qué? No de él, no; se trata de celos policiales más que eróticos o sentimentales: celos por haber seguido adelante sin tener *pleno conocimiento de los hechos*.

—¿Qué me dice de aquel último día?

—Fue muy sencillo y muy triste. Le habían dado unos días libres, creo, o quizá una semana, pero él sabía que no iba a volver. Desde luego, yo lo sabía, y no hizo falta que él me lo dijera. Lo supe desde el momento en que interrumpí aquel juicio horrible. Los chicos no tenían muchas posesiones por aquel entonces, ¿verdad? El uniforme escolar, la ropa de los fines de semana en el caso de quienes no se iban a su casa, un par de libros, un par de fotos familiares.

—Nada por lo que valga la pena volver —digo yo.

—Cierto.

—Y nadie.

—Con las personas es distinto, ¿no crees? No se quedan inmóviles ni se apagan ni se las guarda al hacer limpieza cuando no estás con ellas. Tú seguiste con tu vida, él con la suya, nosotros con la nuestra.

—Supongo que me habría gustado tener noticias tuyas, nada más. Estábamos muy unidos...

—Sí.

—Éramos inseparables.

—Nadie es inseparable.

—Fuimos a Hastings a ver a Evelyn.

—Ya me lo imaginaba. Supongo que estaba preparando té en teteras gigantes y organizando cientos de comidas navideñas. Si no me hubierais traído aquí y no me hubierais acusado de cosas que no he hecho y que ni siquiera se me pasarían por la cabeza, estaría ayudándola, en lugar de aquí sentado removiendo las cenizas de sus años escolares.

—No les dije a sus tías que había acabado en el mismo colegio que Goodship, ¿verdad?

—No. ¿Por qué iba a hacerlo? Solo habría conseguido preocuparlas. Y no sabía que estuviera allí cuando solicité el trabajo. No lo descubrí hasta que me lo encontré por el pasillo. Y ni siquiera entonces lo reconocí, hasta que me lo presentaron en la sala de profesores. No nos relacionábamos, cada uno iba a su aire. Al cabo de unos años, ocupó el cargo de director. Optó por la vía administrativa. Así funcionaba en los ochenta.

—No sin antes transmitirle a su protegido su afición por impartir justicia en clase, al parecer.

Wolphram baja la vista.

—Sí, bueno, en estos colegios todo se hereda: las tradiciones, los legados... —Vuelve a alzar la mirada—. ¿Acaso tus padres no pagaban para eso?

—Siento interrumpir su viaje por el recuerdo —tercia Lucy Hall—, pero mi cliente y yo tenemos que hablar de cómo sacarlo de aquí; por lo tanto, les sugiero que dejen esta conversación para otro momento, cuando él haya quedado en libertad, usted se haya disculpado y nosotros estemos deliberando sobre el tipo de indemnización a la que tiene derecho.

—Yo no he dicho que quiera una indemnización —le dice él con delicadeza y con el aire de alguien a quien se ha malinterpretado.

—La querrá cuando vea esto —responde ella, señalando con la cabeza los periódicos amontonados delante de él.

—Sé lo que pone ahí —replica Wolphram, cogiendo a la defensiva la *Classical Music Today*.

—No —le digo—. En realidad no lo sabe.

Esta noche, Marieke me pone la grabación de un coche aparcando sobre grava. Es la grava del camino de entrada a la casa de mi vecino. Me dice que suena como el mar, y tiene razón: como el mar en calas poco profundas. Me hace escuchar después unos guijarros remojados por el mar que ha encontrado en el ordenador, un arrecife archipelágico de Cornualles haciendo gárgaras con espuma y piedras. Los dos audios son casi indistinguibles.

Su otro favorito: el sonido de los coches en la carretera de circunvalación, grabado cerca del puente, desde la antigua zona industrial donde va la gente a montárselo al aire libre. Suena, dice ella, como una catarata. También esta vez tiene razón. Le encantan las cosas que suenan parecido pero son completamente distintas; tan distintas que son casi opuestas, dice ella. Aquí es donde encontramos el cuerpo de Zalie, en esta zona urbana intermedia y su carretera sin nombre, donde, si cerrases los ojos, podrías imaginar que estás en los Dales o en las Highlands.

Eso interesa también a Marieke: cómo es posible que una carretera no tenga nombre, y cómo puede seguir así aun rodeada de lugares que aparecen en planos, en aplicaciones móviles y en

postales. Lugares, dice, que han sido *registrados*. El puente, el viaducto o el zoológico, vistos por miles de personas cada día, y luego esta ribera cubierta de barro y maleza, sembrada de envoltorios de chocolatina descoloridos y latas vacías, detritos de los consumidores, y los objetos del día a día que se pierden arrastrados por el viento.

Marieke tiene una docena de memorias USB llenas de grabaciones suyas. Las ha etiquetado y fechado: «reproductor de música, timbre de la puerta, reloj de pulsera, zumbido torres de alta tensión, borboteo del desagüe, motor del coche, hombre tosiendo, tecleo del teclado...».

Va reconstruyendo el mundo como un detective.

Sigrid vuelve sola de una cita con alguien que conoció a través de Soulmates. Ha sido una noche corta, tanto que ni siquiera ha cenado.

—¿Tan mal ha ido? —pregunto, pero no responde; tira el bolso en el sofá y se sirve un vaso del vino que tengo en casa, sea cual sea, pues lo compro sin pararme a elegir. Marieke está viendo un documental sobre Rock'n'Roll, con el que está aprendiendo que el mecanismo que lleva en el interior su grabadora tamaño bolígrafo antes era del tamaño de un coche. Está tomando notas para su proyecto escolar, que es una historia de los ordenadores. Empieza así: «La memoria no tiene tamaño, pero el lugar en el que la pones ha de tenerlo». Es difícil discutir con Marieke cuando se trata de su tema favorito.

—Háblame de esas páginas web —le pido a Sigrid, mientras pincha con un tenedor el pollo que me ha sobrado. Huele a perfume de hace horas y a humo de terraza de bar.

—Otro desastre —dice, y se refiere tanto al hombre como a la cita—. Creo que deberías probar en alguna página. Tener a alguien para quien cocinar, o por quien aprender a cocinar, al menos, podría cambiarte la vida.

Cambió la suya, de eso no cabe duda: de ser una joven de veintinueve años feliz y de trato fácil a ser una esposa de interior temblorosa y temerosa, con ojos criados en cautividad, y un marido que controlaba dónde iba, decidía la ropa que se ponía y la encerraba en casa cuando salía de copas con sus amigos. Llegó incluso a instalarle en el móvil una aplicación que le informaba de dónde estaba a todas horas. Y no es que estuviera nunca donde se suponía que no debía estar, pero daba igual; es difícil saber qué quiere el hombre controlador: algo que controlar, o nada.

Ocurrió poco a poco: pequeños incrementos, algunos tan pequeños que, incluso volviendo la vista atrás, era difícil reconocerlos. En los días en que Sigrid y yo aún lo discutíamos, yo lo fechaba en el momento en que él le dijo que cerrase el pico y que ya había bebido demasiado —después de solo dos copas— en un banquete de bodas, delante de todos los que la conocían; ella lo fecha más tarde, cuando lo encontró tirando a la basura todos los libros que le había regalado un exnovio. Yo me remonto a la tarde en que la llamó puta por arreglarse para salir con sus amigas; ella se remonta al día en que la llamó espantajo por no arreglarse para quedarse en casa con él.

La cuestión es, me dice, que, cuando sabes que ha llegado la hora de marcharse, ya es demasiado tarde. Si sabes que ha llegado la hora es *precisamente* porque es demasiado tarde.

—Sí, les echaré un vistazo —le digo—. De hecho, el otro día estuve buscando en una...

Alza la vista, interesada. No hay duda de que es más interesante que lo que he cocinado.

Sigrid conoció a su marido de la forma tradicional: era el amigo de un amigo. Ese primer día, estuvieron hablando de un lado a otro de la mesa, dos solteros en una mesa de parejas. «En realidad no puede decirse que congeniásemos enseguida», explica ella, «pero tampoco llegamos a congeniar más adelante». Después de aquello quedaron solos varias veces. Cine, copas, cena en

un restaurante, mesa para dos. ¿Y después? Lo mismo, pero un poco menos. Después un poco menos de todo: tiempo, ternura, conversación, sexo. Programas de televisión distintos, hora de acostarse distinta. ¿Y después? Lo habitual: un año de convivencia, boda, hija, dos trabajos, dos sueldos en la media y una casa, no donde ellos querían vivir, pero lo suficientemente cerca. Todo el matrimonio fue así: su lema venía a ser *pero lo suficientemente cerca*. Al principio.

Con el tiempo, cosas menos habituales, pero no tan infrecuentes, después de todo: los celos, las amenazas, las cenas con los compañeros del trabajo a las que le prohibió ir, las patadas a las puertas y los platos rotos; el distanciamiento forzado de amigos y familiares, el control del correo, la confiscación del teléfono... Separación, divorcio, y después una breve, y desganada por parte de él, batalla por el derecho de visita a Marieke. Primero fueron los fines de semana, después un mes, y ahora él se ha desentendido casi por completo. Con gente como Simon, la apatía y la indiferencia se convierten en cualidades.

—¿Te has metido en una página de contactos? —pregunta.

—Sí y no —le digo.

—Esa es tu respuesta para demasiadas preguntas —dice.

—Es por el caso en el que estoy trabajando.

—¿La chica de las bolsas de basura y el profesor rarito? —pregunta, cerrando la puerta para que Marieke no pueda escuchar a escondidas. Pero, puesto que Marieke seguramente está grabándonos, es una precaución inútil—. Espero por tu bien que sea culpable; y también por el suyo —dice—, porque lo que han hecho con él en la prensa es horrible.

—Sí..., la chica, Zalie... Tenía un perfil en Soulmates, como tú. Sigue activo. Pensé que podíamos controlarlo, comprobar si alguien entraba a verlo. Sin duda podía entrar algún morbosos, pero no es fácil reconocerla en la foto de perfil. Desde luego, sigue recibiendo mensajes, «me gustas» y «solicitudes de conversación»... Leí todo su perfil y los mensajes, busqué a alguien que le dijese cosas raras, pero nada. Puede que en tu perfil hayan entrado los mismos hombres; ya sabes, *lujuria local*.

A Sigrid le parece probable.

—No me sorprendería. La gente busca a quienes viven cerca, si lo que quieren es una relación. Las personas que viven cerca se antojan, en cierto modo, más reales, a pesar de que no se diferencian en nada de las que viven lejos...

—La idea de que tal vez van a las mismas tiendas, pasean por los mismos parques..., o se sientan en el mismo autobús, les excita, hace que todo parezca más real —le digo—. Supongo que hay ocasiones en las que el comportamiento sexual o de atracción normal converge con el comportamiento propio del acosador o el pervertido, ¿no crees? Es decir, cuando te dejas caer por sitios en los que sabes que podría estar una persona, con la única finalidad de verla y hacerte el encontradizo. Piensa en todas esas películas románticas de Hollywood que tienen como protagonista a un tipo tenaz que nunca se rinde, esperando estoicamente delante de la casa de la chica, en su trabajo, elaborando un plan para fingir que se tropiezan por casualidad... Siempre son tíos, además, y en todas ellas se trata el rechazo, la palabra *no*, como una suerte de postura negociadora flexible, de forma que...

—Gracias por esta clase magistral sobre los hombres, Ander, esto que me cuentas es nuevo para mí —me interrumpe Sigrid—. Mira..., vamos a suponer que estamos hablando de gente normal: si lo que quieren es sexo, es posible que estén dispuestos a viajar de forma excepcional. Y, en cualquier caso, estarían en otras páginas más apropiadas para eso. Estarían cribando a los

candidatos con un movimiento del dedo a izquierda o derecha, no entrando en su perfil para ver si a los dos les gusta el *jazz* o la cocina cajún o la filosofía francesa.

—Entonces, ¿cómo funciona? La página te avisa de que han entrado en tu perfil, y de quién ha entrado, ¿no?

—Sí. Puedes ver quién ha entrado a verlo y cuándo fue la última vez que lo hizo. Aunque no te dejen un mensaje, sabes que han entrado. Que han *echado un vistazo*. Yo veía quién había entrado y, la mayoría de las veces, no me interesaba. Ni siquiera entraba en su perfil.

—Pero, si ella hubiera querido, habría podido llevar un control de quién veía su perfil aunque no le dejase ningún mensaje.

—Sí, ¿por?

—No sé, tal vez sea importante. Habían entrado en su perfil cientos de personas, pero no había leído ni la mitad de los mensajes; solo un cuarto del total.

—Las mujeres tienen cientos de visitas a la semana; los hombres no, ahí tienes la explicación. Es una cuestión de proporción: hay muchos más hombres que mujeres en las páginas de contactos, unos cinco por cada mujer, así que es su forma de conseguir que sus consumidores no pierdan el interés, de hacer que sigan pagando; es más probable que te quedes y no canceles tu pago domiciliado si alguien visita tu perfil. Algunas páginas tienen mujeres falsas, algo así como avatares, que se interesan por los hombres a los que nadie hace caso, solo para retenerlos un mes más, un año más, alimentándolos con la esperanza suficiente para mantener vivo ese pago. Eso he leído, al menos. Pero, como te he dicho, es distinto con las mujeres. Yo paso por alto la mayoría de mis mensajes, mis «me gusta», mis corazones y mis ramos de flores electrónicos. Casi nunca leo más allá de la primera línea.

—¿Por qué no? —Intuyo que hay algo más ahí, pero no estoy seguro de qué y no sabría explicarlo, y me gustaría que Gary estuviera aquí porque le daría consistencia: ¿que a Zalie la conocía más gente de la que ella creía? ¿De la que *nosotros* creemos? Utilizo el verbo *conocer* en sentido cibernético, porque solo hemos buscado a gente real geográficamente cercana: vecinos, colegas, amigos, conocidos del *pub* y de las oficinas de planta abierta. He pensado incluso en alguien que estuviera a un telescopio de distancia: un mirón al otro lado de la plaza o de las pistas deportivas. Pero no he encontrado nada. ¿Y la otra clase de mirón? Teléfono a Gary y le pido que compruebe el perfil de Zalie en Twitter, foros o salas de chat en los que tuviera cuenta..., cualquier sitio virtual en el que pueda haber sido vista y oída de formas en las que todavía no hayamos reparado pero de las que quizá ella fuera consciente...

Sigrid sigue hablando:

—... En fin, normalmente te das cuenta enseguida: el tío es demasiado viejo, demasiado joven, tiene una foto de su polla en vez de su cara... O no sabe escribir, te propone una noche de placer en el Travelodge, o te invita a un trío muy cachondo o quiere tu número de móvil enseguida... O pone como un trapo a su mujer, a su ex, al organismo de ayuda al menor... Esas cosas suelen ocurrir en la primera cita, no en el chat. Es la fase de *cortejo*, como la llaman en las páginas de contactos para mayores de cincuenta.

—¿Es como llevarse una mala impresión de alguien en la vida real, solo que *online*? ¿Los mismos indicios: obsesivo, entrometido, amenazador, inseguro, con un pasado preocupante? —pregunto.

—Supongo que sí, pero sin tener que volver a encontrártelos. Puedes bloquearlos o ignorarlos, y, de todas formas, mandan un montón de mensajes iguales, así que lo más seguro es que se les

olvide a quién han escrito. Acuérdate de las proporciones: para tener una mínima posibilidad de recibir al menos una respuesta, estos tíos han de enviar decenas y decenas de mensajes. No hay riesgo alguno; ninguna información personal, a menos que seas tan estúpido de dar tu dirección o de decir dónde trabajas o de utilizar tu nombre real. Yo ni siquiera utilizo mi nombre de pila.

—Bueno, Zalie no contactó con ninguno. Recibía cientos de mensajes, y la mayoría ni siquiera los leía. No respondió a ninguno.

—Eso es normal; quizá conoció a alguien y se olvidó de la página, o echó un vistazo rápido a todos los mensajes en su buzón de entrada y se lo pensó mejor. Yo hice lo mismo: me abrí una cuenta hace dos años, y después no me vi con ánimo suficiente. Me ponía un poco enferma, la verdad; no la gente, que en general estaba bien, sino toda esa necesidad y soledad, y también toda esa esperanza. Sobre todo esto último, para ser sincera: la esperanza. Incluida la mía. Más adelante volví a intentarlo cuando tuve una idea más clara de lo que quería.

—¿Cuál era esa idea?

—Lo que quería de mí, quiero decir; lo que esperaba de mí misma, más que de otra persona, de una persona hipotética que aparecería y lo haría todo bonito.

—¿Y qué era? Lo que esperabas de ti misma, quiero decir.

—En primer lugar, compañía, sin más. Tengo un trabajo decente, una hija... Soy propietaria de una casa (de una parte, al menos), vivo en una ciudad bonita y tengo un montón de amigos. Eso ya es una vida. Partí de ahí. La primera vez, después de Simon, quería... *pensaba* que quería... otra pareja, otro marido, como quieras llamarlo. No concebía una vida sin un hombre a mi lado.

—¿Y eso ha cambiado? —pregunto.

—Sí. Ya no espero que otra persona haga lo que yo no soy capaz de hacer por mí. Esa es la diferencia entre yo ahora y yo después de Simon, y la mierda de vida que me dio. Aclarado eso, ya no tengo ningún problema con las páginas de contactos: no cierro la puerta a encontrar a alguien de quien me enamore, pero me doy por satisfecha con conocer a gente que no sea del trabajo.

—Entonces, ¿por qué se unió Zalie a una página de contactos? —pregunto—. ¿Qué esperaba encontrar?

—Das por sentado que estaba sola o frustrada o que no conseguía encontrar a una persona real en el mundo normal, ¿verdad?

—No doy por sentado nada de eso... Bueno, quizá un poco. Siempre he dado por hecho que todos empezamos buscando que nos quieran y acabamos conformándonos con que nos conozcan. Pero tal vez sea cosa mía. Sabemos que tenía novio (lo conoció a las pocas semanas de unirse a esa página, en realidad), así que no utilizaba la web más que para echar un vistazo de tanto en tanto. Entró en un par de perfiles, pero no envió ningún mensaje. En resumidas cuentas, se unió, conoció a alguien en la vida real y nunca llegó a cancelar su cuenta. Ni a dejar que la suscripción caducase.

—*Vida real*. Muchas gracias... —dice Sigrid. Mira su reloj, bebe un poco más de vino—. Tal vez sentía curiosidad, nada más.

—¿Curiosidad, por qué?

—¿Por los otros peces en el mar? ¿El gran acuario de internet? Tal vez quería ver si encontraba a alguien conocido... Yo me he tropezado en esos sitios con un par de personas que conozco...

—No me da la impresión de que fuera una persona curiosa. Tenía a Tim, así que no había necesidad de seguir buscando en esa página. Creo que era feliz y estaba servida, y las personas que son felices y están servidas, que quieren a alguien y ese alguien las quiere a ellas, no son precisamente misteriosas, ¿no te parece?

—Bueno, en ese caso, tú y yo deberíamos ser enigmas insondables...

—Y, sin embargo, no lo somos.

—No.

CONTACTOS

En la cuenta de Zalie en Soulmates, siguen visitando el cadáver. De acuerdo, está muerta, y seguramente ella sería la primera en admitirlo, pero en la pantalla tiene buena pinta. Algunos dirían que nunca ha estado mejor, porque atrae a admiradores de todo el país. La mayoría de ellos sabe que es un cadáver, y entran en su Instagram por la misma razón por la que comprueban la lista de solicitudes de amistad en su Facebook y la multitud de seguidores que ha conseguido en Twitter desde que murió: para visitar su mortalidad, para estar cerca de la historia, para ser parte de la acción. ¿Cómo se sigue a una persona muerta? ¿A dónde la sigues?

Son incapaces de dejarla en paz. No son los muertos quienes atormentan a los vivos, sino los vivos quienes atormentan a los muertos.

Si hay gusanos devorando cadáveres en el ciber mundo, son estas personas. En los viejos poemas que nos enseñaba el señor Wolphram, había siempre algún poeta medio amenazando, medio seduciendo con un lenguaje florido a su dama, diciéndole que pronto estaría muerta y que más le valía acostarse con él. A ser posible, de inmediato: «en cuanto termine este poema» —venía a decir en líneas generales—, «pero puedes empezar a quitarte la ropa en el último verso». Le ofrecía una descripción muy gráfica de cómo los gusanos horadarían su blanca piel, se comerían sus ojos, apagarían sus amaneceres, le arrancarían los labios a mordiscos. Les correspondía a los gusanos representar todas esas cosas abstractas —tiempo, descomposición y olvido— contra las que se supone que luchamos con tanto valor cuando intentamos «aprovechar el momento». Cuando intentamos *aprovecharnos* del momento. «La tumba es un lugar íntimo y agradable —recuerdo haber aprendido—, pero creo que nadie se abraza allí». ¿Qué escribiría ese poeta hoy en día? ¿Publicaría en Facebook sus *carpe diem*? ¿Los dejaría en páginas de contactos a modo de minas para que las mujeres clicasen y diesen el primer paso? «Aprovecha el momento» significa lo que ha significado siempre, incluso entonces, cuando la amenaza sexual al menos se formulaba con originalidad: *aprovecha mi momento, aprovéchame*.

Cada forma de vida muere a su manera, provoca su propia descomposición. Esta es la nuestra: un perfil en una página web, una cara formada por píxeles y una gran afluencia de visitas de quienes han mordido el ciberanzuelo mientras Zalie se descompone bajo el icono de una lápida adornada con emojis de coronas de flores.

Que esté biológicamente muerta (llegará el día en que de verdad tengamos que decir *biológicamente* para dejar claro a qué tipo de muerte nos referimos; dispondremos de esa *variedad de opciones*) parece ser lo de menos. Hasta que te acuerdas de que sus padres, su hermana, su hermano y su novio, Tim, están consumidos por el dolor en el mundo real, o lo que queda de él. Están sufriendo tanto que es como si no tuvieran piel sobre la carne y el mundo

estuviera hecho de sal. El horror los ha desollado vivos, y también la prensa, y las declaraciones y los informes que tienen que darles a entrevistadores lascivos y políticos con tuits de condolencia hechos a medida.

Tim: de quien sospechábamos al principio, como no podía ser de otra forma, pero que estaba al otro lado del Canal y ahora se siente destrozado y solo, avergonzado entre los *flashes* de las cámaras y los titulares, indefenso mientras sus amigos venden fotos suyas a los periódicos: sonriendo en la celebración de Año Nuevo en Edimburgo, viajando con mochila por Grecia, abrazando a Zalie en el puente colgante. Esa es la preferida de los periódicos. Quienquiera que la haya vendido debe de haberse embolsado una fortuna: Tim le saca una cabeza a Zalie, así que la cara de ella está en el centro de la foto. El contraste entre sus grandes ojos de color gris agua de lluvia, con esas comisuras levemente caídas que le dan un aire triste que no se corresponde con su estado de ánimo pero la acompaña como un perfume, y su amplia sonrisa es precioso. No puedo apartar los ojos de la fotografía, tan encantadora que casi duele mirarla. Ella está totalmente centrada *en* la foto: no mirando para otro lado o con el pensamiento en otra cosa que no sea ese momento. La habita por completo. Igual que Tim. No es de extrañar que él también sonría de oreja a oreja: su rostro es menos complejo, no presenta contrastes como el de ella, pero está sano y feliz porque, durante ese instante profundo e infinito, todo lo que quieren coincide con lo que tienen, esto es, el uno al otro, la eternidad, el *ahora*: los dos, allí y entonces, en el puente con el agua extendiéndose por debajo.

Dan ganas de introducir la mano en la fotografía para coger lo que hay en ella —un poco del aire que respiran, un puñado de luz— y espolvorearlo sobre tu vida.

Tim conoce a todos los que hicieron las fotografías y se las han vendido a los periódicos de mierda. Los odia, no responde a sus llamadas, borra sus correos electrónicos y sus mensajes. Puede que alguno de ellos se sienta mal de verdad, y puede que otros solo quieran tener más acceso a él para conseguir más dinero: «uno de sus mejores amigos dice...», «una persona muy allegada a Tim Marchant asegura...», «declaraciones exclusivas de un amigo de la infancia del novio de la chica asesinada...».

Están en el tercer anillo, en el cuarto, en el quinto. Quieren formar parte de la historia, quieren ser las ondas dejadas por el guijarro que cae en el agua.

Tim se siente avergonzado cuando está con los padres de Zalie, porque sabe que es joven y que ha de seguir adelante, encontrar a otra persona y marcharse de aquí; que su futuro parecerá una traición a la chica a la que amaba. Lo sabe; incluso sumido en la pena más profunda, sabe que los padres de Zalie y él están juntos en esto, pero solo hasta cierto punto. Ellos no tienen elección, están en un tren llamado dolor del que no van a bajar. Y ¿por qué iban a querer hacerlo? Pero él sí que ha de bajarse. En algún punto del trayecto les dirá: «Esta es mi parada», y los dejará allí solos.

Detestará hacerlo y querrá despeñarse con ellos.

Gary está cribando los mensajes de Soulmates.

—Separando la paja de... eh... la paja.

Desecha cualquier cosa claramente genérica. Todo lo que parece personalizado, o pensado para dar o conseguir información personal, lo investiga. En los tres días que han pasado desde la última vez que lo miramos, han llegado noventa y ocho mensajes nuevos.

—Siempre he pensado que no tenía facilidad de palabra. Pero entonces leo lo que escriben estos tíos —dice— y, comparado con ellos, soy Noël Coward.

Ahí están todos: los necesitados, los inquietantes, los pasivo-agresivos; los intelectuales y los que piensan con el pene, los corazones solitarios y sus coleccionistas. Y los normales: la gente corriente, como Zalie, como yo, como Sigrid, Gary, Pez Escritorio y Pequeña Pantalla, como Tim y los padres de Zalie, como Jack con su *croazón* roto...

Dos horas después, nada.

—Si hay algo ahí, profe, no lo encuentro. También les he echado un ojo a los tíos que simplemente entraron a verla; ya sabes, clicaron en el perfil, lo vieron y se fueron a lanzarle miradas lascivas a otra o a comprar más pañuelos. Me he limitado a revisar la lista por encima (me llevaría horas verlos uno a uno), y nada.

—¿Qué estamos buscando en realidad, Gary? Eso es lo que estoy perdiendo de vista: aunque alguien hubiera visto su perfil y hubiera sentido una atracción homicida por ella, no habría podido localizarla. No hay información que pudiera ayudarle a averiguar ni siquiera la ciudad en la que vivía, y mucho menos en qué lugar de esa ciudad. Podría haber probado suerte, por supuesto, pero Kent es un sitio grande. Y ¿por qué ella y no otra?

Gary se recuesta en su silla y niega con la cabeza. Se hurga los dientes con la tapa del bolígrafo y después limpia la porquería blanca que ha sacado con la yema del dedo y la amasa entre el índice y el pulgar hasta dejarla en nada. A veces lo huele primero, y el olor parece satisfacerle. Llegados a ese punto, a todo el mundo le han entrado náuseas o se ha ido. Yo ya estoy acostumbrado, lo cual suena como una ventaja hasta que uno se para a pensar en lo que dice eso de mí. Tal vez le ayuda a pensar, porque ahora mismo está tremendamente concentrado.

—No hacemos más que aproximarnos y pasar de largo, profe. Volvamos atrás, al momento en que creó su cuenta en ese sitio.

—Eso es un año antes de que la mataran, Gary; estamos hablando de miles de mensajes como esos.

—De acuerdo. Vayamos entonces hacia delante otra vez. Si hay algo que encontrar, será de los días en que buscaba información sobre acosadores, mirones o lo que sea, los que sujetan los prismáticos con una sola mano... De cuando empezó a sentirse observada... Comprobemos la actividad de la página de contactos en esas fechas.

—¿Qué estoy buscando? —pregunto.

Gary ha cogido impulso de nuevo. Me gusta que no disfrute de la inversión en la escala jerárquica, que se enfrasque en su trabajo demasiado como para entablar una lucha de poder conmigo.

—No busques nada lógico, profe; busca lo imprevisto, lo extraño, lo que habría sido de esperar que no pasase pero pasó...

—Gracias, eso facilita mucho la búsqueda —respondo, tratando de ser sarcástico pero errando el tono. Suena, en cambio, a agradecimiento sincero, que sería lo justo, pues lo que Gary me ha dicho que haga cambia las cosas. Estamos a punto de dar lo que él llama *una gran zancada adelante*.

Las fechas en las que Zalie buscó información útil para víctimas de acoso fueron del 25 al 29 de noviembre. Si está relacionado con algo que vio por internet, ese algo no estará muy lejos. Sin duda alguna. Unas cuantas horas, un día, dos días, pero no mucho más.

Comprobamos la semana anterior, trabajando hacia atrás, desde la mañana del día 29. Recibió veintiséis mensajes y ochenta y tres visitas al perfil a lo largo de tres días. Inició sesión nueve

veces, más que en los tres meses anteriores. Llevaba con Tim casi trece meses; lo suficiente como para saber que no estaba interesada en otros hombres. Así pues, ¿qué buscaba? Y ¿por qué de repente, después de semanas sin hacer caso de la página, se puso a entrar en ella a intervalos tan cortos, tan acelerados, tan nerviosos? Uno de esos inicios de sesión fue a la 1:38 a. m.; otro, a las 5:45 de esa misma mañana.

Gary está de pie a mi lado.

—Ese comportamiento no se corresponde con el de alguien en un estado de ánimo normal. Mira... —Cuando alzo la vista desconcertado, señala con el dedo las horas de acceso a la página —. ¿No te das cuenta? No podía dormir. Estaba preocupada. Si hubiera conocido a algún artífice de la palabra como yo, entonces sí, quizá habría estado a la espera de recibir una respuesta, entusiasmada con el frenesí de la relación y la conversación. Pero no era el caso. No se había escrito con nadie nunca, no digamos recientemente.

—Eso nos deja la otra posibilidad, la única: que estuviera pendiente de alguien a quien no quería ver.

—Exacto, profe; está asustada, aterrada. De pronto, accede a la página nueve veces en tres días; después de haber estado meses sin iniciar sesión, busca información sobre acosadores en ese periodo de tres días y se olvida del asunto. O no.

—Y entonces la matan.

—Ajá, entonces la matan. Pero no inmediatamente. Y en su propio apartamento, no en la otra punta de la ciudad o en algún rincón remoto del extrarradio o en algún callejón oscuro o en la carretera de circunvalación. *En su casa*. ¿Cuál es el vínculo? Y, si tenía miedo de alguien en la red, ¿por qué no se lo dijo a nadie?

—Supongo que todavía tiende a pensarse que conocer a gente por internet es de desesperados, o de personas incapaces de conocer a nadie en el mundo real. ¿Estás seguro de que le contó a Tim que se había abierto una cuenta en una página de contactos?

—¡Lo estoy! Repasa las notas: dijo que ella le había dicho, al poco de conocerse, que se daría de baja en ese sitio. No tenían secretos.

Debería saber estas cosas, pero no es así. Dejé el análisis de su ordenador en manos de otros y me equivoqué, porque ahora estamos estrechando el cerco y deberíamos haberlo hecho antes.

—Vale, pero no se dio de baja, ¿verdad? —le digo.

—Sí, bueno, técnicamente, no: eliges un tipo de suscripción y, cuanto más larga sea su duración, más barata. Me conozco esto, profe; he estado ahí y he hecho... bueno, no mucho. Optó por una suscripción de un año y, después, la renovó para seis meses; le quedaban otras doce semanas antes de que caducase. Puedes ver aquí los recordatorios. —Gary los subraya con su bolígrafo: el remitente es «Admin» y el asunto del correo unas veces es: «Consigue tres meses adicionales GRATIS si renuevas ahora»; otras: «¡La suscripción Premier es ahora más barata!», y otras: «¡Prepárate para San Valentín!».

Ahora lo entiendo. Ya veo lo que quiere decir Gary.

—¿No estaba buscando ningún alma gemela, ni nada parecido..., solo echando un vistazo para ver quién le echaba un vistazo a ella?

—Exacto. Pero ¿por qué?

—Porque lo conocía, o lo había visto, o sabía que él la había visto en otro sitio además de en la pantalla del ordenador, por eso.

—Has dado en el clavo, profe.

De los hombres que se han pasado por su perfil, sesenta le han enviado mensajes y casi doscientos se han limitado a echar un vistazo y leer su perfil antes de pasar a otro. No hay forma de saber cómo lo hicieron o qué les pasaba por la cabeza en ese momento: no puedes ver sus palmas sudorosas ni oír su respiración como en una sala de interrogatorios.

Los mensajes no sirven de nada. Son genéricos, más allá de un par tan torpes que solo pueden ser sinceros. Me imagino a Sigrid rebuscando entre mensajes de ese estilo, y me pregunto cómo se las arregla para seleccionar a gente con la que «charlar» primero e *ir un poco más allá* después. Me asegura que al final es el cuerpo el que decide. La cabeza y el corazón no tienen ninguna posibilidad contra el cuerpo. Tal vez te guste cómo escribe o habla alguien, pero ¿qué ocurre cuando lo conoces? Las palabras ya no importan: es el olor del otro, la temperatura de su piel, sus poros abiertos. Todo sucede por debajo de las palabras que salen de tu boca y los pensamientos que pasan por tu cabeza.

Todas esas neuronas, todo ese lenguaje, toda esa educación, para que al final sea la nariz la que te diga lo que has de hacer.

Una de las citas de Sigrid:

—Tenía buena pinta, hablaba bien, vestía con elegancia, era amable y gracioso..., solvente..., pero no... olía a nada. No podía... ¿cómo explicarlo? No podía conducir mi cuerpo hacia él..., no dejaba de virar en otra dirección. Tuve que cerrar los ojos para comprobar si era capaz de sortear la barrera erótica, pero no..., imposible.

De los mensajes directos a Zalie, solo cinco son lo que llamaríamos «locales». —La página clasifica a la gente en función de la distancia: 10 kilómetros, 20, 30, 40, 60 y más de 70—. Son de Brighton, Southend, Folkestone, Dover, Romney, Deal. Y Londres. Muchos de Londres. Los hombres dejan mucha más información en la página que las mujeres: los hombres parecen sinceros, algunos son atractivos y hasta puede que tengan la edad que dicen. Dos de ellos ponen incluso dónde trabajan. Otro nos cuenta cuál es su bar favorito. Por si alguien quiere pasar a echarle un vistazo *offline*. Una mujer que ofreciese esa información se estaría poniendo en peligro. Si quien lo hace es un hombre, simplemente está probando suerte.

Busco visitas repetidas al perfil de Zalie; cualquiera que haya clicado en ella más de una vez; cualquier cosa con pinta de obsesión o fijación. A continuación, intento encontrar coincidencias con la propia navegación de Zalie por la página. Me lleva solo unos minutos, porque solo entró en el perfil de una veintena de hombres en todo el tiempo que estuvo dada de alta. Y solo en el de seis en los días y noches que nos interesan. Y, de esos seis, entró más de tres veces en el perfil de cuatro de ellos a lo largo de su primera semana como usuaria de la página. Y, de esos cuatro, hay uno que vio dos, tres, cinco, ocho, quince veces en total. Recientemente. Una semana antes de morir.

Aquí está.

«Míster B». 32 años. Actuario. No es tan aburrido como suena. (Bueno, vale, sí lo es, pero ¡yo no!).

Altura: 1,89.

Pelo: negro.

Estilo: informal pero elegante. Y formal cuando hace falta.

Busco: informal/serio/diversión/conversación/amistad.

—Ha cubierto todas las bases, ¿verdad? —dice Gary.

Me gusta: cocinar, *jazz*, viajar, la comida tailandesa, las novelas policiacas escandinavas, cine europeo.

—Ah, nuestro viejo amigo, *el cine europeo*... —comenta Gary—. A mí me gusta: elijámoslo sin pensarlo más.

No me gusta: la política, los ciclistas, el curri.

—Es un perfil bastante básico, ¿no? Entró en el de Zalie dos veces, y no le dejó ningún mensaje. Pero ella entró en el suyo más de diez veces. No contactó con él, pero entraba a verlo una y otra vez.

—¿Crees que lo reconoció?

—No por las fotos: no ha subido ninguna de su cara.

—¿Reconocería alguna otra parte de él?

—Por Dios Santo, Gary, ¿esto no es una película de Gerald Thomas!

—Vale, profe. Lo siento. —Adopta una expresión de fingida seriedad antes de cambiarla por otra pensativa, esta sí, auténtica. Entonces vuelve a hacer gala de su buen ojo y da de lleno en el clavo—: Démosle la vuelta a la pregunta: ¿la reconoció él?

—Eso es más probable. Pero, en ese caso, no dio ninguna muestra de haberlo hecho: ningún mensaje, ninguna solicitud de conversación, nada...

—Veamos lo lejos que está.

La página nos lo dice: 0 kilómetros. La siguiente persona más cercana que entró en su perfil estaba a dos kilómetros.

—¡Jesús! —dice Gary—. Para estar a cero kilómetros, su código postal tiene que ser el mismo; estos sitios utilizan el sistema de zonificación de la Dirección General de Correos y Telégrafos. Estamos hablando de unas pocas casas de distancia... Literalmente, la misma calle.

Ya casi lo tenemos. Gary amplía las tres fotos que ha subido «Míster B»: una jarra de cerveza (que sirve para dar imagen de machote), una exótica montaña nevada (viajar más dinero, o sea, mentalidad abierta/cartera abierta), y un disco de Miles Davis (ambiente de *jazz*: con clase pero no demasiado abstruso). Está diciéndole a todo el mundo: soy un hombre sencillo, intrépido y educado. Me gustan los vinilos, la cerveza artesanal, y me puedo permitir ir a esquiar. No hay rostro, pero no lo necesitamos por ahora.

—¿Misma calle? ¡Es la misma jodida casa! ¡Es el tío del piso de arriba! ¡Ben! —Gary le grita a Pequeña Pantalla—: Dile al Zángano... que vamos a por él.

—No hagas eso, Gary; todavía no. Dejemos que disfrute un poco más de la hospitalidad de Lynne la Loca. Dejémosle creer que está a salvo. Su apartamento está vacío, así que conseguiremos una orden para registrarlo, comprobar su línea telefónica, su internet, sus cuentas bancarias... Un completo. Y lo mismo con la novia.

Mientras esperamos a que Pez Escritorio tramite el papeleo, Gary y yo vemos la televisión de la comisaría.

—¡Es el señor Lawnder! —le grito a la pantalla.

—¿Quién? —pregunta Gary.

—Don Lawnder, el profesor joven que enseñaba Lengua, sufrió una especie de crisis nerviosa al cabo de dos trimestres y se fue para trabajar de jardinero... ¡Dale voz!

El mando se perdió hace tanto tiempo que ya nadie se acuerda de él, así que Gary se acerca a

la tele y sube el volumen.

«... un compañero amable y generoso que me apoyó mucho. El colegio se ha portado de manera infame con él... dejándolo tirado para contentar a una muchedumbre dispuesta a linchar al señor Wolphram».

«¿Cree que es inocente?», es Ellie Nash otra vez.

«Es inocente de las acusaciones que se han efectuado contra él en relación a sus años de docencia, sí; vivimos en una cultura de caza de brujas...».

«¿Y en cuanto al asesinato?», pregunta Ellie, que a todas luces se ha apropiado ahora de la historia, aún más que Lynne la Loca.

«Eso le corresponde al sistema judicial responderlo, pero el hombre que yo conocí era afable y atento y muy inteligente, ni mucho menos la clase de persona que recurriría a la violencia».

¿Dónde han encontrado a Lawnder? Cada vez que pensaba en él, y lo hacía más que ocasionalmente y menos que a menudo, me lo imaginaba moviéndose con lentitud entre vegetación municipal, haciendo pequeños cambios en lugares en los que no nos fijamos.

Pero me equivocaba. Estoy atascado en el tiempo; atascado en el momento en que le perdí la pista. Don Lawnder no: lleva una chaqueta de lona azul y gafas redondas como los poetas que tanto le gustaban. Parece robusto y en plena forma. Está de pie delante de una casa solariega en Hampshire. La reconozco de las excursiones del colegio: Shapley Hall. En la parte inferior de la pantalla, su nombre viene precedido por «Dr.» y se nos informa de que es «historiador arquitectónico». Su voz sigue tan suave como siempre, pero algo más dura, y, aunque no ha crecido, ha ganado cuerpo y no recuerda tanto a un arbolillo maltrecho. Su piel luce el bronceado a medias de quien se pasa la mayor parte del tiempo al aire libre, y tiene mucho mejor aspecto a sus... ¿cuántos?... ¿cincuenta y cinco?, ¿sesenta años?... del que tengo yo a mis cuarenta y siete. Delgado, inteligente, audaz, arremete contra el Chapelton College: «Llegará el día en que el colegio y su director, así como los exalumnos que han mentido en busca de atención, tendrán que responder por cómo han sido cómplices de la demonización de un hombre inocente».

La cámara enfoca a Ellie Nash, con el rostro iluminado por los focos y su pelo castaño movido por el viento.

«Mientras siguen presentándose personas para hablar en favor de Michael Wolphram, para defender su reputación o solo para pedir que se le dé un trato justo, nos vemos obligados a hacernos la siguiente pregunta: ¿se ha precipitado la policía? ¿Permitió que la necesidad del público de que se encontrase a un sospechoso condicionase su juicio en esas primeras horas cruciales?».

—¡Sí! —grita Gary, aplaudiendo con alegría—. ¡Sí, lo permitió!

Para llegar al apartamento de Ben, hemos tenido que hacer una abertura en la valla del jardín de la casa que hay detrás y cruzar el césped, debido al trájín de furgonetas de televisión y fotógrafos en moto desperdigados delante de la casa ocupando la calzada, de forma que los coches tienen que tocar el claxon para abrirse paso. La multitud está bien nutrida también de público, y los palos de selfi se alzan como mástiles de un puerto deportivo en plena tormenta. Hemos pasado surfando del *fatberg* al monstruo sobre una ola de titulares. Hay pintadas nuevas, además, en las casas de alrededor, porque la casa en sí está vigilada las veinticuatro horas del día.

Tenemos ASESINO, Escoria pedófila [*sic*], el consabido PÚDRETE EN EL INFIERNO (dos

veces, por autores distintos) y AHORCADLO, en letras gigantes. La segunda O representa una sogá, con la parte gruesa del nudo corredizo dibujada con gran detalle para que se aprecie el trenzado de la cuerda. ¿Existirá un emoji de linchamiento? Si no lo hay, debería haberlo. Por otro lado, las flores y las lamparillas, todo un campo de ellas, están desplegadas a lo largo de la calle. La casa de los padres de Zalie también ha sido asediada, y la puerta principal está rodeada de muñecos de peluche, flores y cartas que las cámaras de televisión escanean como si fueran códigos de barras y emiten después como relleno visual, mientras sus reporteros confeccionan paquetes sobre *efusiones de compasión y los vecinos, conmocionados y unidos por el dolor...*

La parte delantera de la casa es una contradicción de homenajes y recuerdos, insultos y amenazas. No debe de haber muchas calles en las que vivan el asesino, la víctima y el hombre acusado falsamente. Y el propio asesinato. Aquí hay algo para todos: los tristes y respetuosos, los iracundos sedientos de sangre, los entrometidos, los indignados y los escandalizados.

Uno de los canales ha preparado un documental para la letrina televisiva de Año Nuevo. Incluye el inevitable espectáculo con psiquiatras de alquiler, teóricos de la conspiración, excompañeros de trabajo, amigos prácticamente olvidados, vecinos con rencillas y unos cuantos exalumnos de los que están ahora *sincerándose y rompiendo su silencio*. No incluirá a Danny, a Don Lawnder, a Neil Hall ni a ninguno de los que han salido en defensa de Wolphram. El programa se titula «¿Licenciado en asesinatos?». Han solicitado la presencia de alguien de la investigación y Pez Escritorio ha accedido.

Hasta la tienda donde compró su última cena tiene unos cuantos ramos y velas en la puerta, así como un aumento repentino y considerable de su clientela. La oficina en la que trabajaba, su *pub* local e incluso el gimnasio. La siguen allá donde fue. Está muerta, pero no dejarán de perseguirla.

Lo primero que nos llama la atención —a Gary, a mí y a seis *foenses*— es la falta de personalidad del apartamento de Phelps. Todo cromo y cuero; es un hábitat genérico de hombre: televisión gigante de pantalla plana, cadena de música, reproductor de DVD y de Blu-ray; fotografías enmarcadas de montañas y puestas de sol; una Xbox (solo una consola, señala Gary), cajas de CD colocadas en torres, con los títulos encarados hacia fuera. En una mesa de centro baja, gris y con la superficie de cristal esmerilado, hay una pila de revistas de estilo para hombres, con todos los bordes a ras y alineados con la esquina de la mesa. Hay dos gruesos posavasos de pizarra con fieltro verde en la cara inferior para poder deslizarlos sin hacer ruido. El sofá es grande, rectangular, hondo y de cuero negro. El cojín de un lado ha quedado tan marcado con la forma de Ben que seguramente podría calcular su peso. Tres mandos a distancia y la consola Xbox están alineados delante de él.

La cocina está tan inmaculada como la de Wolphram y diseñada de la misma forma. La ventana da a los jardines de las casas de detrás. Hay dos servicios de mesa completos en el escurrer platos. Pero solo dos: dos cuchillos, dos tenedores, dos cucharas, dos platos. Dos copas de vino y una jarra de peltre de medio litro. Una hilera de cervezas artesanales. Unas cuantas botellas de vino de Nueva Zelanda o Australia con nombres que suenan a telenovela: *La colina de las flores, El emblema de Hardy, La llegada de Murray*.

Gary abre los cajones de los cubiertos. Vacíos. En un armario al lado del frigorífico, hay más platos y cubiertos, pero todavía están en la caja original. El *ticket* de Lansdale's está pegado con celo en un lateral. Todo sin estrenar. Ningún invitado. No tienen a nadie esperándolos en casa más que el uno al otro.

—Esto me da mala espina, profe... —dice Gary—. Vacío. Y no me refiero a cajones vacíos y

demás. Me refiero a un agujero en algún sitio en el que no debería haber un agujero.

Entiendo lo que quiere decir. A pesar de tanta simetría, los platos y vasos por parejas no acaban de encajar. En el armario debajo del fregadero, hay solo productos de limpieza: lejía de tres marcas distintas, aerosoles antibacterianos, cepillos de alambre, un *pack* gigante de esponjas, limpiador para el horno, espuma para la alfombra. Guantes de fregar —cinco pares en el plástico aún sin abrir—. Me dispongo a apartar las botellas de limpiador para inspeccionar el fondo del armario, pero Gary me frena.

—Déjales eso a los *foenses*, profe. Hemos venido buscando el instinto visceral; tenemos que mirar lo que haya, no moverlo. Todos los sitios tienen sus vibraciones, su *aroma*, como dirías tú. ¿Qué has notado?

—Control.

—Son esos posavasos, tío; la gente controladora adora los posavasos. No me transmite sensación de pareja. Ni siquiera de dos personas, para ser sincero. —Gary niega con la cabeza—. Solo está él, ¿verdad? Ni rastro de ella. Es como si no viviera aquí, como si simplemente estuviera alojada en este apartamento.

En el cuarto de baño, los productos de aseo de Ben ocupan todo un estante y están cuidadosamente alineados. Los de ella están en una bolsa dentro del armario con espejo que hay encima del lavabo. Y se reduce a lo mínimo, además: pintalabios, base de maquillaje, colorete y lápiz de ojos. Uno de cada, mientras que él tiene dos espumas de afeitarse distintas, cuatro maquinillas y dos cremas hidratantes hípsteres con falsos nombres ingleses que pretenden evocar el garbo de Jermyn Street: *Chatterton's Classic Grooming* y *Dashwood's Skin Care for Men*.

En su dormitorio, más de lo mismo: lujoso e impersonal como una habitación de hotel caro. «Eso es lo que este sitio quiere ser», pienso, «una suite de hotel». En la mesita de noche, ella tiene una fotografía de sus padres y su hermana con un bebé. En el cajón, sus píldoras anticonceptivas y un libro con un marcapáginas de una galería de arte adornado con una borla. Es lo primero que encontramos que podría describirse como su espacio. El guardarropa de él es extenso pero repetitivo: tres pares de zapatos iguales para trabajar, dos pares iguales para salir de fiesta, otros dos pares de zapatillas deportivas idénticas, camisetas repetidas cinco veces... Y todo prendas de marca, de diseño, con logos.

No hay rastro de ella en el apartamento, excepto aquí, y lo poco que hay está limpiado a conciencia o guardado.

—Ella no vive aquí, profe —dice Gary—. Solo mueve su cuerpo por las habitaciones y lo acuesta en la cama hasta que se hace otra vez la hora de ir a trabajar.

—Aun así, no veo nada sospechoso —respondo.

Gary está mirando en el cesto de la ropa sucia, con la tapa levantada y escudriñando el interior.

—Aquí no hay nada, profe, y tampoco en la lavadora, ni en la secadora.

—Debieron de hacer la colada antes de marcharse a disfrutar de la hospitalidad de los periódicos. Pero, de todos modos, no consigo ver nada extraño.

—No te preocupes, profe, los *foenses* encontrarán algo. Y, en cualquier caso, lo que de verdad necesitamos es su ordenador. Todo estará con él en la red. En las películas antiguas, los policías llegaban y no encontraban nada, hasta que, en el último momento, uno de ellos hallaba la llave de un garaje repleto de pruebas. Ya no hacen falta garajes. El garaje de hoy en día es el ordenador

portátil, y se lo ha llevado con él.

Hago las llamadas necesarias para conseguir una orden para confiscar el ordenador de Ben. Y el de Chloe. Teléfonos móviles y tabletas. Tenemos que averiguar dónde lo tiene el periódico de Lynne Forester.

—Yo me encargo de eso —dice Gary, y me deja en el vestíbulo.

La policía científica está desmontando la lavadora y metiendo la ropa y los zapatos en bolsas de pruebas. Cogen también el *router* inalámbrico. Pasan la aspiradora forense por el felpudo, las alfombras y la moqueta. En la cocina, meten en una bolsa un par de guantes de goma usados, quitan el fregadero y recogen la suciedad de las cañerías. Han encontrado cinta adhesiva protectora, bolsas de basura y plástico con burbujas. Cosas que uno utilizaría para sacar la basura, envolver un regalo y transportar algo frágil. Al fin y al cabo, estamos en Navidad.

Son objetos corrientes, de los que uno suele tener en un armario y apenas repara en ellos, sí, pero ahora mismo parecen instrumentos del diablo.

Mientras espero a que Gary vuelva a la comisaría, decido buscar en internet a algunos de ellos.

De la señora Pizzi, encuentro una vieja nota necrológica: «Elaine Pizzi, 1940-2008. Funeral en el crematorio Bartlemas. Se ruega no traer flores. Donaciones para la investigación sobre el cáncer».

Angela Mason, 78 de Westway Road. Presidenta de la Sociedad Francesa, en cuya página de Facebook aparece ella.

Lawnder, Donald, Dr.: Catedrático de Arquitectura en el King's College de Londres. Debajo de su nombre, una lista de sus libros: uno es *El zoológico municipal de Medway: obra de arte modernista*. «Donald Lawnder desempeñó un papel decisivo para que se le concediera la calificación más alta a uno de los tesoros modernos del sureste de Inglaterra...», dice en su entrada de la Wikipedia. Hay un enlace a la página web del zoo, donde se promete un proyecto de restauración de dos años financiado por la lotería y supervisado por Lawnder y la English Heritage.

Los persigo mediante un *googleo* frenético: Neil Hall, Rich Nicholson, George Cobbleson, Flynn, Bowden y Tristan; Bosworth, Vaughan, Lewis, McCloud, Goodship y Mamadoton. A algunos no logro encontrarlos, mientras que otros con nombres comunes, como David Jones o Jonathan Smith, podrían ser cualquiera de los que tienen nombre y trabajo parecidos en bancos y en pymes, el tipo de persona de la Cámara de Comercio vestida con lo que Gary llama «traje tatuado». La mayoría tiene perfil en Facebook, con fotos en las que salen con camiseta de correr y dorsal. Es un mundo de medias maratonés y récords personales. Muchos tienen a sus hijos en Chapelton.

Me pregunto cuántos han borrado sus recuerdos, todo lo malo, tamizándolos y refinándolos hasta que solo han quedado las cosas buenas, conectadas por... Bueno, por nada: conectadas por agujeros.

Mamadoton murió en 1991. Una cautelosa nota necrológica dice que tenía «cierta inclinación al castigo». «Métodos y valores de la vieja escuela». Y ya al final: «Deja esposa, dos hijos y tres nietos».

McCloud sigue vivo y dirige un internado al estilo inglés en Hong Kong: «Tomando como

modelo la tradicional escuela pública inglesa, y con un profesorado formado en las mejores universidades del Reino Unido, Chapel Down College sigue el plan de estudios británico con el propósito de preparar a los alumnos para el mundo. Nuestro colegio se guía por el espíritu del *mens sana in corpore sano*». Hay una fotografía de McCloud con buen aspecto, si bien un tanto liofilizado, pero resulta difícil decidir si es reciente o no.

No es por curiosidad —he tenido tiempo de sobra para hacer esto en el último cuarto de siglo—, sino más bien para sentir sus nombres al final de mis dedos, sentir las letras; para explorar la rastreabilidad de todos ellos. Me dejo a Danny para el final.

Estoy a punto de teclear Daniel Patrick McAlinden —llego hasta la *c* minúscula del *Mc*—, pero Gary me aparta la mano.

—No, profe. Déjalos en paz. *Déjalo* en paz. El pasado puede que sea tu local de cabecera, pero él ya no bebe allí. Y, por lo que me has contado, nunca lo ha hecho. Que puedas encontrar a gente no significa que debas hacerlo. En la vida real, fuera de las películas y las novelas, el *amigo perdido hace tanto tiempo* sigue perdido, y normalmente es así como prefiere estar. En fin, *esto* es lo que deberías investigar.

Saca un gran rollo de papel impreso. Direcciones de páginas web, hora, duración. Hay una carpeta con imágenes de páginas de inicio, y extractos de cuenta con pagos domiciliados y regulares subrayados en rojo. Han trabajado rápido, porque hay un montón de listados con el historial de navegación de Phelps.

—¿Estaba ella al tanto de esto? —pregunto—. Chloe, quiero decir.

—No hay pruebas de que lo estuviera, profe. Pero, claro, una cosa es saberlo y otra *saberlo*, ¿verdad? Sobre todo en el caso de esposas y novias de gente así. Borra el historial de navegación y tiene una contraseña. A veces utiliza su ordenador portátil para cosas normales, como consultar su cuenta corriente o reservar billetes de tren, pero no para este tipo de cosas. Él tiene la contraseña de ella; ella no tiene la de él. Eso lo dice todo.

Gary me enseña una lista de las páginas que visita Ben. Son sitios violentos y groseros, para mentes trastornadas. Lo sé con solo leer los nombres.

—¿Te has metido en alguna? —le pregunto a Gary.

—Profe, hay cosas ahí que no soportaría ver aunque se tratase de una película y supiera que no es real.

—Lo siento.

—No pasa nada, es mi trabajo. Pero sí, las he visto. Un poco. He levantado apenas la tapa. Y me ha llegado el hedor. «He respirado los gases», como diría el poeta. No servirá como prueba; ya hemos pasado por esto otras veces, profe: ver cosas frente a hacer cosas, los pensamientos frente a los actos. Pero, sumado a lo demás, sí, puede dar fundamento a la acusación.

—Con lo demás te refieres a ADN, testigos y una confesión, ¿no?

—Con lo primero será suficiente. Por eso he mandado lo que tu hombre llamaría un recordatorio *lapidario* a ese laboratorio privado de Cheltenham, preguntando dónde diablos están los resultados. Me da que han leído los periódicos, han visto la tele y han decidido que «ya han atrapado al tipo..., así que no les corre prisa»; pueden ponerse con las pruebas de paternidad para el circo televisivo de media tarde o con lo que hagan para ganarse la vida.

—¿Y la página de contactos?

—De ahí hemos sacado poco. Escribía a varias mujeres de formas distintas, como a una

docena o algo así a la vez. En los viejos tiempos necesitabas una poción mágica y un laboratorio para ser Jekyll y Hyde, ahora solo te hace falta un teléfono móvil. Una o dos respondieron, le pidieron fotos, chatearon un poco, pero después perdieron interés. Por nada en particular. Sencillamente lo descartaron. Me gustaría pensar que su instinto se olió algo incluso en el ciberespacio: eso me consolaría. Un poco. Un mal ciberpresentimiento. Pero no tenía alias, solo varias personalidades y un solo apodo para todas las páginas: «Míster B». En un mensaje se pone romántico y zalamero y en el siguiente quiere rollos de una noche sin ataduras y con juegucitos de estrangulación. «¡Hasta que los labios se nos pongan morados!», dice. Sin suerte en ningún caso.

—Lo que no entiendo es por qué nunca le mandó ningún mensaje a Zalie. La había reconocido enseguida como la mujer del apartamento de abajo.

—Acabas de responderte tú mismo, profe: no le hacía falta. La tenía ahí mismo a todas horas. ¿Enviarle un mensaje por internet? ¿Qué sentido tiene eso cuando puedes hablar con ella en el vestíbulo o en las escaleras o cuando sale a tirar la basura?

—Escondido a la vista de todos.

—Ni siquiera escondido, profe. Si alguien se escondía, era Zalie.

Debía de habérsela cruzado, o haberse acercado a ella, o haber planeado algún tipo de encuentro fuera de la casa, volviendo del trabajo, sacando sus bicicletas, recogiendo el correo del felpudo. Podría haberla observado sin levantar sospechas. ¿Por qué habría de levantarlas? Estaba en su casa. El problema es que ella también.

PEQUEÑA PANTALLA

Ben está en el puente. Mira hacia abajo, pero, debido a la malla metálica, no puede asomar la cabeza por encima del parapeto. Ni siquiera puede fantasear con la posibilidad de saltar, ni reflexionar sobre el vacío desde un punto de vista suicida. Salud y seguridad para ti; ni siquiera puedes elegir tu propio final.

Pero no es más que una acción simbólica, sostiene Gary, no una auténtica amenaza de suicidio: «Un final de pequeña pantalla, profe». Ben sabe que en los puentes es donde tradicionalmente las cosas alcanzan su punto culminante. Ha visto suficientes películas y jugado lo suficiente a la Xbox como para saber que los puentes son un buen lugar para terminar cosas. Por desgracia, ahora es mucho más fácil saltar desde debajo del contrafuerte; bajar gateando, encontrar un saliente y entonces saltar. Debe de saber eso. Pero, claro, nadie lo vería. La televisión no va a bajar ahí, por lo que se quedaría sin *escena*. No habría nadie para grabarlo con las luces azules estroboscópicas de la policía atravesando su *rostro del último acto*, ni negociadores de la policía intentando convencerlo para que no salte. Lo ha visto en la tele y quiere el lote completo: megáfonos, helicópteros, negociadores.

En lugar de eso, tiene a Gary convirtiendo lo sublime en algo prosaico y trivial:

—¡Tendrías que haber traído una escalera, colega!

Ahí está Ben Phelps protagonizando la película de su propia captura. No lo van a coger en un apartamento alquilado por un periódico mientras su novia lo mira y ve a un asesino y se pregunta si siempre ha ido encaminado a ser ese asesino. O sí, por el contrario, una de las muchas versiones de lo que Ben podría haber sido resultó elegida entre una multitud de posibles yos. Si la habría asesinado *a ella*. Pero ella lo odia, eso seguro. Y ahora es una mujer libre.

La llamada de teléfono le hizo comprender que andábamos tras él. Observó a Lynne Forester mientras respondía —en plena grabación de su *versión de lo sucedido*; la versión en la que no mataba a Zalie, y él estaba conmocionado, horrorizado; la versión en la que se embolsaba diez mil libras— y notó cómo le cambiaba la cara; oyó temblar su voz mientras escuchaba a Gary. Estuvo bien verla por fin asustada; ya era algo. Disfrutó del miedo. Una pequeña victoria. Y él se quedaría sin el dinero. Ese dinero le habría venido muy bien. Y ¿tan malo habría sido, al fin y al cabo, que se hubieran cargado al bicho raro ese de Wolphram? «El Lobo». Siempre supo que ese tío no estaba bien.

No iba a quedarse esperando a la policía.

Así pues, van a coger a Phelps en el puente, simplemente porque funciona bien como decorado dramático, una razón excelente en un mundo que para él no es más que una pantalla de televisión. Va a aguantar hasta que lleguen las cámaras, hasta que Lynne y Ellie Nash y todos los canales de

noticias del país estén aquí para grabarlo.

Los coches se han detenido, y los ocupantes —ignorando a los megáfonos que les ordenan que se queden donde están— salen y le hacen fotos con sus teléfonos. Los *flashes* se filtran en la niebla como fuegos artificiales a ritmo lento. Sonidos apagados en un ambiente navideño. Festivo, incluso; como espumillón reflejando las luces de los árboles. Lo van a tuitear en vivo y en directo. *Hashtag* MedwayBridge. *Hashtag* Jumper. Cada treinta segundos, cada diez segundos, cada cinco, y ahí van otras doce, otras veinte, otras cincuenta fotos, tuits, actualizaciones...

Gary y yo nos acercamos a él muy despacio. Cada vez que Ben se vuelve o mira hacia abajo o hacia atrás, a la creciente multitud, damos un paso más hacia él.

Me pregunto si han anunciado ya que Wolphram va a ser puesto en libertad, que tenemos a otro sospechoso; si la gente del puente ha oído la noticia; si los titulares se han colado en los programas de radio de las cinco, en las canciones de Navidad, en los anuncios de última hora para regalos de última hora. Las noticias de ÚLTIMA HORA pasando por el pie de la pantalla durante los programas concurso y las telenovelas. Gary mira en su móvil páginas web de información sobre el tráfico, el *hashtag* del puente, el nombre de Zalie, hora punta navideña, Wolphram... y va maldiciendo:

—¿Por qué cojones tengo que mirar mi móvil para averiguar lo que está pasando en mi propia vida, delante de mis putas narices?

Lo único que oímos de los coches de la policía es la centralita pidiendo informes sobre la situación en todos los vehículos de la zona.

¿Cuál es nuestro informe? «Estamos aquí y es ahora».

Empezamos a caminar hacia Ben. Se encuentra a un cuarto del comienzo del puente, a unos ochenta metros, o así, del arco. Sabe que cuanto más cerca estemos de él, mejor para la grabación, porque las furgonetas de televisión no tendrán que dar tanto rodeo. Gary dice que Ben no va a hacerlo. Yo no estoy tan seguro. Y no solo porque no dispone de escalera, sino porque está esperando; no va a pasar nada hasta que no llegue la prensa.

Nos grita que nos quedemos donde estamos. Se aferra a la malla y da la impresión de que va a intentar trepar por ella. Nos detenemos. La suelta.

«Nunca desestime la incomodidad como elemento disuasorio en el caso de suicidios en lugares específicos». Por algún motivo, recuerdo palabra por palabra esa frase de un informe que leí sobre puentes. Cuando era un policía joven, se le pidió consejo al cuerpo policial de la zona para encontrar medidas que redujesen la tasa de suicidios aquí. Y les recomendamos lo que se nos da mejor recomendar: barreras. Los expertos se mostraron de acuerdo, de modo que se añadió a las barreras de los noventa una especie de jaula de malla metálica de un dedo de grosor que se dobla hacia dentro en lo más alto. Hubo objeciones de la Sociedad para la Conservación de la Ciudad, que mandó cartas a los periódicos en las que predominaba el adjetivo «antiestético». Pero el número de muertes se redujo a la mitad a partir de entonces. ¿Significa eso que los suicidas se fueron con su desesperación y su determinación a otra parte?

Lo cierto es que ya no se ve, como ocurría antes, a los depresivos preocupados e indecisos que frecuentaban el puente y a veces saltaban. O a los decididos, con su rostro en modo automático, caminando con determinación hacia el punto exacto que habían planeado. El puente dejó de ser un sitio para pensar en el suicidio, como lo era antes, un lugar para acariciar la idea de saltar, aunque supieras que eras incapaz, o para reflexionar sobre la física de la caída, o para valorar qué haría falta para querer hacerlo; como cuando yo mismo venía y dejaba los brazos

colgando por encima del parapeto y calculaba cuánta tristeza haría falta para impulsarme a saltar. Me lo imaginaba como la balanza de cocina que utilizaba mi abuela en casa cuando hacía pasteles en el horno: yo en un lado y, en el otro, una harina negra tamizada poco a poco hasta... hasta que baja de golpe y yo subo y mi peso en sombra reemplaza a mi cuerpo.

Si ahora ves a alguien ahí plantado, puedes apostar a que está admirando las vistas o disfrutando del embate del viento, del olor del estuario o de la emoción de estar a una altura tan pura que las toneladas de hierro y acero que lo sostienen se le antojan una plataforma de aire. No están en su propio infierno y deseando acabar con todo.

Durante un tiempo, la gente utilizaba los contrafuertes. Los contrafuertes son distintos; están incrustados en roca, hormigón y un prado de escombros, y ofrecen una caída gradual y escalonada en la que el cuerpo, después de saltar desde un lugar sin panorámica despejada y alejado de cualquier abismo fotogénico, se destroza contra una pendiente escabrosa, rompiéndose y desencajándose los huesos a medida que cae medio rebotando, medio rodando, hasta que seis u ocho metros más abajo, despellejado y lleno de brechas, llega a un acantilado cortado a pico y cae. No es cualquier cosa, aun cuando quieres morir, y carece del perfecto colofón de una caída al vacío.

Si lo que buscas es rotundidad, y facilidad de identificación en el otro extremo, deberías considerar otros lugares.

Lo último que quiere un futuro suicida es una refriega degradante con las banalidades del lugar elegido: con la maleza y las rocas, los trozos de alambrada, las cagadas de perros, las latas y los condones usados. Y todo para acabar destrozado en una carretera secundaria, donde alguien que vuelve de trabajar tiene que pisar a fondo el freno, o cerca de algún horno tirado en la ladera.

—No va a hacerlo, profe. Está ahí solo porque lo ha visto en películas de acción y en videojuegos... Esas cosas siempre terminan con abismos y salientes: acantilados, vías de tren, alféizares de ventanas, azoteas de rascacielos y cosas así... Pero esto no es una película de acción y este tío no tiene agallas para saltar. Ni tiempo.

—No quiero que salte y no quiero que diga unas últimas palabras que lo hagan famoso antes de saltar.

—Tú y yo, profe. ¿Estás preparado?

—¡Estoy preparado!

Me percaté de que no tengo ni idea de para qué estoy preparado, por no hablar de si es lo mismo que está pensando Gary.

Avanzamos muy despacio hacia la mitad del arco. Gary se detiene de vez en cuando para contemplar las vistas, aunque no hay vistas, solo un viento frío y enrarecido y oscuridad por debajo. Los faros y las luces traseras de los coches, con los parachoques casi pegados, hacen que nos sea imposible acercarnos sin ser vistos, pero las luces del puente se han apagado a petición nuestra. Así será más difícil para los mirones grabar con el móvil.

Gary camina con deliberada lentitud, entreteniéndose como un turista. A medida que nos acercamos, Phelps amenaza a gritos con saltar, pero Gary lo ignora y sigue aproximándose. Está más tranquilo que yo. No tengo ninguna duda de que Phelps está dispuesto a saltar. Se coge a la barandilla y a la alambrada e intenta poner un pie en esta última. Estamos ya a unos veinte metros de él.

Gary me enseña su teléfono.

—Mira, hay incluso una aplicación, TuPuente, o bien puedes escanear el código QR de las señales y acceder a una visita guiada con la voz que tú elijas.

Se desplaza por la pantalla y empieza a caminar otra vez. Phelps sigue amenazando a gritos con saltar, pero se le nota cada vez menos disposición.

Diez metros. Phelps ha sacado su teléfono y está intentando hacer una llamada. Eso nos da tiempo. Está esperando a que respondan. Por fin alguien lo hace. Phelps empieza a hablar. Se interrumpe y escucha; en ese momento, nos da la espalda para comprobar si han llegado los equipos de televisión. No han llegado. Pero Gary sí, y le pone las esposas sin mediar palabra y le quita el teléfono de la mano. Se lo lleva a su oreja.

—Ah, Lynne. Soy Gary... Creo que ya sabes lo que pasa y dónde estamos. Pero, en fin, me alegro de oírte: nos ahorra tener que llamarte después. Preséntate en la comisaría a primera hora de la mañana con todo lo que tengas sobre Phelps. Grabaciones, transcripciones, todo. En realidad, espero que no aparezcas, así podré ir yo mismo con una orden y un coche de policía a recogerte en tu trabajo, o donde se supone que *trabajas*...

Mete el teléfono en una bolsa de pruebas y se la entrega a un policía que se ha materializado de pronto a nuestro lado. Se vuelve hacia mí.

—Hace falta ser pringado para tener pensado decirle tus últimas palabras a Lynne «la Loca» Forester.

—Deja que te cuente una historia sobre ese puente, profe.

Gary se ha serenado, pero yo aún estoy temblando. Ha dejado el teléfono al lado de su copa, vibrando con llamadas ignoradas y avanzando a espasmos por el tablero de la mesa. Estamos en el Harcourt Arms. No han quitado el cartel de DESAPARECIDA con la foto de Zalie que hay en la parte trasera del *pub*, pero ahora hay una lamparilla debajo, iluminándole la barbilla. Hay ramos de flores y velas en la puerta, y dentro los clientes beben con aire solemne mientras tuitean fotos debajo de las mesas desde el sitio que Lynne Forester llamó «el abrevadero favorito de Zalie».

—Cuando éramos adolescentes, mis amigos y yo solíamos ir al puente después de clase. Allí o al zoo. Ya no quedaban animales, pero, por alguna razón, su porquería seguía allí, con restos de pelo por todas partes, y era un sitio genial para montar en monopatín y fumar, hasta que lo cerraron y pusieron cámaras de videovigilancia en todos los rincones. Hacíamos lo que hacen todos los adolescentes, incluso tú, probablemente... Esa tienda de la esquina en la que se paró a comprar Zalie... En aquella época, el propietario vendía cigarrillos y bebida a chicos menores de edad. Íbamos allí y nos bebíamos nuestras latas de cerveza y nos fumábamos entre toses unos Marlboro Red en lo alto de la colina, desde donde contemplábamos el tráfico y los transbordadores... Si pasaban camiones, nos fijábamos por si debajo iba escondido algún inmigrante. En los periódicos no paraban de hablar de eso, y nosotros soñábamos con ser el héroe escolar que pillase a uno de esos pobres diablos que venían del campamento de Calais o del Eurotúnel. Pero no hubo suerte, gracias a Dios, y lo único que vimos fue a los niños ricos con sus chándales de Chapelton volviendo de jugar en las pistas, y les hacíamos gestos obscenos y cortes de manga.

—¿A gente como yo, quieres decir?

—A gente como tú, profe. Y todavía se hace; siempre se hará: mismo dedo, distintas manos. En fin, había a menudo una chica: pelo rubio rojizo, cara dulce y amable; debía de tener unos dieciocho o veinte o algo así. A mí se me antojaba una diferencia de edad abismal, pero no lo era en realidad. Se quedaba de pie en mitad del puente. Fue un par de años antes de que añadiesen

esas barreras. Cuando los Samaritanos utilizaban su antiguo número de teléfono. Diecinueve noventa y cuatro o cinco.

Gary echa un vistazo a su teléfono. Ve que hay otro mensaje y no lo lee.

—A veces charlaba conmigo. Nunca decía nada importante. Hablábamos del tiempo. Si hacía un buen día. No tan bueno. Un día de mierda. Me parecía muy adulta, muy madura. Suspiraba mucho, a veces se quedaba pensando con la mirada perdida como los adultos. Yo solía preguntarme: «¿Pensaré alguna vez cosas así?». Su pelo siempre se recortaba contra el sol... No era así, claro, pero a mí me lo parecía, como en las portadas de esos discos de los setenta tan fáciles de escuchar.

»Yo era regordete y tenía la cara llena de granos, las piernas llenas de rozaduras embutidas en unos pantalones que picaban, una camisa de nailon con los sobacos amarillentos y un olor corporal variable que iba de fresco y salvaje a rancio y repelente. Me preguntó cómo me llamaba. Estaba tan guapa y tranquila allí de pie con el viento revolviéndole el pelo que tuve la impresión de estar estropeándolo todo al responder “Gary”. ¿Por qué no podía llamarme, no sé, Oliver, o Jacob, o Gabriel? O Alexander. Pero ya me conoces, no sé mentir, así que dije Gary, profe. Gary Maffett. Música para los oídos. Charlamos un rato; dijo que era de St Leonard’s y que estudiaba en la escuela de bellas artes. Tenía pintura en los dedos, en la manga de la sudadera, en los zapatos. Lo sé porque no dejaba de fijarme en todo, menos en sus ojos, porque era demasiado tímido. Advertí todos esos pequeños detalles: las uñas mordidas, los zapatos rozados, cosas así. Nos despedimos y me alejé sintiéndome estúpido por no tener nada interesante que decir, y noté como un pequeño tirón en la espalda. Me volví para decirle que me gustaría ver lo que pintaba... pero se había ido. Por fin se me ocurría una gran intervención, la gran frase de Gary para entrarle a una chica, y no había nadie a quien decírsela. Tuve que ir hasta donde había estado ella solo para asegurarme, pensando que su olor seguiría allí. Y así era... Lo recuerdo perfectamente. Todavía lo huelo, profe, cuando paso por allí. Entonces me asomé y no vi nada allá abajo. Ni en el agua, ni en el barro, ni en la carretera. Nadie.

—¿Saltó?

—Supongo que sí. Había más gente en el puente, y algunos de ellos fotógrafos aficionados o algo así, y no la habían visto; mucho menos a alguien saltando. Miramos hacia abajo, pero no había ningún coche parado en la carretera ni nadie señalando y gritando. Me dijeron que me lo había inventado, que debería darme vergüenza.

—¿Estás seguro de que no te lo imaginaste?

—Tan seguro como estás tú de no haberte imaginado todo eso que pasó en tu colegio. Estuve atento unos días por si en el *Evening Post* decían que se había encontrado un cadáver o que alguien había desaparecido. Por aquel entonces no teníamos ordenadores en todas las casas, así que no podías buscarlo en internet. Las noticias en la red no eran lo que son ahora. Leí el periódico durante semanas y no debí de perderme más que unos cuantos telediarios. No encontré nada: ni cadáveres ni personas desaparecidas ni llamamientos.

—Seguramente lo podrías averiguar ahora. Tenemos todo lo que hace falta en la comisaría, todo informatizado, todo relacionado, información de los últimos cuarenta años.

—¿Te crees que no lo he intentado, profe? He revisado hasta el último archivo. Empecé con Hastings y St Leonard’s, y no había nada allí, así que, o mintió, o nadie la echó de menos. Eso también ocurre, como bien sabes. Comprobé todos los informes forenses, páginas de noticias, personas desaparecidas y casos sin resolver, de aquí a Londres y después en Dover, Folkestone,

Ramsgate, hasta llegar a Portsmouth, Brighton... Busqué en las ciudades con transbordadores grandes, donde la gente va y viene sin que nadie preste atención. Después en los centros turísticos: Margate, Gravesend, Broadstairs, muelles con zona de ocio... Probé suerte con rescates en ríos, hospitales psiquiátricos... Pero nada. Es un fantasma en mi cabeza. Creo que está perfectamente conservada en ese lodo, como esos antiguos guerreros irlandeses en las ciénagas. Leíamos poemas sobre ellos en el colegio. Resulta que algunos no eran tan antiguos, después de todo. Puede que ni siquiera fueran guerreros. En cualquier caso, es agua pasada, ¿verdad, profe? Ahora somos todos amigos, ¿no?

—Tal vez escapó... de verdad: sin dejar rastro, ni recuerdos, ni amigos, ni familia, ni cadáver. Tal vez es lo que quería: uno menos uno igual a cero. Tal vez deberías dejarla en paz.

—Eso, o que quería que yo lo viera, para que alguien lo supiera.

—Sí, o eso.

—En fin, profe, no quería a ese bastardo asesino ahí abajo; no con ella y todos los demás. No se merecen eso.

Gary se termina su bebida y mueve el brazo para pedir otra ronda.

—Te diré otra cosa, profe. De tanto en tanto (nada habitual, solo cuando me acuerdo y tengo tiempo), dejo un pequeño ramo de flores para ella, lo ato a la barandilla en el sitio donde hablamos. No es un ritual, no me pongo solemne ni nada... Solo lo hago porque ahora es parte de mí.

¿La teoría? Nunca sabremos a ciencia cierta cómo ocurrió, pero ahí va la teoría:

Phelps reconoce a Zalie de su perfil en la página de contactos. No le hace falta enviarle un mensaje: puede verla siempre que quiera. Lo que sigue no está muy claro, pero fue algo así: él salió a su encuentro, charlaron, le entró, ella lo mandó a la mierda, le dijo que la había visto en la página web, la asustó. Después la vigiló, siguió insistiéndole y un día entró sin más en su apartamento.

Él dice que lo dejó entrar. Miente, pero no podemos demostrarlo. Hay una rozadura en la puerta de entrada al apartamento que encaja con su zapato, y eso nos ayudará a argumentar que entró por la fuerza. Da validez a la teoría de que ella intentó cerrarle la puerta en las narices y él puso el pie para impedirlo. Los forenses han determinado que la rozadura corresponde a su zapato y han encontrado una huella dactilar suya en la puerta por la parte de dentro, e indicios de que estuvo en el vestíbulo pero en ninguna otra estancia. Lo cual hace que sea muy fácil refutar su afirmación de que lo invitó a entrar y se tomaron una copa. Han encontrado huellas de ella en los guantes de fregar, y las marcas de desgarro en la cinta protectora del apartamento de él encajan con las de las bolsas de basura en las que la metió. Han encontrado incluso ADN de la saliva de él en los bordes de la cinta protectora por donde la cortó, unos bordes que además encajan.

La investigación ha terminado.

Tenemos suficiente para encerrarlo de por vida, pero es como si su vanidad no le permitiera reconocer que entró por la fuerza en el apartamento. Insiste en que lo invitó a entrar, pero, por un motivo u otro, cambió de opinión en el último momento. Que ella «no tuvo agallas para hacerlo». Que «cambió de opinión». Que «se le fue la pinza» y lo atacó ella a él primero. Lleva su vanidad hasta el final: ella quería, eso para empezar, pero «se rajó». Está ingeniándose las para ver si, a pesar de ser un asesino, aún puede salvar algo de *amour propre* sexual. Dice que no pretendía matarla, solo inmovilizarla y conseguir que dejase de gritar. Intenta lograr por todos los medios

que se considere homicidio sin premeditación; cree que podría evitar la cadena perpetua; quiere pintar lo sucedido como un coqueteo que se torció, y a él como la víctima de un malentendido. Le echará la culpa a ella porque puede, y puede porque está muerta. Ella se convertirá en su víctima por segunda vez. ¿Por qué no? Al fin y al cabo, es todo un género en sí mismo, y les ha funcionado a otros hombres. En el último artículo de Lynne, ya hay comentarios condenando las «señales contradictorias» que mandan las mujeres, y la noticia de su arresto se ha dado hace cinco minutos.

Sabe, además, que introducir un poco de ambigüedad acerca de la motivación sexual de Zalie hará aún más daño a sus padres. Eso le da poder. Ellos nunca sabrán por qué respondió al timbre de la puerta ni cómo. La aleatoriedad de la situación les dolerá por dentro, la catástrofe que necesitaba tantas variables para producirse y que pudo fácilmente no haberse producido. Si hubiera vuelto un poco más tarde a casa, o se hubiera ido a la cama más temprano; si hubiera ido a la cena de Navidad de su empresa o si la novia de él no hubiera ido a la suya... Un cambio de dos o tres grados, un clic de ratón a la derecha o a la izquierda, y no habría ocurrido nada; Zalie seguiría aquí, con la vida que se merecía y no esto: un agujero en la vida de sus padres del tamaño de esa misma vida.

Nos saltamos las copas de celebración en la comisaría. A nadie le apetece. Hay un armario para emergencias con cerveza y vino *prosecco* del supermercado; hay incluso un paquete nuevo de vasos de plástico, pero nadie está de humor. Incluso Pez Escritorio, que está a punto de convertirse en el héroe nacional que ha resuelto el crimen, parece abatido. Pero ¿por qué, si le hemos dado al país el regalo de Navidad que quería? Es más dramático, más erizado de reveses que el especial de Navidad en dos partes emitido por la BBC con un reparto estelar. Pero, por encima de todo, le hemos ofrecido a *la nación* justicia, y es tanto más emocionante porque incluye una dosis de injusticia.

Pero nadie está aplaudiendo ni soltando vítores ni sirviendo bebidas.

El jefe de policía quiere anunciarlo de inmediato, para que todos puedan volver con su familia «relajados y tranquilos», dice, «dispuestos a disfrutar de las fiestas con sus seres queridos». Pavos en su crematorio de papel de aluminio, sacacorchos preparados, pilas nuevas en los mandos a distancia de *la nación*.

Descubrimos que, con nuevo sospechoso, nueva historia, porque Lynne y el resto de los reporteros ya están preguntándose: «¿Error garrafal de la policía, que acusó a un hombre inocente?».

—Será mejor que se acostumbre a titulares así —dice Lucy Hall. Ha venido por la liberación de Wolphram—. Anunciarán ustedes que Wolphram ha sido «puesto en libertad sin cargos» y «exonerado». Esos son los términos que he acordado con su jefe. «Exonerado». Dígalo.

—«Exonerado». Sí. He visto el comunicado. El jefe de policía preparará un comunicado y el gabinete de prensa lo enviará a los medios de inmediato. Diré lo mismo cuando convoque la conferencia de prensa.

Parece suspicaz y solo en parte aplacada.

—También una disculpa; y probablemente sería mejor ahora que después de que emprendamos acciones legales. Le aconsejaré que demande también a los periódicos. Nada de lo que hagan ustedes ahora para ayudarle cambiará lo que va a ocurrir cuando llevemos a la policía a juicio. ¿Entiende eso?

—Sí, claro —digo con entusiasmo—. Perfectamente.

Empieza a darse la vuelta para marcharse, pero se acuerda de algo más.

—¿Cuál es su nombre de pila? —pregunta. Me fijo en una marca en la ventana de su nariz, dejada en algún momento por un *piercing*. El agujero ya se ha cerrado, pero la cicatriz de la perforación sigue siendo visible.

—Alexander. Pero antes me llamaban Ander. ¿Es su padre quien lo pregunta?

—Sí —responde—. Se preguntaba qué había sido de usted. Me pidió que averiguase si era el Ander que conoció en el colegio. ¿Qué le digo?

—Dígale... dígame...

Gary llega con el coche y abre la puerta del copiloto.

—¡Metedlo dentro! —grita.

Wolphram sale del vehículo, escoltado por Thicko y Pequeña Pantalla. Están metidos de lleno en el papel de guardaespaldas en una película de acción, comprobando las azoteas y hablándole al *walkie-talkie*, aunque aquí solo estamos nosotros. A Wolphram le han cortado el pelo al rape. Se ha afeitado y cambiado de ropa. Salta a la vista que la detesta, porque medio camina, medio se retuerce dentro de ella: pantalones vaqueros, zapatillas y una sudadera con capucha encima de la cual lleva una chaqueta de piel sintética. Las zapatillas suponen una humillación especialmente hiriente para un hombre acostumbrado a llevar zapatos de piel incluso los fines de semana. Todo le viene una talla grande. Tiene pinta de roquero escuálido que toca en una banda de *pub*. El disfraz lo completan unas gafas de gruesos cristales grises que lo hacen parecer uno de esos famosos que van escondiéndose tras las ventanillas tintadas de una limusina.

Gary toca el claxon para meterme prisa.

Me vuelvo hacia Lucy:

—Dígale que hemos conseguido detener esto a tiempo.

Gary ha pedido que traigan el coche de Wolphram, pero tenemos dos horas por delante hasta que esté listo. He visto trabajar a los forenses con un automóvil; es como la autopsia de una máquina: separan todas las piezas en estériles planchas metálicas, las pesan, las fotografían, toman muestras y las ponen bajo el microscopio. Me sorprende que puedan montarlo en solo dos horas.

—Voy retrasado con mis compras de Navidad —dice Wolphram mordazmente cuando le preguntamos dónde quiere que lo llevemos. Así que lo llevamos de compras y nos quedamos cerca. Siempre cabe la posibilidad de que lo reconozcan. Sobre todo si habla.

Lo seguimos con un carrito, como los guardaespaldas de un magnate con tendencia a recluirse. Le escuchamos hablar con su voz cara y profunda, paseando sus gustos refinados de pasillo en pasillo. El hilo musical del supermercado lo irrita. Los villancicos se repiten una y otra vez. Lo único que quiere es volver a su apartamento, sentarse en su sillón a escuchar música, una recopilación de Keith Jarrett o algo de George Eliot.

En cambio, está aquí, entre las ofertas de dos por uno y los pavos congelados duros como el cemento. Apenas queda nada que comprar. Los mostradores de la carne están tan vacíos que solo queda la sangre acumulada en el fondo de las bandejas. Mira a su alrededor y pestañea.

Alguien lo reconocerá: hoy, mañana o dentro de tres semanas. Y durante el resto de su vida. Pero cuanto más tarde, mejor, para así tener tiempo de injertar una nueva vida en el tocón que le hemos dejado. Para acostumbrarse a su vida ortopédica, a su nueva cara, a su ropa barata.

Gary está alerta a posibles móviles sacando fotos a escondidas, a susurros, a dedos delatores.

A gente llamando a los periódicos a través de la *Línea directa para el asesinato de las bolsas de basura*, que sigue abierta para apurar el poso de noticias y chismorreos. De momento tiene suerte. Siempre que no hable demasiado alto, porque no puede cambiar esa voz.

No hay garantías de que la gente se haya enterado de su liberación, de que hay un nuevo sospechoso, de que es inocente. *Exonerado*. A algunos les dará igual.

—Y otros pensarán que es una nueva forma de ejecución —me dice Gary—. Se le declaró culpable y se le exoneró inmediatamente por medio de la inyección letal.

Además, todo lo del colegio sigue ahí, todas las alegaciones de sus exalumnos y de los profesores. Eso no va a borrarse porque no hay exoneración de los rumores. No tienen cuerpo, y los hechos no son balas. Es como dispararle al humo. Será una sombra en su visión periférica, algo congregándose en los alrededores de su mente dondequiera que vaya, cuandoquiera que esté a punto de olvidar.

«Es fuerte», le digo a Gary, «lo superará». Pero Gary dice que es después de la crisis, después del juicio, después de las situaciones extremas, cuando el superviviente se derrumba. Cuando la vida se afloja y vuelve el tiempo monótono.

—Pero es resistente —le digo.

—A eso me refiero, prof: toda esa resistencia podría acabar con él.

Y ahora, en el supermercado, unas cuantas personas se fijan en él. Algo atrae su atención y les impulsa a mirarlo una segunda vez. No consiguen atar los cabos. Hasta que una lo hace: una madre joven con un niño pequeño sentado tranquilamente en el asiento del carro y un bebé en un portabebés se da cuenta enseguida. «¿Dónde he visto a ese hombre antes?» Lo mira, está justo a su lado, donde el vino bueno. «¿Dónde he visto a este hombre antes? En todas partes». Él la mira y vuelve a asustarse.

Ella no tiene ninguna duda. Asiente ligeramente con la cabeza. «Sí, ahora estoy segura». Él frunce el ceño y su expresión le pregunta a ella qué piensa hacer al respecto.

—¿Sería tan amable de alcanzarme tres botellas de ese vino de ahí arriba? —le pregunta—. No llevo bien con el bebé.

Gary se ha colocado cerca por si acaso, pero ahora se aleja y observa.

—Por supuesto.

Wolphram se pone de puntillas, le pasa la primera con cuidado y después coloca las otras dos en el carrito, tumbadas para que no se rompan si ella lo empuja. Lo hace muy despacio, con delicadeza.

—Gracias —le dice ella, sin dejar de mirarlo, y a continuación, en voz baja, añade—: Espero que pase unas buenas Navidades. —Y se va, de vuelta con su marido, que ya está haciendo cola en la caja.

Y eso es todo. La escena del reconocimiento, la primera de las muchas que están por venir.

A Wolphram le reconforta lo que acaba de ocurrir, la amabilidad de un desconocido. Su rostro demacrado se ha iluminado de orgullo, pero no de sí mismo, sino de ver que la bondad que aún les presupone a las personas tiene su fundamento.

Me conozco esa forma de contar por duplicado: nos gusta contar la bondad dos veces, o tres, o cuatro..., para conseguir que arroje un saldo favorable al restarle la crueldad. De esa forma, la cortesía puntual de un desconocido puede hacer frente a la brutalidad rutinaria de todo un país. Wolphram la contará una y otra vez cuando haga el cálculo de lo que el mundo le ha hecho.

La gente que lo perseguía para lincharlo lo persigue ahora para festejar su inocencia, y lo obliga a representarla. Pero ella lo ha ayudado sin hacer nada.

A eso hemos llegado: la bondad consiste en dejar al otro en paz.

—¿Crees que había pisado alguna vez un supermercado, profe? Va de un lado a otro como un astronauta —susurra Gary, aliviado.

Es verdad. Camina como si estuviera a punto de alejarse flotando; mira a su alrededor, todo le llama la atención. Da la impresión de no tener casa, no tener país, no tener planeta. Alejado de sus cosas, sus libros, su música y sus amigos, Wolphram parece un millonario abandonado a su suerte en una tierra extraña con dinero en una moneda que no es válida allí; rico en una divisa que no puede gastar.

Gary y yo llevamos a Wolphram al laboratorio forense de automóviles White Cliffs.

—Esperemos que se lo hayan hecho gratis —dice Gary.

En el polígono industrial de Pike Road es donde están las salas de muestras de cuartos de baño y los mayoristas de alfombras, las estaciones de ITV y las tiendas que venden barandillas, puertas de entrada, grava y losas para pavimentar; donde las carretillas elevadoras pasan la noche y los autobuses de la zona vienen a que los reparen, a que los desmonten o a oxidarse como armaduras inútiles, con el letrero de la parte frontal indicando aún su último destino: Cheriton, Golden Cross, Hythe Hill. Una furgoneta engalanada con banderas del Reino Unido vende panecillos con salchichas y beicon desde la seis de la mañana hasta las seis de la tarde. *Comida británica de Benji*. Por aquí pasan coches durante todo el día y, para los que sabemos cómo funcionan las ciudades, los polígonos industriales de las afueras, bordeando las carreteras de circunvalación, los aparcamientos disuasorios y los atajos, es donde tiene lugar toda una vida alternativa; lejos de la masa fermentada, las *milf* y los platos de aceitunas de los barrios residenciales.

—Está irreconocible —le dice el hombre del mostrador a Wolphram agriamente—. De todas formas, voy a necesitar un documento de identidad con foto. —Ha oído que Wolphram ha quedado libre y le fastidia; piensa en todas las historias que podría haber contado.

Wolphram alza la vista a la cámara de videovigilancia. A continuación, echa un vistazo al patio. Todo el mundo se ha ido a casa temprano. Hay una luz encendida en Cuartos de Baño Barry, al otro lado de la carretera, pero es para disuadir a los ladrones. Mientras Wolphram firma media docena de impresos, no sin haberlos leído antes con atención, un hombre vestido con mono de plástico le trae el coche a través de una robusta puerta automatizada. Este también parece decepcionado. A estos laboratorios de ADN y servicios forenses privatizados les gusta hacerse con los grandes casos. Les proporciona algo que incluir en su promoción cuando concursan a contratos con la Administración.

No hay una gran escena final con el señor Wolphram. A él no se le ocurriría nunca montar un numerito en un puente. Lo único que quiere es coger su coche e ir a ver a su tía, pasarse dos días imaginando que nada de esto ha sucedido, aunque va a salir en todos los telediarios —incluso su inocencia es noticia, lo cual es una especie de culpabilidad—, y pensar en cómo recuperar su vida. Decidir qué partes de su vida todavía existen después de esto.

—No estoy seguro de si debería darles las gracias o no —dice. Sonríe, o lo intenta. Está cansado, traumatizado, destrozado por lo que le ha ocurrido a la vida que tenía. Pero no puede evitarlo: es educado y no va a renunciar a lo que lo hace civilizado. Treinta años después de que

me diera clase, y cuatro días después de detenerlo, me doy cuenta: es un hombre que le da mucha importancia a las pequeñas cosas: la buena educación, la cortesía, la consideración con los demás..., la calderilla de la vida civilizada. Pero con la calderilla de la vida civilizada hay suficiente para todos.

—¿Avisarán a mi abogada cuando hayan acabado con mi apartamento? Me gustaría pasar Año Nuevo en casa.

—No pensará volver a ese apartamento con esos vecinos chismosos y entrometidos, ¿verdad? —dice Gary—. No después de lo que han dicho de usted. Aléjese unos días, y después vuelva y empiece a demandar a gente. ¡Dios bendito! Seguro que podría vender su historia a los periódicos al mismo tiempo que los demanda. ¿Qué le parece? ¿No me dirá que no es posmoderno?

—No voy a irme a ningún sitio..., Gary —responde Wolphram, llamándolo por su nombre por primera vez, lenta y enfáticamente, como si estuviera aprendiendo a pronunciarlo—. Volveré a mi casa y conduciré mi coche y volveré a las tiendas de siempre. Las cosas volverán a la normalidad porque *yo* volveré a la normalidad. Y no voy a vender mi historia.

Lynne nos está esperando con las transcripciones de sus entrevistas a Ben y Chloe. Eso, al menos, ha sido una victoria para Gary; posibilitar que las clasifiquemos como prueba para así privarla de utilizarlas hasta que hayamos terminado con ellas. Están en una memoria USB, y ha transcrito incluso las tres primeras horas. Ojeo las páginas. No hace falta traducir a Phelps para que sus respuestas suenen a cliché de tabloide, porque ya habla ese idioma. No hace más que hablar del «sospechoso señor Wolphram», «el vecino entrometido», de lo «alegre y amable» que era Zalie, «siempre con un saludo preparado». De que Chloe y él «notaban algo raro en él», pero se abstuvieron de decirlo porque, «bueno, no queríamos que se nos acusara de dejarnos llevar por los prejuicios». De que «podría haber sido Chloe» la que hubiera acabado en esas bolsas de basura. Lynne dejó de transcribir cuando dijo: «Ojalá hubiéramos podido evitarlo». Tal vez fue porque recibió en ese momento nuestra llamada, aunque es más probable que dejase de escribir porque ya tenía su titular.

Lynne lleva el mismo jersey de mohair y está sentada en la misma silla.

—¿Vais a ofrecerme hoy un poco de vuestro té/café/bebida caliente indistinguible?

No respondemos, pero se sirve ella misma de todas formas. Me coge el café que tengo delante, y yo no se lo impido.

—Debo decir que esta historia es cada vez mejor. ¿Qué tal os suena esto: «Los veteranos reporteros pensaban que lo habían visto todo, pero incluso ellos acabaron embaucados por la doble vida del salvaje asesino»? Es lo que va a publicarse en Año Nuevo. Y todo mientras disfrutaba de nuestra hospitalidad. Estuve allí delante de él; una servidora podría haber sido la siguiente víctima del asesino de las bolsas de basura. Creo que lo convertiré en uno de esos relatos personales de los testigos. Chloe va a ofrecernos una jugosa historia por entregas titulada «Viviendo con un asesino». Oro puro. No son solo los periódicos que se van a vender en los quioscos, es la publicidad que va a mantener engrasada la maquinaria. Hemos tenido que contratar a diez vendedores adicionales para las Navidades.

—Una vez leí un informe de salud pública sobre plagas de ratas en los restaurantes de comida para llevar de Golden Cross Road... Descubrieron que las ratas tenían un metabolismo tan rápido que cagaban la comida al mismo tiempo que la ingerían... Lo mismo que haces tú. ¿No te da vergüenza?

—No —dice ella—. Bueno, alguna vez. Esa es la respuesta corta. ¿Quieres oír la larga?
Gary no responde.

—Tomaré eso como un sí. Yo no hago que ocurran las cosas —dice Lynne la Loca—. Solo soy la forma en que ocurren. Soy la forma que adoptan. Nada más. Las cloacas de internet, llenas de bastardos furiosos dando caza al último famoso herido o al último don nadie destrozado..., los ciberanzuelos, los «danos tu opinión», los comentarios *online*, los titulares tendenciosos, las insinuaciones...: todo eso va a seguir ahí de todos modos, Gary; no hay más ni menos de lo que ha habido siempre, es solo que ahora podemos verlo.

Gary tiene el rostro encendido, temblando por la ira, hinchado por la cólera, pero también por el reconocimiento. Por un momento pienso que va a tumbar la mesa de una patada y a tirarle el café a la cara. Encima hay un ejemplar de su periódico, con su artículo en la portada por tercer día consecutivo. «¡LIBRE!», reza el titular, oportunamente ambiguo: «¿Indignación por la puesta en libertad de un perverso, o alivio porque al fin se haya hecho justicia?». Ha cubierto los dos flancos.

Gary coge el periódico, lo enrolla hasta convertirlo en una barra sólida y lo agarra con fuerza.

Completo el movimiento en mi imaginación: se levanta de un salto y, al tiempo que ella da un grito ahogado, la golpea en la garganta con el *Evening Post* enrollado, fuerte y muy rápido, de tal forma que se lo ha clavado en la laringe hasta casi llegar a la clavícula cuando nos damos cuenta de lo que ha hecho, y sigue perforando cartílago, desgarrándole las amígdalas, atravesándole el tejido de la tráquea, asfixiándola con sus propias palabras. A Lynne se le hincha la cara, la base de maquillaje blanca se agrieta revelando un tono gris, los ojos se le inyectan en sangre por la falta de oxígeno, los labios se le ponen violetas a medida que el azul de la asfixia se mezcla con el *Rojo Rectoría* del pintalabios. Se está tragando sus propios titulares, ahogándose con sus mentiras...

... Pero solo en mi imaginación distraída. Gary sigue empuñando el *Evening Post*, pero cada vez con menos fuerza. Yo estoy jugueteando con un bolígrafo, para disimular el temblor de mis manos, y mi cabeza está aturdida por lo que acabo de visualizar.

—Está bien —dice ella con tranquilidad (aunque más adelante, cuando lo recuerde, pensaré que a ella esto también la entristecía)—, ya sé lo que piensas de mí. Me da igual. En cualquier caso, todo ha terminado, ¿no? Vivieron felices y comieron perdices. La balanza de la justicia y todo eso: la culpabilidad en el sitio que le corresponde, y la luz de la inocencia abriéndose paso al final.

Gary no tiene nada que decir. Yo llevo un rato sin nada que decir.

—Tengo que irme. Me espera una reunión por Skype con mi nuevo editor dentro de un minuto —dice Lynne—. Uno de los periódicos nacionales. Todavía no puedo deciros cuál, pero lo sabréis cuando compréis el periódico mañana... No le gusta que le hagan esperar. Es un hombre de pocas palabras, pero sus cheques son elocuentes.

LATERNIDAD

—Tengo una tarea para ti —dice Vera. Se vuelve hacia Marieke y añade—: No hay nada, ¿verdad?

Marieke niega con la cabeza. Le acerca la grabadora digital.

—Escucha.

—Lo sé. Se ha dado por vencido.

Nos pide que la acompañemos al piso de arriba. Nunca he subido arriba, aunque Marieke ha grabado en todas las habitaciones y me ha puesto los audios. Juró haber oído cosas una vez, hace unas semanas, y me hizo escuchar una serie de zumbidos, susurros y ruido estático. Incluso los analizó sintácticamente para mí, asegurándome que eran ruidos de una presencia. «Acercándose, alejándose, acercándose, alejándose». Hoy no. Hace tiempo que no.

En su dormitorio, el de Vera y Victor, hay tres maletas abiertas llenas de ropa de él. Sus elegantes zapatos están guardados en las cajas originales, pero la ropa interior y las zapatillas de ir por casa están en una bolsa de basura.

—Creo que ya sabes lo que me gustaría que hicieras con eso —dice.

Asiento.

—¿Quiere que vuelva a traerle las maletas, señora Snow?

—No.

Los libros de Victor, novelas policiacas con letra grande, compradas en tiendas de segunda mano con fines benéficos, están apilados al lado de su mesita de noche. Los meto también en bolsas, apartando unos pocos para Gary.

Cuando estoy cargando el coche, reparo en que Vera ha tirado también el último crucigrama de Victor, que está en lo alto del montón de papeles para reciclar al lado de la puerta. Me acerco para comprobar si ha sido completado y veo que sí. Ella sabe lo que estoy pensando y dice:

—No se preocupe. Lo he terminado yo.

La tienda benéfica de Coles Hill que destina la recaudación a la investigación sobre el cáncer sigue allí, donde solíamos ir Danny, Neil Hall y yo en busca de ropa *vintage* antes de que llegaran las tiendas de ropa *vintage* y la convirtieran en ropa cara. Ahora hay sobre todo jerséis, hileras de cárdigans de hombres muertos, pantalones color champiñón, camisas de poliéster y trajes de baja calidad de grandes tiendas. Abrigos: estantes interminables llenos de abrigo. Un derroche de beis.

Marieke rebusca entre las viejas cintas de casete y los discos de vinilo. Cinco por una libra. Elige unos cuantos. No hay forma de que lo sepa —no una forma normal, al menos—, pero le he

comprado un tocadiscos para Navidad. Mientras cargo con las maletas por la tienda, la veo sacando con mucho cuidado los discos de sus fundas y examinándolos en busca de rayas. Me quedo observándola. Apoya el borde del disco en la palma extendida de la mano y lo inclina para que la luz se refleje en los surcos. Nunca ha tenido ni reproducido uno, pero ya los manipula como una experta. Como Wolphram. Como solía hacerlo él en la vieja tienda de música. Es instinto, o conocimiento previo, o vestigios de una vida anterior que no se han borrado del todo al restaurarla a la configuración de fábrica.

Al fondo de la tienda, hay un pequeño cuarto para clasificarlo todo en el que una pareja de ancianas no mucho mayores que Victor está subiendo el precio de sus donaciones. Me alegro de que Vera no haya venido: hay algo definitivamente irrevocable en ver toda la ropa de su marido engullida por el gran mar de las cosas desechadas. El cuerpo vuelve a la tierra; la ropa vuelve al mercado.

No hay cenizas, pero es aquí donde vamos a esparcir lo que queda de él.

—Tal vez no he creído lo suficiente como para hacerle volver —nos dijo Vera—. O quizá no lo ha hecho él.

Cuando los padres dicen «y fueron felices y comieron perdices», es cuando el niño siente la ansiedad. Y no le falta razón: ¿qué pasa después de haberse comido las perdices? ¿Qué ocurre en la Laternidad, después de haberte aprovechado del momento?

Todo ha terminado, pero de una forma en que las cosas nunca llegan a terminar de verdad: simplemente mueren como sucesos y empiezan una nueva vida como consecuencias.

Me llevaré a Marieke de vuelta a mi casa y cocinaré palitos de merluza a la parrilla y ella les dará la vuelta al cabo de exactamente cinco minutos controlados sin apartar la vista del reloj. Cortaré unos tomates en rodajas que no se comerá y que distribuirá con vana precisión alrededor del plato. Se sentará en el sofá con las piernas sobresaliendo por el borde. Se quedará dormida en torno a las diez, y yo, una hora después. A veces antes. Esta noche, antes, sin duda. Me quedaré frito. La noche cogerá los huesos del día y preparará con ellos caldo de sueños, y a medianoche el minúsculo clic del termostato de la caldera me despertará sin ser siquiera consciente de haberlo oído. Podría ser cualquier cosa, pienso: el aullido de un zorro, una lata de cerveza tirada por alguien bebiendo en la calle, un coche cambiando de marcha... Y la cogeré en brazos y la llevaré a su dormitorio. Ya lleva puesto el pijama.

Pero primero, mientras Sigrid está fuera con sus compañeros de trabajo, iremos al puente y grabaremos. Empezaremos con los contrafuertes donde todos empezaron, y después nos acercaremos al arco, donde todos estuvieron de pie: Danny y yo y el pobre chico al que dejaron colgando, la mujer perdida de Gary con el sol en su pelo, Ben esperando a los títulos de crédito de la película de su captura.

Y todos los desconocidos: aquellos cuyos cuerpos fueron recuperados y los que nunca se encontraron; los que gesticularon y gritaron y los que se marcharon en silencio; los que cambiaron de opinión a tiempo y los que se lo pensaron demasiado tarde. Los que encontraron algo bonito mientras caían hacia su muerte y decían adiós al dolor y a los errores. Aquellos cuyas vidas mejoraron vistas hacia atrás y vivieron felices durante unos pocos segundos de años rebobinados. Los que cayeron en el agua o en la carretera, y los que cayeron en el cieno del estuario, cuya silueta —brazos extendidos, piernas abiertas, enroscados o hechos un ovillo— resplandeció por un segundo como una huella en la playa antes de que el agua la cubriese y la arena la rellenase y

todo volviera a quedar llano y sin rastro.

Todos han estado aquí, empujados por el dolor o atraídos por la paz que les esperaba; está la señora con la falda gigante que sobrevivió, y aquellos de los que nadie tienen noticia, a quienes nadie vio; están las gaviotas y los fantasmas, estoy yo a los doce, trece, veinte, treinta y cuarenta, todas mis edades en una, mirando hacia abajo desde el puente y enjugándome lágrimas de niño en ojos de adulto.

Esto es lo que les diré, porque es lo que me digo a mí mismo:

El estuario tiene todo lo que quiero y todo lo que quieren los fantasmas, porque es lo opuesto a Heráclito y su río: es agua que todavía no ha fluido y arena que todavía no ha pasado por el reloj de arena. Juntas forman una arcilla que todavía no se ha cocido.

Todavía hay tiempo para cambiarlo todo.

NOTAS

[1] Parte de una cita del filósofo griego Heráclito: «Nunca nos bañamos dos veces en el mismo río». (*Todas las notas son del traductor.*)

[2] Juego de palabras con *rights*, «derechos», y *right?*, «¿verdad?».

[3] En inglés, *thicko* se utiliza coloquialmente con el significado de «bobo», «burro».

[4] El autor juega aquí con el significado de *groomed*, «víctima de acoso sexual a menores», y *groom*, «novio».

[5] En el original, *flotsam and jetsam*, que significa literalmente, como se explica en el propio texto, «restos de un naufragio y carga echada por la tripulación para evitarlo», pero que se utiliza también en sentido figurado con el significado de «los marginados».

[6] Los «seis de Birmingham» es como se llamó en su momento a Hugh Callaghan, Patrick Hill, Gerard Hunter, Richard McIlkenny, William Power y John Walker, detenidos en 1974 y acusados de haber sido los autores del doble atentado del IRA que se saldó con 21 muertos y casi 200 heridos en esa ciudad inglesa. Fueron condenados en 1975 a cadena perpetua. En 1991, fueron puestos en libertad, tras demostrarse que las pruebas presentadas para inculparlos eran falsas.

[7] En referencia a las huelgas de hambre de los presos del IRA.

[8] Dulce tradicional británico que se vende en lugares de veraneo en la costa y que se caracteriza por llevar algo escrito en los extremos, como, por ejemplo, el nombre de la ciudad en la que se vende.

[9] Los fenianos eran los miembros de la Hermandad Republicana Irlandesa, una sociedad nacionalista revolucionaria del siglo XIX. Ahora el término se utiliza despectivamente para referirse a los irlandeses nacionalistas.

[10] La pérdida de la cosecha de patatas entre 1845 y 1849 causó en Irlanda una gran hambruna que acabó con la vida de alrededor de un millón de personas y obligó a emigrar a otras tantas debido a que un tercio de la población se alimentaba casi exclusivamente de ellas.

[11] En el sistema educativo inglés, alumno de los cursos más avanzados al que se le encargan tareas de supervisión.

[12] Del poema «La pantera», de Rainer Maria Rilke.

[13] Conocida agencia de viajes británica que vende paquetes vacacionales a jóvenes de entre dieciocho y treinta años, principalmente en islas del Mediterráneo con una animada vida nocturna,

de ahí el juego de palabras con barrotos y barras.

[14] Grupo de arquitectos fundado en 1932 por Berthold Lubetkin, figura destacada de la arquitectura moderna de los años treinta.

[15] Acrónimo de *mother I'd like to fuck*: literalmente, «madre que me gustaría follarme».

[16] Programas de televisión.

[17] Wolph suena como *wolf*, «lobo» en inglés.

[18] No hay duda de que se trata de la versión extendida de *Fanny y Alexander* (1982), de Ingmar Bergman.

[19] *El séptimo sello* (1957), de Ingmar Bergman.

[20] Relojería.

[21] *Estuary English*, una variedad de inglés extendida entre los jóvenes de zonas adyacentes al estuario del Támesis.

[22] English Defence League, organización de extrema derecha que se opone a la difusión del islamismo en el Reino Unido.

[23] Servicio de asesoramiento para niños y jóvenes de hasta diecinueve años en el Reino Unido.

[24] National Trust for Places of Historic Interest or Natural Beauty, organización no gubernamental encargada de velar por la preservación del patrimonio arquitectónico nacional y de espacios naturales de especial interés.

[25] Grito de guerra.

[26] Literalmente, «Hombre-dinero, Precio y Fuerte».

[27] Fiscalía General del Estado.